

NUEVA LISBOA

José Antonio Millán



JOSÉ ANTONIO MILLÁN

NUEVA LISBOA

© José Antonio Millan, 1995.

Edición electrónica para www.sedice.com

Portada: Víctor Martínez – (Endegal en sedice.com),
sobre una fotografía de JI Stark en flickr TM bajo CC.

Maquetación: Alberto de Francisco – (Naturopata en
sedice.com)



Este libro se distribuye bajo licencia:

Creative Commons


Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 2.1


Usted es libre de:

- copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra
- hacer obras derivadas

Bajo las condiciones siguientes:

 **Reconocimiento.** Debe reconocer y citar al autor original.

 **No comercial.** No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

 **Compartir bajo la misma licencia.** Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a ésta.

- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
- alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor

Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones no se ven afectados por lo anterior.

[<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.1/es/deed.es>]

ÍNDICE

PARTE PRIMERA	8
I El huésped del metal	14
II ...Son nuestros huracanes	28
III La ciudad de la niebla	49
IV Noria de carne	93
V El profesor Schweigen contra la Banda del Guisante	126
Cap. 1 En el que alguien abre los ojos	129
Cap. 2 En el que se presenta a un escudriñador en formación (constante)	133
Cap. 3 En el que se presenta al Viejo	137
Cap. 4 Karl, busca	141
Cap. 5 La abolición del sentido	145
Cap. 6 Karl, busca	150
Cap. 7 En el que se presenta a un joven Psi	153
Cap. 8 Karl, busca	158
Cap. 9 Los sueños de un... Presidente	162
Cap. 10 Karl encuentra	167
Cap. 11 Bola de nieve	173
Cap. 12 ¡Salida!	177
Cap. 12 ¡Salida!	182
Cap. 13 Un viejo conocido	184
Cap. 12 ¡Salida!	188
Cap. 12 En las entrañas	192
VI El sulevador	197
V [Bajo los Ojos]	202
Cap. 13 Bajo los Ojos	203

PARTE SEGUNDA	207
Cap. 14 El encargo	211
IV [Un año de vacaciones]	213
III [Yo era allí entonces]	218
II [En el vértice del cono]	229
I [El círculo de días y de noches]	236
[La puerta]	240

A Susana, que está en el anillo.
Y a Rafa, que me acompañó allí.

—Ésta es la historia de una huida, de un vértigo —dijo ella—. Ésta es tu historia, en parte. Ésta es parte de tu historia: la que desconoces, y te falta.

—Empieza pronto, entonces —dije yo.

Y la casa de innumerables habitaciones, la de ventanas abiertas sólo sobre patios, de corredores que se extienden a lo largo de horas, la de largos salones encadenados, la casa de escaleras inútiles, claraboyas a cielos siempre neblinosos y azoteas inaccesibles, la casa se llenó de su voz.

PARTE PRIMERA

Mucho tiempo. Demasiado lejos.

Me dejé ir, como si fuera arena o miel que se derramara. Me fragmenté, y esquirlas de mí quedaron por un instante prendidas en un relieve, mientras torrentes enteros caían a plomo y gotas minúsculas saltaban suspendidas en el vacío. Remansados en valles distantes los miembros más lentos también acudían. Como bloques gigantes los núcleos más densos, y más tarde la lluvia de polvo. Pero yo sabía que todos acabarían uniéndose en un flujo único, porque yo era entonces la fuerza monstruosa que atraía hacia el centro. Luego fui la corriente formada por todas mis partes, y fluí como lava en un cauce tranquilo. Y al final, en un espasmo de miedo, llegamos al borde y fue la caída. Rebasando los filos del mundo cayó la materia y llenó el recipiente. Y el nombre del recipiente era *yo*.

Y me golpeó la consciencia, y el recuerdo, y el peso, y la luz y los ruidos. Tuve ojos para abrirlos, y les mandé la orden. Sabía qué vería: el punto cero, el lugar de origen, el centro que nunca debe faltarnos. Y éste era el mío.

Me encontré de pie, en el centro de mi cámara, allá donde el motivo de mosaicos entrelazados tiene su origen. De ahí había partido, y ahí había escogido volver. Volver, sí: abandonar los placeres lejanos, las sensaciones, los panoramas que nadie antes había contemplado, y que nadie podría contemplar jamás; dejar los tensos, los claros movimientos que eran mi existencia, por un sentimiento parecido a la nostalgia.

Contemplé el lecho, intacto desde mi partida, mis libros inútiles apilados en la mesa, las máquinas silentes, y al otro lado del arco los trajes alineados en el vestidor. Extendí los brazos y giré las palmas, hacia arriba y hacia abajo. Los tendones hacían suavemente su trabajo, cubiertos por la piel oscura, como de quien ha estado mucho tiempo lejos de casa. Hasta eso había sido tenido en cuenta. Di un paso.

A través de la ventana brillaba el amanecer y resonaban los ecos vacíos de los patios. Nada más. Hice una inspiración lenta, profunda:

—¡Hola! —grité— ¿Hay alguien? —y entonces probé, uno tras otro, con los nombres de mis hermanos, de mis hermanas.

Al desvanecerse el último de los sonidos me invadió la ira: ¿no iba a encontrar respuesta? Atravesé el arco y doblé el recodo: en lo que había sido mi estudio ahora se sentaba ella; leía calmadamente un libro. Mis diagramas, mis cuidadosas notas yacían apiladas al borde del tablero.

—¿Por qué no contestabas? —exclamé.

Levantó sus ojos hacia mí, iluminada por el sol naciente, y cerró el volumen. No lo conocía; la encuadernación mostraba un complejo motivo arborescente que me arrastró en su movimiento, porque pensé que si observaba cualquiera de las ramas lo suficientemente cerca vería de nuevo más formas retorcidas que se ramificaban, y así hasta el infinito. Sentí vértigo, porque en el pasado había navegado esas geografías siempre nuevas y siempre idénticas, sin llegar realmente a ningún lugar.

—Mi nombre, no lo he oído —dijo ella, y se inclinó por fin.

Había vuelto de los mundos que no eran, para hallar sólo a nuestra sirvienta común, la fabricada; pero ni rastro de los que eran mis iguales.

—¿Dónde podré encontrarles?

—¿Quieres gente? —me contestó ella— La haré para ti. Antes de irte, recuerdo, había una cantante, y un saurio que hablaba, que...

—¡No! —grité—. No hablo de *eso*. Hablo de gente real, de mis hermanos, de mis hermanas. ¿Dónde están? ¿Qué fue de ellos? ¿Qué han hecho?

Ella se puso seria por vez primera desde mi llegada, y me clavó unos ojos profundos:

—Has dejado tras de ti muchas cosas, tus modales entre ellas. Hablas y preguntas con brusquedad, lanzando fragmentos de discurso en masas compactas, como pellas de barro. Parece que te falta tiempo... ¡tiempo!, y te apresuras a escupir tus deseos apenas levemente cubiertos por sombras de pensamiento, como un animal. Recuerda que, tu sierva o no, soy digna de respeto y cortesía.

Noté que me subía el calor a las mejillas, lo que en los tiempos antiguos nos indicaba que el desconcierto o pesar por algún acto se había hecho visible desde fuera, recordando así que no todo pensamiento puede quedar oculto. Se me había olvidado, lo confieso, el complejo mundo de relaciones y formas que había sido mi hogar.

¿Cómo podía ella, puro eco de un acuerdo, mueble, perro hablador, remedo de persona, turbarme hasta ese punto? Ahora me volvía a la memoria el enigma que alguno de nosotros, a poco de crearla, había concebido. Decía así: “Ella, ¿es real?” Contestando que sí uno se sometía a las risas de los más sabios: ¿real, algo que hemos creado, cuyos detalles hemos discutido en incontables ocasiones, que existe sólo por nuestro deseo? Pero la respuesta negativa era aún peor, porque la figura-que-no-era-real podía entonces alzarse y, como ahora, plantearme, aún más duro, el enigma de su mirada. Me incliné, burlón, porque, irreal o no, su comportamiento me exasperaba:

—Imploro tu perdón, y sólo pido al cielo que en contestación a mi pregunta, ¿dónde están los míos?, tus labios de fiera se despeguen, y tu fétido aliento dure lo bastante para formar la respuesta, y luego se ahogue para siempre.

La vi levemente crispada, como era de esperar, y luego un velo de humedad cubrió sus hermosos ojos. Yo esperaba un llamear de ira, pero precisamente por eso debió de modular la voz en el más suave de sus registros:

—Hay un pacto, recuerda. No hablemos de ese pacto. Tú eres parte de él.

El anochecer del día de mi llegada nos había sorprendido perdidos por corredores lejanos. Avanzábamos por un pasillo dilatado, enmarcado por dos hileras de puertas que parecían juntarse a lo lejos. Todavía con el hábito de los Mundos Virtuales, intenté navegar la convergencia, lanzarme por la pendiente geométrica. Inicié el movimiento, y con un traspies descubrí que no podía: lugar extraño ése en el que había que recorrer todas las partes intermedias para llegar a otra; mundo rígido y sin atajos. Le miré a ella, que fingía no prestarme atención, y luego en torno: qué vacío, qué desierto estaba todo. Entonces, y como si respondieran a mi pensamiento (y en realidad a él respondían), salieron dos damas de un corredor lateral, y nos saludaron, agitando la mano. Me brotó la ira, y maldije en voz alta.

—No reniegues —me calmó ella, borrándolas con un gesto—. ¿Te habría gustado a ti que una voz te sacara de las ramificaciones, o de ese mar que tú sabes? Os adelantasteis a esa posibilidad. Os fuisteis, y cerrasteis la puerta detrás de vosotros.

Gemí, tanto más furioso cuanto que conocía la verdad de sus razones. Me revolví:

—Escúchame: tienes razón. Eso hicimos, pero he recapacitado. Es absurdo el aislamiento. Esto es lo que he descubierto, y quiero contárselo a todos.

Se rió.

—¿Cómo decirlo?... Estás en la situación del amo que al salir de casa dice a su siervo mecánico: “A nadie dejarás entrar”. ¿Cómo podrá volver? Es fácil encubrir un escrito que deseas que nadie lea: baraja sus letras hasta el hartazgo, pero ¿podrás rehacerlo?

—¡Tú estás aquí, sin embargo! —recordé— ¿Y no es para rendir cuentas?

Suspiró:

—¡Por favor! Alguien tiene que cuidar de todo: vigilancia, pequeñas reparaciones. El mundo-que-no-existe es de difícil gestión: pedís cosas complejas, dentro de vuestros ensueños.

—Dime al menos —supliqué—: ¿aún viven los míos? Quiero decir —me corregí—, ¿existen al modo en que yo existía? ¿Existe Quinta, que era mi preferida? Di sólo un *sí* o un *no*.

—¡Un sí o un no! —se detuvo y me miró con la cabeza alta— ¡Qué *pesado*!

—Escucha —le había dicho, y ahí empezó todo—: no querría forzarte. No puedo hacerlo. Hablemos, si quieres: es lo que deseo. ¿Habrás de ocultarme algo?

—Nada —ella se inclinó y me besó levemente—, salvo lo que tú sabes: el interior del cofre. El resto, es todo tuyo.

—¡Muy bien! —reí—, pues lo que me interesa está justo en el resto: el *borde*, la frontera, la zona que separa el contenido del continente. Yo di mi consentimiento, hace muchísimo tiempo, a lo que los restantes decidieran. Había otros, y libres: entonces éramos aún la Orla, porque rodeábamos el mundo, y todos éramos miembros igualmente valiosos. El pacto era entonces sólo un plan, y como plan lo dejé. Pero, insisto, quedaron otros: el último me obsesiona. Él aún estaba libre, y nosotros ocultos, ¿se sumergió en ti, sin condiciones? Si hizo eso, me temo, todo el pacto es un bloque sin fisuras. Pero, ¿fue esa la historia?

Me miró con sospecha.

—No vas por mal camino —se reclinó sobre los almohadones y colocó las manos enlazadas debajo de la nuca—, pero es una historia muy larga...

Incliné la cabeza.

—Tenemos mucho tiempo. Te escucho.

—Bien —se reclinó hacia atrás, y entrecerró los ojos, como si hiciera memoria: ¡ella, *la* memoria!— Ésta es la historia de una huida, de un vértigo...

I

El huésped del metal

¿Quién os dijo a vosotros, animales constantes, que podíais alcanzar la inmortalidad? Tal vez la vislumbrasteis en el último espasmo del trance amoroso, o entre sueños, cuando el tiempo se dilata. Dejasteis la huella de la mano en cavernas profundas, los rasgos del rostro grabados en mármol, y el rico venero de vuestros pensamientos se remansó en pergaminos, lo dibujasteis en fibras vegetales, o se alineó en incontables hileras de núcleos de ferrita. Cualquiera pudo reconstruir el pensamiento de los anteriores, que de esa manera no morirían nunca. Vivisteis otras vidas, porque el relato de experiencias lejanas podía conmoveros como si fueran propias. No os bastó. Os abristeis a espacios vedados, con ayuda de sustancias que alteraban vuestra percepción: palpasteis el vértigo del tiempo.

Pero ése era sólo el punto de partida. Cuando tuvisteis fuerzas para hacerlo, los cerebros pensantes permanecieron resguardados, y cuerpos vicarios corrían los riesgos de la aventura. Cuerpos artificiales, incansables, que se sepultaban por vosotros en los abismos, o subían a las estrellas, o combatían entre sí, interminablemente.

Luego aprendisteis a manipular aun la misma información que recibían vuestras mentes, y podíais ser soles, o insectos, o cosas que no *eran*, porque la convergencia de una serie matemática se podía traducir a un sabor, o las fuerzas gravitatorias cantaban a vuestro paso. El exterior perdió todo su encanto cuando dentro se podía generar cualquier cosa. Al final un pequeño número de cerebros, último resto de la especie, escogisteis permanecer en universos fingidos. Esta casa, dejada a mi cuidado, fue la estación de partida: un mundo tan mentido como cualquier otro, pero al menos plácido, conocido. Desde él preparasteis cada uno vuestros universos de destino... o lo dejasteis a mi cuidado. Y me fui quedando sola.

Protegisteis vuestra intimidad con leyes férreas, y os perdisteis en ensoñaciones. Dejasteis al sistema al cuidado de todo y prohibisteis la entrada. Mientras quedara energía en el universo habitaríais los

mundos virtuales que más pudieran satisfaceros... ¿No es eso la inmortalidad?

Pero el último de tus compañeros deseó una salida final, por el mundo auténtico, antes de sepultarse para siempre. Y su viaje partió de la cripta que le albergaba...

Ecos. Luz tenue.

De golpe se encontró huésped del metal, portador de una fuerza terrible. Estiró los brazos, como midiendo su envergadura. Entrechocó las palmas, que resonaron en los corredores subterráneos. Dio un giro violentísimo y descargó el puño sobre la pared de roca. Saltaron esquirlas. Tomó impulso, y golpeó otra vez. No se hizo esperar la voz interna:

—¿Quieres saber cuántos más golpes necesitarías para hollar la pared?, ¿cuánto sufrirá en esa operación el acero de tu mano? Todo te lo puedo decir.

Contestó en voz alta, por pura formalidad:

—No me hace falta: era tan solo una prueba. La seguridad interior se nutre de la experiencia. ¡Tanto tiempo sin visitar el mundo de las cosas!

Salió del nicho al corredor principal. A derecha e izquierda se abrían los huecos que albergaban los cuerpos metálicos: los personales, enriquecidos por la fantasía, o las necesidades, de sus miembros; los comunes, pensados para una tarea o un deporte determinados. Vio un formidable cuerpo guerrero, que no recordaba, erizado de espinas y dotado de una cola delgada rematada en aguijón. Vio cuerpos diminutos, brillantes y ahusados, para exploraciones subterráneas. Pero la mayoría reflejaban la figura humana, más alta, más fuerte, más esbelta, incluso con deliberados arcaísmos, como la diminuta oquedad en el centro del vientre, igual que en las viejas estatuas. Admiró un cuerpo de robustos senos, y otro de mandíbula saliente y frente huidiza, de apariencia brutal, que en un principio no reconoció.

—No sigas: puedo verlo bien —la interrumpí—; sabes que sólo puede ser el mío.

—¡Oh! Te has reconocido: aún conservas memoria de qué fuiste —ella palmoteó contenta, porque había caído en su trampa.

Y allí estaba, contemplando alineadas, cada una en su cubículo, las cáscaras rígidas que habían manejado en sus días más vacuos. Su existencia dormida le debió crear angustia, porque retardó el paso:

—Todo esto —señaló en torno—... ¿Qué vas a hacer con todo esto cuando nos hayas encerrado en tu seno? ¿Lo guardarás como en un museo, o los destruirás para aprovechar sus materiales con otros fines? ¿O tal vez los animarás tú misma y los harás danzar para tu placer? Porque soy la última presencia posible en estos corredores... ¿Eres consciente de eso?

La voz que venía de dentro guardó silencio. Los labios de metal probaron de nuevo.

—¿Sabes que ésta puede ser mi última salida? ¿Qué quedará cuando yo me haya sumergido? No contestas, porque demasiado lo sabemos. La Orla se habrá cerrado, y tú velarás por el mantenimiento del pacto, siglo tras siglo. Es un paso delicado: no querría darlo sin un último intento.

—¿De qué? —le contesté, con un tono de burla en la voz.

—De saber...

Había llegado al final del corredor, junto a la puerta brillante.

—Ábreme: quiero verlo, por última vez.

El órgano del pensamiento, la sede del yo, no se encuentra limitado a la caja del cráneo: desciende, protegido por la bóveda ósea y se prolonga, sepultado en la carne, hasta el último confín de nuestro cuerpo. Ingenierías antiguas y minuciosas habían recorrido todo este camino aislando, separando los delicados filamentos y embutiéndolos en materiales nutritivos, translúcidos y eternos. De los nervios sutiles a los haces más gruesos, y a la médula: el resultado era un árbol que nacía de un bulbo subterráneo, un río rebosando de millares de afluentes y arroyuelos para llenar un mar oscuro, una araña plana, crispada por la inmovilidad.

El disco giraba, obscuro, mostrando un lado y otro, y de nuevo el primero. Esos canalículos enmarañados, esa gelatina grisácea *era* su yo, no debía olvidarlo: cualquier forma que adoptase o cualquier sueño que habitara. Esa masa compleja de tejidos era quien emitía las órdenes que el cuerpo obedecía, incluso en la distancia.

—¿Es suficiente, tal vez? —dijo la voz de dentro.

Y sin esperar respuesta el disco vibró y se plegó como una flor. Sólo entonces decidió dejar la sala.

Abordó la plataforma, que le esperaba, como único habitante de los subterráneos. “¡Arriba!”, gritó, y se inició el ascenso hacia la

superficie. Ante sus ojos pasaron estratos de roca, luego bandas de hielo, por fin nieve, y la claridad del atardecer.

Los ojos de cristal giraron en el exterior y la araña sepultada en la cripta recibió la imagen de los campos helados. Se orientó, y emanaron las órdenes hacia el cuerpo plateado. Una hilera de pasos se alejó por la nieve.

—Espera un momento: se me acaba de ocurrir. Confundido por tu demorado principio, no he reparado en algo esencial: ¿de quién hablas, de quién narras la historia? Sé que es el último de nosotros, el que quiso salir al mundo de verdad antes de hundirse en ti para siempre, pero, ¿de quién se trata?

Me miró, seria:

—¿Recuerdas tus terrores ante la Entrada, o cómo suplicaste que cerrara el universo de plasma? ¿Te gustaría que todos conocieran cómo sobreestimabas tus potencias? Levantaré una esquina del velo del silencio, pues me lo has ordenado, pero sólo hasta donde me es lícito. Sigamos.

Asentí, muy turbado, porque ella había entresacado del tejido de mi historia los hilos más terribles, agitándolos ante mis ojos, para confundirme.

¿Dónde ir? Se había impuesto una tarea al tiempo extraña y necesaria. ¡Cuántas veces no había cruzado este desierto helado, o se había perdido en los bosques, o entre las nubes, o en las ruinas de las antiguas ciudades, sin hallar nunca nada fuera de lo previsible! Y sin embargo, antes de renunciar a todo ello quería algo, una última certeza. ¿Un nuevo animal surgido del corazón de la selva, cuya sola existencia fuera una revelación?, ¿un visitante de muy lejos con noticias asombrosas?, ¿una gruta desconocida y allá, al fondo, la última familia humana con una de sus diminutas crías?

Allí donde se busca lo improbable, no hay un camino mejor que otro. El azar guiaría sus pasos hasta donde su voluntad tomara de nuevo el rumbo... para abandonarla de nuevo apenas fuera necesario.

En el lento girar de la Tierra aún debieron pasar varios días antes de que el ser alcanzara el mar. Para quien no respiraba, la inmersión fue la continuación de la marcha por una atmósfera más espesa que le rodeó los pies, el torso, la cabeza.

Ajustó su densidad para quedarse entre dos aguas. Le brotaron aletas y comenzó a nadar hacia el norte, donde comenzaba la vida.

Sobre su cabeza flotaban témpanos de hielo de formas caprichosas, que alguna tempestad hizo chocar con fragores horrisonos. Luego se fueron espaciando y haciéndose más pequeños, a medida que el frío quedaba atrás. Animales extraños rozaron sus miembros, y bandadas de pececillos huyeron a su paso. Atravesó un bosque de algas en forma de cintas. Sobrevoló un valle submarino habitado por bulbos rojos adheridos a las rocas, que llenaban el agua con el ruido de su masticación.

Por la noche nadó entre las leves fosforescencias de los organismos, y se estremeció cuando sus sentidos ampliados recogieron la agonía de alguna bestia enorme, lejos de allí. Apartó con latigazos de odio mental un banco de seres gelatinosos que acechaban en la sombra; y así uno y otro día.

Se detuvo para explorar una fosa estrecha y profundísima. Se sepultó en ella de pie, con los brazos por encima de su cabeza, hundiéndose con los lentos vaivenes de una columna arrojada al mar por un terremoto. La oscuridad se cerró sobre él y fue ajustando su visión a otras longitudes de onda, para terminar palpando ciegamente con su sonar interior. Saludó a los últimos habitantes del abismo, unos seres planos erizados de espinas que intentaron arrojarse hacia sus ojos. En el fondo, la forma mineral de alguna antigua nave se deshizo entre sus puños. Escarbó en el lógamo a la búsqueda de una reliquia que el mar hubiera guardado, y ásperos gusanos huyeron entre sus dedos.

Se estiró en mares cálidos, más llenos de vida. Masticó y saboreó, pensativamente, un banco de diminutos crustáceos. Se mecía un día entero abandonado a una corriente roja. Fue atacado por un ser monstruoso, y disfrutó con el contacto de la piel áspera como una roca, con la fuerza bestial de sus coletazos. Las mandíbulas del animal se cerraron sobre su torso y él, con un acto reflejo, hundió el puño en su cráneo.

Mecido entre las olas, un día vio la tierra, y nadó hacia ella. Pisó las arenas de una playa blanca y calmada. Un olor perdido a plantas y calor le removiό viejos estratos de información dolorosa. Allá lejos, en el sur, la parte más antigua del cerebro, la unida al sentido del olfato, lanzaba mensajes de alarma; algún circuito impuso calma.

Estuvo allí hasta la noche, contemplando el juego de flujos y reflujos de la orilla. Luego se puso en pie y trepó hacia el interior. Al remontar una loma pudo contemplar la llanura, la selva, y la cadena de

montañas. Del otro lado ascendía un resplandor de gloria. Entonces supo dónde estaba, y dónde quería ir.

Muy pocas de las obras del hombre sobre el planeta habían sobrevivido al desgaste del tiempo: las líneas de las carreteras o cicatrices de las ciudades pervivían, pero como un recuerdo borroso. Edificios y las colosales obras de ingeniería hacía tiempo que estaban reducidas a polvo. Sólo quedaba una obra, pero que podía, por sí sola, destacar ante los sentidos de cualquier ser del universo. Elevándose cientos de metros sobre una tierra sin ningún hito ni siquiera comparable. Brillante sobre un paisaje apagado. Recta, artificial, sobre una superficie que apenas sostenía unas pocas ruinas. Emisora de energías sobre un planeta muerto. Era la Columna, sencillamente, porque no podía haber otra.

Nada recordaba, nada había en el común banco de datos sobre su origen: ¿baliza espacial que marcaba el retorno de los Viajeros, cuando los había? ¿Monumento a alguna victoria desconocida? ¿Objeto puro de goce estético? ¿Regalo de alguna raza no humana? Fuera como fuere, era el único hito que podía atraer a un recién llegado, en la esperanza de encontrar algo que no fuesen ruinas. Con un sentimiento de esperanza, inició la carrera por la llanura polvorienta.

Corrió días enteros, a un trote ligero, espantando a manadas de animales que se alejaban entre saltos acrobáticos, o mezclándose entre sus carreras. Corrió de día y de noche, que para él eran lo mismo. El polvo le convirtió en un fantasma blanco, pero no cejó, y un aguacero torrencial le devolvió un atardecer el brillo de sus miembros. Luego entró en una zona de ciénagas, y se deslizó entre nubes de mosquitos y charcas cubiertas de nata verde. Por fin llegó a la selva, y las bóvedas vegetales se cerraron sobre su cabeza, y un olor amargo lo impregnó todo. Desde las copas descendía el griterío confuso que precede al fin del día, y delante de él escuchó chapoteos. Se acercó sin hacer ruido (porque la ágil envoltura metálica podía ser tan suave y tan cautelosa como cualquier habitante de ese mundo) y entonces vio la charca y los animales que acudían a beber.

Se deslizó imperceptiblemente hasta salir al claro, sabiendo que su inmovilidad perfecta y su naturaleza mineral podían hacer que cualquier visitante del agua le ignorase. Para ser menos visto se sentó sobre el suelo y rodeó las rodillas con los brazos, quedando como una roca, o un montón de desechos. Un reptil vigoroso se separó de las

sombras, pasó a su lado sin percibirle, y se lanzó sobre el agua, asustando a los animales menores. Un búfalo resopló, y siguió bebiendo. Entonces se movieron las ramas y en la otra orilla apareció una figura hirsuta, que se acercó al agua con paso lento y oscilante. Se acuclilló, y bebió agua en el cuenco de la mano. Entonces levantó la cabeza y le miró.

Los ojos de cristal se encontraron con las esferas líquidas en las que unas pupilas grandes se dilataban en el terror, y el cerebro lejano lo acusó. Despacio, muy despacio, el cuerpo metálico se puso en pie y extendió las manos en el gesto universal de saludo. En la orilla opuesta el animal se levantó, temblando, dio un chillido estridente y de un salto se encaramó a una rama, ganó otra y desapareció de la vista. La caricatura del último hombre había asustado a la caricatura del primero.

—... que es lo que ahora te ofrezco como morada definitiva — dijo ella, mientras, sin dar ninguna explicación, se levantaba—. Sé dónde está él, o los hijos de sus hijos. Vivir entre los árboles, reaccionar con presteza a los jugos aromáticos de la primera hembra, y dejar tras de ti el rastro embarrado de lo que no aproveches: un futuro luminoso.

Me miró; estaba muy bella y desplegaba indignación, y sentimientos aún peores:

—Permanece ahí tumbado, en tus sueños animales, que no he de compartirlos. ¡Hasta la vista!

—¡Espera! —grité—: aún no ha acabado la noche. ¿Y tu promesa?

Presentí que había cometido un error. Ella administraba la noche y el día, que eran sólo palabras en su seno. Arrastré la mañana, la tarde y un crepúsculo interminable por corredores siempre parecidos, para poder tener la continuación.

Y allí se hundió en la floresta, tu futura morada perfumada. El ser metálico lamentó haberse entregado por un momento a la más baja de las esperanzas: encontrar un hombre, tal y como eran antes... Y el aterrado animal llevaría consigo la imagen del gigante de hierro, para perderla pronto entre los ruidos y violencias de su existencia difícil.

Se sintió contento de dejar atrás la selva. Recordó su destino y levantó la mirada, buscando entre los laberintos de roca. Por fin la sintió antes que verla. Aun en pleno día, el despliegue de energías

irisadas de la Columna destacaba sobre el cielo limpio. Luego el terreno se abrió, y contempló la llanura y los restos de edificaciones.

Otras eras habían convertido la zona en centro de culto o de reunión. En torno a este prodigio se habían acumulado riquezas y poder, y alguien los había codiciado. Eso era lo que contaban las ruinas, los cráteres enormes cubiertos de vegetación.

Avanzó, con crecientes dificultades, y de pronto basculó el bloque de piedra que acababa de pisar, movió otros, y se precipitaron en una profunda grieta. Sorprendido, el cuerpo metálico resbaló, y el cráneo golpeó contra la piedra, mientras caía al abismo. Y entonces un impulso le mantuvo en vilo.

“¡Alto!”, gritó internamente, “¡no intervengas!; que todo continúe”.

La mano invisible le soltó, y cayó confundido con las otras rocas.

El derrumbe había descubierto la entrada a una bóveda subterránea, y la luz del sol hirió por primera vez en mucho tiempo las pinturas y altorrelieves de las paredes, recubiertos de polvo. Se puso en pie: los murales ofrecían imágenes de la ciudad que se había extendido en la superficie, y el ascenso de un déspota, una mujer (representada con los ojos convencionalmente almendrados), que al parecer había ocultado la Columna bajo una cubierta oscura, en homenaje a su esplendor o tal vez como odio hacia todo lo que representaba. Otro gobernante, un hombre de pelo blanco, le había devuelto toda su gloria, y el pueblo le rodeaba, gozoso. La palma de la mano del hombre sostenía algo que brillaba, y se acercó: era una moneda de plata, milagrosamente preservada. Extendió la mano y se cerró el contacto: el óbolo recorrió el camino de siglos hasta su nuevo dueño. Eso era cuanto podían ofrecer los subterráneos, y salió al exterior.

Siguió su camino entre las ruinas, y un desfiladero de muros quemados le acercó a su destino, para descubrir que una grieta escalofriante le separaba de la base de la Columna. Tomó impulso y saltó con ayuda del eyector que cobijaba su tórax. Había decidido llegar como hombre, desplazándose con los miembros, por su propio esfuerzo, y así lo había hecho durante largos días. Pero ahora le consumía la impaciencia. Cayó al otro lado y subió velozmente por la última ladera. Llegó a su mismo pie y levantó la vista: la cima hendía las nubes. Luego extendió la mano hasta hacer contacto. Sin saberlo, había restituido el rito.

La superficie irisada de la Columna se extendía, perfectamente pulida, en una suave curva hacia los lados. Retrocedió unos pasos y se preguntó cuántos hombres se habrían necesitado para abarcar el perímetro de la base con los brazos extendidos, en la medida más humana de un cuerpo: la que lo abraza.

Insensiblemente, se acuclilló reproduciendo la vieja postura de descanso. Ya había llegado. ¿Y ahora? La noche le sorprendió pensativo. Las estrellas trazaron en el cielo el dibujo familiar. Marte brillaba en rojo. Júpiter, hinchado y monstruoso, pulsaba en su código particular.

Taladró con sus sentidos el cielo y pronto sintió necesidad de más. Las naves orbitales de la Orla extendieron sus antenas y él vio a través de ellas un espacio vacío de señales vivientes. Su última salida había sido en vano. Se sumergiría en el Pacto, pues así lo había decidido, pero no se llevaría nada con él. Sintió el desaliento.

Miró desde lo alto, con los ojos de las naves, hacia la superficie. Se localizó a sí mismo, empequeñecido al lado de la Columna. Pero también vio algo más: un latido reluciente en la cima de un monte próximo. Sólo el cambiante despliegue energético de la Columna le había impedido captarlo. Dio un aullido de alegría que vibró entre la vegetación y turbó la paz de los habitantes de las charcas.

Se precipitó hacia su objetivo hendiendo la selva, en la oscuridad de la noche. Vadeó ciénagas. Su piel de metal se cubrió de babas vegetales y telas de araña. Toda la compleja maquinaria de la Orla se había puesto a su servicio: el pequeño satélite somaestacionario que le había seguido desde el Polo entró en fase de alerta. Bajo el casquete de hielo, las unidades de proceso multiplicaron su actividad de análisis, y el soporte traslúcido que contenía hasta el último de sus nervios aportó nuevos nutrientes en su solución.

Conocía perfectamente su rumbo, la distancia hacia el objetivo, los accidentes del terreno, la posición de todos los objetos alrededor. Una alimaña saltó desde una rama hacia su espalda y algo la repelió violentamente antes de que le alcanzara. Un tronco formidable de árbol que cerraba el paso en un desfiladero estalló en mil fragmentos con sólo él desearlo.

Con la primera luz del amanecer pudo verla. El banco de datos del Polo examinó la nave a través de sus ojos y le informó: origen terrestre; antigüedad, excesiva. La leve emisión de energía hablaba de actividad en el interior. Con una desconocida sensación de angustia, inició el ascenso de la escarpada ladera.

No era una nave grande. Lo que ocupaba la mayor parte de la superficie eran unos paneles desplegados, pero el habitáculo era reducido. Con una punzada de dolor pensó en la posibilidad de estar frente a una sonda robot, atraída al cabo de los milenios por la pulsante Columna. Y, de hecho, ¿qué otra cosa podía ser?

Salió del laberinto de rocas, y quedó al descubierto enfrente de la nave. Estaba a un centenar de pasos cuando los primeros rayos del sol saliente hirieron su estructura. Se paró y levantó los brazos en un saludo. Esperó.

—Ahora todos podemos esperar —dijo ella. Estiró sus brazos hacia el cielo. Los pezones temblaron señalando, indecisos, un punto u otro del techo. Abrió la boca, y dos hileras de dientes diminutos marcaron el punto máximo del bostezo. Luego cerró los ojos y pasó al sueño tan inmediatamente que no pude decir palabra.

¿Qué podría haber dicho? ¿Que llegaba de un viaje larguísimo, y no sabía nada? Que venía aterido de lugares inhóspitos, y con sed de saber, y ella me lo negaba: suspendido en el limbo del relato, del amanecer tan lejano como incierto, de mi propia existencia crepuscular.

La voz que surgió de la nave sorprendió sus oídos de metal, y le sobrecogió. No tanto por su volumen, ni por haber reconocido su carácter sintético, sino por la lejana lengua que portaba. A miles de kilómetros al sur una subrutina lingüística comparó y desechó una docena de idiomas hasta encontrar la clave. El sentido, un segundo más tarde, le llegó en oleadas:

—Ya seas un Hijo del Hombre o uno de sus servidores, yo te saludo en mi vuelta a casa. ¿Hay alguien más?

Bajó los brazos y dejó que las lejanas rutinas idiomáticas urdieran la respuesta en la extraña lengua:

—Yo también te saludo y, puesto que eres el que viene de fuera, puedo preguntarte yo primero: ¿quién eres y qué quieres? Aunque te anuncio que sólo he experimentado gozo al saber de ti.

Las complejas fórmulas de la antigua lengua ponían una suave envoltura a los pensamientos. De la nave contestaron.

—Te habla la *hermana* del piloto. Él duerme, y yo velo entretanto.

Los bancos de datos exhumaron los antiguos signos y le contaron: “hermana” era el nombre ritual dado al simbiote

electrónico cuando los humanos quisieron potenciar sus facultades sin renunciar aún al cuerpo. Las parejas hombre/máquina conectadas cerebralmente hicieron mucho por la expansión del hombre por el espacio. Pero de esto hacía una cantidad vertiginosa de siglos. ¿Podía aún quedar alguna? La voz del cuerpo plateado preguntó:

—¿Puedes despertar a tu hermano? Deseo hablarle.

—Cuando te detecté en la noche, pensé en hacerlo. Pero luego decidí que no: te pude palpar, Ser de Metal, con mis dedos de distancia, y sé que no eres lo que pareces. Quien suplanta una forma que no es la suya, no merece crédito.

—Escucha, Hermana del Viviente: no te equivocas sobre mi naturaleza, y sin embargo te aseguro que no hay nada en todo el planeta que más se acerque a tu durmiente, porque me anima un cerebro alerta que se esconde lejos de aquí. Despiértale, te digo.

—Escucha tú, Animal Duro: mi hermano está en el límite de su ser. Han pasado muchos años. Si le llamo, tal vez será la última vez que me responda. Quiero cerciorarme de la importancia que pueda tener. Conduce a mi emisario allá donde reside tu yo.

La nave emitió una burbuja dorada que permaneció balanceándose en la mañana.

—De acuerdo. Vuela en esa dirección —extendió el brazo de metal— hasta llegar al hielo. Allí se te franqueará el paso.

La burbuja partió con un estampido. El cuerpo plateado se puso en cuclillas y esperó, sepultando la cara entre las manos. Pasó el tiempo. Era el atardecer cuando se abrió la puerta de la nave y se desplegó la rampa. La voz le invitó.

—Sube y espera. El despertar es lento.

La visión del cuerpo desnudo le trajo recuerdos dolorosos. Contempló la frágil realidad de la piel, los poros diminutos, la casi imperceptible respiración. De la carne dormida se elevaba un aroma acre, semejante al que emanaba de los pantanos, y supo por qué en un momento determinado se había renunciado a todo ello. La presencia asombrosa del sexo, como un fruto arrugado, le despertó una sensación de vértigo. Esperó.

La pálida piel se fue tiñendo de color. Algunos estremecimientos recorrieron el cuerpo. Una finísima aguja descendió por un momento y buscó algo en el pecho del hombre. Los tubos y la placa craneal fueron desconectados y se perdieron a un costado. El humano se dio la vuelta y se dobló sobre sí mismo con un gemido. Unas manos invisibles le incorporaron un poco y un cojín le sostuvo la

espalda. Abrió los ojos. Sólo entonces se vio hasta qué punto era mayor y estaba cansado.

—Siéntate —el viejo ademán se unía a la fórmula familiar—. Simb me ha contado todo. Ha estado en los subterráneos de la Orla y ha visto todo lo que tú puedes ver. Ha estado delante de tu cerebro y la flor translúcida se abrió ante ella por un instante, en prueba de confianza. Luego me ha despertado. Ha hecho bien. Voy a morir pronto, y tampoco querría esperar más. La suerte me ha puesto delante al muñeco del último humano, y él tomará el relevo. He sido un viajero y he visto muchas cosas, algunas superiores a lo que podría soportar. Creí que el punto al que yo había llegado era el oportuno, y que seguir era dañino, pero ¿acaso no se cree siempre eso? Cada viaje me devolvía a una Tierra en la que sus habitantes se habían despojado más y más de su naturaleza, y por eso juré no regresar, y partí hacia el final del Universo, sólo para volver al cabo del tiempo y descubrir el vacío por todas partes, e ir sellando el final del Hombre. No encontré a nadie por el camino, y de vuelta a casa, estabas tú.

Hizo una pausa.

—¿Puedes reírte? Yo me río de lo que eres, pero con una risa nueva, porque no hay solución. ¿Por qué no atraviesan la superficie otros heterómatas como tú? ¿Están todos ocultos?

—Viviente —la voz tembló con respeto—. Los últimos de nosotros yacen en sus recipientes, como ya has visto el mío. Hubo una época en que recorrimos el mundo, cabalgando nuestros animales de acero, pero ya pasó, y lo mejor es que sea así. Nos sumergiremos en un rico sueño activo, que hemos alimentado con todo cuidado, y al menos no moriremos. Yo sólo quise salir una última vez, y ahora veo que no fue en vano.

—No es malo morir... Yo también celebro haberte encontrado. Tendré compañía —se arregló el tejido que le protegía en sus delicados pliegues. Toda una sección de la nave se abrió y el lecho del hombre y el asiento de su compañero se encontraron bajo las estrellas. A lo lejos gritó un ave nocturna. El hombre respiraba, dilatadas las aletas de la nariz, en un gesto animal, profundo.

—Voy a morir pronto —habló de nuevo—. Permanece conmigo hasta entonces. Pronto la debilidad me impedirá hablar, pero hay una historia que quiero contarte: quizá te enseñe algo. Y cuando no pueda más Simb tomará el relevo; ella sabe lo que yo sé —sonrió—. Dame la mano.

La Columna brillaba en todo su esplendor, iluminando levemente el paisaje a sus pies. La mano del hombre era como una delicada pieza de ingeniería remota entre las extremidades mecánicas. La voz empezó, segura.

—Pero quien no empezará hasta mañana seré yo —dijo ella—, si me lo permites.

—Por cierto que sí —contesté—, aunque debo pedirte un favor, y es el siguiente: al inicio de tu relato te has remontado hasta los albores de la humanidad, para desde ahí llegar hasta el momento de la acción. No desearía que ahora recordaras al primer saurio con alas, para pasar a la invención de los artefactos voladores más pesados que el aire, cuándo rompimos por primera vez la delgada membrana de la gravedad, la expansión por el sistema, milenios de exploración, y de ahí a la historia del Viajero. Tú sabes bien lo que yo sé, qué saberes poseo: lo que ignoro, dímelo, o implícalo en lo que vas contando, como hacen quienes tienen más arte, de modo que al final yo posea toda la historia. No eres una máquina de relatar (en cierto modo, ni siquiera eres una máquina), y aun una máquina efectiva tiene en cuenta las capacidades de su destinatario, y así no trabaja en balde. Quiero decir —me adelanté a su protesta con un gesto— que eres libre de adornar tu relato con cuantos detalles quieras (porque de ellos dependerá el efecto que tenga en mí), pero te ruego que no dilates en exceso el inicio...

—Sí —me interrumpió.

—...salvo que lo que en realidad quieras sea alargar nuestras deliciosas veladas hasta el infinito, retardando cada vez más el desenlace último, si es que lo hay.

—No lo haré —prometió.

Y de este modo, la noche siguiente me vio lanzado de pronto en medio de la acción.

II

...Son nuestros huracanes

Me desperté maldiciendo en altanés. Inmediatamente me gustó la lengua.

—Buenos días, hermanita —pensé.

La caricia de Simb me envolvió como una onda de calor. Suspendido entre el techo y el suelo de la cabina me estiré, desperezándome, sintiendo el placer del viaje por primera vez.

De pronto me asusté al verme colgado sobre el planeta, como una fruta madura solicitada por los brazos invisibles de la gravedad. Pero era sólo el ojo exterior de Simb que ofrecía la imagen, inédita para los míos, de Altan girando en el espacio, con el hemisferio nocturno vuelto hacia nosotros. En uno de los polos, una erupción señalaba su presencia con una chispa de luz. El resto estaba oculto por la noche.

—¿Dónde vamos? —pregunté.

Mi hermana rozó con sus dedos de platino un punto de mi córtex, y pude ver un aspa roja que señalaba una región del planeta. Me imaginé cómo sería abajo: Tyros en creciente, inundando todo con su suave luz violeta: mi nave como una estrella más.

Devuelto a la seguridad de la cabina (aunque en realidad nunca hubiera llegado a abandonarla), permanecí relajado, dejándome llevar por mis pensamientos. Simb estaría revisando mis constantes vitales, quizá afectadas por los largos años de hibernación, y hasta dentro de unos momentos no me permitiría bajar.

Y entonces, en los umbrales de la exploración, pensé en que comprendía a los que buscan armonías, o combinan letras o colores, pero que nada había comparable a la sensación de estar a punto de pisar las calles de una ciudad extraña, de una raza extraña, de un planeta extraño.

Repasé con placer las posibilidades de la lengua local, que Simb había ido destilando dentro de mí en las últimas semanas. Sé que es de necios admirarse ante lo habitual, pero no hay viaje en que no piense con admiración en el hombre dormido en la nave y su hermana recogiendo órbita tras órbita la lengua, las costumbres, la cultura del planeta, y depositándolo con amor en el cerebro del durmiente. Por pensamientos así soy un extraño, aun entre los míos, y por ellos soy también un explorador.

Simb me interrumpió delicadamente para advertirme de que podía disponerme a descender. Entré en la cámara de remodelación y la parapiel me cubrió como una lengua tibia, afiló mis pómulos, dotó de un pequeño movimiento a mis orejas, me dio nuevos colores. Luego me

ceñí el traje local, que Simb había creado cuidadosamente a partir de sus observaciones, y por último me entregó la bolsa, que tintineaba con perfectas réplicas de las monedas de la ciudad: piezas de cobre redondas, con un orificio cuadrado en el centro, y una preciosa moneda de plata, con la imagen de algún animal alado.

Me volví hacia el ojo del panel de mi hermana, y ella me proyectó mi propia imagen. Vi un altanés agraciado, la piel del morado suave de los varones, las membranas del cuello latiendo acompasadamente, y al fondo de los ojos, de iris gigantes, la chispa de mi propia mirada. Estaba dispuesto.

Sentí unos labios fantasmales que rozaban los míos: era la despedida de Simb. Penetré en la burbuja. Hubo un estampido, y me vi cayendo en la noche de Altan.

Cuando la burbuja se perdió en el cielo, Simb me indicó que marchara hacia la derecha, saliendo del bosquecillo que me cobijaba. Pronto llegué al camino. Atravesando siempre tierras demasiado inestables, o movedizas, los caminos de Altan son amplias plataformas de piedra que serpentean al dictado del relieve o del capricho de sus constructores, porque no es raro que se aparten de la trayectoria óptima para acercarse a un árbol, y desde luego huyen siempre de las rectas prolongadas para amenizar su trayectoria con una sucesión de elegantes curvas. Subí al camino, pues, y pronto pude adaptar mi paso al ritmo de las grandes losas de piedra, mientras aspiraba el aire frío de la mañana. Amanecía, y la luz naranja amenazaba devorar el violeta lunar.

Hasta muy cerca de la ciudad no encontré a nadie. Cuando ya divisaba las murallas y el castillo di alcance, con mi paso más ligero, a unos grupos de mujeres que portaban cestos de cras, la chirriante variedad local del caracol.

Al ponerme a su altura, y siguiendo la costumbre de su tierra, elevaron sus voces en un canto de salutación.

El extranjero que, tan de mañana,
lleva el camino de la ciudad,
hará buenos negocios, contentará su espíritu,
y enamorará a la mejor de las mujeres.

Sus palabras me alegraron el corazón, y me dispuse a responder. Mi hermana me susurró un verso de un poeta local, que utilicé como pie para la respuesta:

“No sé si Tyros huye”
porque el sol le disputa sus dominios,
o porque no resiste la armonía
de vuestros pasos sobre la piedra.

Campesinas, al fin y al cabo, no creí que reconocieran la cita, pero una de ellas, de membranas brillantes y canasto repleto, me dijo lo que tomé por un proverbio: “Quien un cuarto pide prestado, ni aun la mitad posee”. Un coro de risas rodeó la frase, y yo me sentí feliz.

Me emparejé con ella (es decir, al uso de la tierra, me situé dos pasos detrás y un poco a la derecha) y el resto del camino lo hicimos juntos. Un estúpido orgullo —porque el mérito, en cualquier caso, era de Simb— me hizo sentirme contento de mi porte noble, mis rasgos agraciados y vestidos elegantes —aunque no demasiado llamativos, esperaba.

Llegamos a las murallas, y las puertas ya se estaban abriendo. Tras hacer un sacrificio al sol, los guardianes se retiraban, dejando la puerta desprotegida. Al parecer sólo temían lo que pudiera venir de la oscuridad, y por un momento se me ocurrió que yo mismo era uno de sus emisarios, puesto que procedía de su seno. Fue así, con una sensación culpable y furtiva, como pisé por primera vez las calles de la capital. Mi compañera ya apretaba el paso para llegar a su destino, y yo me tuve que despedir.

—¿Dónde podré encontrarte? —pregunté. Aunque nos separaran miles de años de evolución, y todo apuntara a pensar que no había ninguna compatibilidad genética entre nosotros y ellos, me sentía atraído por mi bella desconocida.

En Altan las gentes del pueblo rara vez dicen algo directamente, o responden a una pregunta, sino que pronuncian frases elípticas que aluden al mundo de sus campos, o a fenómenos atmosféricos, dejando al que los oye el cuidado de referirlas a la materia que se dirime. Algunas de estas frases, sin embargo, por repetidas y esperables, son un enunciado tan transparente como cualquier otro. Pero ella me miró y sólo dijo:

—Quien ha perdido un blaco no mira en los farneros —ya sabía que el blaco era uno de los mamíferos domésticos, y probablemente

no gustara de las flores del farn, así que no me pareció inoportuna la respuesta, y me despedí con una sonrisa. No le pregunté el nombre, porque las mujeres de Altan no lo revelan más que al marido y a la mujer del último hijo.

Me perdí por las callejuelas y asistí al espectáculo maravilloso del despertar de una ciudad que nadie en la Tierra había conocido jamás, ni aun en simulación. Quedando, como quedábamos, pocos miembros de mi raza, y siendo el dominio de los Hijos del Hombre tan dilatado, podíamos dedicar toda una vida a descubrir cosas que ninguno de los otros conocía.

La vida que despliega un mundo extraño es una inagotable mina de sorpresas. Sabía que mi hermana, mejor que yo, registraba todo lo importante, a través de mis ojos, de mis oídos, pero no por ello dejaba de intentar retener cuantos hechos pudiera.

Sumergido, pues, en la marea de lo desconocido vi vendedores de frutos cuyos nombres ni Simb podía decirme, narradores de hazañas que por unas monedas deslizarían tu nombre en el interior de un antiguo poema épico, curanderos de dolencias ocultas que ellos mismos descubrían, y mujeres de la nobleza en exhibición pública, a las que sin embargo nadie miraría de frente, pues una poderosa prohibición las protegía.

Surgida de centenares de bocas, la lengua me iba envolviendo en su creciente complejidad. Como ocurre con muchos pueblos primitivos, tenían una palabra para referirse a las actividades personales obligatorias, enojosas y con las que se obtiene la supervivencia, y otra para las actividades libres, placenteras, curioso matiz que yo no sabía expresar en mi lengua.

Temeroso de alguna descortesía, a pesar de la vigilancia de mi hermana, vacilaba con frecuencia. Le pregunté a un vendedor por el precio del blaco que llevaba bajo el brazo, y al hacerlo utilicé el posesivo neutro *yi*, que sin embargo, y por tratarse de un animal privado de libertad, debía haber tenido la forma femenina (salvo que uno quisiera insinuar que en realidad había llegado a sus manos por medios turbios). Me deshice en excusas.

No sólo tienen singular y plural, sino un número utilizado cuando se habla de siete elementos. *Zort* es “vaso”, *zirte*, “siete vasos”, y *azort*, “dos o más vasos, pero no siete”. Si el interlocutor sonríe, hay que dirigirse a él en este caso séptuple. Y sin embargo, salvo en ello, poca importancia tiene entre los de Altan ese número: su

base de numeración es doce, como la nuestra, pero la forma irregular de los múltiplos de diez parecen sugerir un sistema anterior.

Gente muy susceptible, poseen gran cantidad de términos para expresar todas las vicisitudes negativas de la relación interpersonal, desde la ligera irritación por un motivo nimio (quizás imaginario), hasta el odio ligado al deseo de la muerte del otro. En el agitado tráfico de las calles, pronto pude identificar los más útiles.

Según me acercaba al centro de la ciudad que se llamaba igual que el planeta, aumentaban los puestos callejeros, con todo tipo de mercancías o juegos y un público curioso y apresurado. Eso daba lugar a multitud de incidentes, pues un altanés jamás *roza* a otro, y la serie de contorsiones, quiebras, saltos y advertencias a que obliga tal hábito es increíble.

En uno de los puestos descubrí un curioso juego, que recordaba haber visto practicar en épocas y lugares muy alejados: sobre una mesa había tres vasos invertidos; uno de ellos ocultaba una bolita. Un joven, a velocidad vertiginosa intercambiaba su posición, y aceptaba apuestas sobre la localización de la bola. Dejé jugar primero a Simb, que puso a prueba sus conocimientos sobre los nativos (con reflexiones como “si puso antes la bola en X, y cree que los demás piensan que está en Y, la pondrá en Z o en el mismo X”), con resultados dudosos, todo hay que decirlo. Después se dedicó a analizar en sus circuitos los movimientos que registraban mis ojos, con un éxito muy superior. Por último, jugué yo solo, y fue un completo fracaso.

Vi los puestos de venta de piedras, muy característicos, pues lo que se cotiza de ellas es que no se parezcan a otra cosa. Nada obliga mejor a un vendedor a bajar el precio que el comentario despectivo “parece un huevo” o “semejante a un cras, vista por este lado”, o incluso, el colmo de la desfachatez, “es igual que otra piedra que tiene mi sobrina”.

Ya que he mencionado el parentesco, diré que el incesto estaba cuidadosamente vetado (¿hay un rasgo que mejor defina a los Hijos del Hombre?), aunque ellos lo justifiquen por razones lingüísticas: “si alguien pudiera ser simultáneamente padre y hermano de su hijo”, dicen, “¿no habría una palabra para expresar esta doble naturaleza? No la hay, luego el comercio carnal con la madre repugna hasta a la lengua, que ni opina ni siente”.

Y en consecuencia, a partir de la pubertad la madre se cuidará bien de mostrar al hijo sus partes vergonzosas (que entre ellos, curiosamente, comprenden también los pulgares, porque les remiten al falo —que nosotros sin embargo identificamos con el dedo medio...).

Curioso y confiado, no vacilé en traspasar el umbral de una de sus tabernas (sé que es inexacto, pero ¿qué nombre dar a un establecimiento donde se venden exclusivamente bebidas y pequeños objetos rojizos?). El público se agolpaba en el mostrador, para luego, provisto de su compra, sentarse en uno de los bancos o desaparecer por la puerta.

Me acerqué a la mesa de piedra y pedí una bebida. Me la dieron, y me senté entre el gesto furtivo de los que trasegaban los licores más fuertes y la mirada vaga de quienes no tenían nada que hacer. Reconocí a un constructor, que trazaba dibujos en yeso, sobre el suelo, ante los ojos de su cliente; había un comerciante que musitaba cifras para sí, y también —lo reconocí al instante— un adivino. Estaba al parecer leyendo el futuro de un joven manco: hablaba en largas tiradas ritmadas, y cada una terminaba en la frase “Y no lo verás en mucho tiempo”. Pensé que se refería al brazo perdido, y no me pareció mal.

Si algo me atrae entre el confuso torbellino de oficios que me ha sido dado contemplar en un centenar de mundos, son los adivinos. Los había conocido que observan el vuelo de los insectos, o las formas del humo; copromantes duchos en interpretar los hedores más bajos; oniromantes (de escaso mérito, pues los sueños son transparentes); gentes que adivinan por los movimientos de los animales, o por el sonido de las semillas de los frutos o el rodar de dados, pero jamás había visto las fórmulas en uso en Altan, y eso me confirmó mi idea de que posiblemente todas las cosas y todos los actos son legibles para quien posee la clave. Este, por lo que parecía, observaba la turbulencia de la bebida suministrada, sus irisaciones, el ángulo del brazo del bebedor, el ruido de la deglución y con toda seguridad otros factores que se me escaparon.

Había acabado su declamación, entre muestras de contento de quienes le rodeaban; el manco, sin embargo, cabizbajo, puso a desgana tres moneditas sobre la mesa y luego, ante la ruidosa disconformidad de los presentes, una más. En ese momento dos brazos se elevaron para llamar al adivino: el mío y el de una joven que se sentaba, rodeada de parientes, sobre la alfombra central. Vi al adivino vacilar, porque la simultaneidad había sido clara, y mi rango era

evidentemente mayor que el de la joven, que sin embargo estaba situada debajo de mi nivel (“De dos que piden, da al más hundido”, dicen allí). Pero entonces ella, percibiendo el conflicto, hizo el gesto de desánimo y nos dio la espalda, con lo que el adivino se me acercó, cojeando.

Era un hombre ya mayor, o tal vez sencillamente doblegado por los pesares o las privaciones. Unos curiosos mechones de pelo blanco, que casi cubrían sus membranas, acrecentaban la apariencia descuidada. Le tuve que pagar por adelantado, y sostuvo mi vaso entre sus manos. Era una bebida lechosa, de agradable color, y nada siniestro vi en ella. Sin embargo, el adivino palideció al mirarla, y sus ojillos rodeados por millares de arrugas se fruncieron aún más. Me pidió que tomara un sorbo, y a continuación que mojara un dedo en el líquido y salpicara el suelo: cayó una constelación de gotitas que rodeaban una más grande, casi perfectamente circular. Se cubrió la cara con las manos, dejó mi mesa y paseó un momento por el local. Retornó, me devolvió el dinero, se quitó el anillo de la mano, y me lo dio susurrando: “Mío, no es”. Luego se marchó, advirtiendo a su alrededor (donde ya me miraban, sorprendidos):

—Que no eructe... Que no eructe.

Maldije esta vez, como nunca, el vicio altanés de hablar siempre mediante referencias a otras cosas. Consulté con Simb y a ella no le costó tranquilizarme. Si el adivino tenía un mínimo poder de percepción no podía haber dejado de notar que yo era un extraño. Y algo más demostraba que había debido sentir mi poder, porque el anillo que me había dado antes de irse, renqueando, del local, era el aro de oro y hierro de los nobles de Altan: por fuera metal oscuro, pero por dentro, donde debía tocar la carne, el metal precioso.

Caminé por las calles, me deslicé como una anguila entre los vendedores, bebí, jugué, compré un curioso puñal de mango afiladísimo y hoja roma (“precaución contra los malos deseos”, dijo el vendedor), uní mi marcha a la de los desocupados, reí con la mímica de un actor que se fingía río, y arrojé unas monedas en tributo a su mansa corriente.

Las calles de Altan hierven de apostadores. Son capaces de jugarse su dinero con cualquier pretexto: la forma de las nubes dentro de dos horas, el color del manto de la primera mujer que doble la esquina, qué migaja del suelo picoteará antes un pájaro; cualquier cosa...

Con frecuencia el simple transeúnte se convierte, bien a su pesar, en parte del juego. Avanzaba entre el río de gente y reparé en que un grupo me miraba. Supuse (con razón) que me habían hecho objeto de una apuesta. Sin saber exactamente en qué consistía ésta, llegue hasta su altura. Deseoso de darles una lección, les miré fijamente, luego batí palmas, agité las orejas, bizqueé los ojos y salté varias veces sobre el mismo punto. Luego supe que habían ganado quienes apostaron “no abrirá la boca”.

Fatigado ya (eran varias las horas que llevaba paseando), pedí a mi hermana que me indicara el punto del mercado en que los chirridos del cras se unían a las voces de las vendedoras. Vi ante mis ojos un plano de la ciudad y una línea roja que unía mi posición con el lugar al que deseaba llegar. Y ése habría sido mi recorrido, de no ser por lo que ocurrió.

Fue brusco, tanto que ni siquiera el cerebro alerta de mi hermana (capaz de detectar cualquier cosa que se me acercara a una velocidad peligrosa) pudo prevenirlo: en un segundo, el cielo se cubrió de un telón de nubes rojizas con reflejos de plomo; simultáneamente, el viento dominó las calles, volcó puestos y personas y aulló con mil gemidos. Comenzó a caer un granizo de piedras como puños.

Simb tomó mi control inmediatamente. Primero mis piernas se plegaron y luego, de un salto tan preciso y poderoso como yo solo no podría dar, me apartaron del centro de la calle, donde ya se desplomaba un minarete. Trastabillé al caer, mientras la tierra empezaba a temblar. Mi hermana me hizo dar unos pasos hasta una puerta. Bajé unos escalones y me encontré, ya dueño de mis miembros, en un sótano destinado, por lo que parecía, a casa de juegos.

Aunque apuesten por las calles y escruten la danza de los cubiletes, los hombres de Altan no se dan por satisfechos, y tienen lugares destinados exclusivamente a ligar sus posesiones al azar inconstante. Por alguna razón, eso les colma, y allí acuden no sólo con monedas, y documentos que afirman que las tienen, sino también con joyas, un plano de su casa o el retrato de la esposa, muy beneficiada generalmente por los pinceles. Lo ponen “en la cuerda”, como dicen allí (por la que al parecer rodeaba en tiempos la mesa de apuestas), y se lo juegan contra las posesiones del vecino, o varios en unión contra la casa: estos lugares del azar son propiedad del rey, y lo que él pierda en una de ellas fácilmente se recuperará en una docena más.

Y allí permanecen, hora tras hora, con los ojos clavados en la rueda que gira, en “la vela más lenta”, el juego de las pajas, o cualquiera de los demás altares en los que sacrifican a la fortuna. Y así estaban en ese momento, entregados a sus esperanzas, y ajenos a la catástrofe exterior. A un lado estaba, ya desierto, el círculo sobre el que habían caído revoloteando las ciento cuarenta y tres pajas doradas, y la pajita negra, para acabar posándose sobre esta o aquella apuesta dejada por un jugador. Pero ahora lo que atraía la atención de todos era el grupo de velas que ardía en el ancho tablero erizado de clavos: ganaría el jugador cuya vela se apagara en último lugar.

El juego daba la impresión de durar horas, y el resultado no debía de ser muy previsible, a juzgar por los repentinos chisporroteos y paréntesis mortecinos en que se sumían las llamas. Cada jugador (incluso, sorprendentemente, una mujer, que imploraba con manos extendidas en las que relucían dediles escarlata) exhortaba a su vela, y la mayoría se agitaban en un movimiento que recordaba el vaivén de las hojas. Casi todos musitaban algo, y pude oír al que tenía más cerca canturrear así:

Tiembla, temblad, mis llamas, y agítate en la fuga
 constante hacia lo alto: no abandonéis el pábilo,
 salta, ondea, restalla, pero no tengas prisa,
 administra la grasa que amasó el artesano
 en torno de la mecha formada de las fibras,
 del pabilero verde que crece en las montañas
 regadas por las aguas del Aro y sus afluentes,
 el Usor, de riberas cubiertas de pizarra
 el Eco, el Caro, e incluso el diminuto Piros,
 que corre cuando el año es rico en aguaceros,
 pródigo en nieves grandes...

—Perdona —interrumpí—, pero algo me dice que esta canción podría durar muchísimo, y que tú podrías recitármela íntegra, atesorada primero por la hermana del Viajero y luego vertida en los oídos de metal, y a través de ellos en tu amplio, insondable interior. ¿No podrías, más bien, glosarme su contenido, relatándome sólo las líneas maestras, algunos puntos que me permitan seguir su marcha general, sin necesidad de recorrer sus millares de versos uno a uno? Aún quiero saber en qué queda la terrible tormenta que se agita en el exterior de la casa de juegos.

—De acuerdo —y ella pareció entristecerse, por un momento—: no agradeces el esfuerzo de Simb, y el mío propio, por transmitirte el contenido de la canción altanesa. He recurrido a mis registros verbales más depurados, consumiendo esfuerzos y energías, para reintegrarte algo que al menos recogiera la intención del original. Por ponerte un solo ejemplo: habrás reparado en que en la canción he usado tanto el singular como el plural para hacer referencia a una única llama. ¿Qué podía hacer? Porque habrás de saber que en la lengua de Altan llama es siempre plural, ya que consideran que cada una tiene tres partes: la azulada, la amarilla y la invisible pero llena de calor.

»Hubo un tiempo, piensan en Altan, en que las llamas tenían sólo la parte azul, y temblaban y palidecían de frío, y entonces el fuego no daba calor, pero entonces una de ellas se desprendió del suelo (porque entonces las llamas eran libres, y saltaban a su antojo de una piedra a un estanque, y de ahí al tronco de un árbol). Se desprendió, digo, y voló hasta el Sol y le pidió que compartiera con ella su vestido cálido. El monarca, espléndido, se despojó de una de sus múltiples capas, y se la regaló a la llamita, que volvió y la repartió con sus hermanas. Pero cuando Tyros salió a la noche siguiente, llena de envidia sopló y sopló, y logró arrebatárselas la capa a todas.

»Por la mañana, la más atrevida de las llamas volvió a desprenderse, y llegó hasta una alta montaña (en la que no veía sino una llama lenta y formidable), a pedirle el secreto de su resistencia. La montaña le explicó que ella se sustentaba de la gran masa de tierra que reunía a su alrededor. Y desde entonces las llamas se aferran a la grasa, la cera, o la madera, aunque tiemblan y cabecean de miedo a ver los carrillos hinchados de Tyros sobre sus cabezas... Y todo esto es lo que sabe un altanés cuando al hablar de la llama utiliza siempre la forma de plural que no es siete. Es curioso —se detuvo y me miró—: ¿no te gustan las historias que hay detrás de las palabras?

La contemplé, cansado. Como cada noche, según su promesa, había estado hilando su respuesta. Y la trama de su relato crecía y se expandía, ocupando extensiones impensadas; pero la urdimbre era peor, porque iba y venía entrecruzando hilos apretadamente: la textura de la tela. Y luego quedaban los cabos de color, el auténtico dibujo, que yo sólo podría interpretar desde lejos, desde el final. Y entre medias, los adornos, los bordados, el minucioso remate de una

hojita, de una nube, de una vela... Y el propósito de ella parecía ser que recorriera hilo a hilo su prodigioso tapiz.

Y la canción, musitada hasta el extremo de que con frecuencia tenía que esforzarme para oírla, seguía y seguía, con la genealogía del animal de donde provenía la grasa, el relato de su sacrificio, la vida heroica del artesano que confeccionaba las velas, la magnanimidad del rey, que tenía escuelas donde se formaban arquitectos que hacían edificios que contenían locales donde podían arder a todas horas... Entonces hizo un inciso para hablar del fuego, y de las formas en que se conservaba o podía convocarse entre los hombres. Y comprendí que la canción podía seguir hasta el infinito, porque cualquiera que se fije en una cosa, en una sola, incluso humilde como una vela, puede ver a través de ella todo el universo, porque todas las cosas están ligadas unas a otras, y quien lo desee y tenga el pulso suficiente puede navegar por la red de canales que las unen, a bordo de una canción, o de un cuento. Y entonces comprendí dónde estaba la esperanza (y el error) del hombre que canturreaba, y que había puesto la gruesa cadena de oro sobre la mesa: que mientras su canción no terminara, la llama forzosamente debía continuar su danza. Y por eso ahora recorría la figura de la vela, alabando lo translúcido del extremo, los goterones que bajaban lentamente por los costados, y su robusta naturaleza, a la que llamaba columna de sus expectativas, tronco de árbol, falo bien erecto de un joven, para de vez en cuando volver al estribillo, “tiembla, temblad, mis llamas...”, que le permitía reflexionar y preparar los versos siguientes.

Esto es lo que hacía el jugador que tenía más cerca de mí, aunque ignoro qué sistema seguirían los otros, tras sus labios apretados, o en su constante movimiento de vaivén, pero nadie, sin duda, se limitaba a observar cómo ardía su vela, sin hacer nada más, porque en ese caso no jugarían.

Fuera, el gemido del viento y el choque del granizo no amainaban. En la débil claridad de la covacha podía ver que los hombres, incluso los que se limitaban a ver cómo otros jugaban, no parecían estar muy preocupados por la situación, lo que resultaba sorprendente, porque las lámparas oscilaban a causa del temblor, de la calle llegaban los crujidos de los derrumbes, y en el suelo los fragmentos de vidrio se mezclaban con objetos caídos.

Simb debía de estar controlando bien mis emociones, porque me sentía tranquilo y en guardia, y así permanecí, aun cuando me comunicó que iba a enviar la burbuja para recogerme. Me chocó el hecho, porque aunque en la programación de mi hermana el preservar mi vida es absolutamente prioritario, no creí que hubiera motivos para una retirada tan súbita.

En espera del aviso, di unos pasos por el local, alejándome de los tensos contempladores del fuego. Un grupo que jugaba a los dados, sin interrumpir su partida, hacía comentarios en mal tono.

—Los pedos del rey son nuestros huracanes —dijo uno.

—Y cuando escupe, mejor estar a cubierto —contestó otro.

La fuerza del totemismo en Altan, para ser una sociedad tan desarrollada, era increíble. Bien sabía yo que en el rey (“Guardián de la Naturaleza” era uno de sus títulos) descargaban la responsabilidad de cualquier catástrofe natural.

—Cuando el árbol tiembla, la hoja se menea —alguien puntualizó.

Efectivamente, la tierra tenía un movimiento suave pero continuo. Caía polvo del techo.

De pronto se hizo un silencio absoluto, se interrumpió todo movimiento. Hubo unos segundos de estupor, en los que contuve hasta la respiración. De algún punto del espacio brotó un sonido, como un acorde mayor. Fue aumentando de volumen, hasta llenarlo todo. Cuando pareció imposible de soportar, cesó bruscamente. Un viento helado recorrió la estancia y apagó, de un golpe, todas las velas.

Uno de los jugadores se puso en pie y proclamó:

—Ha muerto el rey.

Pensé fugazmente que en el universo altanés de alusiones cruzadas, frases proverbiales y todo tipo de retorcimientos de la expresión, acababa de oír el primer enunciado simple y directo. Y terrible.

Entonces me di cuenta de que me invadía la angustia, y un terror como nunca antes había experimentado. Di un grito mudo de auxilio, y entonces comprendí por qué. Había perdido el contacto con Simb. Estaba solo.

Los miembros de aquellas razas que no disfrutaban de la compañía de una hermana no me entenderán. Hace falta haber sido conectado a la edad de un año; haber crecido, madurado, adquirido los conocimientos en su compañía; es necesario haber descubierto el amor y el placer de la mano de una hermana para saber lo que significa. Sé

que nos acusan de simbiógamos, de mixtos, de casi-no-humanos. Nada nos importa. Los últimos milenios de evolución los hemos dedicado, no a la especulación vana, no al crecimiento sin meta, sino al desarrollo de eso que, por lo próximo a nosotros, no podemos llamar mecanismo, sino lóbulo cerebral independiente, archivo de saberes, brida de nuestro animal interior, carne de nuestra carne, hermana, en una palabra.

Y por eso mismo me sentí aterrado. Ninguna razón física, que yo conociera, podía haber roto el contacto con Simb. Ni aun sepultado bajo metros de plomo perderían su conexión los hilos de platino de mi cerebro. Y si algo hubiera destruido nuestra nave, ¿no quedaban réplicas exactas de mi hermana repartidas por el espacio, varias, sin duda, a mi alcance? No *podía* estar solo. Y lo estaba.

Noté cómo me crecía la angustia, sin freno. No había ya circuitos amigos que la desviarán, nadie me excitaría los centros del placer para calmarme, no escucharía armonías suaves que me distrajeran.

No es que yo sea un vicioso. Sé que entre los míos hay quienes se esclavizan de sus hermanas, personas que jamás abandonan los programas de placer, que dejan toda relación humana por un paraíso virtual, muertos en vida. Mi relación con Simb es normal, y por eso mismo no estoy preparado para abandonarla.

Lo que me salvó en ese momento horrible, y en los meses que se sucedieron, fue, sin duda, el instinto de supervivencia, que tenemos en común con el más bajo de los vivientes, pero también, estoy seguro, la curiosidad, el hecho de ser un explorador, una persona que vive en lo extraño, y que en ello encuentra su sentido.

Me enfrenté, pues, con lo que me rodeaba, y traté de entender.

Tristemente, los jugadores de vela retiraban las apuestas de la mesa, y por sus lentos movimientos comprendí que cada uno de ellos estaba convencido de que habría podido ganar. Se descorrían cortinas para que entrara la luz exterior, y alguno estiraba los brazos, como tras un largo sueño, y decía:

—Vienen días alegres.

—Fiesta del que Baja, Fiesta del que Sube, y para Lisán, la Fiesta del Círculo —corroboraba otro, al parecer animado por la expectativa.

—Alguien se moja el pulgar —canturreó, misteriosamente, uno; pero el siguiente lo aclaró:

—Ya tendrán el Libro abierto.

—Verás como te toque a ti —bromeó el primero.

Privado de mi hermana, no estaba tan desnudo como para no saber que la monarquía de Altan escogía sus candidatos por sorteo entre la población, forma extraña, pero seguramente no peor que la elección, que era la que regía entre nosotros.

—No será a mí a quien pillen vivo —fanfarroneó uno, dirigiendo la hoja de un cuchillo hacia su garganta.

Por el coro de voces que se elevó, parecía que, inexplicablemente, el cargo de rey era poco deseado. Sin embargo, no tuve tiempo para reflexionar, porque alguien observó: “¡Afuera! A ver cómo cae la paja”. Todos se rieron, y salieron, y yo tras ellos ascendí a la luz.

Las calles estaban llenas de gente, pero animadas por algún propósito concreto, que les llevaba a todos en la misma dirección y les hacía estirar los brazos señalando hacia arriba. Yo también miré, y vi cómo el castillo se agitaba con una multitud. Y entonces sonaron largas, graves llamadas desde la cumbre, y luego se elevó el griterío: “¡Ya bajan! ¡Ya bajan!”. A pesar de que había transcurrido poco tiempo, supuse que estaría relacionado con la elección del nuevo rey, y seguí a la gente.

Aunque la ausencia de Simb me había privado de casi todo mi vocabulario auxiliar, podía entender gran parte de las conversaciones que me rodeaban. Todos parecían contentos por los acontecimientos, y pensé que los gobernantes se cuidarían bien de rubricar el acontecimiento con fiestas y todo tipo de licencias.

Desemboqué, por fin, en una calle abierta. A lo lejos, el rumor de crócalos y tambores anunciaba la proximidad de un cortejo. Como la gente se apiñaba a ambos lados (relajando, por unos momentos, la prohibición absoluta de rozarse), supuse que se esperaba su paso por allí. Dudé por un momento si ganar una de las terrazas, con el fin de tener una perspectiva más amplia, pero decidí quedarme abajo. Hoy sé que me habría dado lo mismo.

Mentiría si dijera que había olvidado a mi hermana, pero lo cierto es que estaba cautivado por el escenario. El ruido bronco de centenares de pechos golpeados se unía a la melodía dulce de las flautas, y el chirrido de los collares de cras de las mujeres, ensartados vivos en largas hileras. Por alguna razón desconocida, entre el público había mujeres que daban la espalda al centro de la calle, quizás

indignas de mirar de frente a la comitiva, pero deseosas de participar en la fiesta.

Ya podía distinguir, a unos pasos, las primeras figuras del cortejo, cuando acerté a ver, enfrente de mí, al otro lado de la calle, la figura de mi bella compañera de viaje en la madrugada. Tal fue el alivio que me proporcionó la contemplación de una cara conocida, que, temeroso de perderla si esperaba el paso del desfile, resolví cruzar la calle. No sabía si me era lícito hacerlo (Simb, ¡ay!, me lo habría podido decir), pero me lancé.

Apenas había dado unos pasos apresurados (me encontraba en el centro de la calle), cuando cesó el estruendo de músicas, y una voz gritó el alto. Algo asustado, me paré y me volví hacia el cortejo. Una figura de flotantes vestidos violeta se acercaba hacia mí. Era una mujer muy bella, con la figura de Tyros en creciente, labrada en plata, reposando sobre el pecho. Al llegar a mi lado se detuvo. Quedamos, ella y yo inmóviles por un momento.

Rompió el hechizo otra figura desprendida del cortejo: un anciano que traía, abrazado contra el pecho, un viejísimo volumen. La mujer lo abrió y me miró a los ojos. Me crucé de brazos y esperé, sonriendo. Declamó así:

Esto es lo que el Libro dice
sobre el séptimo rey de la Era con Tres Lados:
“El extranjero ha perdido sus muletas plateadas,
desde el centro de la calle nos mira,
cruza sus brazos sobre el pecho
y una sonrisa alumbra su rostro,
que nadie verá mañana, ni en los días venideros,
porque será rey”.

Me tendió el libro abierto. Los trazos retorcidos de la antigua caligrafía recorrían el pergamino cuarteado por los siglos. Y allí se describía mi gesto, mi posición, y se anunciaba un terrible futuro. De pronto reparé en el primer verso, y grité:

—¿Y las muletas? ¡¡No he perdido nada!!

Pero ya nos envolvía el cortejo y, antes de que la negrura se cerrara sobre mí, cuando llamé a mi hermana en un alarido mudo, comprendí claramente las palabras.

Volví en mí sentado en el trono. Un velo tupido cubría mi rostro, dejándome ver apenas un salón vastísimo y unas figuras desdibujadas. Traté de incorporarme, y me encontré atado. Me debatí en las ligaduras, y la tierra empezó a temblar. Grité, y un viento furioso atravesó la estancia, sin mover ni un pliegue de mi ropa. Comprendí que las fuerzas de Altan tenían un nuevo guardián.

Poderoso, sin duda, aunque también frágil: respondiendo a mis pensamientos de ira y potencia, contemplé los pasos breves de un niño que se acercaba a mí. Llevaba en las manos una espada negra, y subió hasta mi lado. Con un esfuerzo, aferrando la empuñadura con las dos manos, levantó la hoja curva y la depositó suavemente sobre mi antebrazo desnudo, sujeto por las ligaduras. La dejó deslizarse: hendió mi carne con facilidad absoluta y trazó una línea roja. Otras dos veces repitió el gesto, levantó después la hoja, se inclinó hasta tocar el suelo ante mí, y se retiró. Colgaron la espada en el mismo salón, ante mis ojos, como diciendo: tú también puedes morir. No tardé en desearlo.

Pronto supe qué se me exigía: absoluta quietud sobre el trono, observación estricta de complejísimas reglas de comportamiento. Y lo peor no eran los catorce movimientos rituales del Desperezamiento, ni el ser alimentado por otros, sin que pudiera tocar la comida, ni el ver mi dieta limitada a carne de animales “grises, sin garras, y muertos por accidente”, sino las horas eternas en el trono, bajo la mirada atenta de la sacerdotisa lunar, o las drogas que favorecían mi quietud.

Obedecía a todo ciegamente, no sólo porque en ello me fuera la vida, ni porque siguiera confiando en el rescate de mi hermana, sino porque había comprendido los tremendos poderes de la clase sacerdotal de Altan. ¿Qué artificio infernal había ligado mis lágrimas, mis gritos o mi carne a las mareas, a los vientos y a las rocas?

Y así comenzó la época más terrible de mi vida. Sólo un factor ligaba la lenta sucesión de días, idénticos unos a otros: la niebla; las telarañas del velo que defendía a mis servidores del resplandor de mi rostro, la niebla de las drogas a las que estaba sometido constantemente.

Ni los sueños eran míos, porque todo era de Altan: una de mis pesadillas (me enteré más tarde) había volcado sobre la ciudad una horda de monstruos, mezcla de los horrores que mi mente había atesorado en cincuenta mundos.

Mientras exploraban mis necesidades y me educaban en el cumplimiento de mis deberes, con frecuencia sólo me quedaba el

recuerdo, y en él me sumergía, y en él rehice muchas veces mi vida, y volví a cabalgar sobre el cono de luz.

Cada explorador tiene su propio sistema. No es raro que éste se vea alterado por pequeños detalles cuando, a la vuelta a casa, encontramos esperando algún adelanto, cualquier innovación. Pero nuestra hermana, sea por fidelidad, o por algún otro sentimiento de difícil definición entre nosotros, sigue siendo siempre la misma.

La mía, Simb, tiene dos núcleos centrales: uno en mi planeta y otro en la nave que me alberga. Pero además están las unidades periféricas autosuficientes. Cada una de ellas es también Simb: quiero decir que todas tienen integrados los rasgos básicos de mi personalidad y que, llegado el caso, cualquiera podría unirse a mí.

La exploración es una labor dilatada. Las máquinas pueden llevarla a cabo sin problemas, pero los hombres tenemos límites: de velocidad, de tiempo. Cuando me imagino una partida desde casa, la veo así:

Una explosión. Brota un chorro de luz. En el extremo un cuerpo humano, suspendido entre la tierra y el cielo. Alrededor una masa mecánica, aunque no inanimada: mi hermana. El complejo se abre como una flor. Las unidades más rápidas se van perdiendo hacia adelante. Otras se alejan hacia los lados. La línea de luz se despliega en un cono. Penetra en el espacio.

Por así decirlo, las avanzadillas van rastreando el camino. Mi propia nave queda la última, rezagada, porque contiene lo más frágil de todo: mi cuerpo, mi cerebro, al que ni siquiera las incrustaciones de platino han podido convertir en algo distinto de lo que es: un conglomerado inestable de sustancias perecederas.

Como todas las unidades comparten el mismo ser, bien puede decirse que en esta fase mi hermana y yo estamos buscando simultáneamente por decenas de sistemas estelares. Mi nave se dirigirá hacia el primer lugar donde la búsqueda dé resultados positivos. Pero, ¿qué significa eso?

Cada explorador busca algo. Hay familias especializadas en ecosistemas, cuyas hermanas tienen almacenados siglos de información biológica. Otros se interesan por la geología, y cualquier peñasco muerto les proporciona materia de estudio. Yo les entiendo, pero busco otra cosa: inteligencia, vida organizada y consciente, del tipo que sea. Eso significa que, mientras algunos encuentran en dos

saltos campos de interés, yo debo pasar decenios de viaje inconsciente hasta lograr un resultado.

Lo más frecuente, al menos en la Galaxia, es encontrar humanos. Los Hijos del Hombre se han extendido como polen, y el estudio de los resultados tras milenios de evolución aislada es apasionante. Si hay una respuesta al problema del futuro del hombre, ésta aguarda en algún planeta desconocido.

El encuentro con otros seres no depara muchas sorpresas. Los colonos rigelianos abundan, pero no me interesan. Los insectos sociales, aunque evolucionados, son algo inferior a nosotros. A veces (Simb me lo cuenta, aunque nunca llega a despertarme) nos cruzamos en el espacio con un enjambre en expansión: la nave de la hembra reproductora, y las miles de navecillas de los acompañantes. Cruzamos un saludo de cortesía, pero nada más.

Yo espero otras cosas, y cuando cualquiera de las encarnaciones de Simb detecta señales de inteligencia (ya sean ondas de radio, o señales de caminos y construcciones) se movilizan los archivos, se rastrean noticias. Si consta que alguien de los nuestros haya visitado el lugar en el curso de los últimos siglos, sencillamente pasamos de largo. Si no es así (como ocurrió en Altan), la unidad detectora da la noticia, y se pone en órbita en torno al lugar. Mi propia nave se anima, y corre a su encuentro, mientras el resto de las unidades se acercan para apoyarnos, y sólo algunas continúan la búsqueda del siguiente objetivo, por si el descubrimiento fuera tan solo una falsa alarma. Altan no lo era.

Altan no lo era, y por eso yo permanecía encadenado, rumiando mis recuerdos. Yo era la vela encendida, inmóvil, y sólo agitada por la danza de mis pensamientos, mientras abajo todo un pueblo rogaba porque durara mi vida y se animara la llama que la coronaba: la melancolía del rey debía de extender un manto gris por toda la tierra, devorando los colores de las mejillas de las jóvenes, y mustiando las cosechas. Los días siempre amanecían plomizos, y de la ciudad sólo ascendía un rumor apagado.

Lo intentaron todo por alegrarme: a veces, aterrados músicos, al otro lado de una cortina, desgranaban melodías para mi solaz, o jóvenes danzaban solemnemente. En una ocasión tensaron una tela ante mis ojos y un hábil artista, escondido tras ella y dibujando volúmenes con la presión de las manos, reprodujo una historia de batallas. Otra vez, durante todo un día, un anciano jugó con un

martillo y una pesada bola de metal, lanzándola al aire y recibéndola con un nuevo golpe, y me dejó el cerebro claveteado por el ruido, en una suerte de trance.

Pero una tarde se sentó a mis pies una muchacha y, con buena voz, leyó de un libro leyendas de Altan: la boda entre Tyros y el Sol, o cómo un cras se logró comer una montaña. Descubrieron que nada como esto calmaba mis angustias, y a partir de entonces todos los atardeceres venía la lectora.

La biblioteca del castillo fue proporcionando sus frutos inagotables. A veces de los labios de la lectora salían palabras incomprensibles de alguna lengua antigua, pero yo reconocía por el ritmo y la música que se trataba de un poema, y dejaba que durante semanas brotara de sus labios el viejo cantar; y las oscuras rimas, y los fragmentos entrecortados y veloces que de tal modo agitaban la voz que me leía nunca dejaban de tener su efecto sobre mí. Otras veces me conmovía el acento de lenguas lejanas, que otros viajes y mundos muy distantes me habían hecho conocer, y revivía los momentos que había pasado entre otros seres, sin admirarme nunca, sin embargo, de cómo podían alcanzarme.

Pero ya giraban las estaciones de nuevo, y los altos ventanales se alegraron por el paso de las aves. En estallidos de actividad o de contento, el rumor de la ciudad ascendía hasta nosotros, la voz de mi lectora se hacía cantarina, o tal vez transcurría un poema alegre, y mi corazón se abría en paz por unos momentos: no podía amar a Altan, pero al menos había tregua.

Por eso, yo creo, un día, como un regalo de los cielos, habló la voz de la lectora en mi propia lengua. Leído en el viejísimo volumen, por debajo del extraño acento que lo hacía apenas reconocible, fluía, limpio (tras una frase críptica que tomé como un lema), el relato de uno de los míos: “La Nueva Lisboa que le había correspondido estaba a seiscientos kilómetros al norte”.

El cuerpo metálico se revolvió, inquieto, y reflejó la luz cambiante de la Columna. El hombre había callado, cansado por el esfuerzo, pero ya su hermana tomaba el relevo, y la mano de carne, entre las suyas, se aflojó.

Ella hizo una pausa y me miró, como esperando mis comentarios.

—Situación terrible, sin duda —le dije—. Y dilatada. El final se aleja, porque nuevas cosas van apareciendo, unas dentro de otras. No me importa. Sigamos: ¿qué dices que escuchó el cuerpo plateado de labios de la hermana del durmiente? ¿Cuál es el relato que alivió las horas vacuas de aquél que era rey a su pesar?

—Oh, esos viajeros —protestó con una risa—: eran conocidos entre los suyos por lo desmedido de su fantasía, por los numerosos adornos con que revestían cualquier mínima anécdota de sus exploraciones. ¿En serio te interesan esas... niñerías? Este pobre, con la lengua pegada al paladar y polvo en los párpados por siglos de desuso, ha encontrado al oyente perfecto en tu hermano de lata... (que además, nosotros lo sabemos, constituye su único auditorio posible). No, no —meneó la cabeza y me miró con pena—... Te propongo otra cosa: durmamos ahora, y mañana iremos de expedición. A cinco horas de marcha, hacia el Ala Norte, cerca del Pabellón de los Espejos, mis siervos han descubierto una trampilla oculta y unos toscos peldaños que descienden a un pozo del que brotan murmullos. Tal vez yo, con tu ayuda...

—Imposible —repuse—: durmamos, si quieres, y sea para ti el día de mañana, pues ese es el acuerdo; pero en la noche, como siempre, quiero que continúes.

III

La ciudad de la niebla

“Me tenté la cabeza y los pechos, por certificarme si era yo mismo el que allí estaba, o alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacía, me certificaron que yo era allí entonces el que soy aquí ahora”.

M. de C.

La Nueva Lisboa que le había correspondido estaba a seiscientos kilómetros al norte, pero en su mismo distrito, de modo que un trayecto normal en el Tubo le pondría a sus puertas.

El azar le sentó al lado de un *rodos*, o al menos de alguien que llevaba el pelo como uno de ellos, y le miraba con ojos muy abiertos. No tardó mucho en descubrirse como un asiduo del Caldo.

—Con ésta llevaré, si Dios quiere, diez veces que me mojo.

—Vaya...

—Sí, y además he quedado con varios amigos allí. Se mojarán unos en Nueva Lisboa II, otros en la III; hemos sincronizado nuestras entradas. Somos amigos de Salto. Saltamos juntos desde hace años, empezamos en Johannesburgo. Usted sabe, el I es el africano.

Sonia contestó que ésta era su primera vez. No mencionó los largos años de ahorro, ni la noche, hacía varios meses, en que ella y su marido arrojaron la moneda al aire (y con frecuencia pensaba que habría sido mejor perder). Pero su acompañante, con tantos saltos, ¿no sería un millonario?, o tal vez había ganado puntos de una partida para otra.

—Ah, pues es algo delicioso —le animaba ahora—, tan real. Y quien pueda procurarse algunas cosas, pues ahí tiene el *Ocho*... Allí no hay peligro, ¿sabe? ¿Cómo va a haberlo? Algunos alquilamos automóviles, incluso, y *corremos* —se frotó las manos—. Y luego el Juego, claro. He buscado la cartera —Sonia conocía la variante más antigua del Juego, “La cartera perdida”—, pero confío en que esta vez sea algo cooperativo, como “Detrás de Rita”; mis amigos y yo vamos a formar equipo. Tenemos una cita en un viejo bar: ¡tranquiliza saber que todo permanece como lo dejaste, salto tras salto! Pero a alguno ni le conoceré. Ya sabe; es como en el Paraíso: a lo mejor resulta que el bienaventurado de al lado es tu esposa, pero permanecéis ajenos. Más de uno ya habrá acumulado bonificaciones exteriores, y te lo encuentras más alto, moreno, con todo el pelo —y se reía tapándose la boca: no llevaba mascarilla—... Claro que si el sesgo es individual nos convertiremos en rivales.

El Tubo zumbaba y se notaba el olor acre de las grandes aceleraciones. Sonia preguntó, bruscamente:

—¿Duele?

—En ningún momento, lo más doloroso fue eso —y señaló su cuero cabelludo. No se veía, claro, pero allí es donde debían de haberle implantado, una y otra vez, las diminutas unidades de conexión—. No es dolor, es desconcierto, o algo parecido a la sensación de estar borracho, o entrando en un sueño. Uno ve las calles, la gente; puede tocar incluso una verja de hierro: está fría y dura. Pero uno sabe que no es de verdad... O lo sabe al principio; luego, todos nos olvidamos: ¡hay tanto que hacer!

XXI. ¿PUEDO HACER LO QUE QUIERA EN EL CAMPO?

Durante la simulación se suspenderá temporalmente la vigencia de determinados artículos del Código Penal (véase la relación adjunta). Esto tiene por objeto animar las incidencias del Juego, pero cualquier abuso que se cometa fuera de este marco conducirá a penalizaciones. Determinadas acciones dispararán el mecanismo de retorno automáticamente, sin perjuicio de ulteriores sanciones.

XXII. LO QUE HAY QUE OBEDECER

Cualquier indicación u orden que aparezca marcada con el característico resplandor azulado deberá ser cumplida lo antes posible.

Todas las pistas o indicios propios del Juego le llegarán por vía normal, y su seguimiento o no queda a la estrategia del jugador.

Sonia puso cara de concentración, esperando que fuera freno suficiente para su compañero de asiento, y recordó cuando, hacía veinte años, había comenzado el Campo. Puede que incluso presenciara por el canal la apertura de la Nueva Lisboa I, en Johannesburgo. Recordaba haber visto en la pantalla el colosal monumento de ingeniería que había sido su sede: la Columna, luego replicada a escala menor en cada una de las Estaciones.

Era la promesa del Bazar Común: mantener a los ciudadanos en conexión con los avances científicos, a través de atracciones abiertas a todos. Pero el Holocampo se había hecho muy popular: por escapismo, o lo que fuera (aunque no habían faltado movimientos en contra). Recordaba cómo se lo había explicado su padre: “Alimentan

el cerebro directamente, no a través de los sentidos. Electrodo, computadoras y cosas así. Han construido una ciudad en ninguna parte, y puedes recorrer sus calles y hablar con la gente”. Pero ella no había acabado de entenderlo.

Un poco por inercia, y un poco por temor, se dejó guiar por el *rodos* al abandonar el Tubo. El vestíbulo de la estación, dominado por las gigantescas H y C entrelazadas, estaba atestado. Había familias enteras, que acompañaban a los jugadores, reconocibles por el escaso equipaje, frente a la impedimenta más numerosa de los que esperarían fuera. Agentes del Campo esperaban en la salida a algún invitado especial que no acababa de llegar. Pequeños puestos vendían réplicas de la Columna y unas reproducciones de la ciudad encerradas en una bóveda de plástico, que se llenaba de niebla al ser agitada. Las pantallas estáticas ofrecían amuletos virtuales para proteger durante el juego.

—No los compre ahora —explicó su compañero—: cuestan menos en el interior. Aunque le advierto que si uno se acoge a todas las ofertas del Campo, le sale por una fortuna: amuletos, ropa, sueños..., ¡por no hablar de cosas más palpables! —se rió, significativamente, y le miró—. Claro, que lo que uno encuentra por aquí arriba, en los alrededores de la Estación... ¡Hay incluso cultos especiales, a la medida! Un día entré en uno de sus locales, ¡lo confundí con una vestiduría! —se reía, nervioso—. El sacerdote, agente, o lo que fuera contaba que el infierno es una realidad de la cual *ésta* es el primer nivel de simulación, como Nueva Lisboa lo es de nosotros.

—¿Y el cielo?

—¿El cielo? Hemos llegado —ante ellos estaba el elevador de la Estación de destino—. De eso no habló; y ahora me perdonará: voy a la mezquita a hacer mis ritos de entrada.

—¿Ritos de entrada?

—No pensará que me mojo así como así...

Sonia permaneció ante el elevador, dubitativa, mientras se acercaba el reloj a la oreja: le faltaba aún hora y media para su cita. Miró en torno, y decidió salir al exterior.

Dominada por la Columna, descendiendo desde la cima de la colina, se extendía en torno toda una ciudad: edificios del Campo, complejos comerciales, restaurantes, templos, hoteles, locales de

juego... Los acompañantes de los jugadores, o los simples curiosos, encontrarían sin duda muchas cosas que hacer a las puertas del mayor Parque de Atracciones del mundo. Abajo, junto al río, el brillo de innumerables vehículos marcaba el punto de acceso por superficie. Por fortuna, en esa hora temprana de la mañana había todavía poca gente por las calles.

La acera rodante le acercó a un grupo de edificios; pasó de largo por un café de estilo antiguo, y luego por unas tiendas con cerámica pintada de colores alegres. El aire lisboeta, o las referencias al Salto, lo dominaban todo, como era previsible. Decidió abandonar la acera y seguir a pie, entre las pequeñas tiendas. Tras una vacilación, entró en un local que ofrecía “Holofragancias”.

Para su decepción, el sitio parecía una simple perfumería, con estantes repletos de pequeños frascos, salvo por un cartel que recordaba: “El Campo no ofrece cobertura olfativa complementaria. Consígala aquí”. Una joven vestida de negro esperaba tras el mostrador.

—Pruebe uno de éstos —le señaló—. Están en el nuevo flujo; ya sabe: “Ponte comestible”...

Sonia sonrió y cogió un frasquito: “Canela”, decía, y el de al lado “Eneldo”.

—¿No ofrecen perfumes en el Campo? —se extrañó— Creía que aquello era como una feria, que había de todo...

—Pronto los ofrecerán —suspiró la joven—... En cuanto desarrollamos un complemento, al poco tiempo nos lo encontramos incorporado... ¿Qué nos van a dejar a la iniciativa privada?

Sonia se aplicó unas gotas de “Galanga”, y bruscamente levantó la cabeza:

—Perdóneme, pero ¿cómo se lleva uno el perfume?

La joven se rió.

—Como todo: ¿cómo se lleva uno un libro, o una medalla? Le damos una cápsula con la descripción del producto en el código del Campo, y usted la entrega en la Estación. Cuando aparezca al otro lado, se encontrará con el frasquito en el bolso, en el equipaje o donde sea. ¿Querrá uno?

Sonia sacudió la cabeza, le dio las gracias y salió de la tienda. Al lado, un local anunciaba la posibilidad de llevarse lectura al Campo: “Convertimos en un verdadero *libro* su grabación preferida”, decía el cartel del escaparate, y en letra más pequeña: “Por razones de homogeneidad el Campo no tolerará la introducción de obras

posteriores a 1954”. Una tienda de Salud vendía pastillas “contra las náuseas de las primeras horas de Salto”.

Alejándose de la vía principal, unas escaleras bajaban a lo que en principio tomó por un centro de deporte. El friso cuyos motivos había tomado de lejos por ejercicios físicos, representaba en realidad cuerpos que se retorcían en diversos estadios del sufrimiento: saltando entre las llamas o inverosímilmente estirados hacia una esperanza que el artista no había querido representar. Y el presunto atleta que presidía triunfante todo el conjunto exhibía una aureola que enmarcaba un rostro familiar, serio y enjuto.

Una placa de piedra que remataba un monolito negro clavado en el césped rezaba “Catedral”. Debajo brillaba un cartel. Curiosa por el encabezamiento —“Católico, defiende tus derechos en el Campo”—, Sonia comenzó a leer:

La autoridad del Holocampo, en cuyo interior se ofrecen sin rebozo todo tipo de perversiones, se niega sin embargo a programar cultos católicos en las iglesias de Nueva Lisboa, que pertenecen mayoritariamente a esta confesión. El Holocampo ha pedido al Vaticano una elevada cantidad por la incorporación de cultos regulares, pero somos de la opinión de que debería proporcionar ese servicio, igual que satisface otros muchos.

Recordamos a nuestros fieles que, como ha confirmado la reciente Encíclica “De re simulanda”, todos los actos que constituyen pecado en la vida real lo son también si se realizan bajo simulación, y muy especialmente los actos de lujuria e ira, cuya comisión de tal modo fomenta el Juego. Por dicha razón es tanto más importante contar con auxilios espirituales.

Así, la confesión a un sacerdote real integrado en el Campo tiene todos los efectos del sacramento, mientras que deberemos considerar la comunión en dicha situación como una modalidad excelsa de comunión espiritual. La misa dominical, precepto de obligado cumplimiento *incluso para personas incorporadas al Campo*, tendrá validez para quienes asistan a una simulación autorizada por las autoridades eclesiásticas.

Católico: dirígete con nuestras peticiones a tu autoridad local del Campo y, si vas a realizar el Salto, no

olvides elevar una oración por este propósito en cualquiera de las iglesias de la ciudad fantasma, que por sus vicios más bien debiera llamarse Nueva Babilonia.

Al parecer, el poderoso Holocampo no sólo le provocaba problemas a los fabricantes de perfumes... Con la imagen de un templo irreal, de velas perpetuamente encendidas y habitado de sombras, se alejó de la iglesia.

Detrás de la Catedral, y extrañamente al margen del colorido y las ofertas del entorno, había un parque pequeño y silencioso. Se sentó entre los árboles, contemplada por la figura descollante de la torre. ¿Qué contendría?, pensó. ¿Los millares de cuerpos, apilados uno debajo de otro?, ¿la compleja maquinaria que gestionaba todo el sistema? Posiblemente por motivos de seguridad, nunca se había informado de su función exacta y, por supuesto, no recordaba haber visto jamás una imagen de los tanques.

Estiró la mano y arrancó una hoja de un arbusto. La plegó sobre sí misma una vez, dos, y por fin la destrozó con la uña del pulgar. Se quedó mirando los dedos, pringosos. Debía de estar muy nerviosa.

—Señora, por favor —la voz le sobresaltó, porque no se había dado cuenta de la presencia del hombre: agitaba unos mechones lacios sobre un cráneo casi calvo, y mostraba una vieja fotografía—: ¿va al Caldo? Por favor: búsquela. Es mi mujer. Dígale que está perdonada, pero que vuelva; por favor.

“Lo que me faltaba”, se levantó Sonia, “Ahora un loco”. Comprobó la hora y tomó la acera rodante de vuelta.

XXV. ¿QUÉ DEBO LLEVAR?

Todas sus pertenencias y objetos personales los entregará a la Sección de Custodia de la Estación, y le serán devueltos al finalizar el Juego. Ello incluye todo elemento móvil de su equipamiento anatómico (gafas, prótesis, pesarios, etc.), y por supuesto cualquier objeto material de devoción, tal como medallas, etc.

Durante el tiempo de Holocampo, usted permanecerá desnudo en el interior de un fluido aislante y nutritivo. No es, por tanto, necesario que traiga consigo ningún elemento de equipaje más allá del que utilice para el viaje hasta nuestros locales, y retorno. Se recuerda, no obstante, a los usuarios varones que durante el tiempo subjetivo de Campo su barba

habrá crecido el equivalente a 2-3 días normales, por lo que es aconsejable venir provistos de crema o dispositivo depilador para adecentamiento tras la salida.

La acera serpenteaba y ascendía entre edificios, hasta que salió a una explanada abierta, enfilando directamente hacia la base de la Columna. Se acercaba una bifurcación, y se movió a la banda que indicaba en varias lenguas: “Estación de admisión. Sólo Jugadores”. Al fondo, el rectángulo negro de la entrada se hacía cada vez más grande. Encima de él un gran mural ofrecía la enseña del campo: una silueta humana que al atravesar la Columna se desdibujaba en una nube de puntos. De golpe eso le hizo recordar lo que iba a sucederle. “Es absurdo tener miedo”, pensó, “lo han hecho cientos de miles de personas. Hasta niños, como premio de fin de curso...” Pero sentía el corazón encogido.

Colgó sus ropas en la percha, y metió todo en la pequeña cabina. Luego se puso la bata de sencilla tela blanca que le esperaba. Se abrió la otra puerta del cubículo, y unas flechas móviles en el techo le guiaron hasta una cabina con un monitor en la pared. Se sentó frente a él, una mujer le dio la bienvenida desde la pantalla, y ante sus ojos desfiló de nuevo el texto del Contrato.

Firme con las palmas de las manos contra la pantalla y repita en voz alta: “He leído las condiciones del Contrato y acepto todas sus cláusulas [pausa]. Libero a la Organización Nueva Lisboa de toda responsabilidad [pausa] por cualquier daño que pudiera recibir en el curso de la conexión, simulación o retorno” [pausa]. Gracias.

Tras repetir como un eco la última de las palabras —“retorno”—, aplicó las manos al cristal templado y esperó el fogonazo.

La póliza automática de seguro, que la Autoridad del Holocampo suscribe con la Sociedad Damocles, ya ha sido girada a sus herederos legales. Tiene derecho a dejarles registrado un último mensaje, de medio minuto, que les será transmitido en caso de aplicación de las condiciones de la póliza. Hable ahora.

Sonia pensó brevemente:

—Vete a la mierda —le dijo, hacia el futuro. Y aún sobraron muchos segundos.

Le recordamos que su Contrato le garantiza una cobertura textil y objetual estándar, que ahora puede completar escogiendo entre una oferta suplementaria de vestuario y objetos. Ante sus ojos va a pasar el catálogo de modelos. Junto a cada opción figura el precio. Indique su elección, y no se preocupe por tallas ni medidas, que se ajustarán automáticamente.

Le ofreceremos también un conjunto de amuletos agnósticos, de acuerdo con el perfil que nos ha suministrado, pero si desea acceder a los de alguna confesión específica, solicítelos.

Todos los elementos han sido creados por acuerdo entre la Autoridad del Holocampo y prestigiosas casas de moda, con la colaboración, en su caso, de las autoridades religiosas.

Según nuestros registros, usted no ha elegido ninguna de las posibilidades comprendidas dentro del Apéndice 8. Está usted ante la última oportunidad de hacerlo. Tiene treinta segundos para solicitar este servicio. Durante este lapso le ofreceremos una breve sinopsis de las creaciones disponibles. Y recuerde que obtendrá seguridad absoluta y satisfacción real.

De acuerdo: ha renunciado por su propia voluntad al acceso a los servicios descritos como Apéndice 8. Y ahora, si ha traído del exterior algún complemento, introduzca la cápsula en el zócalo inferior. (Todo producto no homologado por la Autoridad del Holocampo será automáticamente rechazado).

Suspendida en el tanque. La mascarilla ajustada a la cara. Los arneses de sujeción. Los cables surgiendo de la cabeza. La oscuridad absoluta. Tras el acallamiento de su propia respiración ansiosa, el silencio más completo.

De pronto, cuatro líneas rojas que esbozan una perspectiva. Del centro surgen puntos que se acercan por los lados hasta desaparecer por detrás. Sensación de movimiento. “Está andando por una calle. Mírese las piernas”. Obedece, y ve dos líneas articuladas que remedan la acción de caminar. “Ajústese a su ritmo”. Sintiendo un poco personaje de dibujos animados, lo hace.

La escena ha ido cobrando alguna realidad. En vez de las líneas crudas se reconocen siluetas de edificios. El plano que se extiende ante ella se va poblando. “Eluda ese bulto de enfrente. Bien. Deténgase, gire, y empiece a andar en dirección contraria”. Todo gira, y la alta torre de la derecha queda ahora detrás, a la izquierda. Ya se ven las siluetas de los coches circulando por la calle. La escena va ganando en precisión, en detalles, y ahora el efecto general es como el de una fotografía muy contrastada. Hay un momento de temor.

“¡No vacile! Siga andando al mismo ritmo. Va a entrar del todo. Tiene por delante una veintena de metros sin obstáculos. Sonido”. El rumor del tráfico, las bocinas, ruido de gente que empieza suave y crece hasta parecer atronador después del silencio del tanque. “Olor”. Le cuesta un segundo identificarlo: petróleo..., no: gasolina, claro, ¡y tabaco!, y algo comestible, dulce. “Tacto”. Y el reloj en la muñeca, la sensación de ropa pesada, frío en la cara. “Mírese las manos”. Se mira las manos, las gira, a un lado y otro, flexiona los dedos y por último junta las palmas. Se reconocen. “¡Dentro!”.

Parada en mitad de la acera, la calle poblada, al fondo la plaza abierta. A sus pies, el complejo dibujo de adoquines del pavimento. Naturalmente, sabía donde estaba: Lisboa, 1954.

Empezó a andar con la extraña sensación de que no llegaba a tocar el suelo (aunque sintiera el peso de su cuerpo sobre los talones), de que sus pies se detenían a medio milímetro del pavimento, y que flotaba como sobre una niebla que cubriera las cosas.

Miró con curiosidad, unida a una cierta repugnancia, las caras de los que pasaban, y alguno le devolvió la mirada. Avanzó con temor, preocupada sobre todo con la idea de no *rozar* a nadie. Un ligero nerviosismo le arrojó por los intersticios del tráfico humano, labor no tan difícil como pudiera parecer, porque en Nueva Lisboa nadie se toca. Pensaba quizás que la herida fresca del contacto con otro humano, sobre el olor, sobre los ruidos, podría disparar de algún modo la suma complicada de mecanismos que hasta ahora le estaban

manteniendo a flote. El corazón le latía fuertemente, y levantó la cabeza.

Un letrero luminoso centelleó, con el inconfundible azul-Campo, llamando su atención. “RECUERDE”, brilló, para apagarse de nuevo: “SÓLO ES UN JUEGO”, y cambió al anuncio de un viejo Porto. Estaba sola.

—¿Cuántas noches llevamos de esta manera, metidos en tu relato?

—¿Te preocupa; o es algo que te importe? —ella me miraba— Fíjate en que por largo que sea el tiempo invertido, más dilatado es el que recorreremos de la mano de las historias.

—...Que, a propósito, cada vez se alejan más de nosotros. Vamos hacia el pasado, y no sé cuándo nos detendremos...

Se rió:

—¿Y por qué habríamos de hacerlo? Escucha: las historias son infinitas, y un narrador bien dotado de memoria o de imaginación podría proseguirlas año tras año, sin acabar jamás. Yo —me miraba, divertida—, creo que no carezco de ambas cosas.

Me incorporé.

—¡Me engañas!, y estoy feliz porque por una vez te he sorprendido en un intento de confundirme. Las historias son infinitas, pero ésta no, porque noto que todas sus partes apuntan hacia un fin, aunque aún no lo conozca. Tu intento de ocultármelo me alegra, porque da motivos para la esperanza.

—Si así lo crees, bien está —dijo.

Arrancó, de pasada, una hojita de un breve seto, la estrujó entre sus dedos y se la acercó a la nariz: le llegó el fresco olor de la clorofila. Se limpió los dedos, ligeramente pegajosos, en su mismo abrigo. Ella no lo sabía, pero treinta mil registros de comportamiento de materiales se habían movilizad para aportar información sobre resistencia, límites en elasticidad y modos de fractura de la unidad “hoja”, la cual —no hay ni que decirlo— no existía como tal, sino en forma de descripción estructural; la misma que, cuando se le requirió, excitó un determinado aroma en el córtex olfativo, indujo una presión en los dedos y, al ser arrojada al suelo, se perdió en realidad en una nada pavorosa.

Esperaba el equipo mínimo, porque no había comprado nada en la cabina, y así era: le habían puesto unos pendientes rojo coral, de bastante mal gusto, y a modo de alianza un grueso anillo de oro y

hierro. “Vaya”, pensó, “ni aquí voy a librarme de mi matrimonio”. No llevaba equipaje, sino tan solo un bolso de mano. Se hizo a un lado, junto a un escaparate, y registró el contenido. Un viejo pasaporte con un nombre ficticio. Trató de memorizarlo. La fotografía se parecía lo suficiente al rostro que podía ver reflejado en el cristal, y éste a su vez al que en estos mismos momentos yacía en el tanque. Más cosas: una estilográfica (no *podía* haber sido un bolígrafo, pensó, excitada); un frasco de píldoras, la etiqueta casi ilegible por el roce. El pañuelo, de tela. Unas cerillas (pero si no fumo, pensó, divertida: ¿o aquí sí?). La caja mostraba el dibujo de un personaje absurdo: un fósforo cabezón que conducía un automóvil deportivo.

También había un pequeño paquete de útiles de aseo. Al fondo de la cartera varias monedas, una de ellas aparentemente de plata, con la imagen gastada de algún animal alado, y letras ilegibles. Y luego algo interesante: un buen fajo de billetes. Suspiró aliviada. Recordaba casos de personas lanzadas en medio de Nueva Lisboa sin documentación ni dinero, que debían resolver su propia supervivencia antes incluso de pensar en el Juego.

Y, a propósito: pronto tendría que llegarle algo que le indicara en cuál de ellos se podría integrar. ¿Qué sería? Esto le hizo plantearse de pronto el problema de la lengua, aunque era absurdo que eso no hubiera sido tenido en cuenta. De todas formas, además del ruso y del japonés de su madre, siempre tenía el inglés científico y hasta nociones de portugués, porque nadie de su edad podía haber estado totalmente al margen del interés renovado por el idioma a que había dado lugar la apertura de Nueva Lisboa. Con cierto orgullo, había reconocido ya algunos letreros, y a su lado, entre la gente que se apresuraba en el frío atardecer, no había oído otra lengua.

A la espera de algo, pues, tendría que obrar como un viajero más. Decidió que tenía la mayor parte del equipaje en Cascais, y que iba a pasar algunas noches en la capital. Había bajado hasta la red ordenada de calles que desembocaban en la Plaza do Comercio y tenía dos opciones: hacia la izquierda, el Castillo y Alfama o hacia la derecha, también cuesta arriba.

Módulo de respuesta a saludo

(transcripción narrativa del código base para archivo)

[recepción de emisión previa]
{análisis} {datos contextuales}

```
{semilla aleatoria}
[elección dirigida]
```

opciones

∅

Hola

¿Qué tal?

¿Cómo está?

(Muy) buen <periodo del día>

¿Qué desea (ba)?

¿Quería?

¿Sí?

```
{si hay iteración, nueva semilla,
vuelta a elección}
```

```
[paso por subrutinas de concordancia]
[paso por subrutinas de entonación y
tempo]
[salida]
```

En la plaza Luís Camões le atrajo un hotel que debía ser viejo incluso desde la perspectiva mediosecular. Penetró por una tortuosa puerta giratoria y se encontró en una recepción oscura, al fondo un mostrador y un hombre que la miraba. Avanzó hacia él, pensando que por vez primera tras el Salto iba a comunicarse con alguien, y que no sabía si se trataría del eco de un ser real (un operario del Campo, o incluso otro jugador), o si era uno de los miles de seres ficticios que poblaban la ciudad. Y es más: no tendría medio de saberlo...

—Hola —dijo.

En una centésima de segundo el sistema de comunicaciones calibró su personalidad, el momento del día, hizo una pequeña elección aleatoria, la ajustó y escogió en el módulo general de respuesta; mientras tanto el componente praxiológico asignaba una emisión de acuerdo con la naturaleza y la circunstancias del hablante. La forma fonética definitiva pasó al componente fisiológico, se enriqueció con algunos detalles, y por fin se produjo la emisión.

—Hola. Buenas noches —contestó el hombre, y saltó una diminuta partícula de saliva—. ¿Deseaba una habitación?

Había habitaciones libres, y pidió una grande, hacia el exterior, en el último piso. Esperaba algún botones, pero el viejo que le acompañó en el tembloroso ascensor no podía entrar en esa novelesca

categoría. Lo que más le impresionó fue el baño: el bidé, ¡las siete toallas, cada una de un tamaño! Volvió al dormitorio y se sentó en la cama, con una gran sensación de cansancio. Cerró los ojos.

El cuerpo sumergido en el tanque tenía una postura similar, no idéntica. Respiraba también suavemente, mientras un haz electrónico le excitaba un leve olor a naftalina y madera vieja. Una subrutina inducía la presión y la resistencia del colchón bajo los muslos, de acuerdo con la postura del cuerpo. El sistema de tráfico del Control Central notificaba cada coche que pasara bajo su ventana, de forma que el ruido amortiguado e incluso la vibración de los cristales fueran excitados puntualmente en el córtex auditivo. Más lejos, el Subsistema de Juego propiamente dicho se aprestaba a introducirle en alguna de las competiciones que se desarrollaban simultáneamente en Nueva Lisboa. Para ellos no existían personas, sólo elementos significativos (¿estilográfica, pastillas?), y piezas humanas que mover en interrelación con otras. Pero todavía no: los registros biológicos y encefalogramas indicaban tensión. Mejor un descanso.

Sonia abrió los ojos. Se sentía como enferma del vientre: pesada, sucia, casi impura. Le molestaban los olores y la luz fuerte. Se desnudó y se metió en la cama. Pronto estuvo dormida.

V. DEL CUERPO VIRTUAL Y SUS DEBILIDADES

Las náuseas son algo normal en las primeras fases de entrada en la simulación. Por razones fácilmente comprensibles, hay funciones fisiológicas cuya integración en el Campo ha sido soslayada: el sistema tanque asistirá, durante los periodos de sueño inducido, a todas las necesidades, incluida la nutrición. Sin embargo, algún consumo suave de alimentos o bebidas será factible en todo momento.

Toda actividad sexual no controlada durante la simulación, incluyendo el autoerotismo, está desaconsejada. Sin embargo, véase el Apéndice 8.

Se despertó sintiéndose muy bien. Recordó, como entre telarañas, haberse levantado en la penumbra y haber practicado una deposición principesca, como hacía tiempo no disfrutaba. Súbitamente fue consciente de dónde estaba, y le recorrió un escalofrío. En el baño, se miró con sospecha en el espejo: era ella, no había duda. Se vistió, mientras un pensamiento recurrente le rondaba: “Tengo que comprar más ropa; no puedo estar todo el rato con esto”.

El comedor estaba en la primera planta, y poco habitado cuando bajó a desayunar. Escogió una mesa al lado de la ventana: abajo, entre la niebla, se movían las masas prismáticas de los tranvías, y transeúntes como sombras. El camarero se le acercó, sonriente. ¿Qué deseaba de desayuno? Y ella sacó del fondo de su memoria ese sonoro monosílabo que se refería a la más asombrosa de las bebidas: “Cha”, té.

Le trajeron una pequeña tetera plateada (¡o de plata!), con un diminuto colador a su lado; un azucarero, cuencos con mermelada, una bandejita con rizos de mantequilla, una cesta de tostadas cubiertas por un paño blanquísimo, y otra con croissants. La mesa quedó completamente llena, y ella se sintió excitada, como una niña: ¡era, hasta tal punto, la expresión de una época diferente, con abundancia de todo, e incluso de tiempo para disfrutarlo! Tomó una taza de té, aromático y ardiente, y picoteó, pero sin hambre, de aquí y de allá. “Bueno”, pensó al final, mientras se limpiaba los labios y se servía otra taza de té, “por lo menos no es un desperdicio dejar esto: no existe...” El camarero se le acercó:

—Una llamada, señorita —y señaló un ángulo del salón.

Con un escalofrío se levantó; tras una vacilación retrocedió para coger el bolso y se acercó al enorme aparato negro. Levantó el pesado auricular y preguntó quién era. El Juego había comenzado.

—Ahora no importa —contestaron al otro lado—. Mire: tenemos serios indicios de que, sin saberlo, usted ha actuado como transporte de algo... algo que ahora le van a reclamar, o le van a quitar, tanto si usted quiere como si no. Con suerte puede que hasta le hagan un regalito, por el servicio involuntario que ha prestado. Pero le proponemos algo mejor: dénoslo a nosotros. Le recompensaremos espléndidamente.

—Pero, ¿qué es? —Sonia no pudo contenerse.

—No importa —hubo una vacilación— nosotros lo encontraremos: está con usted —una pausa más larga—, pero si lo localiza no haga uso de ello. Se lo recomiendo: viene a una concentración muy elevada. ¿Tiene dónde anotar? Le voy a dar un teléfono. En cuanto se decida, llámenos. Pero le recomiendo que lo haga pronto.

Subsistema de Juego

Protocolo automático de asignación de rol
[transcripción narrativa del protocolo para archivo]

JUGADOR: NLIIII-3847689
Perfil psicológico: Pasivo, inquisitivo moderado, dubitativo
Rol sugerido: estímulos primarios, posibilidades de elección acotadas
Revisión de los roles disponibles en el momento
Decisión: Rol FH/7, "Correo involuntario"
Objeto: [+portátil +divisible +destruible]
Inserción en juegos: I "La tercera pista" (obl.); II "Una mala pasada" (opc.); III "Detrás de Rita" (opc.)

En cuanto hubo repetido las cifras, colgaron, sin una palabra de despedida. "Mierda", pensó, "Y ahora voy a tener a no sé cuánta gente detrás de mí, buscando qué sé yo qué..." Súbitamente reaccionó, de pie, junto al teléfono, en la esquina del comedor: "Está bien", casi dijo en voz alta, "Si hemos de jugar, juguemos".

Subió a la habitación con una idea en la cabeza. Se cerró con llave y volcó sobre la cama el contenido del bolso. Revolvió entre las cosas, recordando: "viene a una concentración muy elevada". De pronto se sintió iluminada. Abrió el frasco de píldoras: eran unas cápsulas gelatinosas, pero rasgó una y del interior salió un polvillo blanco; tenía que ser eso. Por extraño que pareciera, había habido una época en que algunas sustancias químicas ilegales habían sido objeto de un tráfico muy intenso. Recordó una de las variantes de trama que circulaba por el Juego: se ponía algo en poder de uno de los jugadores, y otros debían conseguirlo. Cabía también la posibilidad de que lo que uno tuviera fuera un simple señuelo, y en ese caso... ¿qué hacer? Se sentía cada vez más irritada, y se repitió: "Si vamos a jugar..."

Guardó de nuevo todo en el bolso, y se echó a la calle.

Al principio se sintió en la obligación de volverse de cuando en cuando, para ver si era seguida, pero pronto se sintió ganada por el ambiente: hacía frío, y una débil neblina desdibujaba las cosas lejanas. A su lado pasaban, apresurados, muchachos con cestas de comestibles, vendedores de periódicos, chicas con curiosas faldas estrechas, charlando animadamente, caballeros ceñudos con bastón y sombrero, y todo el conjunto cuidadosamente coreografiado que había dispuesto Paisaje Humano.

JUGADOR: NLIII-3847689
ROL: FH/7
JUEGO: "La tercera pista"
variante: 1/77, estr. F
TIEMPO: 1.325
PUNTUACIÓN: 0

ATRIBUTOS:

anillo	moneda
pasaporte	pastillas
cerillas	nº teléfono
esc. 35.504	...

Se perdió en la red de calles, y al poco rato se encontró molesta. Miró en torno, con una sensación creciente de incomodidad. Cada vez más las mudas fachadas de las casas le despertaban la idea de un decorado teatral. ¿Serían una mera cáscara, o detrás de cada ventana habría realmente un mundo esperando? Decidió probarlo: probar la perfección del Campo. Subió una manzana más, torció a la derecha y bruscamente, como si quisiera sorprenderse a sí misma, entró en el primer portal. Más allá del arranque de la gran escalera de madera se abría una puerta que daba a un patio interior. La atravesó y se encontró bajo un dosel de ropas tendidas en los pisos superiores. Levantó la cabeza; los lienzos extendidos de las sábanas restallaban por la brisa, el aire olía a jabón, a agua limpia: así ocurría antes, cuando la ropa se podía secar sencillamente en el exterior. Alguien acababa de tender una prenda en uno de los pisos más altos, y caían pequeñas gotas en torno a un diminuto charco central.

Lo rodeó para llegar al otro lado del patio. Ahí empezaba, tras un nuevo portal, la escalera interior. Subió lentamente uno, dos pisos. Olía a verduras cocidas, y de una puerta le llegó el sonido de la radio. Llegó hasta el final de la escalera, a un descansillo donde se abría una única puerta, y llamó.

Tras un intervalo sin respuesta, volvió a llamar, más fuerte. Sonaron unos pasos, y se abrió la puerta. Era una mujer pálida, y muy alta. Estaba visiblemente enferma. Mientras murmuraba las excusas que acababa de preparar, Sonia se preguntó qué razón podría haber para que esta sombra habitase los espacios mentidos de la ciudad. Como iridióloga, había reconocido en seguida la causa de la degeneración de la mujer, y cuando la tuvo lo suficientemente cerca

para notar lo agrio de su aliento, tuvo un movimiento de rechazo. Pidió perdón, se despidió apresuradamente, y bajó corriendo a la calle.

Este primer vislumbre, aunque tal vez sólo imaginario, de su propio destino en esa maquinaria compleja le hizo meditar: no eran las estúpidas peripecias del Juego, ni la esperanza del sabroso premio, lo que le habían traído allí. Nunca veía en el Canal las entrevistas con máximos ganadores, ni se preocupaba sobre las novedades que se iban incorporando al Campo. Cuando sus amigos, o incluso su marido, citaban nombres y récords, le resultaban absolutamente desconocidos. Una vez, en una fiesta, le habían señalado a una mujer seria, en medio de un grupo que la escuchaba con interés: era una de las guionistas del Campo. Había escuchado la conversación: las diferencias entre un guión de película, lineal, aunque enrevesado (como un ovillo con los dos extremos visibles), y un guión de Juego, que era algo abierto, con centenares de caminos que se abrían, cada uno, en otro ramillete de posibilidades...

XLI. NO MENCIONE EL JUEGO

Se han tomado todas las medidas posibles para que la ilusión sea total. Dentro de Nueva Lisboa no mencione a nadie que está tomando parte en un Juego. Si alguien se lo dice, no lo reconozca: aléjese de esa persona cuanto antes.

Pero no la atraía eso, tampoco. Como médico, decían, habrían debido interesarle muchos aspectos de la simulación. Sólo que ella no era de esos médicos, y su formación de acupuntora e iridióloga tenía poco que ver con esa tecnología somática que había hecho posible el Campo. ¿Por qué estaba entonces allí? Porque su marido había querido estar, porque sólo podía ir uno de los dos, y porque él, él mismo, había sugerido que lo sortearan. Y una vez más pensaba que habría sido mejor perder.

Cruzó la calle y se detuvo un momento para orientarse. Pasó a su lado una mujer embarazada, con el rostro pálido y plano. Sonia alejó un pensamiento extraño de su mente. A unos metros de distancia un hombre con sombrero esperaba en la esquina mirando de cuando en cuando el reloj. Pensó en dirigirse a él, cuando vio que alguien se le adelantaba y le pedía fuego. El hombre inició un movimiento de búsqueda en los bolsillos del abrigo, y de pronto se vio rodeado por tres más. Hubo forcejeos, una exclamación, y vio cómo le introducían a la fuerza en un portal próximo. Luego escuchó gritos, y ruido de golpes. Miró alrededor, buscando algo o alguien, tal vez un policía.

Fue todo tan rápido, tan *normal*, que tardó en darse cuenta; era el Juego: una escaramuza, o tal vez el desenlace de una acción. Recordó las reglas: casi todo valía allí. Recordó cosas leídas, o escuchadas: tal vez se podía sacar partido de haber presenciado esa escena: ¿irrumper en ella, con alguna amenaza? ¿Seguir después a alguno de los agresores? Decenas de tramas distintas podían entrecruzarse en el mismo jugador, y uno realmente hábil podía hacer que todas confluyeran en su favor. Pero ella sólo estaba asustada, angustiada, y se alejó rápidamente, con una idea clara: “Una turista; eso es todo lo que quiero ser”.

Apretó el paso rememorando todo lo que había oído sobre la ciudad: ¿dónde sería más interesante ir? Había tantas cosas... La estación, con los violentos monstruos mecánicos escupiendo humo, los cafés, parques diminutos colgados sobre terrazas... Tenía que hacer algo.

Entró en una tienda y buscó entre los diarios de la mañana, revistas con fotos en blanco y negro de artistas de cine, hasta dar con un plano de la ciudad. Se acercó al mostrador con él en la mano, pero no había nadie a la vista. Tamborileó, nerviosa, con los dedos sobre la madera, y al poco tiempo se abrió sonoramente la cortina de cuentas y apareció el encargado. Pagó, manejando con torpeza las monedas, y salió a la calle.

Confortada por la posesión del mapa (al que, sin duda, recurriría en cuanto le hiciera falta), lo guardó en el bolso, y echó a andar sin un rumbo concreto. ¿No era una fiesta cada recodo, cada sonido, cada nuevo atisbo? Por una puerta baja pudo ver un lavadero público en el que se afanaba un grupo de mujeres entre mullidas pilas de ropa. En cada encrucijada optaba, sin premeditación, por la calle más empinada: tenía ganas de llegar “arriba”. Por fin desembocó en una gran plaza, más allá de la cual todas las calles volvían a bajar. En el centro, una gran iglesia blanca.

PISTAS. DÓNDE IR. QUÉ VER.

Novedad: El mercado de Cais do Sodre ha sido aumentado en una planta, que alberga a las vendedoras de especias, cebollas y ajos, y plantas aromáticas. Un lugar magnífico para comprobar cómo el Campo devuelve sensaciones perdidas. Una experiencia única.

Arqueología industrial: Los tranvías que recorren Nueva Lisboa responden con rigurosa exactitud a los fabricados en Inglaterra

por Hutchinson & Sons, que entraron en servicio en la ciudad en la década de 1940. Han sido holoregistrados a partir de los especímenes del Museo Industrial de Bristol.

Acabados internamente en hierro y madera, y no faltos de comodidades, los tranvías son además un medio privilegiado de recorrer la ciudad.

Pavimentos: Descubra cómo la práctica totalidad de las aceras y calzadas de Nueva Lisboa está cubierta por un pavimento formado por adoquines poligonales de piedra caliza, formando dibujos que prácticamente no se repiten jamás. Ellos dan a la superficie de la ciudad una textura variada muy característica.

Le vino a la memoria lo que había leído *fuera*, en la Catedral del exterior de la Estación, y se acercó a la puerta del templo. Del interior brotaba un hálito caliente, a cerrado y a algo vagamente oriental, que solía quemarse. Inspiró profundamente, y entró.

Era una iglesia barroca, y por eso mismo, una vez despojada mentalmente de sus volutas y remates, de una sobriedad extremada. En una capilla lateral bisbiseaban unos bultos negros, pero reparó en que no estaba presente, en ninguna de ellas, ni en el altar mayor, la lamparita encendida que, por lo que sabía, indicaba a los fieles la presencia de Dios en el altar. No le extrañó. Si la comunicación con Dios ya era una materia espinosa en el mundo auténtico, ¿qué no sería en el seno de la nada? Le recorrió un escalofrío.

A un lado del crucero, que estaba rematado por una clara cúpula, se alzaba un túmulo funerario. Un medallón mostraba la efigie del difunto (con estudiados rizos, largas patillas, y ataviado con una toga). Debajo, una inscripción en latín exponía los títulos y las virtudes que le habían adornado. Y en el frontón que coronaba el monumento descubrió, de golpe, la H y la C entrelazadas que eran el emblema del Holocampo. Dio un paso atrás, y movió un banco que rechinó, levantando ecos por la nave.

A izquierda y derecha del medallón, en los extremos del frontón, ardían, para siempre, dos antorchas esculpidas en piedra, y las llamas sólidas se retorcían en un ascenso helado. ¿Qué era esto, una especie de chiste dudoso?, ¿una simple casualidad? Miró de nuevo las letras: eran exactamente las mismas. Ligeramente más historiadadas que en la versión oficial del emblema, tenían el mismo tipo de entrelazado (en que la curva de la C dejaba fuera el primer trazo vertical de la H, para luego abrazar al segundo) que el signo que repetían millares de edificios, publicaciones e imágenes en todo el mundo.

Alguien se acercaba arrastrando los pies. No vestía de sacerdote, aunque tenía el aire de estar al servicio del templo. Cogió el banco que ella había movido, lo enderezó de nuevo, y desapareció por una puerta lateral.

La claridad del día le hizo sentirse mejor. Se alejó de prisa de la iglesia y de sus mensajes equívocos, y llegó al centro de la plaza. Llegaba un tranvía, el 28, y comprobó de una ojeada que bajaba hacia el centro. Subió de prisa.

Tomó asiento al lado de una ventanilla. El reposabrazos era de madera barnizada, pulida, y las superficies de metal brillaban por el uso. El techo ofrecía, bajo las capas de espesa pintura blanca, el recuerdo de las planchas de hierro y los gruesos tornillos que las unían. Todo el vehículo respiraba solidez y durabilidad, de una forma que los modernos nunca podrían evocar. Pero al tiempo, el pequeño tamaño de todo, lo bruñido de los asientos y los diminutos anuncios de encima de las ventanas hablaban de algo hecho a la medida de los hombres.

El tranvía arrancó con un crujido, y sólo entonces se fijó en el conductor: a diferencia de los demás vehículos que conocía, el hombre lo conducía de pie, aferrado a unos mandos extrañamente poco ergonómicos (una manivela horizontal en un extremo, otra vertical en el opuesto). Pero, como un navegante avezado, lanzó a la máquina sin dudar por la estrecha red de callejuelas.

Según el mapa, se había bajado del tranvía justo al lado de la estación, y efectivamente: al doblar una esquina descubrió la mole del edificio.

Bajo la asombrosa cubierta de hierro, el estrépito de las locomotoras y las multitudes agolpadas en los andenes. Un prodigio mecánico entraba ahora por la vía más próxima, y Sonia contempló fascinada el complejo juego de palancas y bielas que se movía junto con las ruedas. “Coimbra. Aveiro”, decían los carteles, y a ella le gustó el sonido. Llegó hasta el final del andén, luego volvió sobre sus pasos. Estaba cansada. La cantina estaba a poca distancia, y se sentó en una mesa.

A su lado le sobresaltó una voz masculina:

—¿La puedo invitar a un café?

Era muy joven, con un bigotito recto, y hablaba en inglés con fuerte acento. Ella se encogió de hombros, con indiferencia, pero señaló la silla a su lado.

—Voy a ser muy breve: la he seguido desde el hotel, toda la mañana, y...

—No lo tengo —Sonia le cortó; estaba pensando muy deprisa: si realmente la habían seguido, había un lugar en donde estaba segura de que no la habían controlado: cuando entró hasta el fondo de la casa donde había descubierto a la mujer enferma.

—¿Qué dice?

—No lo tengo. Sé lo que busca. Me llamaron hace unas horas y me ofrecieron comprarme algo que yo tenía... Ni sabía que lo tuviera, pero era un buen precio, ¿por qué no iba a hacerlo? Lo llevé a una casa.

El joven se quedó mirándola, sin disimular su ira.

—No me odie: nadie me pidió permiso para hacerme transportar nada. Pero voy a hacerle un favor... si usted lo paga. Voy a decirle quién lo tiene ahora. Su nombre y dirección. Lo sé. Pero va a costarle mucho.

El joven dijo entre dientes, en alguna lengua que ella desconocía, algo que debía ser profundamente desagradable.

—Bueno: es su única oportunidad de recuperarlo, ¿no? — escribió una cifra en una servilleta de papel— Aquí mismo dentro de dos horas, ¿de acuerdo? Traiga el dinero. ¡Ah! Estoy harta de que me sigan. Quédese aquí mientras yo salgo.

“Me van a hacer papilla; me van a machacar: estoy jugando con fuego”, pensó, mientras salía de la Cantina. Bien a su pesar, estaba excitada. Muy excitada. Tenía la boca seca y respiró hondo varias veces. Miró en torno. ¿Qué era lo mejor que podía hacer? ¡Dividir las pastillas, por lo pronto, y esconder una parte! Eso estaba muy bien: aumentaría su capacidad de maniobra. Localizó la consigna, pidió un casillero y le dieron una llave con un número: el 845. A cubierto de la puerta abierta, envolvió la mitad del contenido del frasco en una hoja de papel, y lo cerró. Metió la llave en su bolso.

“Bueno: ahora voy a complicarlo todo un poco más”, pensó, divertida. Salió de la consigna, mirando con precaución a un lado y a otro, y buscó un teléfono. Había unas cabinas semiocultas a un lado: desde la suya se veía la puerta de la cantina. Marcó el número que le habían dado por la mañana. Le contestó la misma voz, y ella procuró hablar con seguridad:

—Tengo noticias. Primero: he localizado el asunto, y lo he dejado a buen recaudo. Segundo: quienes lo buscan se han puesto en

contacto conmigo, y me han hecho una oferta muy sustanciosa. Tendrían que mejorarla ustedes.

Hubo unos segundos de silencio.

—No sabe lo que dice. No le van a dar ninguna oportunidad. Le van a hacer trizas —la voz sonaba realmente alterada—, haga mejor un trato con nosotros... No tiene usted ni idea de cómo son... podemos mejorar la oferta, claro: venga cuanto antes. Escuche: le daré las señas.

Cuando colgó, Sonia recapituló: tenía la mitad de aquello, cualquier cosa que fuera, y el resto estaba en lugar seguro; tenía las señas de unos, y una cita con los otros. Además, había puesto nerviosas a las dos partes. Sólo esperaba que fuera con algún provecho para ella... Ahora tendría que salir de la Estación, y para ello debería cruzar de nuevo el andén principal, a la vista de todos. Echó a andar, súbitamente preocupada, intentando distinguir entre la multitud al joven del bigote, y se metió en el camino de una carretilla con una pila de maletas, que se desmoronó sobre ella. Blasfemó.

La ayudaron a levantarse entre el mozo y otras dos personas, y se sacudió el abrigo, dolorida. Se le ocurrió que unos circuitos lejanos habían medido la fuerza de un impacto fantasma, y le habían aplicado la dosis de dolor equivalente, y la idea le puso aún de peor humor. A su lado una voz agradable le preguntó:

JUGADOR:	NLIII-3847689
ROL:	FH/7
JUEGO:	"La tercera pista" & "Detrás de Rita"
variante:	7/2, estr. F & 5/1, estr. K
TIEMPO:	1.856
PUNTUACIÓN:	+15
ATRIBUTOS:	
anillo	moneda
cerillas	plano
pasaporte	pastillas: 40%
esc. 35.255	llave consigna
señas	...

—¿Está bien?

—Bien... Bien, gracias.

—¿Tiene que ir corriendo a algún sitio, o podemos tomar un café juntos? —su interlocutor le hablaba en ruso, y parecía muy tranquilo; Sonia se sintió súbitamente en peligro: palpó disimuladamente el bolso— No se preocupe, no formo parte de ninguna de estas historias. Le he oído quejarse en mi lengua, y no me he podido contener, por eso me dirigí a usted. Personalmente, estoy bien fuera del Juego.

—No sé de qué me habla.

—Claro que lo sabe. Venga. Por favor —algo en su tono convenció a Sonia y le siguió fuera de la Estación. Tendría menos de cincuenta años, pero una sensación general de abatimiento le rodeaba. No tenía rasgos eslavos, aunque hablaba a la perfección, sin rastro de acento.

—Voy a ponerme en sus manos del todo —le dijo, de golpe, extrañamente—. No siempre tengo la oportunidad de descubrir a tiempo a un compatriota. Lo que le voy a enseñar, lo que le voy a contar no es nada agradable, y le puede complicar la vida. Pero dentro de cinco minutos usted podrá decidir que nunca me ha visto, y continuar su camino tan tranquila. ¿Acepta el reto?

—Bueno... Sí.

—Sígame.

Cruzaron la gran plaza y remontaron unas callejuelas, en dirección hacia el Castillo. Entraron en un bar. Bajaron unas escaleras y alcanzaron un salón pequeño, polvoriento, con unas pocas mesas vacías. De ahí pasaron a un minúsculo almacén. En el suelo había una trampilla. Al levantarla apareció un rectángulo de luz azul.

—¿Sabe lo que significa esto?

—Sí.

Él le miró a los ojos:

—Haga lo que yo —de un leve impulso saltó dentro, con los pies juntos y los brazos extendidos hacia arriba, como un nadador. El cuerpo desapareció en el azul, quizás un poco más lentamente de lo que habría sido natural. Sonia esperó un instante y saltó también.

La primera sorpresa fue encontrarse de pie sobre el suelo, sin haber notado ningún impacto, sin sentir la inercia. El cuadrado azul vibraba, suspendido en la nada, sobre su cabeza. El desconcierto, para alguien que esperaba caer a través de una trampilla, fue grande, y se tambaleó, mareada. Unas manos tranquilizadoras la condujeron hasta un sofá.

Era una habitación grande, desnuda, de paredes blancas, casi sin muebles. No tenía ventanas ni puerta, y todo lo que contenía era moderno: la pantalla, la biblioteca de cintas, la unidad de música; nada de ello habría sido posible en 1954. Había otra persona más en la habitación: una mujer. Su rostro crispado se acercó al del hombre:

—¿Estás seguro?

El extendió las manos, en señal de impotencia:

—Todo lo que se puede estar. No vamos a esperar eternamente.

Sonia seguía examinando, sorprendida, esa habitación contemporánea enquistada en medio de un siglo al que no pertenecía. Por fin pudo hablar.

—¿Dónde estamos?

Los dos sonrieron, y contestó la mujer:

—¿Dónde estaba usted hace un minuto? Su cuerpo mojado en el tanque, su consciencia en el barrio de Alfama. Ahora está usted en *ninguna parte*, literalmente. En cuanto a nosotros, mi cuerpo está en Johannesburgo, y el de su guía, Cyril, a algunos metros del suyo, aunque, en comparación con usted, considerablemente más arrugados. Yo soy quien ha pasado más tiempo aquí: llevo tres años en Nueva Lisboa...

—¡¿Qué dice?!

—...y él casi dos. Así son las cosas. Por eso le hemos traído.

—Eso es absurdo. No se puede estar aquí tanto tiempo.

Cyril se levantó. Se retorció sin cesar un botón de la chaqueta. Pareció buscar algo con la mirada, y por fin clavó los ojos en Sonia:

—No sabemos quién es usted. Podría, ¿por qué no?, incluso ser uno de los responsables de nuestro internamiento. Podría no simpatizar en absoluto con nuestra causa. Podría no querer hacer nada... Pero ésta es la realidad: están utilizando el Holocampo como prisión, o quizás fuera más exacto decir como isla para deportación. De forma ilegal, si es que el término significa algo para el Bazar Común. Naturalmente, el gobierno de la zona más desarrollada de la humanidad puede mantener en secreto el confinamiento de algunas decenas de descontentos o gente demasiado curiosa... Ni siquiera sabemos cuántos somos. Ni por qué estamos aquí, y no barrenando un asteroide, en el fondo del mar; o muertos. Creemos que somos conejillos de Indias. Que el Holocampo, más allá de ser el soporte del juego más popular, se ha convertido en un proyecto gigantesco de gran valor estratégico o político. Pero no *sabemos* nada.

XXVI. MENSTRUACIÓN

El acceso al Holocampo está totalmente prohibido a las mujeres con menstruación, o en sus proximidades.

Sonia se sintió dominada por una leve angustia. Respiró hondo, y dejó que la más inmediata de las muchas preguntas que se le agolpaban saliera a la luz:

—Es absurdo: no pueden estar exiliados en secreto. Según veo, no han tenido limitaciones para hablar conmigo. Podrían dirigirse a cualquiera y decírselo todo. O alguien podría reconocerles.

—¿Acercarnos a quién? ¿A una marioneta del Paisaje Humano? Ellas son el 99 por ciento de la población... ¿A un atareado ciudadano que ha ahorrado años para entrar en el Juego? —se exasperaba la mujer— Y en cuanto a reconocimientos... ¿vería usted en mí a un *hombre*, a un varón de treinta años?

Sonia se quedó helada. Cyril se había cubierto el rostro con las manos, y permanecía inmóvil y en silencio.

—¿Qué podemos hacer? Uno de nosotros comenzó a gritar en medio de la calle: no sé si se había vuelto loco, o si había creído reconocer a un Jugador y quería llamar su atención. ¿Qué pasó? Vino la Policía, y se lo llevó. Como en la vida misma... No tenemos escapatoria: ¿ha pensado en que pueden impedir que nos suicidemos? Yo lo hice: salté de un balcón, en un quinto piso. No tiene idea de lo que supuso, incluso sabiendo que no era algo real. Caí gritando, y luego experimenté un dolor fortísimo, pero durante unos segundos no me dejaron perder la consciencia. Me recobré sentado en un banco, sin un hueso roto. Pero carecía de la mano derecha, como castigo: había sólo un limpio muñón. Pueden hacerlo. Luego me creció, una vez que fui forzado a manejar un androide de metal en algún lugar extraño, fuera de la Tierra. Tenía que reparar una cápsula entre los restos de una nave. Creo que eso no era una simulación. ¿Cómo saberlo...?

Cyril habló sin levantar la cabeza.

—Nos da la impresión de que Nueva Lisboa es nuestro campamento base: nos mantienen aquí, en este ambiente relativamente familiar, hasta que nos necesitan para alguna prueba. Deben de habernos implantado una conexión permanente: sería demasiado costoso hacernos entrar y salir cada vez. Pero hemos descubierto este refugio, y otros equivalentes: restos de la vivienda de los constructores de la ciudad, o agentes que controlaban estadios anteriores del Juego,

y disfrutaban de un entorno contemporáneo. Nunca los borraron. Creemos que nuestras actividades aquí no son registradas. Sabemos bastante de los intersticios del Campo: tenemos a un experto entre nosotros... Ya lo conocerá.

—¿Cuándo entró usted? —preguntó la mujer.

—Hace unas veinte horas —contestó Sonia— ¿Por qué?

—No tenemos tiempo que perder... Si está dispuesta a ayudarnos, claro. Estamos absolutamente en sus manos.

Sonia tragó saliva. Pensó en su vida, muy levemente en su marido. y entonces supo qué había venido a hacer en la ciudad fantasma:

—Estoy dispuesta... Claro.

—Debo irme —se levantó la mujer—. Sin perder tiempo, y volver con otro de nosotros. Es nuestro jefe, si se puede decir así. Confiamos en él.

Cyril se acercó a Sonia, y le puso una mano en el hombro.

—Me quedaré con usted mientras tanto —le acercó hasta un sofá—, le haré compañía, le contaré cosas... —pero ella acababa de darse cuenta de que estaba en un recinto sin aberturas, en una habitación de ahogo cuya única salida era una temblorosa promesa azul en el techo.

—Yo era muy joven cuando inauguraron el primer Holocampo, pero recuerdo que me fascinó. He probado los viejos programas: aquello era tosco, pero funcionaba. Luego vino la apertura parcial al público y la ola de popularidad, el momento de películas como *Los cibernautas*. Así que poco a poco me orienté en mis estudios: del diseño de unidades periféricas para autómatas, a especialista en unidades psicotrónicas.

»Y no es que aquello me acercara mucho a la magia del Holocampo, como comprobé con frustración: el proyecto NL era gigantesco, y sólo desde puntos privilegiados de la pirámide del organismo se podía tener una visión global. Un holofilmador o un programador olfativo veían sólo una parte minúscula del conjunto, como yo. No sé si sabe cómo se distribuían las tareas: ustedes, en Kiev, se ocupaban de la coordinación sensorial, Ulan Bator diseñó el paisaje humano. Londres, antes de la guerra, había desarrollado los estudios originales de paleognótica urbana, pero el registro definitivo lo hizo Casablanca. Massachusetts hizo toda la parte olfativa y visual, etc. La parte de Juego propiamente dicha emana del centro de Oslo,

aunque los guiones vienen de todas partes: ya conoce el Concurso anual, ¿no?

»Yo trabajaba en la creación de una unidad de implantación craneana que sirviera de soporte único a todo el flujo de entrada y salida. El objetivo era elaborar algo que pudiera resistir más allá de las setenta horas clásicas. Un día, por pura casualidad, dentro del mundo de compartimentos estancos que era el Instituto, me enteré de que se habían fabricado prototipos: me requirieron para hacer una reparación microelectrónica sobre una unidad que estaba aún implantada en una persona. Era un agente de vigilancia en Nueva Lisboa. Deliraba, y oí muchas cosas.

»Eran épocas extrañas: las autoridades del Bazar Común acababan de zanjar, por los medios que usted conoce, las huelgas de Ciudad Antártica. Había rumores de internamientos, deportaciones... No es que supusiéramos que el Bazar Común iba a solucionar todos los problemas de una veintena de países, pero sí se esperaba algo distinto. Pude ver los registros: la nueva unidad de larga duración se había implantado en un centenar de casos. Pero todos tenían una clave, en vez del nombre del portador. Y las grabaciones automáticas de la operación mostraban cráneos masculinos y femeninos, de todas las edades. Llamé a un amigo mío, periodista del Canal, que se mostró excitado: "No te muevas de casa. Voy ahora mismo". Al día siguiente estaba aquí...

XXX. SALIDA DE EMERGENCIA

En cualquier momento que lo desee podrá abandonar el Juego. Para ello bastará con que se concentre en imaginar un círculo negro y dentro de él un aspa brillante de color azul-Campo; entonces pronuncie en voz alta la palabra "SALIDA".

Con esta acción dará fin al Juego, perdiendo toda la puntuación y bonificaciones acumuladas, aunque no así las sanciones que tenga en ese momento.

Esto tiene por objeto que la acción de Salida no pueda ser utilizada para eludir posibles incidencias negativas que se aproximen en el Juego, sino sólo como procedimiento de emergencia para momentos de malestar físico (aunque véase punto v), o psicológico.

Sonia se había levantado, y paseaba por la habitación. Cuando Cyril guardó silencio se le acercó, y le miró de frente:

—¿Sabe? —dijo— Mi hermano mayor trabajaba en Ciudad Antártica. Creo que por eso estoy ayudándoles.

La habitación, desnuda, vibró repentinamente con un resplandor azul que salía de la trampilla suspendida. Sonia se alarmó.

—¿Qué ocurre?

—Oscilaciones en los bordes: pasa de vez en cuando. No se preocupe —parecía ansioso por continuar su relato—. Pero lo peor no fue verme en Nueva Lisboa. Hice mi vida, porque, aunque me costara creerlo, me preparaba para una estancia larga (yo sabía que había implantaciones permanentes, ¿no?): conseguí dinero, no me pregunte cómo, me alquilé una casa... ¡como en la vida misma! Pero sin previo aviso, una mañana pasé de mi habitación al Mundo Áspero. Pocas comodidades se nos reservan a los conejillos de Indias: los caminos desaparecían a mis espaldas, y se recomponían trabajosamente cuando me volvía. La luz vibraba constantemente; mis pasos crepitaban, como todo sonido que se forma allá. Un piedra, una brizna de hierba, el mismo aire raspaban como papel de lija; olía a medicina, a productos químicos. Permanecí allí durante siete días enteros, hostigado por unas bestias mal articuladas, con el único fin, supongo, de mantenerme activo y ocupado. Un día vi entre las brumas a una figura humana que caminaba cansinamente arrastrando un arma, una especie de bastón. Cogí el mío y le seguí durante algún tiempo, hasta darme cuenta de que era mi propia imagen proyectada desde un momento anterior. Habían adornado mi figura con un penacho de coral petrificado o cuernos de alce. Cuando volví aquí comprobé que habían transcurrido treinta días de Nueva Lisboa. No era una prueba de supervivencia en un ambiente hostil, sino de condensación de tiempo. Eso me hizo pensar en los fines de la experimentación. ¿Naves espaciales, refugios antiatómicos? Imaginé viajes monstruosos comprimidos en unos pocos años de tiempo subjetivo; cavernas pobladas de cuerpos apiñados compartiendo sueños de horizontes libres. Se me ocurrieron también otras aplicaciones, pero no quiero mencionarlas. Y no pienso sólo en el famoso Apéndice 8, aunque alguna vez hemos servido de comparsas para una elaborada orgía (un día uno de nosotros se despertó junto a otras tres personas en una habitación desconocida; no suele contarlo). La propaganda del Bazar Común esgrime la Lisboa vigésima, promete para pronto la Florencia de Lorenzo el Magnífico, pero ¿por qué bajaron equipos de holofilmación al interior de una erupción volcánica?, ¿por qué han holoregistrado veinte kilómetros cuadrados de la Luna, piedra a piedra? Y algunos de quienes lo

hicieron están ahora aquí, compartiendo mi suerte. Ellos no dejan testigos...

Sonia no le había interrumpido en toda la descripción. Se sentía mucho más angustiada de lo que nunca habría pensado que pudiera estar, pero, al tiempo, todo: su Salto, su vida misma, parecían haber cobrado un sentido que antes no tenían. Se sentó en el mullido sillón, agotada, y pidió un vaso de agua.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó.

Primero apareció la mujer, y unos segundos más tarde cruzó la trampilla un hombre mayor, de aspecto llamativo: tenía unas largas patillas blancas, hirsutas, y unos ojillos guiñados que se le quedaron mirando. No dijo ni una palabra. Fijándose bien, no tenía la apariencia de un anciano, sino más bien la de alguien que hubiera vivido demasiado deprisa, o cosas excesivamente complejas.

—Mire, señorita —comenzó, despacio, mientras localizaba una silla y la llevaba a su lado—, mire: ante todo, muchas gracias. No voy a ocultarle en qué medida dependemos de usted. Por eso mismo trataremos de que su actuación sea lo más segura y eficaz posible: sus riesgos serán los nuestros.

Hablaba como un militar, o tal vez un profesor: alguien al tiempo seguro de lo que decía, y acostumbrado a hacerse entender.

—Llevamos demasiado tiempo en esta cárcel... que algunos ayudamos a construir. Hemos podido madurar un plan, que sólo esperaba la llegada de la persona adecuada. Usted lo es. Verá: entre todos nosotros —hizo una pausa—... Por “nosotros” entiendo los pocos confinados que hemos logrado ponernos en contacto, aunque sin duda debe de haber más. Bien: entre todos nosotros hemos elaborado una lista de familiares y amistades. Creemos que nuestra desaparición fue encubierta de accidente o crimen, así que su intervención tendrá dos escalones: en el primero, nada más salir, usted transmitirá la relación completa de nuestros nombres a cada uno de los miembros de esa lista, por todos los medios posibles, directos e indirectos, incluso redundantes. El mensaje será: “Todos los que menciono están vivos, y en Nueva Lisboa”.

»En un segundo momento, usted se entrevistará exclusivamente con las tres personas que le señalaremos, y les narrará del modo más completo posible todo lo que ha visto aquí. ¿De acuerdo?

Sonia le miró a los ojos.

—Sí.

—¿No ve ningún problema?

—En absoluto...

El jefe inició una sonrisa. Cyril la cogió de la mano:

—Las listas —dijo—, ¿cómo va a sacarlas?

Ella se sorprendió:

—No entiendo...

—¿Tiene usted buena memoria?

¡Era eso! La memoria como una hebra de plata que ensarta las cuentas de los días, el hilo de Ariadna que nos recupera después de cada pesadilla, la trama que enlaza al niño con el adulto, el equipaje que siempre llevamos con nosotros, porque *es* nosotros. Sonia asintió, y cogió las hojas que le tendían.

—Lo ideal sería que pudiera destruirlas en seguida, pero necesitará un mínimo para memorizarlas. Tampoco puede permanecer demasiado tiempo aquí: hay una subrutina que se encarga de movilizar jugadores inactivos. Salga, y haga lo que pueda. Si tiene algún problema grave, venga aquí: ya sabe cómo entrar. Siga el Juego normalmente. Si nos encuentra en el exterior no haga nada. No nos dirija la palabra. Llegue al final de la partida, salga y haga lo que tiene que hacer. Suerte.

Sonia estrechó con solemnidad las manos de todos y, tras una vacilación, besó los labios de aquélla que no era una mujer. Se situó debajo del cuadrado azul, y esbozó un impulso hacia arriba, como les había visto hacer. Se encontró al lado de la trampilla, subió las escaleras y ganó la calle, ya anochecida. Llovía.

Aquella noche lloví en sueños sobre mi tierra. ¿Es posible *soñar lloverse*, o *soñarse llover*? Para la lengua de Altan no hay acción alguna que no tenga ejecutor; sin embargo entre nosotros, tal y como se solía hablar al principio de los viajes (porque no sé ahora cómo son vuestras voces de metal), había acontecimientos que brotaban de sí mismos: “llueve”, “hace frío”, decíamos; pero nadie concreto llovía, nada hacía el frío... En altanés siempre se dice “el cielo llueve”, “el día hace frío”, “Tyros nieva”, porque no admiten que haya acto alguno sin un responsable claro.

Mi sueño era en altanés, con lo que me resultó fácil encarnarme en sujeto de la lluvia. Yo llovía, porque había avanzado demasiado tiempo con el vientre henchido de agua. Es fácil lloverse: deshecho en hilos líquidos, madeja de mil extremos, montado en zancos de cristal caminaba por los campos reseca, que besaban mis plantas. Choqué

con una montaña, y el retumbar ocupó el horizonte, pero al otro lado me extendí como una pradera invertida, y al extremo de cada hoja de hierba una gota de rocío. Hecho luego una lluvia mansa y caudalosa, avancé como un palacio puesto en pie, y mis muros de agua devoraban bosques y ciudades. Pensé que no me detendría nunca, pero acabó la noche y el sol naciente cayó sobre mis hombros y alivió mi carga.

Toqué con dedos transparentes los últimos detalles de un paisaje ya familiar, antes de desvanecerme, tenue, hacia la nada. Escampaba, y el último resto de vapor que aún era yo entró por el ventanal del castillo (o, al menos, así me pareció), y fue aspirado por el durmiente y se unió a él. Desperté, y por un momento el aire fresco de la mañana, el olor a húmedo me recordaron lo que había sido; porque incluso el más desvalido de los hombres —como era yo entonces— en el sueño puede escoger sin límites.

Ella lo llamaba el parque central, pero no porque estuviera en el centro de la casa. Posiblemente la casa no tenía centro o, como ella explicó alguna vez, el concepto de centro no era muy aplicable a un espacio elástico. Resultaba que uno podía andar en una dirección dada durante uno, dos, tres, cuatro días, y pasar por una sucesión siempre nueva de salones, corredores, patios. O bien, tras descender un tramo de escalones, volver a subirlos un poco más allá y doblar un recodo, uno se encontraba en el Pasillo Levemente Curvo, y entonces sabía que estaba a dos pasos del Pabellón de los Espejos. O no: porque a lo mejor no se trataba del Pasillo, sino de uno muy parecido, parecidísimo: igual. Porque a lo mejor era el mismo Pasillo, pero ahora no desembocaba en el Pabellón, sino (tras atravesar una sala hipóstila tan densa que había que deslizarse de lado entre las columnas) en el parque.

El recorrido del día de mi llegada había acabado por conducirnos a él, y el aire libre y la tierra y los árboles fueron una variación afortunada tras el largo errar por patios y corredores. Penetramos por un paseo, y pronto la vegetación impidió la visión del edificio, que presumiblemente se extendía a todo nuestro alrededor. Aunque, como decía Quinta (en los tiempos en que ella, como muchos otros, poblaban la casa), tal vez el parque rodeaba la casa, en vez de estar contenido en ella; tal vez para sus pobladores silvestres nosotros éramos “la casa del centro”.

Soplaba una brisa suave, que trajo ecos de humedad. Entonces sonó el trueno y empezaron a caer los gruesos goterones de lluvia. Cerré los ojos, y de pronto tuve la sensación de haber recuperado los poderes que eran míos en cualquiera de los mundos de donde venía, porque las gotas de lluvia me iban haciendo dueño de todo el espacio: delante de mí descubrí, en el repiqueteo hondo y gutural, una superficie de agua calmada, y oía los caminos de grava diferentes a las zonas de césped, y la vibración de los golpes tangentes sobre las hojas de eucaliptus, tan diferentes de los flojos castaños. A lo lejos golpeaba la lluvia con el sonido seco y duro que dan las obras del hombre: tejas, o una techumbre, y aún más distante el tañir cristalino de las gotas sobre un plano metálico. Como confirmándolo, me llegaron después los olores que las primeras gotas habían convocado al hacerse vapor sobre el aire caliente: la madera muy vieja, el metal cubierto por los líquenes, el suelo y sus mil componentes convirtiéndose en otros: el dulce, profundo olor de la putrefacción. En mis ojos cerrados, los pulsos de mi sangre se hacían oleadas de color, y fagonazos.

Y entonces me di cuenta de que estaba oliendo el tiempo, y escuchando el espacio, mientras me deslumbraba el torrente de mis venas. Y eso me reafirmó, porque comprendí que lo que había vivido en esos mundos otros podía en realidad obtenerlo en cualquiera, porque los vértigos, y el centro, y los espacios inmensos y cambiantes estaban en realidad en mi interior, es decir, en cualquier lugar.

XII. ¿QUIÉN SERÉ CUANDO APAREZCA AL OTRO LADO?

Una persona de la misma raza, del mismo sexo y de la misma edad que en la actualidad. (Pero véase la Tabla B inmediata para los gradientes de "raza". Por "sexo" se entiende siempre el sexo legal).

Los rasgos generales de rostro, estatura y complexión pueden experimentar ligeras variaciones para evitar el posible reconocimiento por otros Jugadores.

Si existe alguna tara física notoria será mantenida, salvo cuando se corrija como bonificación por Juegos anteriores (véase Apéndice 1, "Premios"; también para el reajuste de los miembros de razas no-blancas).

Llovía con fuerza, y en pocos momentos, mientras decidía qué dirección tomar, oscureció del todo. Refugiada en un portal, Sonia se

descubrió, curiosamente, en una situación mucho menos *ingenua* ante lo que le rodeaba. Miró en torno: Nueva Lisboa, le acababan de contar, siempre amanecía cubierta de niebla, y con mucha frecuencia llovía. A lo largo de los meses, los exiliados habían experimentado una sola estación: un frío otoño. Aparentemente la bruma, la cortina de agua, velaban los contornos y descargaban de trabajo a las rutinas de textura visual y perspectiva. Uno podía pensar en cuántos detalles de este tipo, condicionantes y casualidades habían confluído para llevar al proyecto a su realidad actual. La misma elección del marco: una ciudad suponía espacios acotados, superficies uniformes, menos problemas, en suma, que un área natural. La elección de Lisboa se había impuesto por sí misma: tenía el tamaño ideal, y había sido de las ciudades menos dañadas por el Conflicto. La diferencia entre diseñar un espacio palmo a palmo y holoregistrarlo tenía que ser gigantesca.

Amainaba la lluvia, y aprovechó para ganar unas calles en dirección hacia el hotel. A centenas de kilómetros del cuerpo hundido en el tanque el Subsistema de Juego revisaba rutinariamente la compleja situación en que se debatían los miles de elementos. Como en un ajedrez monstruoso, descubrió un alfil inactivo en una esquina del tablero y decidió azuzarle. Movi6 otra figura hacia 6l.

La lluvia haba arreciado de nuevo, y Sonia corri6 para alcanzar un tranvía que iba hacia abajo. Casi lo haba logrado cuando algo se metió entre sus piernas, y cay6 al suelo. M6s furiosa que dolorida, intent6 darse la vuelta, pero una mano fuerte casi le levant6 en vilo. Not6 un contacto duro en el costado, y vio la navaja. Levant6 la cabeza, y se encontr6 una cara conocida, los mechones de pelo aplastados sobre la frente por la lluvia. El joven del bigote que la haba abordado en la cantina de la estaci6n le miraba, muy serio.

Si el joven no se equivocaba, a6n llevaría la cosa encima: haba sabido hacía poco que los “otros” no la tenían, y haba registrado la habitaci6n del hotel y allí no haba nada. Record6 las horas de espera infructuosa en la cantina, y se redobl6 su ira. Primero se lo quitaría, y luego la iba a maltratar todo lo que pudiera maltratarse dentro del Campo: tena algunas ideas sobre eso. En toda su vida, pensaba el joven, apretando la navaja contra la mujer, y sintiendo que le crecía la excitaci6n, nunca se haba visto metido en nada m6s divertido...

“Mierda, no: ahora no”, pens6 Sonia angustiada. Así que se le ocurri6 de pronto:

De acuerdo con sus deseos, le ofrecemos las referencias para el tema de su elección. Para su información, cuatro de las entradas pertinentes estaban clasificadas como "Materia reservada", y por tanto no se incluyen.

PAVIMENTOS

Publicaciones:

—McAdam, R.: *Lisbon, Pavement and Art*, London, 1995

—*Portugal as seus peus*, Lisboa, 1962

[...]

Material filmado y grabado: *ver relación adjunta*

Documentación técnica:

—Way, P.J.: "Panza's Algorithm: a Finite Polygon Method to Cover Surfaces", HGVC, #3129:25

—Vasquez, L.: "Interpretación sonora del desplazamiento de sólidos sobre superficies generadas con el algoritmo Panza-Way", HGVC, #3897:5

—Ajman, A.A.: "Modelización de los cambios de albedo y reflectancia de una superficie macroscópicamente irregular cubierta por una película de agua", NLB, #54.329: 15 [original en ruso]

—Lin, C.: "Lluvia en la ciudad: cambios físico-químicos de una masa de calcita bajo el agua, y su traducción olfativa" HGVC, #13.929:995

[...]

HOLOCAMPO. SERVICIO DE DOCUMENTACIÓN

Ésta es la consulta gratuita que incluye su contrato. Si quiere acceder a otros temas, consulte la lista de tarifas.

—Toma: está aquí, en la Estación —tenía la llave de la consigna en la mano, y la tendía hacia el joven. Con suavidad prolongó el ademán, y la arrojó lejos, sobre el pavimento mojado, al otro lado de la calle. Se acercaba otro tranvía, campanilleando, y el joven, tras una vacilación, la dio un empujón y cruzó corriendo, en su búsqueda. Sonia dio media vuelta, resbaló, se rehizo y se metió por una callejuela.

Corrió, torciendo en cada encrucijada, siempre hacia abajo, hasta que no pudo más. Se paró por un momento para tomar aliento, y miró el nombre de la calle: estaba desorientada. Al fondo relucía un

anuncio luminoso: “Hotel”. Estaba rendida, y por otra parte, en su alojamiento podían localizarla fácilmente. Empujó la puerta, y se acercó al mostrador.

—Buenas noches

—Buenas noches —el recepcionista miró su pelo despeinado, su abrigo embarrado, sin disimular la extrañeza—. ¿Qué deseaba? —y saltó una diminuta gota de saliva.

Se desplomó en la cama, fría y húmeda, y se arrebujó entre las mantas. “Ni siquiera sé dónde estoy”, fue su último pensamiento antes de desaparecer en el sopor.

Se había despertado aún de noche cerrada, y el hecho la sorprendió incluso dentro del sueño. Al parecer, temía por la suerte de algo que llevaba en el bolso, y debía ocultarlo cuanto antes. Bajó las escaleras, y no vio a nadie tras el mostrador de recepción. “No es extraño”, se dijo, “se supone que no debería estar levantada a estas horas, cuando quitan todo”.

Salió a la calle. La niebla se había levantado, y no soplaba ni una brizna de viento. Sus pasos resonaban en la calzada desierta, y así avanzó, cruce tras cruce, por calles desconocidas, sin ver ni una persona, ni un automóvil. Escuchó un crujido lejano. Al asomarse a la siguiente bocacalle se detuvo, aterrada: allí no había nada, ni suelo, ni casas: sólo una superficie gris a distancia indeterminada. “Bueno”, pensó, “tendré que ver dónde estoy” y, retrocediendo, sacó el mapa del bolso. Lo desplegó y miró con atención: el plano reflejaba el camino que acababa de recorrer, pero no el que tenía por delante: reconocía la esquina del hotel, las calles que había dejado atrás, la avenida en que estaba ahora. Pero si intentaba ver dónde le conduciría le resultaba imposible; no es que el plano estuviera en blanco, es que no podía interpretarlo, porque en una zona los dobleces se confundían con el mismo trazado de las calles, o más allá un aspa roja de significado desconocido ocupaba todo un sector, y las letras de los nombres de las calles se cruzaban y confundían, o se extendían, dispersas, a todo lo largo del plano. Pero muy posiblemente, decidió, apenas llegara a un punto concreto podría reconocer los signos. “¿Y qué pasa?”, preguntó desafiante a alguien indeterminado, en la terrible soledad del sueño, “¿Acaso en la vida no ocurre exactamente así?: apenas podemos recordar el camino que hemos hecho, y del que viene, ¿qué demonios, qué mierda, *qué* sabemos?”, se agitó entre las sábanas, chapoteó en el tanque, enfebrecida.

Las cosas empeoraban según avanzaba en su camino: ya había visto la misma ventana, iluminada por una lamparita con pantalla rosa, en varios edificios. Dobló la esquina, y allí estaba: en todas las ventanas de todas las casas de la calle. Caminó, aterrada, envuelta en luz rosa, apretando el bolso contra el pecho. Un nuevo cruce y ahora la acera, la calzada, las paredes eran superficies opacas, sin brillos ni texturas, como de goma negra. En la siguiente manzana ya era todo un puro esquema, y los paralelepípedos transparentes de los edificios modificaban a saltos su perspectiva a medida que avanzaba. Notó el brillo en el pecho y descubrió dentro del bolso, ahora reducido a unas pocas líneas, el frasco de pastillas reluciendo con luz propia. “Todos podrán verlo”, pensó, “se nota desde lejos”. Pero de golpe no le importó, porque por detrás de unos esquemas de árboles asomaba la Columna, brillante. “Allí es donde me esperan”, fue su último pensamiento.

Se despertó sobresaltada y en una habitación desconocida. Habría deseado cambiarse de ropa, pero por el momento no podría ser. Tuvo un impulso de miedo y se precipitó al bolso: ahí estaban las listas, intactas. Bajó las escaleras con un súbito recuerdo de sus sueños, pero el recepcionista le saludó afable, y la calle estaba tan animada como los otros días. Reconoció fácilmente dónde estaba, y se alejó de las calles más transitadas, en busca de un bar apartado. Cuando localizó uno, se sentó en una mesa. Sacó la primera hoja, y comenzó a leerla: allí había nombres que le eran familiares: periodistas, un médico famoso, un escritor... Esperaba que sirviera de algo. Se puso a la tarea con aplicación, y al mediodía ya podía repetir todos los nombres y señas con un grado suficiente de fiabilidad.

Callejeó luego, esperando que los datos se posasen en su memoria. El aire libre, helado, le despejó. Atravesó un parque desierto y al pasar junto a un estanque le sorprendió un ruido desagradable: en una caseta en el centro del agua se apiñaban unos patos ateridos. Notó el inicio de un movimiento de compasión, pero súbitamente recordó algo, algo que Cyril le había contado. En realidad, sólo “existían” aquellas cosas sobre las que se dirigiera la atención de alguno de los jugadores. A diferencia del mundo real, en que (podía suponerse), las cosas habían estado antes de que las viéramos, y seguirían cuando nos fuéramos de su lado, ella había convocado con su mirada el sufrimiento de esas aves. Y de nada servía pensar que el sistema general había previsto la unión de la condición “frío” y la condición

“pato” en esos estremecimientos que ahora contemplaba: estaban allí porque ella estaba allí, mirándolos.

Cerró los ojos. El sistema de control no desechó el cuadro del estanque que la perspectiva del contemplador había dibujado, sino que lo preservó en un bucle, para posible uso inmediato. La *imagen* de los patos estaba, pues, “congelada”, pero había otros componentes. Entre el rumor de las hojas y el agua le llegaron los débiles graznidos de los animales, y Sonia se tapó los oídos. Entonces se elevó una ligera brisa, y se vio de pronto envuelta en el aroma acre de los excrementos y de las plumas mojadas. Bajó las manos y abrió los ojos: se rendía. Y allí estaba todo: el agua sucia, las manchas de moho en los picos, los temblores, las huellas de excremento sobre las piedras. Respiró hondo. “Me voy a volver loca”, musitó. “No puedo hacerme responsable de todo un universo...”

Salió del parque por el extremo opuesto. Respiraba con dificultad. Pensó en aquéllos que habían confiado en ella, y recordó el consejo: sobre todo, continuar el Juego. Con una clara sensación de cansancio, buscó un teléfono, mientras improvisaba algo: tal vez decir que aceptaba la oferta, ir inmediatamente. Pero no había ningún bar por las inmediaciones, ni nada parecido a una cabina. Entonces notó una sensación peculiar, y miró en torno.

El cielo se empezaba a despejar, se levantaron los lienzos de niebla y un sol espléndido y muy amarillo iluminó las cosas. Por unos momentos, el Holocampo iba a ofrecer lo mejor de sus programas sensoriales a sus visitantes. El aire se hizo transparente, y en la lejanía brillaron cúpulas y campanarios. El verde de los parques y el dorado de los rayos del sol reflejado en los edificios compitieron en fulgor. Una música lejana, transmitida simultáneamente por todas las radios de la ciudad, rubricó el instante. Bandadas de pájaros atravesaron los espacios abiertos entre las colinas, mientras los detalles más lejanos adquirirían unos perfiles claros, hiperreales, como sólo podía haber experimentado una sensibilidad enfermiza.

La música subió de volumen, y Sonia cruzó la calle para acercarse a uno de los miradores que se abrían sobre la ciudad. El Sistema de Mantenimiento abrió un pequeño depósito, dejó pasar su contenido al tanque maestro, y agitó el resultado. La sonda de cada Jugador recibió la dosis prevista de euforizante, y los corazones empezaron a latir más aprisa.

Bajo sus pies, la ciudad brillaba, y Sonia respiró hondo. ¡Qué bien se sentía! Dorado por los rayos del sol, el laberinto de casas se extendía como un dibujo precioso y detallado. A lo lejos las últimas brumas se retiraban, y apareció el azul del mar, intenso, bellissimo. La brisa, suave, le trajo un eco de sal. El sol le calentaba la piel y penetraba, despacio, hasta el fondo. Notó una oleada de placer interior, y apretó los muslos. Se agarró a la barandilla. Sin darse cuenta, había empezado a llorar.

Tras el alarde de medios (que algunos desafortunados Jugadores jamás llegaban a presenciar), la niebla volvía poco a poco. Sonia contemplaba su avance, aún sentada en el mirador. De golpe escuchó un chirrido a sus espaldas. Un coche plateado había parado al final de la cuesta, y ahora se bajaban tres personas, dos hombres y una mujer. Rodearon el vehículo, y sacaron a una joven muy pálida, que se tambaleaba. La mujer le preguntó algo, en tono hiriente, mientras los otros le sujetaban. La mujer preguntaba una y otra vez, siempre lo mismo, cada vez más crispada, a medida que el grupo se acercaba al mirador. Sonia se levantó, horrorizada: le pareció evidente que iban a tirar a la joven al vacío. Hubo un forcejeo confuso, y unas manos se aferraron a la barandilla. Hipnotizada, Sonia se acercaba paso a paso. Quería gritar. “Es sólo el Juego”, pensó, “sólo otra trama estúpida”. Se produjo un giro violento y algo voló por los aires, para caer a corta distancia de Sonia. Era una pistola. Pero ella estaba helada, sin capacidad de reacción. Por fin hubo un grito penetrante, y el cuerpo cayó al vacío. Sonia dio media vuelta, y salió corriendo.

Se había sentado en un café, en la mesa más retirada, para repasar por última vez las listas. Miraba constantemente a la entrada, y en una ocasión tuvo un sobresalto grave, cuando la inmensa bandeja metálica de un camarero cayó al suelo con estrépito. Repasó una y otra vez las hojas con los nombres, y por fin se levantó y buscó el baño. Curiosamente, apenas había sentido necesidades físicas durante su estancia en el Campo, pero ahora, tras arrojar los papeles, rasgados una y otra vez, se acuclilló unos momentos. Por única respuesta tuvo un diminuto chorro, de olor fuerte. Se limpió con un papel especialmente basto, grisáceo. En una esquina del cubículo le pareció que se movía algo. Dominando sus náuseas, salió al exterior.

Estaba muy mal, lo sabía, y no podía hacer nada por mejorar. Ese fue el momento que algún misterioso mecanismo de autocastigo

aprovechó para movilizar en su mente el recuerdo del estanque. Las líneas maestras de la escena estaban todavía en su memoria de medio plazo, pero además el eficaz mecanismo completó los huecos que faltaban (al modo del restaurador de un retablo que completa la curva de una voluta, o pinta en un tono neutro el desconchado de una tabla). El olor tomó como ingrediente base el aún cercano del báter del café, aunque redondeado con dos pinceladas del hallazgo de un pez descompuesto en la playa, cuando tenía cuatro años; el sonido se seleccionó de algún viejo documental, pero sin ninguna precisión, porque no era lo más importante; la imagen, sólo algunas horas en el pasado, había sobrevivido bastante bien en algún rincón de la mente, y así fue restituida, aunque ahora uno de los patos picoteó furioso, por alguna razón, la cabeza de un compañero. Y ahí aparecieron en el recuerdo, durante unos breves, suficientes, segundos: ateridos, hediondos, desagradables para todos los sentidos, las aves húmedas. Sonia se apoyó en una farola y, mirando a los lados, profundamente avergonzada, vomitó.

C-1	Sujeto n° _____	
Tocamientos:	medio	
	<input type="checkbox"/> labios	
	<input type="checkbox"/> lengua	
	<input type="checkbox"/> manos	
	<input type="checkbox"/> miembro	
Penetración:	medio	emisión
tipo		
<input type="checkbox"/> oral	<input type="checkbox"/> miembro	<input type="checkbox"/> sí
<input type="checkbox"/> anal	<input type="checkbox"/> extremidades	<input type="checkbox"/> no
<input type="checkbox"/> vaginal	<input type="checkbox"/> prótesis	
Daños:	<input type="checkbox"/> golpe	
	<input type="checkbox"/> punción	
	<input type="checkbox"/> corte	
	<input type="checkbox"/> mutilación	
	<input type="checkbox"/> muerte	
Fluidos:	<input type="checkbox"/> saliva	uso
	<input type="checkbox"/> orina	<input type="checkbox"/> ingestión
	<input type="checkbox"/> heces	<input type="checkbox"/> embadurnamiento
	<input type="checkbox"/> secreciones	

¿Cuánto tiempo le quedaría? Los límites exactos de permanencia en el Campo nunca eran revelados, pero le daba la impresión de que no tenía mucho. A pesar de todo, tendría que seguir el Juego. Había desperdiciado otra oportunidad clara de complicarse en alguna trama suplementaria, y ahora lo único que se le ocurría hacer era acercarse a las señas que le habían dado, incluso sin llamar por teléfono: tal vez hubiera alguien. Tal vez la sorpresa incluso fuera una ventaja... ¿Quién podía saberlo? Intentó con dificultad ordenar de nuevo su mente: la mitad de las pastillas estarían ya en poder del joven, pero la otra mitad estaban en su bolso, y eso le podía servir para mantener el asunto en marcha. ¡Mantenerlo en marcha, Dios mío, si ella sólo quería acabar! Lentamente, desdobló el plano y buscó la calle.

“Rua Garrett”, musitó para sí: ¡allí estaba! Avanzó unos metros, y llegó al número que buscaba. Subió al tercer piso en una oscuridad casi absoluta. No podía localizar su puerta, y súbitamente recordó algo. Tanteó dentro del bolso, a la búsqueda de la caja de cerillas. La sacó, y trató de encender una, que se deshizo al instante entre sus dedos. “Mierda de época”, pensó, “mierda de cerillas”. Trató de encender otra, y le ocurrió lo mismo. Furiosa, tiró la caja al suelo, y justo en ese momento se encendió la luz de la escalera, y pudo ver la puerta.

Llamó al timbre. No contestaron, y llamó de nuevo. Entonces, sin ruido de pasos, un mecanismo lejano accionó la cerradura. Empujó y avanzó a tientas en la penumbra.

Bruscamente se encendió la luz, y ahí había un hombre desconocido con una pistola.

—Buenas tardes. Cierre la puerta, por favor —Sonia lo hizo, y al volverse vio un bulto que se debatía en una esquina: era el joven del bigote, atado y amordazado y con restos de sangre en la cara—. Ha tenido suerte —era la voz que ya conocía por el teléfono—: interceptamos a este idiota cuando iba al hotel, a matarla. Le dije que tuviera cuidado, pero fue usted muy hábil, ¡vaya jugarreta! —se reía francamente—: dejarle en la consigna cuarenta gramos de analgésico... de no muy buena calidad. En fin —hizo un gesto con el arma—... Deme la caja.

—¿La caja?

—La caja de cerillas; no se haga la idiota.

Sonia recordó de pronto sus esfuerzos por obtener luz en el descansillo, y su reacción furiosa. Se echó a reír.

—¡Eh!, ¿qué pasa? ¿Va a dármela por las buenas? —insistió el hombre, en tono irritado.

Sonia empezó a pensar en la torpe historia que había hilvanado. Había embrollado todo, a partir de una premisa falsa, y éstos eran los resultados... Tendría un récord en mala puntuación. Pero eso era lo de menos, comparado con la angustia creciente que le dominaba.

—¡Las cerillas!... Por supuesto, no las he traído. Le propongo una cosa —respiró hondo, se repitió: “Seguir en el Juego”— pague la mitad por adelantado, y dentro de dos horas...

Súbitamente sonó una nota musical, muy elevada; la puerta del fondo de la habitación se iluminó con el resplandor azul característico, y encima apareció flotando el mensaje: “ÉSTE ES EL FINAL DEL JUEGO”. Parpadeó. “POR FAVOR, ATRAVIESEN ESTA PUERTA PARA SALIR DEL CAMPO, EN EL ORDEN QUE SE LES INDIQUE”.

El portador de la pistola se vio envuelto por un nimbo azulado, miró su reloj con un gesto de fastidio, dejó el arma sobre la mesa y se encaminó hacia la puerta, sin ni siquiera dirigirle una mirada. El resplandor azul se lo tragó. El joven del bigote fue el siguiente. Al iluminarse, sus ataduras cayeron al suelo, y se levantó frotándose las manos y con los ojos bajos. Sintiéndose infinitamente cansada, Sonia se dispuso a seguirle. Entonces hubo una vibración, y el azul se difuminó. Al otro lado apareció simplemente una habitación, un dormitorio con una colcha de tonos verdosos. Sonia entró en ella, y volvió a salir. La pistola seguía sobre la mesa. Miró alrededor, y de pronto lo comprendió: no iban a dejarla salir. Nunca. Se concentró en la imagen del círculo negro con el aspa brillante en el interior.

—¡Salida!— gritó.

No ocurrió nada.

JUGADOR:	NLIII-3847689
ROL:	FH/7
JUEGO:	“La tercera pista” & “¿Y ahora qué?”
variante:	7/2, estr. F & 5/1, estr. K
TIEMPO:	6.999
PUNTUACIÓN:	+25
BONIFICACIÓN:	0
LO SENTIMOS:	Su nombre no puede quedar escrito en los anales del juego

Cayó de la trampilla, y allí estaba la mujer y Cyril, que la miraron sorprendidos. Recibieron la noticia con preocupación. La mujer movía la cabeza: de alguna manera se le había descubierto, y ahora era una exiliada, como ellos. Cyril pensaba que tal vez hubiera una oportunidad de sacarla, a ella sí.

—Tenemos que hablarlo con el jefe. Él sabe mucho más que nosotros de todo esto —le puso las manos en los hombros—. No se preocupe: lo intentaremos.

La mujer le apuntaba con el dedo:

—No salga de aquí. No se mueva. Creo que lo más sensato, ahora, es que evite toda interacción. De nada serviría dar sensación de normalidad. Quédese aquí. Volveremos cuando tengamos un medio de sacarla. Puede que tardemos en volver, pero no se preocupe. Hasta entonces, ¡suerte!

Al quedarse sola notó cómo le disminuía la excitación que hasta el momento le había sostenido. Cerró los ojos fuertemente y los abrió de golpe. Esto era una pesadilla. Se concentró en sentir, en percibir su cuerpo. “Estás ahí, húmedo, suspendido”: se tocó la piel, se abrazó fuertemente, se acarició los labios, las encías con la lengua, y luego notó el rumor de los pulmones, sintió el peso de los intestinos, todo aquello, pensó, donde no podía llegar la ilusión provocada por el programa, allí donde estaba *ella*. Y ella era ese rumor y ese peso. ¿Y más allá? Comprendió que alguien había creado un cortocircuito muy cerca de la sede del alma, y ahora había una corriente ajena, un fuego fantasma que la alimentaba. Le vino la imagen brutal de la antorcha esculpida y las llamas de piedra ondeando agitadas por un viento de plomo. Cayó sin sentido.

Volvió en sí con la misma sensación de temor. Dio unos pasos por la habitación, bebió con dificultad un vaso de agua que se le antojó extrañamente densa, pesada. Se sentó de nuevo y miró en torno. Había una biblioteca de cintas. Pulsó sin dudar el apartado de recreo, y apareció una larga lista de películas. Marcó una, sin fijarse.

Surgió la pantalla, se iluminó con un estallido de color, arrancó la música y apareció el título: *Noria de carne*. Sonia alargó el brazo, preocupada: “Vaya título...”, se dijo, “Espero que no sea pornográfica. No lo soportaría”. Pero cuando aparecieron los carteles de crédito, deslizándose sobre un motivo alternado de pececitos azules y setas rojas, se hizo evidente que debía tratarse de una comedia. Se tumbó sobre el respaldo y exhaló un suspiro de alivio. “Anda, anímame”, le

gritó por dentro al director, a los actores, al guionista, todos desconocidos, cuyos nombres iban asomando por la pantalla, “sácame de aquí”.

IV

Noria de carne

Si hay algo que puede crisar realmente a un hombre, son determinados aspectos de la lógica femenina. Como aquél que recibió de manos de su novia dos corbatas de regalo: una llevaba un motivo de pequeñas setas rojas, y la otra un estampado de pescaditos. Al día siguiente acudió a la cita ataviado con la roja. “¿Qué pasa?”, le preguntó la chica, con un cierto tono de irritación, “¿no te gusta la otra?”.

Pero conozco un caso en que una situación parecida llevó a un amigo mío a un descubrimiento asombroso... que estuvo a punto de enloquecerle. Empezaré por el principio, del que fui testigo.

Mi amigo F. es un joven habilidoso, y muy inteligente. Su profesión de agente de seguros le permite encerrarse en su taller y trabajar en él tan irregularmente como recibe el soplo de la inspiración con alguno de los complicados proyectos en que se suele meter. Recuerdo, por ejemplo, cómo perdió una semana completa en la mejor época de trabajo (Damocles, su compañía, acababa de lanzar una póliza que cubría los riesgos de un asalto callejero) para crear un distorsionador de voz que le permitiera contestar al teléfono sin ser reconocido. Convengo en que el acento argentino o el jadeo asmático que fingía su aparato eran magistrales, pero opino que habría cosas más útiles por crear (por ejemplo, nunca quiso fabricarme el hojeador automático de diccionario que tanto tiempo nos habría ahorrado a los traductores).

Una persona excelente, pues, cuyo firmamento de virtudes sólo estaba oscurecido por su peculiar paranoia telefónica (nunca pude saber quién temía, en realidad, que estuviera al otro lado del cable), o por su insistencia en relacionarse con el tipo de mujer que más podía enloquecerle.

—Cada hombre tiene la pareja que se merece —murmuró una mañana frente al distorsionador, y la máquina lo repitió con un fuerte acento ruso, que F. había sacado de una película de espías.

—Te has pasado con ese registro —observé.

—Sí, pero sabes que tengo razón. Por ejemplo, fíjate en Flo: es una chica magnífica, y todo lo que quieras, pero es capaz de sacar de quicio a la persona más equilibrada, y sabes que no lo soy.

Empecé a contestar algo, para desviarle de ese tema peligroso, pero me interrumpió.

—No hablo por hablar. Puedo demostrarlo —su voz adquirió un tinte venático—. Mira: ayer fui a comprarme un cuadro para sustituir al que rompió Néstor.

Como la suerte de su autómata de limpieza casera era otro tema tabú, me limité a asentir con un gruñido.

—Me encontré en la tienda con un juego de espejos pintados con temas de Mucha. Compré “La Primavera”, y ya me retiraba, cuando mi gran corazón me inspiró la idea de coger otro para Flo, y fue “El Verano” —su tono se iba acelerando, como el de quien está ansioso por acercarse al meollo de la cuestión—. De vuelta a casa me asaltaron las dudas: ¿cuál dar a mi novia?

—Déjale escoger —repuse, aburrido.

—¡Jamás! ¿Y que me saque los dos? ¿O que elija uno y se presente a la mañana siguiente para cambiármelo? Mira: señala tú mismo uno de los dos, se lo doy de regalo y ¿qué te juegas a que luego dice que habría preferido el otro? Es curioso —cambió de tema, palpándose una ceja—: me acaba de salir un grano. Debe de ser la excitación.

Sonó el teléfono. F. palideció y pulsó una tecla de su aparato, sin mirar. Una voz femenina aterciopelada sustituyó a la de mi amigo diciendo “¿Dígame?”.

—¿Con quién...? —se oyó claramente al otro extremo de la línea — ¡Oh!, F., no seas bobo. Soy yo.

F. me guiñó el ojo para informarme de que se trataba de Flo. Me alejé del teléfono, y me puse a mirar los espejos en litigio, que estaban apoyados contra la pared.

—Ya está —colgó F.—. Le he dicho que tenía un regalo para ella, y viene corriendo. Ahora tú señala uno de los dos espejos, y ya verás como tengo razón,

—No seas idiota, F. —contesté—. Para demostrar lo que dices tendrías que hacer la prueba dos veces, en dos líneas temporales diferentes, ofreciéndole una opción distinta en cada una de ellas.

—Dos líneas temporales... —F. parecía repentinamente excitado—. ¡Claro! Así quedaría demostrado quién es aquí el... Sí, me gusta.

Traté de hablar de otra cosa, pero pronto vi que no me escuchaba. Se dirigió a las habitaciones atestadas que constituían su taller, y pronto escuché el sonido de la taladradora.

—F., me voy —asomé la cabeza y le vi haciendo agujeros en un viejo casco de motorista. Sonó el timbre de la puerta.

—Abre, ¿quieres? —me dijo, sin interrumpir su tarea.

Fui a la puerta y dejé pasar a Flo. Anuncié de nuevo mi retirada, pero F. me gritó que esperara un momento.

Apareció limpiándose las manos con un trapo. Besó a su novia y, con gesto teatral, cogió “La Primavera” y se la entregó.

—¡Qué bonito! —gritó Flo— ¡Te has acordado de mí! ¿Cómo sabías que...?

Se quedó cortada bruscamente al ver a F. con “El Verano”. Como si la naturaleza en pleno se prestara a recalcar la solemnidad del momento, el sol otoñal, que había lucido libremente toda la mañana, se ocultó tras una gran nube opaca.

—Este lo he comprado para mí —la voz de F. era inexpresiva del todo. Parecía generada por el registro más helado de su máquina.

—Adiós —dije, muy bajito, y me fui hacia la puerta.

—¡Es *más* bonito el tuyo! Claro que el mío es precioso, pero...
—Flo aún seguía hablando cuando cerré la puerta.

Al día siguiente, por la mañana temprano, me telefoneó F. Su voz sonaba extraña, pero sin la ayuda de ningún artificio distorsionador.

—Por favor —empezó—, por favor: ven a mi casa. Estoy enloquecido. No me defraudes más veces...

No sabía de qué hablaba, pero dije que sí, y me precipité hasta su casa.

En cuanto le vi comprendí que le había pasado, o estaba a punto de pasarle, algo grave. Me miraba como si yo fuera transparente, o no tuviera límites definidos, enfocando unos ojos desorbitados por mis alrededores. Busqué en la habitación algo que pudiera darme la pista de su comportamiento (una botella vacía, un libro sobre hipnotismo...), pero sólo vi sobre la mesa una estructura formada de palillos de dientes, que me recordó vagamente a algo. A pesar de su tamaño, ya considerable, F. debía de tener la pretensión de hacer algo aún más grande, porque en una silla había paquetes de cajas de palillos, y tubos de pegamento con la leyenda “Tamaño industrial”.

Cuando pensaba en qué mas cosas horribles estaría destinado a encontrar, se levantó y se acercó. Me agarró por los hombros, como para evitar que desapareciera, y me miró a los ojos:

—Querido amigo —dijo cautelosamente, como si probara el sonido de su voz—, amigo mío —repitió—... Hoy es martes, ¿no?

—Sí —dije—, claro, F. Ayer fue lunes, y hoy es martes, martes siete de octubre —y me callé, satisfecho.

—¡Martes! —paladeó la palabra—, martes, día siete —me soltó —... ¡Siéntate!: tengo que contarte algo...

Y me senté, y abrió la boca y empezó su historia, que con esfuerzos fue continuando, y era más o menos así:

—Cuando me hiciste esa estúpida afirmación sobre líneas temporales paralelas, ¿ayer? —se detuvo, tragó saliva, me miró y le animé con un gesto—...

Me quedé pensando: ¡ésa era la solución! Tenía por primera vez a mi alcance la prueba irrefutable de que lo que pretendía Flo era volverme loco. Y bueno: ya viste lo que me dijo cuando le di “La Primavera”: ¡tenía el cincuenta por ciento de la experiencia!

La eché pronto, con su espejo bajo el brazo, y me puse a trabajar. Había pensado primero en un “viaje en el tiempo”, pero ¡valiente idiotez! ¿Para qué transferir masas? ¿Qué pintaban mis riñones y mis almorranas viajando Dios sabe dónde? ¿Y mis ropas y pertenencias? Hacer viajar a mi corbata, mi anillo, la camiseta y todas las monedas de mi bolsillo... No: para todos los efectos, me bastaba con transferir los *conocimientos* que tenía tras la entrega de ese maldito espejo a un instante anterior. Así que me puse a fabricar un aparato que transfiriera contenidos mentales (en último extremo, bits de información) a un punto próximo en el pasado.

Era simple: mi mente, cuando me desperté la mañana del regalo, tenía un contenido de información I. Después de la visita tuya y de Flo, contendría un total de I + @. Conque me puse a fabricar un artilugio que obtenía un “volcado” de mi memoria, lo codificaba, y lo empaquetaba para el transporte (la señal resultante, dicho sea de paso, ocupaba un milisegundo, y no porque me quepan pocas cosas en el cráneo). Era fácil hacer que ese pequeño impulso, aprovechando la relatividad, retrocediera 24 horas. El paso delicado era incorporarlo a mi mente de *ese* instante.

Diseñé un rastreador de comparación de señales, y lo ajusté a una convergencia de hasta dieciséis decimales. Al descubrir su

objetivo (o sea, el contenido de mi mente antes de hablar contigo esa mañana aciaga), comparaba las señales, y sólo transfería el contenido diferente, es decir @. Según todas las previsiones, aparecería la mañana del lunes, antes de que llegaras tú, *sabiendo* todo lo que había ocurrido en ese día.

¡Y resultó! Eran casi las seis de la mañana del martes. Llené de sensores un casco de motorista, me lo puse, cargué mis señales codificadas en la memoria del ordenador, las mandé al rastreador en -24 horas, buscó una resonancia análoga, me localizó, comparó señales positivamente y apreté el botón.

Me desperté en la cama, pensando que me había rendido al sueño, y que todo era una pesadilla. Miré el reloj. Eran las seis. En ese momento se encendió a todo volumen la radio-despertador y casi me da algo al escuchar la fecha del informativo: ¡estaba de nuevo en lunes!

¡Ahora iba a demostrarse quién quería enloquecer a quién! Me puse a repetir paso por paso todas mis acciones de esa mañana. Por una parte, tenía miedo de desviarme en algo y entrar en una de esas malditas paradojas temporales, y además, para que mi experimento fuera perfecto, las condiciones tenían que ser idénticas.

Así que te llamé a las once, te invité a venir, llegaste, etcétera. Entonces puse el registro de espía ruso y afirmé:

—Cada hombre tiene la pareja que se merece.

Todo lo demás vino sobre ruedas: tú quisiste escurrir el bulto, luego llegó Flo, yo salí, y le di el regalo. Esta vez no fue “La Primavera”, sino “El Verano”. Cuando te escabullías por la puerta escuché decir a Flo:

—¡Qué bonito! ¡Te has acordado de mí! —etcétera. Y luego:

—¡Es *más* bonito el tuyo! Claro que...

Estaba fuera de mí de alegría, pero me contuve. Me deshice de ella, como había hecho en la otra línea temporal, y me senté a pensar.

No quería crear un caos cósmico, y el simple cambio de espejo no iba a hacerlo, así que decidí acabar de perforar el casco, repetir todos mis montajes... hacer todo, en definitiva, menos apretar el botón.

A las seis de la mañana había terminado. Me puse el casco, hice el volcado, y di la orden de remontar la señal. Ya estaba todo idéntico a como había sido en el instante anterior al salto, y estaba a punto de quitarme el casco cuando me desperté de repente... en la mañana del lunes. Del lunes3, y recordando todo lo del lunes1 y lunes2.

Francamente alarmado, repetí religiosamente todos mis movimientos del lunes¹, e incluso regalé a Flo “La Primavera”, con los resultados ya conocidos. Luego no monté el dispositivo. No perforé el casco ni hice ningún volcado. Aguardé en vela, temblando, hasta las seis, y de golpe me desperté en el lunes⁴.

Entre las tinieblas del terror, comprendí de pronto qué había pasado: ¡la señal de transferencia se había incorporado al final de @, y cada vez me despertaba con ella dentro! ¡Estaba condenado a retroceder cada veinticuatro horas! Bajé a la farmacia, compré pastillas para dormir, tomé muchas, y me acosté. No sé si me desperté el lunes⁵ o el lunes⁶. Ni me importaba.

Un lunes de octubre [aquí se empezó a reír como un histérico], apenas me hube levantado decidí que antes de abandonarme a la desesperación tendría que agotar las posibilidades de pedir ayuda.

De todas las personas del mundo, la única que podría servirme de algo era el Profesor Schweigen: el máximo representante de la física actual, y persona por desgracia tan ocupada como venal (había asistido a una conferencia suya, cuyas entradas se vendieron a un precio exorbitante). Sabía que trabajaba en la universidad de Z***, a doscientos kilómetros de mi casa... y confiaba en que acudiera los lunes. Lo planeé todo cuidadosamente.

El primer lunes de octubre pasé por mi banco nada más abrir. Saqué todo mi dinero y cogí un taxi hasta el aeropuerto. Tuve que esperar una hora hasta la salida del primer avión, pero luego el vuelo transcurrió apaciblemente.

¡Z***, ciudad famosa en todo el mundo por sus museos, sus riberas arboladas, su antigua Universidad y su acreditado Casino! A él me dirigí, nada más aterrizar. Abierto las veinticuatro horas del día, no sé si lo que encontré allí fue la resaca de la noche o la avanzadilla matinal: las miradas heladas sobre la ruleta pertenecían a seres para los que se había detenido el tiempo. Reconocí entre los jugadores al profesor W***, famoso por sus experiencias de enseñar un lenguaje rudimentario a las mantis religiosas, al catedrático H***, director del Museo de Arte, que había diagnosticado la sífilis de Rembrandt, a partir del análisis por rayos X de su pincelada, y a dos notables defensores del origen bantú de la lengua vasca. ¡De ese modo se fundían en el templo del azar las fuerzas de la Cultura, de la Naturaleza y del Trabajo!, porque chicas pálidas, con aspecto de profesionales, o de aspirantes a becarias, se acodaban sobre la mesa o

acechaban detrás de la silla de los jugadores, con gestos aprendidos en películas.

Busqué la mesa que permitiera apuestas más altas, y jugué un rato tomando nota de los números que salían. Perdí cantidades considerables, pero me consolé pensando que sería por última vez. Con una última mirada a aquellas bellezas mustias dejé el Casino, y cogí un taxi hasta la Universidad, que mostraba la actividad febril del primer día del curso académico. Preguntando siempre, localicé el Campus de Ciencias Duras, luego la Facultad de Estudios de los Corpúsculos de la Materia y por fin llegué al Departamento de Schweigen. Uno de sus ayudantes, un pedante con gafitas, me comunicó que el profesor estaba en su laboratorio, y que por supuesto no me recibiría.

Pasé el resto del día paseando por las riberas arboladas, evitando los museos y mirando a las estudiantes: casi no me quedaba dinero, y además no había sacado billete de vuelta. No lo necesitaba. Al acabar el día me atrajeron las luces de uno de los clubs nocturnos y entré, descubriendo que mi instinto me había guiado a la perfección: allí estaba W***, que practicaba con una estudiante el signo mantis para “Te quiero” (un gesto de llevarse algo a la boca), y uno de los lingüistas, que explicaba a dos alumnas cómo se decía “te amo” en bantú. Me instalé en la barra y, para hacer tiempo, repasé las secuencias de números salidos en la ruleta, que había anotado cuidadosamente. Me gustó una que se abría con el 13, y luego seguía con tres números de una sola cifra, el 8, el 4 y el 5, y decidí que sería esa la que jugaría. Entonces, satisfecho, cerré mi cuaderno y me dispuse a interactuar con el ambiente.

Ya era tardísimo, y estaba llegando a una relación satisfactoria con una de las chicas cuando, como Cenicienta, debí de evaporarme. Amanecí en mi cama.

Me levanté, fui al banco, cogí mi dinero, volé a Z***, llegué al Casino, me senté en la mesa que había decidido, y fui jugando pequeñas cantidades hasta que vi que salía el 13. Esperé a ver si el siguiente era el 8. Lo era. Para la tirada inmediata puse todo mi dinero al 4, y allí fue donde cayó la bola. Se levantó un murmullo, y H*** me miró, hosco. Con absoluta frialdad, amontoné todas las fichas en el 5, y eso fue lo que salió. Entre las miradas asombradas de todos, recogí mis fichas, las cambié por unos fajos de billetes, pedí una bolsa de plástico para llevarlos, y salí rumbo a la Universidad. Con la seguridad que da una larga práctica, llegué al Departamento, eludí al

ayudante de las gafitas, localicé a la secretaria de Schweigen, le enseñé el contenido de mi bolsa y al cabo de un minuto tenía la privilegiada visión de sus hirsutas patillas.

No levantó la mirada de sus papeles durante un buen rato. A sus espaldas, una gran pizarra corredera llena de símbolos ocupaba toda la pared. Yo silbaba, entre dientes. Cuando le pareció bien, se incorporó, se quitó las gafas y me miró con sus ojillos guiñados.

—Le ha dicho a mi secretaria que piensa hacer una importante donación para la Causa —empezó—. Si esto no es cierto, no voy a escucharle ni una sola palabra.

La Causa era, como había oído en su conferencia, la construcción de un acelerador de partículas que rodeara todo el planeta. Era nuestra máxima oportunidad de llegar hasta los secretos del corazón de la materia (había declarado con acentos elevados), y de paso crear un proyecto común que uniera los esfuerzos de la Humanidad... Todos los países del planeta tendrían la oportunidad de colaborar en esa obra gigantesca, poniendo fin a las guerras y pependencias. Pero lo que estaba empezando a ser un motivo de disputa era, paradójicamente, la misma localización del anillo: ¿de Polo a Polo, a lo largo de un meridiano? (pero, ¿de cuál?), ¿un anillo ecuatorial? Schweigen alentaba simultáneamente cada una de las distintas opciones, porque siempre había un gobierno en apuros que de la noche a la mañana anunciaba que colaboraría en el acelerador si pasaba por su territorio.

Se me quedó mirando. Yo le miré. Por efecto de mi colocación, el grueso anillo erizado de torres de los aceleradores de entrada le circundaba la cabeza como un nimbo de santidad. Saqué de la bolsa dos fajos de billetes grandes y se los puse delante. Los cogió, tranquilamente, y los metió en un cajón de la mesa.

—¿Qué quiere? —dijo, muy serio.

—Sólo una consulta. Verá usted —y empecé a contarle todo, pero no como si fuera algo que me hubiera ocurrido a mí, sino como algo hipotético: “Si a alguien se le ocurriera...”, “¿Qué podría hacerse...?”, etc.

Cuando acabé, se me quedó mirando de hito en hito. Abrió la boca un par de veces, como si le costara empezar a decir algo. Y por fin lo hizo:

—*Periodista* —masculló; nunca había oído cargar tanto desprecio sobre esa palabra—. Joven periodista descubre noticia bomba. El profesor Schweigen, futuro Premio Nobel —y aquí hinchó

el pecho—, afirma la posibilidad de viajar en el tiempo. Sección de “Ciencia”... ¿o es la de “Cultura”?

—No soy periodista —le dije, muy fríamente.

Me miró otra vez.

—No..., no lo parece. Parece usted, joven, más bien un loco. ¡Loco! ¡Eso es! —se animó de pronto— Verá usted: prefería la ciencia-ficción de la época dorada. Ellos no se preocupaban por burrada científica de más o de menos. Pero claro, ahora quieren un “fundamento científico real” (¿no lo llaman así?): debe de dar más dinero. Los grandes escritores del género soltaban cosas descabelladas cada dos por tres, y estaba bien. A *mí* me gusta. Ciencia-*ficción* —recalcó, triunfante—. Mi consejo, si ha metido a su héroe en un bucle temporal, es que apele a un *deus-ex-machina*. Muchos lo hacen.

—¿*Deus-ex-machina*? —pregunté.

—Sí: alguien, o algo, sale de no se sabe bien dónde, y lo arregla todo. Fácil. Es la ventaja de la ficción sobre la realidad: uno puede hacer lo que quiera. Hágalo.

Estaba tan asombrado que no acerté a contestar. Cuando iba a hacerlo, sonó el teléfono. Al parecer, le transmitían una mala noticia. Colgó y pulsó el comunicador con su secretaria:

—Señorita: consígame un coche inmediatamente. Ha llamado el médico de mi madre. Al llegar la criada la ha encontrado sin conocimiento: ha tenido otro ataque.

Colgó y me miró con tristeza:

—¿Ve? Hay cosas más importantes que su estúpida novela. Gracias por su generosa donación. Adiós. Misión cumplida.

—Adiós —me levanté—. Volveré hace una hora.

Y así lo hice.

La siguiente vez repetí todo el circuito, pero nada más entrar en su despacho le espeté:

—No soy un periodista, ni un escritor. Mas bien estoy metido en un lío. Verá...

Y se lo conté todo, sin condicionales.

—No me cree. Escuche: ya he estado hoy aquí. En estos momentos —miré el reloj, cuyo calendario marcaría la misma fecha durante muchísimos días— su madre está teniendo otro ataque. Aún no ha llegado la criada, que la descubrirá. Haga una cosa: llame ahora a su médico, y dígame que vaya para allá. No puede causar ningún daño, y quizá le salve la vida.

No sé si fue la seguridad con la que hablé, pero Schweigen descolgó el teléfono, y pidió una conferencia con la casa de su madre. No contestó nadie, y entonces pidió que le pusieran con su médico de cabecera. Mientras obtenía la comunicación me miró varias veces, inexpresivo. Por fin habló con él, le dio el recado y colgó.

—Vive al lado: me llamará si pasa algo. No quiero ni imaginarme que todo esto sea una broma...

Se agarró a la mesa, y sentí que era una amenaza pesada. Estuvimos en silencio unos minutos, estudiándonos mutuamente. Luego desvié la mirada y la paseé por la habitación. Sobre una mesa lateral medio cubierta de papelotes descubrí la maqueta de un sector del anillo correspondiente a la entrada del acelerador de columna, todo visto en sección. Para mejor mostrar la escala, el viejo (o alguno de sus acólitos) había puesto al pie de la torre casitas, árboles, y una estación de tren diminuta. Pero todo estaba polvoriento, como si hubiera caído una nevada pegajosa sobre el pueblecito. Aparté la vista con cierto asco, y luego me puse a repasar las ecuaciones desarrolladas en la pizarra. Habría jurado que había un error en uno de los pasos, y estaba a punto de decírselo cuando sonó el teléfono.

—Gracias. Sí. Preocúpese de ella: la criada estará al llegar. Gracias de nuevo. Yo iré para allá en cuanto pueda...

Colgó y me miró.

—Empiece de nuevo —dijo, muy despacio.

Cuando terminé se levantó, corrió la pizarra, llena de fórmulas, y descubrió otra limpia. No escribió ni una cifra en ella durante las dos horas siguientes, pero supongo que le ayudaba a hablar.

—En primer lugar, ha tenido usted mucha suerte. La retrotransferencia, por lo que sabemos, es algo que ocurre unas dos veces cada millón de años, en el seno de un agujero negro. No provoca ningún trastorno, porque la información que se mueve al pasado es inoperante. En el Universo normal puede ocurrir solamente una vez, y me temo que ha sido la suya. Digo que tuvo suerte porque determinar las condiciones en que puede ocurrir es una labor muy compleja. Usted acertó por casualidad —protesté, pero me mandó callar—. Y encima no se le ocurre más que transferir su “yo”, por decirlo así. Las consecuencias son incalculables. Nosotros teníamos prevista la experiencia, pero no nos atrevíamos a mandar más que un protón marcado. En fin...: está usted metido en un bucle temporal del que no va a poder salir.

—¡Qué horror! —dijo en voz alta Sonia. La comedia acababa de adquirir un tinte trágico, como reflejaba el rostro del protagonista, recibiendo la revelación.

Apoyó la cabeza en el respaldo, y cruzó los brazos, en un gesto de autoprotección. En el techo la trampilla azul zumbó y vibró.

La narradora calló aquí, como invitándome a despedirla con el ademán acostumbrado, porque Tyros ya asomaba por el horizonte, y empezó a cerrar el viejísimo volumen. Pero yo la contuve con un grito: “No hay sueño”, creo que dije, “Nadie duerma mientras me debato en el interior de la más horrible de las trampas”. Porque había visto en la suerte de esa mujer, que contemplaba la de ese hombre de épocas lejanas, un reflejo de mi mismo destino, y quería saber qué pasaría.

Renovaron las luces, y aquella noche en Altan nadie durmió.

La luz cambiante de la Columna empalideció con la salida del Sol. Hubo un silencio.

—Sigue, Hermana del que duerme.

El ser metálico escuchaba atento el relato, pero allá lejos, bajo el hielo, su órgano pensante sintió la compasión.

—Porque en aquellos tiempos —apostilló ella— el uso de un cuerpo vicario mantenía aún cierto vínculo con los accidentes humanos.

Durante muchas noches había desgranado la historia de la cautiva en un universo falso, sólo para dejarla en suspenso y meterme en una vida que era un solo día, que ahora amenazaba repetirse para siempre. Miré a la mujer, y sentí todo el peso de la trampa que nos habíamos fabricado, y de la que quizá fuera el último habitante. Pensé en el plan colosal del sistema y en la dudosa existencia de una salida.

Había explorado al límite todas las propuestas que venían de ella; cada una se cerraba, y sólo había salida hacia detrás, hacia abajo, hacia dentro. Pero esto no podía continuar. ¿O era posible? Me invadió el desaliento. No había escapatoria.

“Me invadió el desaliento. No había escapatoria.”

A estas alturas del relato, F. estaba lívido. Yo no sabía qué decir. Conociéndole, me creía a pies juntillas todo lo que me había contado. Le rogué que siguiera.

—¡Pero un momento, un momento! ¡Se me ocurre una idea! — ella me miró, con expresión de hartazgo: cerró los labios, que había dejado suspendidos en la continuación del relato, y torció el gesto.

—A ver...

—Sí: puesto que el Viajero del Tiempo habla desde el final de su confinamiento, es que a pesar de todo ha podido liberarse de él.

Suspiró; hizo un ademán de conmiseración o de alivio.

—En absoluto: eso es lo que él tal vez cree, pero apenas termine su relato, o quizás cuando llegue la noche, notará en su alma la fuerza de succión ya conocida, y volverá a amanecer en el día que los antiguos consagraban a la luna, siempre mudada y siempre la misma. Entonces, si quiere, volverá a llamar a su amigo, y recomenzará la historia —me miró a los ojos—. ¿Puede seguir la nuestra?

Schweigen me miró, con expresión no muy alegre:

—Se lo explicaré: creo que tiene razón al suponer que la instrucción de salto pasó a formar parte del incremento @, lo que le pone en difícil situación. El pasado, querido amigo, tiene una realidad coherente (al menos, una por cada línea temporal), pero el futuro es probabilístico. Hay más futuros que partículas elementales en el Universo. Acierte con el que necesita...

Hizo una pausa.

—No sé qué ha puesto usted en marcha. Pero no me gusta nada. Ahora sé que hay al menos dos Schweigen sueltos por ahí, uno hablando con usted, otro corriendo a la cabecera de su madre. La sola idea me aterra, conque ¿qué no le pasará a usted?

—¿Se le ocurre algo que se pueda hacer? —repuse.

—Bueno... Indirectamente —me miró—. Le invito a unirse a mis oraciones.

Y ahí le dejé, arrodillado al pie mismo de su escritorio.

De la época que siguió, F. recuerda pocas cosas. Se hundió en el alcohol, en las drogas, para despertarse sereno mañana tras mañana. Se suicidó una vez. Visitó los barrios bajos, y murió en peleas callejeras. Asaltó bancos. Violó, mató. Viajó por todo el mundo

sembrando el mal (podía llegar hasta Tailandia, con el tiempo justo de cometer algunas tropelías, y reaparecer en su casa). Mató a Flo varias veces. Intentó contarme su historia en distintas ocasiones, pero al parecer yo me reía. Me dio una paliza; aunque jura que nunca llegó a asesinarme. No lo sé.

Después de que me hubiera resumido su etapa de desesperación, le rogué que siguiera contándome sus vidas, y así lo hizo, comenzando con sus palabras acostumbradas.

Un lunes de octubre por la mañana cogí papel y lápiz, y me puse a considerar fríamente la situación. En primer lugar, no quería morir más veces: es algo horrible. Haría un pacto con la vida, pero ¿qué podía darme ella?

Podía conseguir cualquier cosa... por veinticuatro horas. Lo había comprobado extensamente. Pero a las seis de la mañana aparecería en mi casa en posesión únicamente de lo que tuviese el lunes¹. No podía llevar ni un registro escrito de lo que me ocurriese. Sólo podía *recordar*. Y en aquellas cosas que no dependieran de mí estaba condenado a la repetición: cada mañana me despertaría a la misma hora, vería cómo me brotaba el grano de la ceja al mediodía, se cubriría el sol dos o tres veces a lo largo de la jornada, Flo llamaría puntualmente por teléfono... Así era y así sería.

Podía despedirla con cajas destempladas (¡y vaya si lo hice!), podía arrancar el teléfono de la pared, pero otras cosas eran más complicadas: ¿no te he contado lo de la tintorería? Verás: el lunes maldito debía haber ido a recoger una chaqueta en la tintorería de la esquina de casa. La había llevado con el ruego de que me la tuvieran lista en seguida (era mi única chaqueta decente) y la encargada me la había prometido precisamente para ese día. Pero, como te puedes imaginar, no pude ir a recogerla: tu visita, la de Flo, etcétera. ¡Etcétera!

El lunes⁷⁵, o por ahí, caí en la cuenta de que tenía la recogida pendiente, porque al pasar delante del local, vi que la chica me hacía gestos expresivos. Pero malditas las ganas que yo tenía de ir por ella, como puedes imaginarte. Sin embargo, la situación pronto se hizo insostenible: si coincidía por casualidad con la encargada al entrar o salir de casa, me decía: “¡Su chaqueta: ya está lista!”. Si la veía a través de la cristalera me hacía unas veces el gesto de quien plancha algo, otras el de ponerse una prenda, y en ocasiones mimaba la acción de lavar. La pobre no tenía la culpa, pero uno de los lunes de mi época

de disipación me topé con ella al salir de casa muy temprano (lo hacía para tener más tiempo de cometer maldades). Ella levantaba el cierre de la tienda, y al verme sonrió y dijo: “No se lo creerá, pero *ya tiene su chaqueta lista*. ¿Se la llevará puesta?”.

Le di de golpes, mientras gritaba, como un desaforado: “¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! ¡No me lo repitas!”. Los escasos transeúntes se apartaron de mí, como de un loco, y desde la parada de autobús de enfrente una bella jovencita me miraba aterrada... Luego, sin embargo, llegó a ser muy cariñosa conmigo, pero eso es otra historia.

Sólo te diré que todos mis días restantes, al entrar o salir de casa sólo me guió una idea fija: no ver a la chica de la tintorería, para que no me recordase, con toda amabilidad, que tenía perpetuamente que pasar a recoger mi chaqueta.

Pero mi problema básico no era cómo eludir los compromisos, sino más bien qué podía *hacer* que no se desvaneciese en el aire a la vuelta de unas horas. Pronto lo descubrí: ¿qué es aquello de lo que nadie puede privarnos? ¡El placer!

Primero empecé por los tranquilos, y me dediqué a la lectura. Épocas más felices que la que atravesaba (aunque mucho menos curiosas) las había pasado pegado a las páginas de un libro. Así que empecé, primero en cierto orden, luego con la mayor anarquía. Una plácida lectura hogareña de libros en los que, por la noche, no podía doblar una página como señal, ni dejar abiertos al lado de la cama; libros que, si había conseguido fuera de casa, debía recuperar mañana tras mañana, hasta concluirlos. Lo primero que hice fue terminar el libro que tenía en la cabecera (siempre lo recordaré, porque allí aparecía cada madrugada): era *Vaselina inane*, la última novela de M***. A él siguieron muchos otros libros.

Y, como ocurre casi inevitablemente, la lectura me despertó ansias más concretas. Nunca había sido un cortejador fulminante: mis éxitos tenían más bien la estructura del asedio a una fortaleza bien defendida (aunque con frecuencia llegara a comprobar que había infraestimado los deseos de capitulación de sus habitantes). Pero ahora no tenía tiempo: debería especializarme en el cortejo de urgencia.

Estudí mis posibles objetivos. Enfrente mismo de casa, a primera hora de la mañana, en la parada del autobús había visto a una preciosa muchacha, que taconeaba impaciente, y miraba a cada rato el reloj: iba a llegar tarde al trabajo.

Mis primeros intentos, a base de robar un coche e invitarla a subir no dieron resultado. Se negó con un gesto desdeñoso. Así que intenté otro procedimiento. Un día me acerqué y la saludé. Me miró de reojo, y contestó con un gruñido: no debía estar segura de si me conocía o no. Entonces inicié una de las conversaciones más previsibles que puedan imaginarse:

—Perdona —empecé—: todo esto ya lo hemos vivido. Tú y yo hemos hablado esta mañana muchas veces. Sé lo que pasará.

Me miró con mucha sospecha, pero no pudo contenerse:

—Ah, sí —dijo—, ¿eh?

—¡Sí! Por ejemplo, esperas el autobús 5, ¿no? Bueno: el primero que vendrá es el 28. Ya lo verás. Y luego el 21.

Ocurría, efectivamente, y ella se ponía alerta:

—¿Qué pasa? ¿Eres inspector de las líneas?

—¡No! ya te lo he dicho: sé todo lo que va a pasar. Mira: de aquí a cinco minutos veremos pasar un avión a reacción, por allí — señalé un hueco entre los edificios—, y a continuación se cubrirá el sol. Puedo ser también inspector de aviación, pero ¿de nubes?

Ella miró, sorprendida, hasta que el retumbar lejano dio paso a la estela blanca. Luego unas nubes grises cubrieron el sol, y sopló un viento frío por la calle. Ella se arrebujo en la chaqueta, y me miró, rara.

—Ahora doblará la esquina una señora con un perro y abrigo verde. ¿Y ves esas miguitas del suelo?: podemos jugarlos lo que quieras a cuál es la primera que se comerá un pájaro. Por ejemplo: la que está justo sobre el bordillo —un grupo desordenado de palomas se posaba entonces sobre la acera; la más gorda de ellas avanzaba cabeceando entre las migas hasta que picoteaba la debida—... Perfecto. Luego vienen otros autobuses y el tuyo se retrasa. ¿Sabes lo que hacemos llegado este momento?

—No —contestó con un hilo de voz.

—Tomarnos un café en mi casa, ahí enfrente.

Ya estaba dado el primer paso... ¡Maravillosa chica! ¡Cuántos días hemos pasado en casa, juntos hasta las seis de la mañana, en que me despertaba y corría de nuevo a buscarla! A veces fallaba el rito de invitación, no sé por qué... Comprende la mezcla de cinismo y de espíritu de actor que tenía que poseer para repetir exactamente lo que sabía que daría resultado. Cuando alguna vez, a medias del papel, me invadía el desaliento, y lo dejaba traslucir, todo se iba a pique. Ella

gritaba y echaba a correr, y yo tenía que dedicarme a otra cosa el resto del día. Llegué a estar muy enamorado de ella.

Pero cuando todo salía bien, ¡qué maravilla! Aprendí, por el método de prueba y error, a hacer aquello que más podía gustarle: desde cómo cogerla del brazo para cruzar la calle, o la forma en que podía hacer que se sintiera cómoda una vez en casa, hasta detalles más excitantes. Llegué a tener el récord de una hora desde el abordaje hasta el momento en que nos íbamos a la cama. Fenomenal, ¿no? Pero no era la variante que más me gustaba: había una, muy dulce, en que no llegaba hasta la tarde, pero una vez allí... ¡Podía explorar ininterrumpidamente qué gesto, qué palabras, qué actitud iban a llevarla al mayor delirio! “Eres asombroso”, me decía, “parece que supieras exactamente qué es lo que quiero”. Yo le contestaba: “Sí”.

“Sí”, dijeron los labios en la pantalla. Luego se acercaban, cautos o decididos. Y entonces empezaba la carrera de los cuerpos. Un millar de uniones salidas de un millar de días: el sol se alzaba y se ponía, y el cuerpo de la mujer saltaba y se movía arriba, abajo, a un lado, delante, detrás. Más soles, más días, y el rostro del hombre se dilataba, crecía, menguaba en espasmos. Y de golpe un plano inesperado en una película de ese tipo: explícito, grandioso como una columna veteada, el miembro del hombre entraba y entraba y entraba; se hundía en la negrura, en lo rojo, en lo blanco; un segundo, el siguiente, los soles subían y bajaban, y el vástago de carne era el eje en torno al que giraba la rueda de los cuerpos.

Sonia bajó la cabeza. Se ahogaba.

Me revolví en el trono: hasta ese día no había sido consciente, pero de todas las funciones de mi cuerpo, cuidadosamente reglamentadas por los sacerdotes de Altan, sólo esta, tan precisa y detallada y sistemáticamente descrita por la ausente lectora, me había sido negada. ¿Por qué?

Y se agitó mi aliento, y con él la atmósfera y la sala, mientras la voz ahondaba en la marcha de los cuerpos.

—Como una danza extraña —se irguió el cuerpo metálico—, como una máquina doble.

—Como un acicate romo, o una caída demorada, así era cuando yo le asistía en sus uniones —recordó la hermana del piloto; y añadió, satisfecha—: una catástrofe calculada.

—Sí. Una difícil arte. Continúa.

—...*Que sin embargo nosotros hemos revivido. ¿Por qué? —me preguntó ella.*

—*No recuerdo —repuse—, tal vez un arcaísmo deliberado, como el resto: la casa, los objetos, y tú misma. Un placer, aunque atávico.*

—...*Y poco elaborado. Recuerda las aventuras en los Mundos Virtuales. ¿No los añoras? El Ascenso Espiral, las Asíntotas Tensas, los Nueve Mil Millones de Yos, la Entrada... solían gustarte; ¿o no era exactamente placer lo que experimentabas?*

Cogido por sorpresa, no pude impedir que me asaltara el recuerdo torrencial de mi existencia allá en los Mundos Otros:

Durante décadas apilamos sillares de granito encima de la Entrada. Éramos una especie gelatinosa, cubierta por un caparazón, ¡y cuántos de ellos se quebraron bajo el peso de las rocas! Pero desde debajo pujaba Algo, y ni las lluvias de metano, ni los hábitos abrasadores de la conjunción de los dos soles nos apartaban de la tarea. Resbalé con mis extremidades blandas sobre el mucus de la rampa, antes de ser aplastado y encarnarme en otro operario, que se precipitaba desde lo alto de la cantera, y otro que empujaba durante días y noches, y otro día era el ingeniero que inspeccionaba las obras, y escogía los trabajadores más brillantes y viscosos para, desafiando las prohibiciones, de vuelta a la base, hincarnos mutuamente el élitro copulador hasta que alguno de los más jóvenes se licuaba; y otra noche me arrastraba hasta el compañero más débil para succionarle linfa en su sueño palpitante, o me alejaba de los míos para hundir el abdomen en la arena y expulsar, una tras otra, las seis crías, y perdidas mis fuerzas rendirme y caer, y luego, convertido en uno de los recién nacidos, horadar el cuerpo materno para nutrirme de él hasta desarrollarme, salir, y dirigirme hasta la Entrada. Y mientras tanto Algo rumiaba y empujaba pugnando por salir, y los caparazones vacíos de todos mis yos pasados se extendían por la llanura, translúcidos, arrojando dos sombras. ¿Placer? No exactamente.

O cuando fui sólo una semilla, que se extendía y multiplicaba, ramificándose sin pausa: una regla compleja organizaba la dirección, el grosor, las propiedades, de cada nuevo brote que naciera: cada nudo no bifurcado en dos ciclos, pierde la oportunidad de hacerlo

nunca; las ramas en cepas laterales se congelan apenas las longitudes sumadas de sus vástagos triplican la de la rama-madre. Las tangentes sorbían energía, las oblicuas vibraban. Yo habitaba la zona en crecimiento, ávido del espacio, y curvado en tangentes monstruosas tendíamos a ocuparlo todo; la masa colosal de nuestros miembros colapsaba una y otra vez sobre sí misma, y pronto fue una esfera negra que palpitaba, y mis zarcillos se elevaban penosamente, alargándose hacia la fuente de la vida, y separándose de ella por nuestra propia masa, que giraba lentamente. En el centro de todo nos nació un calor nuevo, sin embargo: la masa colapsada había entrado en reacción, y el núcleo ardía en una sola gota de energía, devorando materia condensada. Crecimos entonces hacia dentro, ávidos de esa fuente, entre laberintos olvidados del pasado, y la capa exterior se quedó inerte. Descubrimos de pronto que algo la recorría, como un roce leve o un estremecimiento tan minúsculo que no nos apartó de nuestra busca: rodeábamos el centro, absorbiendo las ricas emanaciones, devorados a veces por su fuerza, hasta que nos adaptamos a una esfera intermedia de existencia, bebiendo de ese núcleo, sin llegar a acercarnos en exceso. Y crecimos robustos, apretados, en una trama geométrica densísima, que giraba y giraba, mientras el núcleo devoraba las últimas materias, y mitigaba su fuerza en un rescoldo. Entonces percibimos allá arriba, huésped de nuestra costra, a un pueblo que crecía y que vibraba, una levísima chispa en movimiento, multiplicada por millones de individuos, apenas alimento para un ciclo, pero hacia allá emitimos un zarcillo que no pudo asomar porque, sensibles, las mínimas esquirlas de existencia lo habían detectado, y apilaron nuestra materia antigua sobre el punto del afloramiento. ¿Placer? No exactamente.

No me hizo ningún bien que me rememorara cosas tan lejanas y complejas, así que le supliqué:

—Por favor: calla.

Le rogué que no siguiera adelante. No sabía que F. fuera un cerdo lascivo, pero ahí veía la prueba. Si no le detengo, sabe Dios qué hubiera llegado a saber.

—Ahorra detalles escabrosos, F. Cuéntame cómo saliste del asunto.

Me miró de forma un poco rara:

—¿Salir? ¡Aún no había acabado de entrar! Escucha:

Fui muy feliz durante esa época, aunque ya veía yo que era una relación que tenía un límite. Luego hubo otras chicas, de menor importancia; pero llegué a tener una cierta experiencia (que, por cierto, y ahora que todo se ha arreglado, pienso aprovechar). Y sin embargo corría el riesgo real de volverme loco: me lo pasaba bastante bien, de acuerdo, pero ¿qué más?

Creo que fue por entonces (es difícil precisarlo: imagínate cómo debía de tener barajados los días), cuando volví a pensar en recurrir a los expertos. ¿Por dónde empezar? Tal vez por los más antiguos y acreditados.

Yo ya había empezado a ir a la iglesia. Era un sitio cómodo, bastante igual a sí mismo todos los días, y en cierto modo me provocaba una sensación, ¿cómo decirlo?, atemporal... Llegaba, me sentaba, y pensaba en mis cosas. A las cinco en punto, un sacerdote salía de una puerta lateral y cruzaba la nave para subir al coro. Parecía simpático. Un día le abordé, porque pensé que sin duda ellos tenían una relación... profesional, por decirlo así, con el tiempo.

Me miró un largo rato antes de responder, yo creo que calibrando si estaba de broma. Pero le bastaba con asomarse a mis ojos. Por fin me hizo un gesto, y le seguí escaleras arriba.

—¿Qué es el tiempo?, preguntas —estábamos sentados allá arriba, rodeados de una profunda paz: un rayo de luz esculpido en polvo entraba por la vidriera—... San Agustín confesó que cuando no se le preguntaba, sabía lo que era, pero apenas tenía que explicarlo, lo ignoraba. Al parecer, y ahí coinciden las Escrituras y muchos autores profanos, el Tiempo vuela, huye, es un leve vapor que se difumina...

—¿Y el tiempo circular? —aventuré.

—El uróboros —masculló—... Paparruchas.

Frunció el ceño. Sentí que, de todos los tiempos posibles había mencionado el que, por alguna razón, más podía molestarle.

—Paparruchas —repitió—.... Si de verdad le interesa, pregunte entre las religiones orientales. El tiempo verdadero, el tiempo cristiano: el Tiempo, vamos, es lineal; salimos de Él y hacia Él vamos. Punto.

—Pero para él —dudé—... para él no hay tiempo.

Meditó brevemente:

—Noooo. Sí. Yo diría que no. Él no está sujeto a mudanza, luego para Él no hay tiempo. Aristóteles puro.

—Entonces —vacilé—, ¿podríamos decir que habita siempre *en el mismo día*? —me empezaba a entrar un extraño vértigo.

Consideró la idea brevemente.

—No. Tampoco. En la misma millonésima de segundo, tal vez, como aproximación...

Exhalé un suspiro. Yo *sabía* lo que tenía que ser eso, y le compadecí.

Me levanté. El se levantó y dijo, como recapitulando:

—¿Tiempo detenido? Tal vez: Josué paró el Sol. ¿Tiempo circular? ¡Nunca!

Ignoraba si uno obraba exactamente así con un sacerdote, pero le tendí la mano.

—No hay de qué darlas —me la estrechó—. Creo que tiene problemas. Vuelva cuando quiera.

¡Qué más quería yo! ¡Volver cuando quisiera!

Esa puerta, me daba la impresión, no llevaría a ningún lado. Demasiados prejuicios, posturas demasiado claras en la religión. En ninguno de sus libros salía un caso como el mío... A mí me hacía falta una perspectiva más pragmática, lejana tanto de los dogmas de fe como de los delirios científicos de un Schweigen. Daba vueltas a este problema, entre partida y partida de billar, cuando un día, callejeando lejos de casa en busca de una librería nueva, una placa cochambrosa en un portal me llamó la atención. “Tempus fugit”, decía, “Asociación de relojeros”. Penetré con una sensación de recogimiento, casi religiosa. ¿Qué no encontraría allí?

La puerta estaba entreabierta. La empujé y vi a un lado un pequeño taller, de reparación de relojes antiguos, por lo que me pareció. Con una lente en un ojo se afanaba un chico joven, extremadamente delgado. Ni me vio. De la habitación de al lado venía un ruido de maquinaria: una pequeña multicopista vomitaba hojas rematadas por el emblema de la asociación, al parecer un reloj de arena con alas. Una voz contaba cuidadosamente:

—Ciento cuarenta y ocho, ciento cuarenta y nueve y ciento cincuenta, uno dos y tres por si acaso. ¡Ya! —la máquina paró.

Era un hombre mayor, de gafas doradas y aspecto de distraído. Se fijó en mí, y me saludó.

—Verá —le dije— estoy interesado en el tema del tiempo, y pensé que, bueno, que a lo mejor aquí podían decirme algo. “Tempus fugit” —señalé—: ¿quién lo dijo?

El hombre se rió.

—En latín, Virgilio; pero no fue el primero, ni el único... ¡A cualquiera se le ocurre!, ¿no? Es algo normal. ¿Se dedica usted a la relojería?

—No exactamente.

—¡Ah! ¿Clepsidras, horologios, relojes de sol, entonces?

—No, no, no: me dedico a *sufrir* el tiempo, a padecerlo. ¿Qué es para usted el tiempo?

Me importaba poco pasar por loco, y debí de parecerlo. Con la conversación, el joven delgadísimo había salido de su cubículo para instalarse apoyado contra el costado de la puerta, aún con el ocular puesto, lo que le daba un curioso aspecto de periscopio. El otro le miró, y se encogió de hombros.

—¿El tiempo? Pues no lo sé. Yo sólo lo *mido*, ¿sabe? Alguien puede averiguar cuántos litros de líquido contiene una cuba, sin llegar nunca a probar un sorbo, ¿no?

El delgado me miró, muy serio:

—El tiempo es la administración rigurosa de la fuerza. Mire —alzó un reloj y giró una, dos, tres veces la llave de la cuerda—: la fuerza acumulada en el resorte, cuidadosamente contenida y administrada por el escape, es lo que desgrana los segundos.

Aquello tenía más sentido para mí:

—¿Y el reloj de arena? ¿Y el péndulo?

—Exactamente lo mismo: la fuerza de la gravedad, sabiamente regulada.

—Bien, bien —me excitaba por momentos—. Pero esto son tiempos locales, tiempucillos de muñeca. Ahora, el Tiempo, ¿de dónde brota?

El joven se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Tal vez toda la fuerza de Allá Afuera, contenida con un esfuerzo titánico, y liberada poco a poco.

—A lo mejor no “liberada” —se había quitado las gafas doradas, y las limpiaba—; a lo mejor es lo que rebasa, las filtraciones.

—Sí, tal vez —asintió el joven. Yo me estaba poniendo mal.

—Bien, bien —carraspeé—... Y una *distorsión* del Tiempo, una inversión, una repetición... ¿A qué podría deberse?

—Fiuuuu —el señor silbó admirativamente— Eso sería algo bestial, casi inconcebible. Piense: haría falta desplazar unas cantidades de energía descomunales. No lo concibo bien.

—Yo tampoco —apoyó el joven—. A propósito, ¿qué hora has puesto por fin: las siete o las siete y media?

—Las siete —el mayor había cogido una octavilla y la revisaba—. Así a ese cabrón le costará más llegar. Perdona —me miró—, tenemos Asamblea y elecciones para la nueva Junta Directiva, y está la cosa jodida.

—¿Por qué? —pregunté, curioso.

—Tenemos una escisión. Los... *cambiapilas*, los autotitulados “relojeros” que se dedican a los relojes de cuarzo: nunca han sido admitidos en Tempus Fugit. Pero ahora hay una facción interna que presiona por su entrada... Relojes de cuarzo —repitió, con desprecio—, esos... regüeldos de Volta.

Pareció de pronto caer en la cuenta de algo:

—¿Dijo que era relojero aficionado? Inscríbase. Puede hacerlo, y votar el jueves por nuestra candidatura.

Me dio asco, de pronto:

—No, gracias. No juego con esas cosas. El Tiempo es el Tiempo, venga de donde venga...

Me dirigí a la puerta, y allí me volví.

—Y además, tardaría demasiado en llegar al jueves.

Efectivamente: me llevó muchos meses.

Cuando comprendí que tampoco de ese lado iba a venirme ayuda me sentí de nuevo deprimido. Largas lecturas, pequeños placeres, juegos insulsos... ¿Qué me deparaba la vida, en realidad? ¿Qué podía ya darme? Una sucesión de días grises, cada uno de ellos igual a sí mismo...

—Si quieres —ella me sonrió por vez primera en la noche—, te los puedo ir narrando uno a uno. Los conozco bien. Se me ocurre una idea: dedicaré cada una de nuestras noches al relato de uno de sus días completos. Es justo, ¿no? Aunque, claro, existe el riesgo de que se prolonguen hasta el infinito, y eso nos situaría justo en el punto del que queríamos salir, ¿no? Te propongo otro trato: —y aquí frunció los labios y emitió el sonido bestial que entre el pueblo de constructores alude al hecho de licuarse bajo el dardo del élitro—. La noche entera. ¿Quieres?

Negué con la cabeza.

—De acuerdo entonces: volveremos mañana a la historia del desgraciado cautivo de un único día. Cada noche te narraré una jornada, y será apasionante...

Pero yo estaba en una cárcel sin días ni noches, y no podía perder nada, así que repuse:

—Sigamos. Siempre adelante, siempre...

¿Qué hacía yo, mientras tanto? Seguía leyendo mucho, y ya había visto todas las películas en mi radio de acceso, había visitado todos los restaurantes. Hacía magníficas carambolas a tres bandas. Pero no bastaba. Entonces se me ocurrió una idea.

En mi mesilla seguía amaneciendo día tras día *Vaselina inane*, de M***, uno de mis autores favoritos. Era el último de sus numerosos libros, que había leído casi sin faltar uno. Pero daba la casualidad de que M*** vivía en la ciudad, y yo sabía dónde: una tarde que estaba vendiendo seguros, cargado con la cartera de Damocles, había llamado a una puerta en una colonia de hotelitos de las afueras, y me había abierto él en persona. Le reconocí por las fotos de sus libros. Como acababa de tener problemas con los perros de la casa contigua, estaba hipersensible y fue fácil colocarle una póliza polivalente contra daños en el jardín. Todo fue bien, pero un espíritu de repentina timidez me impidió revelarme como admirador de su obra.

Mi idea era la siguiente: iría a verle, y lograría que hiciera *para mí* la mejor de sus novelas. Sería el primero, al mismo tiempo que el autor, en conocer la obra que aún no había terminado de crear. ¿Cómo? Conseguiría que me contara alguna idea en la que estuviera trabajando, y que improvisara delante de mí una parte de su desarrollo. Al otro día le resumiría lo que él mismo me había adelantado, y le pediría un trozo más. Poco a poco los resúmenes irían siendo más extensos y completos, y las novedades más reducidas, hasta que, en el límite, prácticamente la novela no pudiera crecer más. Pero para entonces ya la tendría casi entera y, con un poco de suerte, escucharía de sus labios el desenlace.

Yo creo que este procedimiento, que convertía el giro vacío de mis días en una máquina de creación de historias, es lo que me salvó la vida.

—¡Ingenioso! —grité, sin poderme contener—: una narración que crece asintóticamente hasta su culminación... o algo muy próximo a ella. ¡Es la única construcción posible en un mundo en que cada madrugada todo se derrumba!

Ella me miró, inexpresiva, y bruscamente se declaró vencida por el sueño; derrotada, me dijo, por el lento discurrir de los días. Pero nunca dije con más placer “Hasta mañana”.

A la mañana siguiente me desperté contento, di un rodeo para evitar la tintorería y pasé por el Banco. La experiencia me había demostrado, ¡ay!, cuál es la mejor llave para abrir puertas con rapidez.

Recordaba bien el barrio, dominado por la torre de la Televisión, la agradable casita. Llamé, temblando: podía no estar. Podía no tener forma de localizarle. Pero no: después de otras dos llamadas y una larga pausa se abrió la puerta, y apareció la ceñuda figura de M***, en pijama, con cara de pocos amigos. Habría de volver a verla durante muchos, muchos días...

—Disculpe —dije—: soy de la Compañía de Seguros. ¿Me recuerda? Estuve aquí para hacerle una póliza hace un año.

Puso cara de no acordarse; hizo visibles esfuerzos mentales:

—Sí, creo que sí... ¿Qué quiere? ¿Hay algún problema? Creo que he pagado todo, ¿no es así?

Le interrumpí, insistiendo en que sería cosa de un minuto, y al final me dejó pasar.

—Síntese por ahí —y me señaló un gabinete, casi un mirador sobre el jardín—. La verdad es que me ha levantado de la cama. De momento, voy a hacer café. Si no, no puedo pensar a estas horas. Puede que hasta le traiga uno.

Me quedé sentado, mientras M*** trajinaba en la cocina, madurando mi plan. Pero el jardín era muy bello, y el gabinete, de forma hexagonal, tenía cinco ventanas sobre él. Cuando llegó con el café, ya estaba completamente relajado.

Me sirvió una taza, y durante unos minutos bebimos en silencio. Su expresión se fue dulcificando, y creo que me dirigió alguna mirada. Al final separó la butaca, estiró las piernas, encendió un cigarrillo, y se me encaró.

—¿Y bien?

—Bueno, verá... No es cierto lo que le he dicho. No me trae ningún asunto de la compañía. Quiero hacerle una propuesta.

—¿Cuál? —me miraba con más curiosidad que ira.

—Tengo que confesarle, primero —comencé—, que soy un admirador de sus libros. Pero resulta que hoy es, en cierto modo, el último día de mi vida, y me gustaría mucho que me dedicara algo de su tiempo.

—Ya...

—Pero he traído, incluso, cierta cantidad de dinero —puse los billetes encima de la mesa—. Comprendo que su tiempo es valioso, y usted no tiene por qué dedicarme sus horas por nada.

Lo contempló, meditabundo.

—¿Y qué quiere que yo haga, exactamente?

—Quiero que me cuente alguno de sus proyectos futuros: la novela que ya no leeré —aquí no me costó nada dar con el tono justo: por supuesto que no podría hacerlo—. Algo, aunque sea vago y sin perfilar: quiero que me lo cuente.

Sin decir nada, se levantó, y salió de la habitación. Oí cacharros, y al cabo de un rato volvió con más café. Yo estaba intranquilo... Si esto fallaba, tendría que volver al ciclo infernal de tanteos.

—Verá, joven —dijo, mientras volvía a llenar las tazas—: esto es muy raro, pero, primero —se agarró un dedo de la mano derecha, como si fuera un maestro explicando algo difícil—, aunque loco, me parece usted absolutamente sincero; segundo, tengo una resaca más que mediana, y no creo que pudiera hacer nada útil esta mañana; tercero, este dinero me viene bien, pero que muy bien. Es exactamente el doble del último anticipo que cobré... ¿se imagina? Así que, ¿sabe lo que voy a hacer? Le voy a dedicar hasta las dos: a esa hora vendrá alguien por quien dejaría... cualquier cosa. ¿Está de acuerdo?

—Muy bien.

—Bueno, pues muchas gracias —se metió el dinero en el bolsillo de la bata—. Lo siento mucho, pero usted me lo ofreció. Cuando quiera.

—Ahora mismo.

—Bien. Dijo usted algún proyecto, aunque vago. En realidad, desde que acabé *Vaselina inane* —asentí, y distraídamente me rasqué el grano de la ceja que, puntual, ya había hecho su aparición— he trabajado poco. Digamos que tengo más bien una idea en curso, algo que debe completarse y madurar para dar una novela... ¿Una novela? Sí, no creo que se trate de un cuento; o a lo mejor sale una *nouvelle*, uno de esos objetos narrantes de una cincuentena de páginas que desesperan a los editores... Bueno: sea lo que sea, es algo en marcha.

—Justo lo que quiero. ¿Qué tiene exactamente de ella? ¿Por dónde va? ¿Por la mitad, tal vez?

—Yo no sé —de golpe pareció indignarse—, no sé de dónde sacan esa idea (lo he visto incluso en películas), esa idea de que un escritor empieza a redactar por la primera palabra del capítulo uno,

sufre, se encalla, continúa (siempre con grandes esfuerzos), y por fin desemboca en la última frase... Pone la tecla de bloqueo de mayúsculas, centra el carro y escribe F, un espacio, I, un espacio, N. ¡No y mil veces no! Una novela es como un jersey: puedes empezar a hacerlo por una manga, o por el cuello (siempre, claro, que tengas una idea de dónde quieres llegar). Cuando has terminado, unes el frente y la trasera, pegas las mangas y el cuello, pones la cenefa, y ya está... Eso cuando has terminado, porque a veces tienes que deshacer una pieza entera, para rehacerla un poco diferente, ¡y suerte si puedes aprovechar la misma lana! Claro que —sonrió, ya más calmado— a lo mejor cuando has hecho toda una manga descubres qué magnífica bufanda tienes en la mano, y te plantas ahí.

Le debía de estar mirando con asombro, porque se apresuró a aclararlo:

—Quiero decir que de esta obra, por ejemplo, pues aún no he escrito nada, nada concreto, sólo esquemas, apuntes, sobre la época, el ambiente, las instituciones, personajes, parte de la trama...

—¿La época? ¿Es una novela histórica?

Se rió:

—Sí... en cierto sentido: transcurre en el futuro, dentro de... (qué problema), dentro de unos cien años, algo *cercano*, aunque ha debido dar tiempo suficiente para que ocurran ciertas cosas.

—¿Qué cosas?

—A finales de los años noventa el armamento ha alcanzado un grado de poder elevado: misiles que puede transportar una sola persona, con alcance de centenares de kilómetros, y cabezas de guía inteligentes; bombas del tamaño de una caja de cerillas que pueden destruir un edificio, etc. El terrorismo (que, como usted sabe, no descansa) se ha apresurado a hacer uso de esos medios. En la Europa de finales de siglo estalla una ola de atentados contra centros oficiales, tribunales, cuarteles: descontento popular, crisis económicas, aumento de epidemias...

—¿Quién arma al terrorismo?

—Cuestión difícil: el armamento más sofisticado ha sido creado en los mismos países que sufren las consecuencias, y exportado sólo a aliados; pero en algún punto hay alguien que lo revende a la oposición interna: ¿Lituania?, ¿Andorra? Un caos. Pero el hecho es que, por la presión terrorista, el aparato del Estado tiene que pasar a la clandestinidad.

—¿Qué?!

—Sí: las delegaciones de la Hacienda Pública, los despachos oficiales son los blancos evidentes que van escogiendo los terroristas, hasta forzar su ocultación. Una empresa de importaciones cobija al núcleo fundamental del Ministerio de Asuntos Exteriores, y un padre de familia, sentado por las noches frente a su ordenador, es el General responsable del orden público de una zona.

—Imposible.

—No tanto. Mire, hoy mismo, cuál es la situación de los aparatos del Estado en zonas ocupadas, o regiones en conflicto. Están ocultos como topos: Belfast, Euzkadi. Piense en el desarrollo de la burótica, de la telemática: se puede controlar un país desde la sombra. Claro: a la vista sigue habiendo soldados, policías... pero localíceme a un Coronel, a un Jefe de Departamento.

En ese momento el sol se ocultó, y el jardín entero y el gabinete empaldecieron. Se había quedado en silencio, así que insistí:

—¿Qué más hay?

—Muchas cosas: la investigación secreta con fines bélicos o represivos cuenta cada vez más con las fuerzas Psi, en las que tienen puestas grandes esperanzas. Hay facciones de la Orla, por ejemplo...

—¿La Orla? —le corté.

—Sí; es el nombre del supragobierno. Verá: con el tiempo una serie de países desarrollados han llegado a formar una auténtica administración transnacional —recobró el hilo—... Hay facciones, le decía, que no vacilan en raptar a jóvenes, casi niños, con buenos poderes potenciales. Es un mundo extraño, muy guiado por fuerzas irracionales; hay una institución presidencial, pero que participa más de los poderes de un augur que de ninguna otra cosa. A propósito: el poder real en la Orla está detentado por un comité oculto, poblado de monstruos, porque los sufrimientos por el Sistema (y la mutilación no es el menor de ellos) se premian con ascensos. Aunque también hay disputas en su seno, claro. Precisamente —se perdió en alguna idea, ensimismado—... Bueno; pues todo esto en un contexto a la vez muy tecnificado (ordenadores, etc.). Imagínese la mezcla... Es una sociedad desaforada, a la que he planeado pintar con algunos elementos *retro*, como hubiera podido imaginarla un Julio Verne. Tengo una idea para el Centro del Gobierno... Divertido, ¿no?

—No sé exactamente —dije—. Dependerá... Pero, ¿y el protagonista? Habrá uno ¿no? Siempre los hay.

—Claro, claro... Es un..., ¿cómo podría llamarse? —meditó un momento, y de golpe pareció satisfecho—, un *escudriñador*. Son

agentes con gran movilidad interna, formación muy amplia y gran capacidad de movimiento, pero que dependen sólo de la cúpula de la Orla. resultan imprescindibles en un aparato tan complejo y estanco; poseen poderes muy grandes para su rango, pero a cambio tienen una pistola apuntándoles siempre a la nuca. Es una forma de hablar, claro; en realidad...

—¿Y qué aspecto tiene? ¿Cómo será él? ¡O ella!: ¿no será una *ella*, verdad?

M*** se rió.

—No se preocupe: es un hombre. ¡Y qué curioso!: si quiere que le diga la verdad, no había pensado en cómo sería. Es extraño cómo se puede avanzar en la construcción de una trama sin saber ni qué cara tiene el protagonista. Mmmm... Veamos —me miró, risueño—: convencionalmente fuerte y joven, claro; de pelo oscuro rizado; no mal parecido; no está casado, pero lleva un curioso anillo en el dedo... casualmente como el suyo.

—¡Vamos! —protesté suavemente al escuchar mi descripción— No se burle. Siga: ¿qué se supone que hace nuestro hombre?

—Pues bien: al comienzo de la novela se le asigna la localización de un alto miembro de la Orla. Se trata de alguien muy importante que aparentemente se ha pasado a la oposición.

M*** estaba contestando sin dudar a todas mis preguntas: efectivamente, parecía haber madurado bien las características de este mundo futuro que me contaba. Pero constantemente se me ocurrían nuevas dudas, y quería conocer detalles:

—¿Y qué aspectos de los poderes Psi están estudiando? ¿Prognosis, telepatía? ¿Sale realmente algo de ahí?

Me miró, serio:

—De hecho, no tengo ni idea. Y verá una cosa, joven —pareció buscar las palabras—: ni siquiera yo tengo que saberlo todo sobre mi universo de ficción. Bastará con que domine las zonas sobre las que voy a enfocar la atención del lector, y con que éstas no se contradigan entre sí. Ahora bien: por ahí habrá muchas más cosas, claro, y yo puedo hacer que asome una puntita de ésta, todo un sector de aquélla, y eso le irá dando *espesor* a lo que presento, porque el lector podrá deducir que hay mucho más. Pero nunca tendré *todo*. ¿Para qué? *Todo* es mucho; es demasiado.

Por alguna razón parecía haberse vuelto a enfadar, y, como hacen algunos temperamentos con tendencia a la cólera (y el suyo lo era), rebuscaba en su interior más argumentos que la alimentaran.

—Es como en los sueños —insistía—; recorre una ciudad en la que nunca ha estado: Babilonia. Su fábrica de sueños, ¿se la construirá entera, piedra a piedra y casa por casa? Lo dudo: habrá dispuesto sólo algunas perspectivas, detalles. Y si usted, en un acto de voluntad onírica, decide por ejemplo ir al mercado, ya estará su sistema interior recopilando fragmentos de mercados vistos, leídos o soñados, ...o de cualquier otra cosa, para fabricarlo. El resto de la ciudad... sencillamente no *es*.

Tragué saliva.

—Bueno —suspiré—. Acepto la reprimenda. Si no sabe algo, me lo dice, y en paz. Pero yo pregunto, ¿de acuerdo? Ese era el trato. Por ejemplo: ¿qué es del terrorismo, de los antiguos descontentos?, ¿qué ha ocurrido cuando sus objetivos se han quitado de la vista?

—Bueno —se rió antes de contestar—, claro está: ha surgido el Frente Aleatorio.

En este momento sonó el timbre de la puerta. M*** señaló al reloj.

—Ha sido francamente agradable, pero me temo que ha pasado su tiempo —se levantó—. Espero que le haya satisfecho la inversión.

—Dígame una sola cosa, antes de irme: ¿ha hablado de esto con alguien?

Pensó por un instante:

—Absolutamente con nadie: no suelo hacerlo, en este estadio tan inicial.

Sonó de nuevo el timbre, y me levanté. Me acompañó a la puerta. Ante ella esperaba una preciosa muchacha de ojos rasgados y una larga coleta, y comprendí que me expulsara, apenas llegada la hora. Aunque no siempre habría de hacerlo...

Al “día siguiente”, nada más levantarme, sin pasar por el banco, corrí a su puerta. Me abrió la misma figura en pijama, con más sueño encima, si cabe.

—Buenos días —le dije—. Soy un miembro del Frente Aleatorio. Sé que usted es un gerifalte de la Orla. Vaya preparando café. Le espero.

Como la realidad era todavía más excesiva, más tarde, ante el café, le mentí descaradamente:

—... y una de las últimas imágenes antes de despertarme era esta misma casa, y usted. Le reconocí en seguida, porque ya había estado

aquí. Entonces comprendí que tal vez ese sueño demencial que había tenido no era sino un vislumbre de lo que usted estaba elaborando. ¿Es así? En serio: querría saber más cosas, por ejemplo, del Frente Aleatorio. ¿Cómo funciona?

Estaba en un estado equidistante entre el estupor, la incredulidad y el halago. Pero cuando se metió de lleno, se desentendió de todo, y era de nuevo el autor locuaz enamorado de su tema.

—El Frente Aleatorio... sí (pero sírvase más café). Es algo amorfo, no un partido, ni nada por el estilo. Yo creo que ellos mismos no se llaman así: probablemente no se llaman de ninguna manera, porque no hay un “ellos mismos”. Es una etiqueta de la Orla. El principio es muy sencillo: se trata de coger, y matar a alguien. Hay ciertas reglas que te orientan sobre la elección de la víctima, y los resultados son buenos... estadísticamente. Además, cualquiera puede ser “miembro” del Frente, porque no hay que hacer nada, nunca, salvo en un momento de la vida.

—No entiendo —dije—. Empiece por el principio.

—Sí, claro: su primera salida pública fue espectacular. Aparecieron por todas partes millares de “trizadores”: se trata de un arma minúscula que descarga un sólo disparo, letal, y se desintegra sin dejar huellas. Uno se los encontraba en el buzón, en un cajón de la mesa, en un solar, en un paquete del supermercado. Las instrucciones para su uso eran un modelo de evanescencia operativa: “Vacía tu mente”... “Si notas un ramalazo de odio, de curiosidad o de placer, no lo uses”, etc. Y bueno: tal vez uno entre cien se lo guardaba, no se sabía bien por qué razón, y un día el rencor o la frustración le impulsaban a usarlo. Seguía las instrucciones y ¡zas! Era probable que hubiera matado a un miembro del gobierno camuflado.

—¿Y los escudriñadores? —le interrumpí, curioso—, ¿no pueden hacer nada contra eso?

Pareció levemente atónito:

—¿Qué es un escudriñador?

Me quedé helado, pero súbitamente me invadió la excitación: tenía allí un elemento que probablemente M*** había improvisado en la sesión anterior, y que ahora yo podía restituirle.

—Su protagonista —probé con cuidado—: es uno de ellos, gente con entrenamiento especial y...

—Sí, sí —me cortó—. Está claro, pero no se me había ocurrido aún el nombre. Es bueno; ¿de dónde...?

—Naturalmente, ya debía estar dentro de usted —le dije—. Yo sólo lo vi.

Me sentí exultante: si podía devolverle lo que había elaborado en días anteriores, la obra podría ir creciendo orgánicamente, y yo, en algún momento, estaría en posesión de toda ella. Decidí seguir:

—¿Y el miembro de la Orla al que busca? Ya sabe, el que ha desaparecido. ¿Cómo se llama...?

—No tiene nombre, aún. Había pensado en uno tipo alemán. Por ejemplo... —dudó.

—¡Schweigen! —sugerí, vengativamente.

—De acuerdo. Me gusta —miró su reloj—... Lo siento....

Le corté:

—Ya sé —dije— Está esperando una visita: así acababa mi sueño.

—Mañana tras mañana —prosiguió F.— me levanté para correr a su lado. Se asustaba primero, luego respondía a mis preguntas, yo le completaba alguna zona del panorama, y él, a instancias mías, desgranaba una escena completa, que yo atesoraba cuidadosamente para ligarla a las otras. Cada mañana me despertaba con más elementos, y cada mañana me volvía hacia su creador. Hasta que, un día, la tuve casi completa.

Sonia se frotó los ojos: volvía la misma escena, la mano en el timbre, el escritor abriendo la puerta... El director de la película había logrado transmitir la angustia de la repetición encadenando brevísimas secuencias de la misma acción. Y era un pulgar, un índice, la palma, el puño apretando el timbre despacio, con furia, largo tiempo, un segundo, o golpeando la puerta. Luego la puerta abriéndose en todo el abanico de posibilidades, desde el brusco empujón hasta los pocos centímetros que dejan asomar la cara inquisitiva.

Por último el chorro de “Buenos días” viniendo siempre del mismo rostro (aunque inclinado hacia aquí o hacia allí, ronco o vacilante), con la única variación de la chispa de locura creciente en el fondo de las pupilas. Ahí radicaba toda la continuidad. Como el eje de una noria de carne —pensó Sonia—, que saca en sus cangilones cada vez menos agua, pero que, condenada al giro, es la única tarea que puede cumplir.

—¿Y qué más pasó? —protesté ante la pausa que ella había introducido en la narración de la historia del cuerpo metálico que escuchaba el relato de la hermana del Viajero que contaba la historia del Rey a la fuerza que oía la lectura de un viejo volumen que trataba de la mujer cautiva en la ciudad de la niebla que veía la película en la que el repetidor de tiempos sacaba una aventura de dentro de su creador— ¡¿Qué más pasó?! Comienza el nuevo relato...

—Estoy pensando —dijo, tras una pausa—, en tus advertencias sobre la forma en que presento las narraciones: henos aquí ante una esencialmente fragmentaria, porque fue extraída a trozos de su narrador primero. Tú eres privilegiado, porque yo estoy mediando y le daré un cierto orden. Hay un hombre que debe hallar a otro antes de que le vuele la cabeza, y unos agitados cuadros de su mundo. Los entreveraré de forma amena, aunque tú deberás llenar los intersticios, porque no todo lo que hay presente puede quedar contado. ¿Estás de acuerdo?

—¡Lo estoy! —grité, irritado—, pero continúa...

La cámara, que había estado vagando por el gabinete mientras se oía la voz del escritor, volvía por fin a los labios y los enfocaba en un plano muy corto. Entonces comenzaron a desvanecerse, sustituidos por otra imagen que iba tomando cuerpo: un paisaje de dunas. La melodía subió de volumen, y Sonia se preparó para sumergirse en esa historia que venía de dentro de otra historia, y que tanto parecía decirle sobre la suya propia (a estas alturas casi desvaída, allá al final de todas).

Las dunas se agitaron, y apareció entre ellas una nota de color brillante, que al principio no pudo identificar.

Como cada mañana, las nubes se corrieron, y el sol dejó de penetrar por la ventana del jardín.

—La novela que está planeando—le dije—. ¿Cómo se llama?

Me miró un momento:

—Bueno, para mí ya tiene un título... lo que no quiere decir que sea el definitivo. ¿No aparecía por su sueño?

Fingí un esfuerzo.

—No. En absoluto...

—Pues es bonito... Hasta podría servir; escuche:

V

El profesor Schweigen
contra la Banda del Guisante

La lectora había pasado una página, había leído ese curioso título, y había pasado otra página. No cabía duda de que aquí empezaba una nueva historia, aunque, recordé, ya estaba dentro de una que estaba contenida a su vez en otra. ¿Y ahora?

Tal vez, pensé, esas historias no eran una salida, aunque me lo hubieran parecido, sino el equivalente del terco canturreo de los jugadores de vela: un procedimiento infinito para mantener su llama ardiendo mientras las otras se iban apagando... Me incliné, despacio, en el trono, para observar el volumen que la joven tenía en las manos. El libro estaba abierto por el centro, y eso me tranquilizó: a lo sumo, esta historia no podría durar más que el conjunto de las dos anteriores. Y sin embargo (la idea vino a mi mente de improviso, como caída de la nada), ¿por qué habría de terminar todo en ese libro? ¿No podían ser sus últimas palabras una remisión a un segundo, a un tercer tomo? ¿O —todavía más cruel— una línea que rezara: “Aquí se corta la historia, según las fuentes de que disponemos, y nadie ha descubierto nunca la continuación”, dejándome helado, suspendido en el limbo de lo que apenas si existe?

La lectora se había apercebido de que miraba fijamente al libro, y ahora temblaba. Me recliné hacia atrás y miré a través del velo la sala vacía, la espada negra. Seguiría ardiendo.

Tras el título, M*** se aclaró la garganta, y empezó:

Abrió los ojos, y desde la almohada le dio los buenos días una brizna de confetti. Echó la mano a la mesilla de noche y, como siempre, el frasco de píldoras se le escurrió entre las yemas de los dedos, hasta que pudo darle alcance. Se metió una en la boca y, tras una vacilación, otra. Volvió a reclinar la cabeza.

—Perdone, M*** —dije—, pero supongo que ésta será una novela “de verdad”, quiero decir con sus capítulos y todo, y cada capítulo llevará su título, ¿no?

—Bueno —rió M***—. Si le gusta así... Como quiera. Empecemos de nuevo:

Capítulo 1

EN EL QUE ALGUIEN ABRE LOS OJOS

Se despertó con una brizna de confetti en la almohada. Con el acto reflejo de todas las mañanas de campaña buscó en la mesilla hasta encontrar el frasco de sus píldoras. Tenía la etiqueta desgastada a fuerza de tanteos. Tragó dos con un poco de agua. Se estiró.

Sólo que éste no era un día más de campaña. Era el comienzo del Año I. Recordó la noche anterior, la celebración: las grandes pizarras con los resultados, y la línea que iba subiendo. La espera tensa, y la victoria declarada mucho antes del final del escrutinio.

Así que ahora alguien entraba en la habitación y recorría suavemente las cortinas del lecho. Oyó las dulces palabras, que ya se referían a él:

—Señor Presidente...

La mañana iba a ser apretada, porque aunque la toma de posesión oficial no llegaría hasta el martes, la noche anterior se le había acercado el Secretario (todos, desde hacía diez gobiernos, más de siete años, le llamaban por ese nombre, casi honorífico), y le había felicitado... curiosamente unos minutos antes de que se empezasen a decantar los resultados:

—Enhorabuena. Le espero mañana, a las once, en la Casa Presidencial. Será *nuestra* toma de posesión —y el alto funcionario se había dado la vuelta sin más.

Y mientras el Presidente se bañaba gritó a su ayudante las primeras instrucciones: un ramo de flores a las habitaciones de su esposa, y una llamada al Secretario, para confirmar la cita.

Reservó para sus compañeros de partido media hora tras el desayuno: eso bastaría. La entrevista con el Arzobispo a primera hora de la tarde. Probablemente algún hueco, por lo menos telefónico, para hablar con el Presidente saliente. Y llegaba la respuesta del Secretario: ya se le esperaba.

Bebió el café, departió apresuradamente con sus colaboradores, y fijó una cita más extensa para el final de la tarde. Salió hacia la Casa Presidencial, y hacía un día magnífico. El coche, camuflado de unidad médica, recorría las calles desiertas: hoy era fiesta. Desde algunas esquinas, en carteles aún sin desactivar su rostro saludaba, gesticulaba, en los restos de la Campaña. Se sintió empachado por su propia imagen.

Tomaron el desvío que señalaba *Leprosería*, y avanzaron por el camino bordeado de sauces hasta la primera puerta. Rebasaron una segunda, y una tercera, antes de ver la casa. Una figura encorvada —el Secretario— le recibió al pie de la escalinata:

—Perdone la molestia, pero ya supondrá: lo primero es lo primero. Pase, por favor.

Atravesaron dos vestíbulos, y tres salones, luego un gabinete (aquí, la mesa de billar, planeó el Presidente, allí la consola). Pasaron una puerta y, en un nuevo salón, había una fila de personas. El primero era su colega saliente. Tenía los ojos bajos.

Empezaron las presentaciones, de forma descuidada: un nombre de pila, un apodo, alguna omisión: no conocía a nadie, aunque pensó que era lógico, si se trataba de funcionarios domésticos, por así decirlo. Un ciego reorientado, que acertó a estrecharle la mano sin fallar, pero por muy poco. Un travestí alto, demasiado pintado, que le recordó al General; sólo que eso era imposible: “Perlita”, dijo tan solo el Secretario. Un hombre cargado de espaldas, con pobladas patillas blancas, que se le quedó mirando con sus ojillos guiñados y dijo un nombre que sonaba a alemán. Luego un personaje sentado en una silla de ruedas, posiblemente un tetrapléjico, que mandó a su mono a que le estrechara la mano. El Presidente lo hizo, dominando su repugnancia, y el inválido masculló “El Viejo” presentándose a sí mismo.

Aparecieron dos camareros muy mayores, con copas de champán que entrechocaban en su marcha temblona, y empezó una serie de bulliciosos brindis:

—¡Cumbre de ensoñaciones llenas de oro!

—¡Por el siervo de los siervos de quienes no sirven!

En el tumulto, el Presidente intentó acercarse a su antecesor, pero le dio la impresión de que éste le rehuía. Se sacó el reloj del bolsillo y lo miró disimuladamente. Nadie le hacía caso. Hablaban de cosas incomprensibles, o demasiado claras: un personaje fornido, con el pelo cortado a cepillo, relataba sin eufemismos sus dificultades evacuatorias. Otros dos discutían sobre embriología, con un gran

despliegue de conocimientos: “Haeckel, ese impostor”, concluyó uno de ellos. Por un resquicio entre la gente vio cómo el mono, tras ayudar a su amo a beber el champán, apuraba la copa.

—Venga —le dijeron, de pronto—. A la mesa de discusiones.

Le condujeron a un pequeño gabinete hexagonal, con una mesa redonda en el centro. Había ocho, o tal vez nueve asistentes a la luz mortecina de una bombilla desnuda. El Secretario cerró la puerta tras de sí. Apareció de pronto una botella y vasitos: era un coñac infame. El hombre de las patillas blancas levantó el vaso:

—Por el Pacto —los otros le miraron, aparentemente molestos, y hubo un repentino silencio. El Presidente, por si acaso, se mojó los labios.

—Se reúne el Comité Permanente de Presidencia. ¡Vasos arriba! —dijo el anciano de la silla de ruedas.

Pero no era un nuevo brindis: se retiraron todos los objetos de la mesa, y empezó a girar como loca, al tiempo que todo el gabinete se balanceaba: estaban bajando. Alguien le tendió una venda negra.

—Póngasela —el Presidente abrió la boca para decir algo—. ¡Póngasela! — todos le miraban, muy serios.

Le cogieron de los brazos y salió a algún espacio subterráneo, grande, a juzgar por los ecos. Escuchó el ruido del agua y, casi en volandas, le metieron en una barca. Oyó el ruido de remos y, al cabo de poco rato, salió al sol.

Las vejaciones comenzaron justo al desembarcar, con la primera zancadilla. Eso abrió el turno de invectivas y zarandeos. “Pre-si-denci-to”, oyó en su oreja. “Pelele”. “Se lo había creído”. “Siempre cogemos a los más tontos” (y un suspiro). “Te vas a enterar...”. El Presidente aventuró un golpe en la dirección de la última de las voces, para dar en el vacío y tambalearse. Se redoblaron los pescozones y pellizcos, pero leves, como cosa de niños.

Le quitaron la venda y se encontró en un apacible templete, en el centro de un jardín. Estaban las mismas personas, pero todos visiblemente alterados. Recordó el trasiego de líquidos que había percibido sobre el chocar de los remos. El Secretario le indicó, burlón, una silla. El Presidente se sentó, con precauciones, y esperó. Le dolía el costado.

Pusieron en sus manos una carpeta cubierta de sellos “Secreto” y “Reservado”. Miró alrededor. Nadie le miraba: cuchicheaban en un rincón.

Abrió los sellos, sacó el primer documento y empezó a leerlo. Se demudó. Indagó con la mirada, y sólo vio rostros planos. Leyó el segundo, el tercero y el cuarto. Hojeó el resto. Sepultó la cara entre las manos.

—Bueno, Señor Presidente —el Secretario se había acercado y le hablaba normalmente, como si no hubiera pasado nada—. Es tradición del primer día tras las elecciones la visita al Centro Rector, que es, por así decir, el cerebro del sistema (siendo la Presidencia más bien su alma: algo intangible...). Su localización es un secreto muy bien guardado. Es el secreto: ¿en la capital administrativa?, ¿en la económica? ¡Ah!, el Centro viaja, viaja todo el rato de una a otra y de ahí a lugares aparentemente inútiles... Ahora viene a nuestro encuentro.

Se oía un ruido sordo, poco localizado. El Presidente miró al río que les había traído. Luego levantó la mirada al cielo, limpio e impasible. El rumor creció.

—¡El Submarino!, ya asoma —gritó alguien.

Y era cierto: en el prado que se extendía a sus espaldas apareció, humeando entre la tierra abierta, la escotilla.

Capítulo 2

EN EL QUE SE PRESENTA
A UN ESCUDRIÑADOR
EN FORMACIÓN (CONSTANTE)

Nada más sentarse les repartieron el informe previo de la reunión, seis efímeras unidas por una grapa explosiva. Karl se puso a leer rápidamente y terminó cuando la primera página empezaba a borrarse. Repasó un par de puntos y dejó que se evaporara el resto del texto.

La secretaria que les había recibido rodeó la mesa recogiendo las hojas en blanco. Las hizo desaparecer por una ranura y luego se sentó en el asiento vacío de la presidencia.

—Esta reunión —empezó— es la periódica para miembros escogidos del Cuerpo Verde, de reciclado para los EE, tiene función disuasoria para un hipotético infiltrado, y cumple tres misiones más, una de las cuales no es conocida por ninguno de los presentes.

El anciano de la barba blanca y anteojos negros asintió tres veces.

—El caballero de la flor puede empezar —anunció la Presidente.

Se levantó un joven que estaba sentado a su lado, vestido con un traje irreprochable y con una flor en el ojal. Subió al podio, dejando la pizarra a su izquierda. Abrió el paquete de tizas de colores y extrajo cuidadosamente tres barras. Apartó dos, cogió la tercera, la partió, dejó una de las mitades, y sólo entonces se volvió hacia el tablero. Levantó el brazo y, con seguridad, dibujó dos ejes de coordenadas en un verde brillante y los rotuló como TT y NA.

—Los presentes de rango superior o igual al violeta conocen el significado de los rótulos —anunció—. Los restantes, por favor, absténganse de preguntarlo.

A continuación empezó a dibujar una curva en rojo fosforescente.

—Es un cursi: ¡mira que emplear colores complementarios! —le susurró al oído la chica de su derecha.

—Sí —contestó Karl, mirándola con curiosidad: uno no hablaba en las reuniones..., ¿o sería...?

Otra curva en azul empezó a seguir el camino de la anterior, pero luego se elevó, se puso casi paralela a la primera y se perdió por la derecha, ligeramente divergente.

—La curva roja representa la probabilidad global de acierto de un ataque ciego a personalidades del Aparato. La azul, los datos reales de los últimos años —el hombre de la flor hizo una pausa y retiró al vista de la pizarra—. A primera vista destaca un coeficiente de acierto superior a las simples acciones aleatorias. Pero además observen.

A todo lo largo de las curvas empezó a repartir puntos, triángulos y aspas, cambiando de tiza a toda velocidad.

—¡Pasmoso! —dijo una voz, que Karl no pudo identificar.

—Los presentes de grado igual o superior al azul conocen la correspondencia; el resto, por favor, absténgase de comentarios —anunció la Presidente, con voz cansina.

—Veámoslo desde otra perspectiva —siguió el joven—: restando la tasa de aciertos en una muestra al azar.

Borró la pizarra y bosquejó rápidamente un diagrama tridimensional, con la conocida imagen de la “silla de montar”.

—La suavidad de las transiciones aleja la idea de una infiltración, que forzosamente habría tenido que ser local. Pero además hemos descubierto que, fundiendo la tendencia con los datos ponderados del consumo de cerveza en las zonas implicadas resulta una imagen familiar.

Borrado, un nuevo cambio de tiza, y por fin apareció lo que varios de los presentes reconocieron como el “medio buñuelo” o, más respetuosamente, “superficie de Zeigner”.

—Esta configuración es la que se obtiene habitualmente cuando intervienen factores Psi en un proceso. Sólo podemos concluir que la peculiar estructura (o falta de ella) del Frente favorece los golpes de intuición, o, en otras palabras, modifica la curva estimada multiplicándola por la constante de Zeigner más ro . La cuestión es: ¿tenemos la estrategia adecuada para hacer descender el valor de ro ? Abrimos el turno de intervenciones.

Llamaron a la puerta, y el orador borró rápidamente la pizarra. Todos guardaron silencio, mientras la Presidenta desconectaba el halo

de interferencia que les había rodeado, y por fin abrió la puerta. Era un botones del hotel, con una cápsula del correo neumático:

—Un mensaje para el jefe de la Convención —cantó.

—Trae, chico —el caballero de la flor se había adelantado. Abrió la cápsula y leyó rápidamente el contenido, moviendo los labios, como si no dominara del todo el arte de la lectura. Al acabar miró a la Presidente. Entonces enarcó las cejas y asomó un poco la punta de la lengua.

—Los presentes de grado igual o inferior al verde, por favor abandonen la sala en este preciso instante —exclamó rápidamente la mujer—. Eso va también por *usted*, señora —y señaló a una dama madura con sombrero de plumas.

Al escuchar su código de salida (“en este preciso instante”), Karl saltó como si le hubiera dado un picotazo el expansor. Aunque, por supuesto, al igual que todos los escudriñadores, tenía el grado violeta, se levantó, molesto. Ya había visto más veces esa forma retorcida de poner fin a las reuniones, justo antes del turno de debate, por cierto. Salió, junto con la mayoría de los asistentes, y al volverse desde la puerta para echar una última ojeada, habría jurado que el vejete de la barba blanca le sonreía...

Dejó el piso de convenciones del Hotel y se dirigió al bar alcohólico. A la entrada le cachearon someramente, y él mantuvo los brazos abiertos y una sonrisa mientras unos dedos sospechosos le hurgaban en la faltriquera. Pidió una cerveza y se la llevó a una mesa cerca del ventanal. A sus pies brotaban los edificios entre el asfalto, y entre medias el río polícromo (aunque limitado) de los ciclistas. Justo delante de la ventana atravesó uno de los zeppelines que durante días les había estado repitiendo la imagen del hombrecillo calvo. Ahora, una semana después de la campaña presidencial, sus pantallas ofrecían un producto antiparásitos. Destapó el vaso.

Al poco entró la chica a la que no le gustaban los colores de los gráficos. Tenía todavía en la solapa la enseña del “Seminario de Ventas por Coacción” que había sido el camuflaje de la reunión. Le vio y, sin pedir permiso, se sentó en su mesa.

—¿Qué habrá pasado? —le espetó, como saludo— Nos han echado de golpe, aunque no me importa, porque no estaba entendiendo nada, en realidad.

A pesar de que en su oficio la sospecha era una segunda piel, Karl decidió relajarse: no iba a tratarse de una pesquisidora, al fin y al

cabo; lo más probable es que fuera una rosita bisoña, o tal vez una analista en primeras fases de formación.

—No te preocupes —contestó—: es un tema complicado.

Nunca debía haberse mostrado tan comprensivo, ni haber hablado en ese tono tan dulce (pensó, más adelante, mientras sudaba y se esforzaba columpiándose muellemente arriba en la habitación): uno acaba así. Porque la chica acto seguido había señalado su recipiente y preguntado, conteniendo apenas las lágrimas:

—Pero... ¿qué tiene que ver la cerveza con todo lo demás? He seguido bien casi todo, pero *eso*... —y se echó a llorar en sus brazos.

“Tensiones”, pensó Karl, mucho más tarde, acariciándola (con poco entusiasmo, porque no acababa de ser su tipo) mientras, tumbado en la cama, analizaba unos desconchados del techo. “Un oficio de tensiones, sólo con alguna compensación”.

“No me quiere por mí”, recapacitó todavía, antes de dormirse, “Busca al veterano, a quien le explique los secretos... ¡Pues que descifre el manual ella solita!”.

Y sus sueños fueron una estrella fugaz que se acercaba, y se acercaba, y se acercaba. Cuando ocupó todo el horizonte apareció en su centro el Signo, y se despertó con una maldición. Le llamaban.

La chica dormía; esa era la ventaja de un sistema de comunicación alojado en el cerebelo: no molestaba a la compañera de lecho. Se levantó sin despertarla.

Salió a la calle y, antes de echar a andar, miró atentamente a un lado y a otro y por fin, con sospecha, al firmamento.

Capítulo 3

EN EL QUE SE PRESENTA AL VIEJO

—Y ésta es la última imagen que tenemos de él: ya has visto suficientes —dijo el Viejo—, aparte de que es inconfundible. Ahora, toma: éste es el “Legajo Schweigen”. Es único; no hay copia de ninguno de estos documentos, o sea que te puedes imaginar... Aquí está todo, incluida la relación de los lugares donde puedes encontrarle. Verás muchos, muchísimos bares. Es así. Date prisa. Debe de estar en algún sitio: no ha salido de la ciudad, y tampoco creo exactamente que se esté escondiendo. Pero por su casa no ha vuelto desde hace días. Búscalos, y tráetelos. No avises a nadie. No cuentes para tu misión con nadie. No cumplas ninguna orden que no venga directamente de mí. Tráetelos. Y si no puedes traerle, ya sabes.

—Sí —dijo Karl.

—Una cosa —el Viejo fingió acordarse de algo más—. Lo siento —el mono saltó sobre el teclado, y Karl sintió el hormigueo de la nuca—: te he puesto el guisante en fase... quiero decir el expansor. No te cabrees. Pero date prisa. Tienes veinticuatro horas.

“Maldito cabrón”, despreció las escaleras y descendió nivel a nivel deslizándose por la barra, “Maldito. Maldito oficio. Maldito borracho de Schweigen”; salió al Dique y ascendió hasta la superficie. Aún no había amanecido. Salió a la calle, y allí coincidió con los trabajadores de algún turno nocturno. Accedió a una plataforma y, de un empujón, apartó al primero de la cola y abordó una telesilla. “Maldito todo”, mientras se balanceaba sobre el vacío.

A sus espaldas, treinta metros bajo tierra, el Viejo ha caído en un profundo sopor.

El camino hacia el faro se iniciaba con una empinada cuesta bordeada de pequeñas casas. Si el paseante había abordado la pendiente con el suficiente ímpetu, era posible que no se detuviera a

tomar aliento hasta el primer recodo, que permitía una buena vista del pueblo. Una vez contemplado éste en toda su previsible plenitud, su mirada se posaría, curiosa, en la más próxima de las casas. Ahí vería en el piso bajo un amplio estudio de pintor y un personaje que, bajo una música ensordecedora, daba los últimos toques a una marina.

“Mi General”, le habían dicho, “como responsable de la zona, deberá fijar su vivienda en un punto costero. Villa Cobertura VI, residencia permanente. Su oficio, en consonancia, mmmm, veamos [revolver de papeles]: artista, pintor”. “Mierda: no”, había contestado, “¿no podría ser mejor compositor? No sé dibujar ni un monigote”. “No se preocupe: la cobertura cuida de todo... Los compositores ya están asignados”. “Pues”, pausa indignada, “me cago tres veces en la cobertura. Y además, sepa usted, señor mío, que esto lo inventamos nosotros”. “Si, mi General”.

El visitante más curioso se acercaría entonces hasta la ventana y miraría el desarrollo de la obra en curso. Los atrevidos carraspearían primero, y al cabo aventurarían un “Buenos días” (nadie emprendería la subida por la tarde, cuando el sol añadía su peso al de la cuesta). “Buenos días”, gruñiría el pintor sin volverse. Y ahí acabaría posiblemente el diálogo.

“Personalidad huraña, de pocas palabras”, le habían dicho, “venático, malhumorado, aunque nunca en exceso: los artistas pueden ser así, y además según su psicograma no le costará mucho. Bajadas al pueblo por provisiones: una vez por semana, variable según la plantilla aleatoria que le proporcionaremos. Jornada de trabajo por teleconexión: salvo emergencias, noches de 11 a 5:30, siempre en la habitación aislada del sótano (cobertura ocupacional: cultivo de champiñones). Los ejercicios prácticos de las naves podrá observarlos directamente desde el telescopio instalado en la azotea. Durante el día trabajará constantemente con la radio encendida, porque cuando necesitemos conexión escuchará un anuncio clave. Estará siempre en el programa [revolver de papeles]: Clásicos del Rock, de la emisora...” “¡Oh, mierda: no!”, había protestado, en vano.

Si el paseante pertenecía a la clase inquisitiva (seguía anticipándose el plan de Cobertura), no se conformaría con esa seca respuesta, y volvería a la carga, sobre alguna de las siguientes variantes. *Comentario animoso*: “¡Qué bien! Así sí que se puede trabajar, con esa vista a los pies...” (Respuesta: gruñido). *Crítica constructiva*: “Yo creo (y perdone mi atrevimiento), que esta barca más que flotar parece que está clavada en el agua” (Respuesta:

gruñido indiferente). *Petición de información*: “Perdone, ¿falta mucho para el faro?, porque como siga esta cuesta...”

“Vivirá con su *esposa*”, le habían dicho, “es necesario en su perfil sociomimético. Además, le ejercerá las funciones de secretaria personal. Hemos pensado que podríamos retrasar la edad de jubilación de su actual colaboradora, teniendo en cuenta que su propio camuflaje personal incluye una edad teórica de...” “Oh, mierda: no”, había pensado, “más de ella no...”

Pero este visitante, tras el carraspeo y los buenos días, no ha seguido por ninguna de las rutas previsibles. Se ha encogido de hombros, ha mirado en torno, y ha sacado un curioso dispositivo del bolsillo. Cuando la *esposa* ha bajado a advertir al General que ya había pasado el tiempo de exposición pública, se ha encontrado con el cuerpo caído ante la ventana abierta, más allá las revueltas del camino y al fondo el pueblo.

El cuerpo caído recobra la conciencia por fin. Grita e intenta levantarse, en vano: los miembros no le responden. Todo alrededor es negrura, y le recorre un sudor frío. “La lenta danza de las nubes”, le viene a la memoria un antiguo poema, “será tu único recreo”.

De golpe recuerda dónde se halla. Huele las planchas de acero y escucha el rumor tranquilizador: está a salvo. Chasquea la lengua y el mono salta, temblando, y enciende la luz.

Como casi cada noche, la mente del Viejo le ha devuelto, agradecida, las imágenes del día en que estuvo a punto de perder la vida. Pero la aguja maestra del trizador fallaba de vez en cuando en aquellos modelos de la generación II, y ésta sólo se abrió lo suficiente para seccionarle la médula.

En los casos especialmente graves (y esta noche ha sido uno de ellos, con el momento fatal reconstruido instante por instante) prefiere renunciar al sueño. El mono ha vuelto a su regazo; el Viejo le odia, pero no puede pasarse sin él. Hay otros cinco en proceso de fabricación (imprimen el entrenamiento en el cerebro cuando son muy jóvenes), pero aún no están disponibles. Luego él mismo tendrá que transmitirles algunas habilidades suplementarias que no se ha atrevido a confiar al programa didáctico. Y en cuanto el recambio esté listo... El viejo cierra los dientes en un chasquido, y el mono le mira, aterrado.

Con los músculos de la oreja (ha desarrollado espectacularmente una habilidad infantil) puede poner en marcha la silla, que dirige con

movimientos de mandíbula. Se abre su puerta y con toda la velocidad que le deja el aparato va descendiendo rampas. Ya ha abandonado su zona, y al pasar por el nivel donde se alojan los Psi se acuerda del chico recién traído, y un estremecimiento (el recuerdo de un viejo escalofrío) le recorre. Pero sus escasos momentos de pasión son tan complejos y elaborados que le da pereza...

Recorre con frecuencia el Submarino a esas horas avanzadas, cuando es todo suyo. Algún guardia medio dormido escucha desde lejos el susurro de las ruedas de goma, y adopta la posición de firmes antes incluso de que la silla aparezca por el corredor. Ahora pasa por el Cruce Central, y la proximidad de la zona de Prevención le hace meditar. Schweigen ha desaparecido, y nadie sabe qué puede hacer. El es el único que conoce su huida (salvo que Bit y sus chicos se hayan podido enterar): localizarle y luego, quién sabe: el pacto, o la amenaza... Por eso ha enviado a ese impulsivo muchacho, Karl, y por si acaso le ha conectado el guisante. Bien; de momento no se puede hacer más.

Está a la altura de los laboratorios, y suenan gritos y golpes de los animales enjaulados. El mono dilata los agujeros de la nariz y lloriquea. Ha percibido a sus hermanos cautivos, que ejecutan una y cien veces las órdenes que les transmite el artefacto de entrenamiento: uno da de beber al maniquí de goma (que imita lo suficiente las facciones del Viejo), y la caída de algunas gotas provoca una descarga en un punto sensible del animal.

La silla se aleja por el largo pasillo, muy despacio. El Viejo, adormecido, ha relajado el control de velocidad. Los sensores le mantienen apartado de las paredes automáticamente. No se oye más que un leve zumbido, y poco a poco vuelve a aparecer, a lo lejos, el faro.

Capítulo 4

K A R L , B U S C A

Suspendido del cable chirriante, mientras a sus pies discurre la ciudad y en la nuca un vibrato constante le recuerda que no puede dejar de cumplir con lo que se le ha encomendado, Karl no se siente muy a gusto. ¿Por qué el Viejo no ha utilizado el Canal Espía? Seguramente no quiere que se enteren los de Prevención. Por eso lo ha mandado a él a buscar por las calles y por las casas, como si fuera un *perro*, piensa, o... Una imagen nueva le sorprende: el Viejo como un pulpo decrepito, encajado en el fango, que mueve sus tentáculos. ¿Mover? No: que *lanza* sus tentáculos desgajados, reptantes, a husmear por ahí. Y él es uno de ellos: un tentáculo grueso y elástico, un simple *miembro* de un *cuerpo*. Y entonces, suspendido en el chirriante mecanismo, repara en el doble sentido que, como para confirmárselo, tienen las dos palabras.

Las calles se despiertan, y las puertas de acero que han sellado la mayoría de los edificios empiezan a abrirse: el roce del metal sobre el cemento asciende en el aire. La nube de bicicletas ocupa las calles, y el campanilleo de los timbres alegra el corazón de los hombres: un nuevo día.

En las zonas de abastecimiento se empiezan a formar las colas. Por el paso lento se adivinaría (caso de que alguien no lo supiera) que son los viejos los que se encargan de las tediosas horas de espera. No es que haya exactamente carestía, pero está todo tan reglamentado... Es primavera, y hace unos días se han puesto a la venta los modelos estacionales: la multitud es, desde arriba, un mosaico cuatricolor (los tres tonos de la estación, más el extra de las Presidenciales), pero ¡qué cosas es capaz de hacer la gente humilde a partir de cuatro únicos modelos de ropa! Una joven obrera ha forrado su gorra con lo que parece tela de los pantalones, ¡y éstos se han convertido en falda! Por suerte está saliendo de los Barrios Intermedios: siempre le deprimen.

El telesilla pasa sobre el río: debajo de sus pies brilla la tela metálica que protege a cualquiera de una caída... o de un salto. Por qué la ponen ahí, y no en las zonas en que se caería directamente sobre el cemento, es un misterio. “Tal vez”, pensó, “nadie querría suicidarse estampándose sobre el pavimento, pero el río...” Sólo la palabra ya le despierta ecos lejanos y soñadores. A lo lejos, la corriente bosteza, surcada de grandes barcazas.

La primera plataforma le acerca a sus objetivos. Se baja en ella y descende los peldaños metálicos sonoramente. Ha empezado su jornada de trabajo más larga.

La casa de Schweigen resultó ser un *piso*, un piso en un bloque que debía de contener un centenar más. Eran antiguas viviendas de obreros, ahora *normalizadas*, lo que significaba que habían inyectado hormigón en los cimientos y cinchado las vigas, que habían decorado la fachada y los interiores con molduras de escayola, y que los recubrimientos de baquelita se habían pintado en imitación madera. Abrió la puerta con una llave maestra, y la recorrió totalmente: ¡era una pobre vivienda, de verdad! Había pensado que al menos contendría lujos camuflados: un jacuzzi que brotara del suelo del baño, un nicho musical... No había nada. Si ésta era la cobertura vital que la Orla daba a uno de sus miembros más importantes...

El interior de la nevera era también de una previsible vulgaridad: hasta con los sobres de tripas deshidratadas para caldos. Miró los cuadros de la pared, de baja definición, y al final se sentó en el polvoriento sofá y sacó el legajo. La cobertura asignada era, efectivamente, profesor de religión, y eso bastaba para explicar el resto. ¿Por qué no se había buscado otro: anticuario, o periodista? Repasó las coordenadas sociomiméticas y pronto vio algo extraño: su aspecto. En teoría le correspondería una apariencia modesta y sobria. “Tonos gris-ocre, ropa de serie una talla grande”, marcaba el perfil; y seguía: “Uso bisemanal de desodorante, cabello cortado estándar, caspa en grado 2. Afeitado”. Karl recordó las fotos: esto no cuadraba. La persona que mostraban tenía un aire exuberante, colorista y piloso. ¿Un desobediente? ¿O algo más complejo? Pero, ¿por qué no le habían llamado la atención?

Se levantó de nuevo para explorar la casa con más detenimiento. Abrió las cápsulas del correo neumático que esperaban en el cajetín: sólo facturas y una muestra de una loción antiparásitos. El armario del baño le permitió reconocer trastornos intestinales y de la dentadura.

Miró en los cajones del escritorio, y por fin volvió a sentarse con una sensación confirmada: no sólo que Schweigen llevara días sin aparecer por ahí, sino que además vivía poco en aquel lugar. Volvió al legajo, pero ahí no constaban coberturas paralelas. ¿Una amiga? ¿A sus años?

Reclinado en el cómodo aunque viejo sofá, sintió sueño. Estiró los brazos, y dejó caer atrás la cabeza, en un largo bostezo. Se aclaró los ojos, llenos de lágrimas: en ese ángulo preciso una de las molduras del techo parecía prolongarse en una zona sombreada que esbozaba un cuadrado. Se subió a una silla y de ahí pasó a la mesa. El sector del techo se descorrió fácilmente y sacó del hueco una caja pesada. En su interior se alineaban decenas de trizadores. A Karl le dio un escalofrío.

Extendió el mapa y sacó la lista de los lugares frecuentados por Schweigen: había muchos en el Distrito de Recreo. Los agrupó con una línea en el plano, porque abrirían más tarde, y a continuación marcó los inmediatamente accesibles. ¿Por dónde empezar? A dos manzanas de distancia había una casa de juegos en la que al parecer mataba sus ocios. Retrocedió unas páginas en el legajo: “Frecuenta locales de juego, siempre legales, aunque de mala reputación, y tiene un apodo dentro del ambiente; le llaman *La Sombra*”. Miró el nombre del local, y le dio un escalofrío: “Montecarlo”.

“Montecarlo” pasaba por ser un centro de reunión del Frente Aleatorio, o más bien un sitio al que se suponía que una persona proclive a formar parte del Frente no le importaría ir. Nada muy concreto. No es que el lugar en sí fuera peligroso (que Karl recordara, nadie había sufrido nunca un atentado allí), pero en las circulares internas de Seguridad siempre encabezaba la relación de lugares que deberían ser evitados. Tal vez, pensó mientras atravesaba una de las siete puertas idénticas para entrar en el local, alguien lo había colocado ahí, hacía años, y nadie había encontrado ningún motivo para sacarlo...

Le cachearon un poco, pero como aburridos, y pasó a la zona del cambio de moneda. Para disimular, metió un billete en la ranura y recogió el puñado de monedas resultante. Atravesó otra puerta y se hundió en el estruendo.

En realidad, pensó, era pueril imaginar que los adeptos del Frente visitaran más que otros los establecimientos dedicados a los juegos de azar. ¿Frecuentaban los guerreros medievales las herrerías,

o las minas de ferrita? Si el Estado actual era abominable (y en eso coincidían apocalípticos-666, neomarxistas, anti-OH, fraternos y colofonistas), y si alguien había entrevisto en el Azar la vía para acabar con él, ¿significaba eso que sus seguidores debieran rendirle culto en todos sus templos?

Miró con profundo desagrado las hileras de máquinas, casi todas ocupadas incluso a esas horas de la mañana, y empezó su recorrido. Parecía no estar por ahí, aunque ¿habría estado hacía poco?, ¿llegaría justo cuando él se hubiera ido? El panel central de la sala reordenaba los récords, ante la llegada de uno nuevo, y Karl tuvo que esperarse a que se aquietaran las temblorosas letras. Estaban las puntuaciones alcanzadas y luego nombres, iniciales, apodos o el mayor taco que fuera posible escribir en diez caracteres. Recorrió la columna con la vista, y al saltar al apartado de pachinko leyó: “LA--SOMBRA”. Pero, ¿de cuándo exactamente sería ese récord? El panel hablaba de las “últimas 24 horas”, y el local no cerraba en toda la noche.

Localizó la zona del pachinko electrónico: una hilera de máquinas y sólo una anciana jugando, con aspecto de llevar allí horas enteras.

—Perdone, señora —le preguntó—... ¿Recuerda si ha visto por aquí hace poco a un señor mayor, con ojos como guiñados y patillas blancas muy pobladas? ¿Eh? —subió el tono de voz— ¿Lo ha visto?

La vieja hizo un gesto, se llevó las manos a los oídos, y se quitó unos diminutos auriculares con un cable que iba a la máquina:

—¿Cómo dice?

Karl suspiró, y repitió la pregunta.

—No. No lo sé. ¿Por qué? Cuando juego no veo nada... Y luego el estruendo —señaló los auriculares—. De joven tenían bolas de acero de verdad. Lo prefería. Parecía un terremoto. Hileras e hileras. Temblaba el aire...

Bueno: por lo menos había un hito que seguir, a no demasiada distancia en el tiempo. Se dio media vuelta, y le resonaron en el bolsillo las monedas que había cambiado. Miró alrededor, y metió una en la primera máquina que vio, sin fijarse apenas. Sonó una campanita y cayó el recipiente humeante de tallarines, con los palillos asomando por arriba. “Buen apetito”, dijo una aterciopelada voz sintética.

Karl se los quedó mirando. Parecían buenos.

“Su cambio, señor”, dijo ahora una voz masculina, y cayó una moneda grande, de plata, muy desgastada, antigua.

Capítulo 5

LA ABOLICIÓN DEL SENTIDO

Una habitación oval de paredes blancas, desprovistas de adornos. Siete personas repartidas por los muebles de asiento. Hablan a media voz en grupos de dos o tres. De vez en cuando un comentario, como un ave lenta, salva el espacio entre alguna de estas islas. La grabación es buena. Las caras aparecen, sin embargo, veladas, como siempre que se hace una visión común. Las voces también están distorsionadas: se reconoce el sexo, la edad, pero una ligera vibración las hace irreconocibles.

Una silueta se recorta sobre la pantalla. Alguien se ha levantado y se dirige al centro de la sala. El sonido ficticio baja de volumen, crece la luz y la escena permanece al fondo muda, desvaída, enmarcando la figura de un hombre maduro que esboza una inclinación.

—Estas imágenes fueron captadas ayer durante una exploración rutinaria de la división de Prevención del Incesto, y lo que tienen ante sus ojos es la demostración del espíritu de cooperación y puesta en común que preside nuestras relaciones...

—Cabrones... —susurró alguien en la penumbra; el Viejo no reconoció la voz, pero por el tono debía ser alguien de Azar, el gran perdedor en la última distribución de tiempos de Canal.

Sin inmutarse, el orador continuó:

—Ellos han querido convocar esta reunión común, que tiene dos partes, de las cuales ésta es la primera y más amplia. Creen haber descubierto algo realmente importante, y ahora van a explicárnoslo detenidamente.

Se levantó alguien, inmediatamente reconocible como Kriss Bit, el responsable de la División. Ocultaba su ceguera con un equipo de orientación perfectamente disimulado en las gafas, pero fijándose bien

uno advertía ese lapso entre la decisión y la acción que caracteriza a los videntes electrónicos.

—El programa de rastreo de Prevención —no: ellos nunca usaban el nombre completo— tiene los sectores clásicos de análisis iconográfico, semiótico y emocional, pero integrados en un programa adecuado a nuestros intereses. Los datos obtenidos tienen cuatro salidas posibles: unos se desechan, otros se derivan a Canal común, cuando se juzgan de interés para otros departamentos, otros pasan a archivo, para referencia posterior, y, por fin, los hay que provocan una llamada a operadores humanos, para intervención inmediata. Esto último fue precisamente lo que ocurrió en el caso que nos ocupa.

»Conforme a lo habitual, el Analista y el Sensor tomaron control de la situación. El informe previo del explorador automático indicaba “conversación de referencia difusa”. En otras palabras: no se sabía de qué estaban hablando.

Hizo un gesto, y se elevaron las voces de la filmación:

A.— No está mal.

B.— A mí me da la impresión de que...

A.— Pero aun así no pasa nada.

[suena claramente un eructo, muy largo]

B.— ...de que podría seguir igual mucho tiempo.

C.— ... Como masturbar a un mosquito con guantes de boxeo.

—El programa explorador —continuó— está capacitado para analizar el contenido de todas las conversaciones que capta. Puede reconocer instantáneamente si se está hablando en clave, porque toma en cuenta una multitud de factores: tono, timbre, pausas..., cotejado por el programa praxiológico. Y porque además el analizador espectral le permite calibrar el grado de sudoración de la piel, y otras respuestas fisiológicas deladoras. En resumen: no sólo entiende todo lo que se habla, sino que es capaz también de “leer entre líneas”. Y aun así este caso le desbordó: no sólo se le escapaba el referente, sino que había algo extraño en la relación entre la conversación, la estructura del grupo y los gestos de sus miembros.

Momento 139. D sigue con la vista un punto hipotético que se desplazara entre G y B. G ha unido las yemas de los dedos y gira la rueda resultante primero en una dirección, y luego en otra. E marca con el tacón un ritmo ternario, que no coincide con el pulso somático

general, de dos tiempos. Cada vez que en la conversación se menciona un objeto con aristas se altera levemente su tempo. Cuando el hipotético punto de D casi ha llegado a B, éste se humedece los labios con la lengua. Entonces C extiende un dedo y lo detiene a un milímetro del brazo de A, que no ha dejado de mirar de reojo la lámpara.

—El Analista de Prevención se disponía a verificar los datos primarios, cuando observó al Sensor. Este —una de nuestras joyas Psi— tenía la vista clavada en la pantalla, los ojos vidriados y todo el cuerpo en tensión. Dijo: “Es horrible”, y empezó a vomitar.

Hizo una pausa y cambió completamente de tono.

—Pero aquí ya hay, de momento, material suficiente para los co-analistas de otras Divisiones, que pueden esfumarse. A los demás se les servirá un refresco.

Hubo ruido de sillas corriéndose, creció la luz, y el Viejo giró su silla de ruedas y reconoció a alguien detrás de él: Romero, de la División de Azar. Le interpeló:

—¿Qué crees? ¿Qué opinas de todo esto?

—No sé qué decirle —dudó el otro—... El programa unificado que utiliza Incestos es muy bueno. Recuerdo una vez —se rió—, nos pasaron la grabación de unos sujetos. Hablaban de “la gordita”, y de lo “amable” que era. Su nota decía: “Todo para vosotros”. ¡Y tenían razón! Unos usuarios sin escrúpulos habían localizado una máquina tragaperras con el sistema estadístico de premios averiado, y se dedicaban a explotarla... O sea que fíjese. Pero lo otro, lo de meter sensores... telépatas... ¡Bah!

Se calló porque se les acercaba un anciano, con paso tardo, llevando una bandeja con estimulantes sólidos. El Delegado de Azar cogió uno, y prosiguió:

—Nuestro amigo el protésico —el Viejo miró de reojo, buscando al jefe de Prevención— (no se preocupe: no nos puede oír a esa distancia)... tiene una confianza desmedida en los receptores extrasensoriales. Son extraños: se fían antes de lo que les balbucea uno de esos videntes babosos que del informe de un especialista. Eso, unido a los métodos de análisis automáticos... Imagínese el caos que puede salir de allí.

El Viejo se rió:

—Sí, claro. ¿Pero dónde crees tú que quieren ir a parar? Esta reunión, esta convocatoria apresurada...

—No tengo ni idea. Pero a lo que iba: creo que en Prevención están desorbitados. Han llegado a tal punto que el hecho más sencillo puede trastornarles, porque parten de supuestos falsos: que todo el que “hace” hace “algo”, que todo lo que se dice tiene un referente — señaló con un gesto hacia la pantalla apagada—... etcétera. Un caos: los sistemas automáticos reconocen Dios sabe qué, los subnormales Psi lo amplifican, y los analistas sólo buscan confirmaciones a lo que se les sugiere... Para nosotros todo es más sencillo. ¿Ha visto alguna vez a alguien metiendo monedas de cinco lunas, una tras otra, en un máquina durante todo un día, con la mirada apagada clavada en el tablero? No sé qué se propone Bit... Yo, personalmente, nada más ver la grabación, vamos... me ha parecido reconocerlo porque en mi juventud, bueno, alguna vez... como cualquiera, pues que si tabaco, que si hachís... Ninguna gran cosa. Pues bien: yo juraría que lo que pasa en esa reunión es que están todos absolutamente fumados. Claro —le miró desafiante—, que ésa es sólo mi opinión.

Sonaron unas palmadas en la sala. Se dieron media vuelta, y allí estaba Kriss Bit, con los brazos extendidos. Hubo un leve silbido, y todos sintieron cómo se extendía el campo de sellado: la habitación estaba aislada.

—Señores —empezó—. Convoco reunión del Comité de Presidencia. Aquí hay mayoría de miembros. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo la voz pastosa de “Perlita”; ese día había venido muy poco espectacular—: allí donde os reunáis varios en mi nombre, estaré en medio de vosotros, ¿no? Quiero decir: si estamos casi todos los del Comité, y estamos reunidos, pues esto es una reunión del Comité. Vamos, digo yo... Y a propósito, ¿y ese mamón de Schweigen?

Kriss levantó la cabeza: su dentadura perfecta brillaba en la semipenumbra:

—Señores... Siento ponerme tan solemne, pero creo firmemente que estamos ante una de las mayores amenazas contra el Estado. Lo rasgos dementes de esta conspiración para la abolición del sentido van a pasar crudamente ante nuestros ojos. Y ahora ofreceremos la grabación sin proteger. Estos son los asistentes.

En la pantalla, dominada por la vibración típica del Canal Espía, aparecían ahora los rostros sin veladuras. La grabación se detenía brevemente con cada uno, para permitir verlos a placer. C era muy bella, pensó el Viejo, aunque jovencita, casi una niña. Ahora aparecía B, con los ojos todavía más guiñados y el pelo revuelto: era

Schweigen, que explicaba algo muy despacio, y llevaba la cuenta con los dedos: uno, dos tres.

—¡Alto ahí! —la proyección se detuvo en esa imagen; Kriss Bit señaló con un dedo tembloroso— Le reconocéis, ¿no? Es Schweigen, esa hiena: os preguntaréis por qué nadie le ha visto desde hace días. Pasaremos ahora la totalidad de la grabación: drogas... sí, drogas psicotrópicas, tocamientos a menores (parientes próximos), planes para defraudar al Estado en utilización no-médica de apósitos y cánulas —hubo chasquidos de desaprobación, y algún murmullo horrorizado; “Bien”, pensó el Viejo, “la relación completa: parece que se va a salir con la suya”—, y además vocabulario obsceno, juegos de palabras y ruidos orgánicos... Todo ello con la intervención, con la presencia activa de quien creíamos uno de los nuestros. Requiere — hizo una pausa— del Comité un poder de captura.

Uno tras otro se fueron levantando los brazos de los asistentes. El Viejo miró a Romero, que se encogió de hombros y levantó también la mano; chasqueó la lengua, y el mono imitó el gesto.

“Bien”, pensó, “se ha abierto la veda. Veamos: Karl le lleva doce horas de ventaja, y la única copia del legajo. Espero que baste”.

Capítulo 6

K A R L , B U S C A

—Creo que éste era también el nombre de un capítulo anterior. Estoy seguro.

M*** me miró fijamente:

—Ah, ¿sí?

—Sí. ¿Por qué no le llama de otra forma?, por ejemplo —pensé—: “El tentáculo autónomo”.

—¿“El ten...”? ¡Qué tontería! ¿Qué significa eso? Y además, ¡dos esdrújulas! —me miró raro— ¿Quiere que le cuente la continuación de su pesadilla, o no?

Ya estaba a punto de cubrir todos sus objetivos diurnos, porque uno de los últimos, una librería de viejo, estaba cerrada. Había reservado para esa hora el único restaurante de la lista, uno que no conocía, llamado por alguna razón inescrutable *Carbono*. Al parecer era el preferido de Schweigen.

Estaba demasiado lejos, de modo que paró un rickshaw, y le gritó las señas. La conducía una mujer madura, y Karl se quedó contemplando, fascinado, el movimiento de sus nalgas en el pedaleo. Bajaron la colina y el vehículo torció por la avenida de Cruden, en vez de ir hacia el puente. Karl protestó, pero la mujer se limitó a volver la cara y escupir a un lado. Pasaron junto al muro del gueto, y luego por la zona de los pozos, cosa que siempre le deprimía. Por fin llegaron al Anillo, y Karl comprendió, avergonzado, que la rickshaw se había limitado a llevarle por la zona de pendientes más graduales. Le gritó alto cuando llegaron a la altura del restaurante y pagó a la mujer, que resoplaba y le miraba fijamente, con generosidad.

El local no parecía gran cosa: tenía una pequeña vitrina que daba a la calle, y a través de ella pudo inspeccionar el interior semivacío. Bueno: ya que Schweigen no estaba ahí, por lo menos podría

permitirse una comida. Buscó el menú en el escaparate: entre adornos de plástico y botellas sin etiqueta, había una fuente con seis masas troncocónicas idénticas, de color verde claro. Al lado se apilaban ocho paralelepípedos traslúcidos de consistencia fibrosa, y detrás, dispuestas en abanico, un puñado de varillas rígidas de color rojo. *Carbono*, decía la enseña, *Restaurante Sintético*. Karl ahogó una maldición: ¡a esto había llevado la permisividad con Fraternos, Asisianos y los grupos de Liberación Animal! Estos desdichados no sólo habían renunciado a hacer uso de cualquier materia viviente (vegetal o animal), sino que en los productos de laboratorio que eran su sustento habían huido hasta de la apariencia de parentesco con la naturaleza. Miró con desaliento una fuente llena de virutas azules, y dio media vuelta, súbitamente desganado.

¿Qué podría hacer? Ni pensar en tomar algo de comida, y en cuanto a su búsqueda, quedaban fundamentalmente los bares del distrito de Recreo, que sólo abrían una hora después del término de la jornada laboral, y eso quería decir... Calculó mentalmente: demasiado tiempo, y lo mejor que podía hacer sería dedicarlo a una búsqueda al azar, lo que suponía callejeo sin rumbo fijo, en ese momento del día y entre calles transitadas, ¡la situación estadística de máximo peligro para un atentado! Sintió un escalofrío. Y además, o se estaba volviendo loco, o el expansor había cambiado de ritmo de pulsación. Miró el reloj: se habían cumplido doce horas justas desde que le Viejo le conectó. Le picaba mucho la nuca, y se palpó la dureza con los dedos. ¿Qué le pasaría exactamente, caso de que llegara el momento? Se colocó entre los dos espejos paralelos de la entrada de un local de fermentados, y torciendo el cuello y casi desorbitándose los ojos, se apartó con cuidado los cabellos negros. No se veía nada.

Echó a andar, pegado a los edificios. A esta hora acababa el primer turno de trabajadores, los que había visto salir de casa tan temprano, y las grúas del aparcamiento bajaban las parrillas de las bicicletas que, como doseles barrocos, habían proyectado sombras erizadas a lo largo del día. Las colas y los gritos fueron un baño fresco para sus temores.

La circulación creció. La falda verde del conjunto “Elecciones” (que, dado el calor del día, era la elección prioritaria de las mujeres) era claramente inadecuada para la locomoción, y Karl pudo disfrutar de más de un atisbo afortunado de las pálidas piernas post-invernales. Esto le despertó algunas ideas, y recordó por un momento el Hotel, la rosita bisoña (aunque no acababa de ser de su tipo). ¿No podría

aprovechar el tiempo hasta la noche para...? Pero no: un escudriñador activado no es el mejor modelo de amante.

Cruzó la calle, sorteando ciclistas y algún raro camión de transporte. Entonces oyó el estruendo y los gritos, y se volvió. Un vehículo subterráneo, un *topo* acababa de asomar la cabeza por el pavimento, provocando un indescriptible caos de máquinas y personas. La escotilla abierta vomitaba ahora una hilera de hombres vestidos con el uniforme verde sucio. “¡Incestos”, se asombró Karl, “a esta hora y en pleno centro!”. Aquello era muy raro. Los hombres se desplegaban por las calles, como buscando algo. Pensó por un momento en identificarse y preguntar qué pasaba (al fin y al cabo su oficio era meter la nariz en todo), pero recordó las advertencias del Viejo y decidió permanecer al margen.

Se habían dividido las manzanas de casas, y las iban cribando meticulosamente. Patadas en las puertas, potentísimas linternas (aunque era pleno día). Como subproducto, supuso (porque nadie podía imaginar que ese fuera el objeto de semejante despliegue), se llevaban a algún padre sorprendido en familia con prendas demasiado ligeras. Entre los gritos de los detenidos y las carrera de quienes querían alejarse de la zona, desembocó en la Avenida de Washoe: allí había asomado otro *topo*, y otro dos esquinas más allá. Karl agitó la cabeza: demasiados. ¿Qué ocurría?

—¿Qué ocurría?, se pregunta el protagonista de la acción —al parecer, estaba haciendo uso de la prerrogativa de organizar ella misma el relato—. Pero yo, que estoy situada fuera, y que conozco todo, tengo la respuesta. En realidad, tengo todas las respuestas, incluso la final, que resume todas; pero transmitirla, sencillamente, no tiene mucho objeto. Si digo “El Hombre muere”, “Fin de lo que existe”, puedo estar resumiendo bien a dónde apuntan todas las tramas, pero parece que vosotros, por alguna razón extraña, os complacéis más bien en lo que se extiende entre medias, en los sucesos que van encadenando las razones. Bien —dijo ella—; de acuerdo: tan sólo aquí y allá, como voy a hacer ahora, alteraré el orden de los acontecimientos, porque a veces la simple sucesión lineal puede engendrar fastidio, y es conveniente (como ocurre con los caminos en Altan) no seguir el orden más corto de los acontecimientos.

»¿Qué ocurre?, se pregunta el miembro desgajado. Pero nosotros sabremos que sólo unas horas antes...

Capítulo 7

EN EL QUE SE PRESENTA A UN JOVEN PSI

—Toca las cosas, huélelas: fíjate bien.

Sobre la mesa hay un libro, un jersey, un vaso pringoso, un par de zapatos, unas notas manuscritas y una fotografía de un sujeto con notables patillas blancas. El muchacho coge el jersey, como le ordenan, y lo huele: a viejo y a tabaco. Lo deja en la mesa y se vuelve hacia el hombre. Es ciego, de eso está casi seguro: sus gafas son negras, y demasiado gruesas: deben de ser el equipo perceptor. Le mira con fascinación; una vez leyó algo sobre eso: las gafas emiten una especie de señal de sonar, y la imagen resultante se dibuja táctilmente sobre un muslo o sobre el vientre. De ese modo, y con práctica, pueden llegar a manejarse muy bien.

—¿Qué me miras? —Bit se está poniendo muy furioso, y anota mentalmente, en un lugar donde nunca se pierde nada, el castigo especial que tiene reservado para él, en cuanto haya terminado...; este joven es muy bueno, y ahora le necesita: cambia el tono—. Concéntrate, anda. Imprégname de las emanaciones del sujeto. Nos vas a ayudar a buscarlo.

El chico vuelve la mirada a la mesa. Desde que le reclutaron conoce sólo dos estados de ánimo: el estupor, como un sueño, y el que ahora le domina: está completamente aterrado.

—Venga, hijo —el ciego se le ha acercado, y él sólo ruega por dentro: “Que no me toque”—. Sé que llevas aquí poco tiempo, que aún no te has acostumbrado, pero eres muy bueno. Mira: si resuelves bien esto... renunciaremos a ti, ¿oyes? Te liberaremos, como premio. Volverás a casa.

¡A casa! Pero habían entrado a su casa, a su cuarto, hasta su propia cama, y dentro de sus sueños; y ahora sabía que no había

ningún lugar donde ocultarse. Aquello empezó siendo, sin embargo, lo más excitante que nunca le hubiera pasado.

Era un buen estudiante, y como el rango de su familia le eximía del servicio militar estaba predestinado a una carrera rápida. Mientras tanto se divertía, fantaseaba

—Y luego, no sé —siguió M***—: pues el tipo de cosas que hacen los muchachos, incluso en épocas tan raras. Imagínesele usted mismo.

—Bueno... —dije.

y, como muchos chicos de su edad, leía con avidez *Era cósmica*. Por eso no le sorprendió el sueño. Estaba de pie sobre una colina, y una de las estrellas se movía, crecía, se acercaba, y la voz repitió una, dos, tres veces, muy claramente, el lugar de la cita, la hora y el día. Se despertó inmediatamente, y lo apuntó en el cuaderno que tenía al alcance de la mano: “Vienen mensajes con la oscuridad”, había leído en la revista, “y sólo los inútiles los pierden”. Alguna vez había creído recibir una comunicación. Sólo ahora *sabía* que le habían conectado.

La noche de la cita, como cualquier otra, se despidió de sus padres antes de ir a la cama. (“No le di ni un beso”, lloró la madre, acordándose, días después, “Como ahora insisten tanto en lo de evitar contactos...”). Nunca le volverían a ver.

La noche estaba clara. Había cogido una linterna, y tardó poco en llegar hasta las afueras. Subió a lo alto de la colina de la cita y levantó la vista al cielo. Entonces lo vio: el disco opaco que descendía con un susurro. A pocos metros de él crepitó el aire, se posó el objeto y apareció un círculo de luz. Unas formas vagas se recortaron en la entrada.

—Hermanos del Universo —empezó, con voz vacilante, la salutación oficial de *Era cósmica*—, yo os saludo. Como emisario de mi Pueblo estoy facultado para deciros...

Le hacían señas de que entrara. Subió la rampa, deslumbrado por la luz interior. Sonó un cierre detrás de él. Empezaba a ver más claramente: allí había seres con aspecto francamente humano. El señor de las gafas le recordaba a su profesor de lógica, y había otros de uniforme que lo que parecían era militares de los de antes. Aun así, siguió recitando:

—... que los brazos abiertos de la Humanidad...

—... recogerán el fruto maduro de las Estrellas bla bla bla bla bla bla —escuchó asombrado de labios de uno de ellos.

—Déjelo en paz, ¿quiere? —el hombre de las gafas se acercó a él— Escucha: no somos Ajenos, ni cosa por el estilo. Esta es una nave secreta de la Orla, y te vamos a llevar a un sitio donde nos vas a poder ayudar mucho. Sabemos tus logros con las cartas Zetner, y vamos a conseguir que tus facultades se desarrollen como no tienes idea. Enhorabuena: bienvenido —y tendió una mano—. Quedas incorporado al escuadrón Psi de la Orla.

El joven sintió un nudo en la garganta.

—No quiero. Déjenme salir. Yo no sabía...

—Sujétalo. Vamos a despegar —notó unas manos que le agarraban, y un pinchazo—. ¡Al Submarino!

Tuvo las peores pesadillas que pudiese recordar: estaba en una cama, y se inclinaba sobre él un hombre llamativamente vestido de mujer: veía los gruesos labios, y el trazo rojo de lápiz que le contorneaba imperfectamente la boca. Luego, una cabeza flotante, y algo pequeño, como un gnomo negro que subía sobre su cuerpo y le apartaba las ropas. La siguiente vez un hombre con patillas blancas que le miraba en silencio. “Agua”, pidió, y él le tendió un vaso y le ayudó a beber.

Cuando se despertó de nuevo, una voz se excusaba a su lado:

—... Y apareció el Viejo, y nos pidió que le dejáramos solo, y, claro..

—Calla: se despierta.

Hay un hombre alto, con gafas negras y espesas. A su lado otros dos, de batas color verde sucio.

—¿Dónde estoy? —gime, y de golpe le viene una oleada de sentido— ¡Bajo tierra! ¡Nos movemos bajo tierra!

—Cálmate, hijo —le pone la mano en la frente uno de los hombres, y susurra—. Le dije que era lo mejor del archivo de *Era cósmica*.

Bajo tierra... Y ahí es donde seguía, con un jersey maloliente entre las manos.

—Muy bien, ahora: el plano. Coge algún otro de los objetos, si quieres. Ponte cómodo. Haz lo que quieras. Toma.

Le han dado un vaso de refresco, y lo apura de un trago: tiene la boca seca. Inmediatamente nota el efecto: le crece la euforia; tiene

ganas de reír. Nota una ligera neblina en la cabeza. Gira el asiento y ve cómo dos viejos desatan los lazos de una gran carpeta negra. Cae una de las tapas, y ante él aparece un mapa del continente. Le ponen un puntero en la mano.

—Ahora, señala. ¿Dónde está Schweigen?

Intenta levantar el puntero, pero no tiene fuerza en los brazos. Le crece la sensación de risa.

—¡Qué tontería! Está aquí, en la ciudad —se descubre diciendo.

Uno de los viejos sujeta la carpeta, y el otro deja caer todo un grupo de hojas: está frente al plano de la ciudad. Ve el río, el parque...

—¿Dónde? —le apremian.

Está clarísimo. Intenta levantar el puntero y por fin lo coge con las dos manos. Nota la lengua estropajosa. Apunta a una esquina.

Los viejos se afanan, y tiene ante sus ojos otro plano, mucho más detallado: se ven hasta las calles pequeñas. Señala de nuevo. Esta parte le recuerda vagamente algo.

Ahora tiene delante un plano muy preciso, extremadamente detallado: se ve hasta la forma de las manzanas de casas, un trozo de parque, con todos los senderos, y al lado mismo reconoce el edificio de su colegio: las dos alas y los campos de deporte. Esa visión le aclara la mente, por un momento: es la angustia.

—Schweigen: ¿dónde está? Venga: te estabas acercando...

“¡Ah!, ¿sí?”, piensa el muchacho. “Ya no”.

—No —traga saliva—. En este mapa no: más a la izquierda.

“En el B-3”, susurra alguien apresuradamente, El chico se levanta, vacilante. Ha dejado el puntero. El brazo le tiembla, mientras señala, con círculos, una serie de bloques donde está seguro que el que buscan no está:

—Aquí, aquí o aquí... por aquí.

—¡Venga! Puedes precisarlo más —el hombre de las gafas gruesas le ha cogido del brazo, mientras acerca el rostro al plano, como si pudiera verlo (“Avenida de Washoe”, le apunta uno de los viejos, “Entre la Plaza de los Macabeos y la calle Celano”).

—¿No ves dónde, exactamente?

El chico baja el brazo. Mira estupefacto a un lado y a otro, y rompe a llorar. Kriss Bit se dirige hacia una esquina de la sala y destapa el tubo fonador. “Atención todos los operativos...”.

—...Y esto es todo lo que recuerdo de mi sueño. Parecería que ahora tuviera que empezar un capítulo nuevo, pero ya no vi el título. Uno de los últimos se titulaba “Karl, busca”.

—¡Ah!, muy bien: el título servirá también para el siguiente.

—¿También?

—Sí, claro, ¿por qué no?

Capítulo 8

KARL, BUSCA

Karl estaba exhausto. Desde que había entrado en el Distrito de Recreo estaba exhausto. No era sólo la posibilidad, siempre presente, de que un anti-OH dejara caer en su copa algún polvo sospechoso (algo que ni los vasos estancos podían impedir del todo), ni que un miembro del Frente Aleatorio decidiera que podía ser su próxima víctima. No: era el mismo ambiente de los locales lo que le estaba llevando a la locura.

El siguiente. Miró la lista y apretó el paso. La nuca había vuelto a redoblar su zumbido... le daba la impresión. Pensó por un momento: si cada vez que se cumplía la mitad del tiempo restante crecía la fase, eso significaba que a media hora del final, y luego a quince minutos, y a siete y medio... Perdió la cuenta, pero la idea general no le gustó nada. Tenía que encontrar a Schweigen, y luego ya vería. En la esquina siguiente tenía que estar el local.

Sinapsis le recibió con un esfínter pulsátil de cuero negro. Pasó entre dos contracciones, y se abrió camino entre la gente. Había alguna cosa extraña en el lugar, que no localizó al principio. Luego recordó algo leído en algún lugar: la Música Desazonante, el último grito. Algo más terrible que las Melodías Blanditas, o la Música Parda: pautas destinadas exclusivamente a burlar las expectativas del oyente. Una línea melódica no es sólo un recuerdo y un presente, sino una previsión de continuidad. La escuela de DeForest, recordó, creaba música con instrumental clásico y corte aparentemente normal, pero cuidadosamente calculada para defraudar. Karl miró alrededor: no sabía si los jóvenes la soportarían bien, pero a él le comía los nervios.

Dio unas vueltas buscando a su hombre, lo que le costó no poco: en algunos lugares el suelo palpitaba imperceptiblemente, y en otros quedaba hundido hasta los tobillos en una materia viscosa. ¿Por qué

ese viejo loco de Schweigen frecuentaría lugares así? ¿Buscaría sexo, drogas?

Se acercó a la barra, y pidió algo de beber. A su lado, una joven le miró, y su pequeño broche de la solapa guiñó: ámbar, rojo, luego ámbar, y por fin verde. Decían que leían automáticamente las respuestas fisiológicas, y que ahorran tiempo en los preliminares, pero Karl sospechaba que estaban trucados. Además, la chica no le interesaba nada, y ése era un problema del que era cada vez más consciente: qué pocas mujeres llegaban a atraerle mínimamente, en realidad. El hecho le preocupaba, porque le hacía desarrollar sus frecuentes aventuras —como la noche anterior, ¡ya tan lejos!, con esa rosita bisoña— en un clima de escasa pasión (que debía suplir con técnica, imaginación y un alto grado de autodominio).

Le dio la espalda. Vio un taburete libre al otro lado de la barra y se sentó. Le sirvieron el vaso precintado, levantó cuidadosamente una esquina, y bebió un sorbo.

Creía haber olvidado la música, pero ahí seguía, persiguiéndole. Un sistema regulador debía de graduar su volumen justo por encima del ruido del local, de forma que la melodía sobresaliera siempre. *Eso* formaba parte de la escuela, lo sabía.

Dio otro trago del vaso, que no había soltado de la mano, y repentinamente se sintió mal. Vio ondular el techo, y el taburete pareció haberse vuelto de goma, cayendo lentamente hacia un lado. Miró a su alrededor, y las paredes emitían burbujas negras. Pensó que era víctima de algún tóxico de los anti-OH. Le dieron arcadas, y cuando estaba a punto de vomitar sonaron unos acordes triunfales (preludiando un gran *finale*, pero sin que nunca llegara, como en ciertas piezas barrocas), y estalló la salva de aplausos. Acababa la composición, y el local había obsequiado con unos “efectos especiales”. Abandonó el vaso y se dedicó furiosa, metódicamente a recorrer el lugar hasta el último rincón. Schweigen no estaba.

El siguiente de la lista era *PH*. Karl había pensado que era un antro para químicos, tal vez adictos a algún compuesto especial, pero pronto comprendió que lo más probable es que fuera una abreviatura de *phallus*. La actuación de “Lissy y las castradoras de Safo”, anunciada en las pizarras de la entrada, había terminado, de lo que se alegró, porque había ciertos temas que le producían escalofríos (y más con la bomba zumbando bajo los rizos rubios).

—¿Rubios? —protesté— ¿No eran negros?

M*** me miró, y en ese momento las nubes cubrieron el sol y se apagaron los colores del jardín.

—No —contestó—... ¿Por qué habrían de serlo? Claro que, si quiere... Hay cosas, ¿sabe usted?, en la ficción, que en realidad dan lo mismo: podrían ser así o asá. Lo único que hay que procurar es que no varíen por el interior.

—Sí, claro —contesté—... No lo había pensado.

Proyectaban películas crudamente pornográficas, pero sólo en el techo, así que podía prescindirse de ellas. Sin embargo, los jadeos de fondo eran desagradables. A pesar del tono del local, el público era más bien tranquilo, y los masturbatorios (de membrana de no-contacto, los únicos legales, por otra parte) sólo tenían el tráfico usual de idas y venidas.

Se dio una vuelta por el interior del bar, siguiendo la búsqueda. Le hicieron algunas proposiciones, que ni se molestó en rechazar. No le parecía muy probable que Schweigen estuviera allí: ¿qué iba a hacer esa ruina viviente en medio de tanto sexo?; pero según el legajo había ido varias veces, y no podía dejar pasar la oportunidad.

Al fondo descubrió, asombrado, las máquinas de copular. La pantalla mostraba con mucho realismo a una pareja, representada en tres dimensiones. Había básicamente dos modalidades de juego: en la primera intervenían dos personas, cada una controlando a uno de los simulacros de la pantalla; la otra era para un solo jugador, en cópula con el simulacro dirigido por la máquina. Miró, fascinado, los indicadores de magnitud: ángulo de erección, coeficiente de lubricación, distancia, los tres vectores del movimiento, y, para terminar, ¡reservas!

Leyó la advertencia: “Los menores de trece años no podrán utilizar este aparato más que en el control de su mismo sexo”. Sonaba tranquilizador, pero se preguntó cómo podrían los encargados distinguir el sexo de los jovencitos. Él, desde luego, no sabría cómo.

Mientras miraba la pantalla se interrumpió la imagen para dejar paso a la lista de récords. Se fijó en el primero: “LA--SOMBRA”, la fecha del día, y la hora: sólo quince minutos atrás... El viejo pervertido había jugado una partida magnífica, y luego se había ido a otro sitio. Salió rápidamente.

Esperando la llegada de la noche, que como siempre me traería la presencia de ella, me había perdido por un sector abovedado, que resonaba con el viento. Las hileras de arcos, levemente desalineadas (en el estilo general, suavemente imperfecto, de la casa) transmitían crujidos lejanos, y a veces me habían llegado ruidos apresurados de pies. Sabía que a ella le gustaba manejar servidores antropomorfos para ciertas tareas, cosa absurda porque, al fin y al cabo, ¿no habría podido hacer cualquier cosa, modificar el detalle más complejo de la casa con solo deseirlo? Pero en las horas errabundas que se extendían entre mi amanecer, cuando ella desaparecía, y el ocaso a veces había visto a lo lejos una doncella, barriendo calmosamente una azotea barrida por el viento, o un anciano renqueante que llevaba un enorme fardo sobre la cabeza.

Fue ese mismo paso, tardo y asimétrico, el que en un momento creí oír bajo las bóvedas, e incluso apresuré la marcha para ganar una perspectiva mayor. Al final de una hilera de arcos pude ver el último eco de una forma que desaparecía de mi vista. Me quedé quieto, escuchando, porque en el mundo de corredores y muros que eran mi vida diaria, cualquier novedad, incluso ínfima, era bien venida. Y entonces oí tres claras notas, como silbadas por una brisa habilidosa, o dejadas caer por un amigo.

Capítulo 9

LOS SUEÑOS DE UN... PRESIDENTE

El lecho del Presidente es una ruina. Ni los azotes propinados por su secretaria han podido convocarle una noche de reposo. El Presidente gime, se retuerce, masculla algo en sueños. Desde la ventana abierta, le baña la luz de la luna.

Grita. Los sensores del techo parpadean. Se descorre un panel y baja, silencioso, un brazo que despliega micrófonos, un altavoz, una cámara diminuta. El presidente murmura y babea. Se da la vuelta y entre las sábanas surge un trasero flácido, surcado de cicatrices rojas (no en vano su secretaria proviene de uno de los burdeles más reputados de la ciudad). Deja escapar unas palabras ininteligibles, que luego dejan paso a un par de frases:

—Recorre el teclado. Y me duele *todo*.

Catorce pisos más arriba una unidad automática secciona, analiza. Busca palabras en los registros de memoria, delimita un par de campos semánticos. Contraataca.

El altavoz se acerca al plexo solar del dormido. La voz sintética (idéntica a la de su madre) le pregunta, en un susurro:

—¿Quién te hace daño, hijo?

El Presidente se calma por un momento, y trata de responder.

—La mano. Es la mano. Tiene un ojo en cada dedo.

Vuelve la crisis. El hombre intenta incorporarse. Los cables que van de su cráneo a la cabecera se tensan peligrosamente. Las correas reaccionan y sujetan al durmiente. En un par de pisos suenan timbres de alarma.

Olivia, la secretaria se ve arrancada de su sueño: la cama ha girado sin compasión y la arroja a una cinta transportadora que la lleva veloz hasta una abertura que comunica con una rampa. Desciende dando tumbos, al final se abre una trampilla y cae sobre la alfombra del dormitorio.

Se levanta con ojos legañosos y se dirige al lecho.

—¿Qué te pasa, bonito, otro mal sueño? —se descubre el pecho y acuna contra él la cabeza del durmiente— Nada: tranquilo, tranquilo... —la maniobra surte efecto, y el Presidente se va calmando. Poco a poco emerge de las telarañas del sueño:

—Olivia, ¿estás ahí? He tenido una pesadilla horrible: escucha...

El brazo mecánico se ha echado discretamente a un lado, pero la cámara apunta inexorable al rostro del Presidente...

... que pocos minutos después aparece en la pantalla del local en el que Karl acaba de entrar. La visión de la cabeza medio calva y despeinada despierta por igual risas y exclamaciones de pesar entre la concurrencia, pero cuando empieza a hablar todos callan.

—Estaba dormido en esta misma cama, rodeado de cortinas negras con lentejuelas. Por una hendidura apareció una araña de cinco patas. Bajó por el pliegue como buscando algo.

»Luego mis dientes eran el teclado de un piano, y la araña una mano que se movía por él. Cada tecla accionaba un macillo que golpeaba uno de mis nervios, que estaban tensos y desplegados. La mano inició un acorde: dio la primera, la segunda, la tercera nota, algo como [entona de forma bastante reconocible], y al ir a rematar con la cuarta se detuvo. Entonces [...]

Cierre brusco en negro. La gente del bar protesta y silba. En la pantalla ha aparecido el Portavoz, que pide calma extendiendo los brazos:

—Vale, vale... No importa que se haya cortado. No íbamos a soltarlo *todo*, ¿verdad? Bueno, chicos: a ver quién echa... ¡una mano, claro! Ja, ja. ja... Ahora en serio: nuestros programas pronósticos apuestan a que este sueño encierra una revelación importante: ¿tal vez entre los Cuatro de Oriente rebrotan medidas ultraproteccionistas?

Ahora queremos vuestra resonancia. Ya sabéis: levantad cualquier teléfono y marcad tres veces la Z: sin que os cueste nada, y en máxima prioridad, alguien de Presidencia estará dispuesto a oír vuestra interpretación. No quiero recordar lo que le pasó al último que llamó para gastar una broma [un silbido estridente suena por un momento en el local]. Y ahora: hasta la próxima entrega de: “Los sueños de un... ¡Presidente!”

Suenan músicas, y aparece un anuncio de una loción antiparásitos. El programa ha terminado. La gente del bar vuelve poco a poco a su charla, aunque hay quien intenta responder al reto...

—Está claro —dice uno, muy borracho—; es evidente: falta uno de ellos, y lo buscarán todos.

—¿Qué dices? ¿Estás seguro? —le rodean otros clientes—. ¡Llama, entonces!

—No, que no llamo —el borracho agita pesadamente la cabeza.

—Perdone, señor —en la barra, a un par de metros de Karl, un hombre bajito interpela al camarero—: vivo en Ciudad Austral, y hace veinte años que no vengo por aquí...

Una lluvia de observaciones mordaces le cortan la palabra:

—¿De la Antártida? Un auténtico *pingüino* entre nosotros.

—“Mi novio, el que fue al sur no me hace caso —tararea muy mal la canción de la época del conflicto una pelirroja grande—, practica el sexo oral con dos bielas”.

—Yo combatí contra la rebelión —dice un hombrecillo, a quien sólo los ojos de iris fosforescentes denuncian como reciclado—. Ésta es la huella de una bomba de los *pingüinos*. La plástica no meterá la mano aquí, ¡no!

El austral soporta la avalancha muy bien. Apura de un trago la bebida y vuelve a la carga:

—... Verán. Como he dicho, acabo de llegar, y no entiendo esto del todo. ¿De verdad son los sueños del Presidente los que marcan las líneas de la política?

Se hace alrededor un silencio mil veces peor que las voces de antes. El veterano de la Represión Austral es el primero en hablar:

—Bueno... ¿Podría usted soñar *mejor*?

Distraído, primero por el extraño sueño presidencial, luego por el *pingüino*, y ahora por la proximidad inocente de la pelirroja, Karl no ha prestado la debida atención a si Schweigen está por allá. No hace más que mirar a la mujer y piensa: “Buenísima. Realmente asombrosa. Quisiera poder *sepultarme* en ella, y olvidarlo todo”. Hay que explicarlo: para su desgracia, Karl acaba de toparse con una mujer que responde en un 96% a sus perfiles de deseo. La probabilidad de que ello ocurra es prácticamente nula: lo más que se ha encontrado (fuera de las páginas de una revista) es un tibio 65%. Así que él está inerte, entregado a muda adoración, mientras da vueltas mecánicamente a su anillo (que es lo que hace cuando está nervioso). La fuerza

de su deseo, sin embargo, no puede menos de transmitirse a la chica, que ahora siente en el centro de la espalda un escalofrío profundo. Se vuelve, encuentra la mirada de Karl, y le sonrío. Su semáforo lanza destellos de un verde brillante. Él toma aliento, se humedece los labios, y abre la boca.

¡Maldición! La vibración del guisante, que casi había olvidado, ha entrado en una nueva fase: ahora el aparato pulsa espasmódicamente. Es la señal de que ha vuelto a transcurrir la mitad del tiempo.

Inexplicable, piensa la chica; qué noche más rara. Primero ese sueño, luego el *pingüino*, y para una vez que nota, casi por telepatía, que la mira un sujeto realmente apetecible, éste da un puñetazo en la barra, taladra con sus ojos de loco a toda la gente del bar, y sale de estampida.

¡Qué mal! Karl se apretó la cabeza entre las manos, y dio, lleno de furia, una patada contra la puerta de acero de algún local. Resonó en la noche y, como por asociación, dentro de su cabeza le respondieron las tres notas del sueño presidencial. Se fue calmando, y tomó el camino de la plataforma más cercana: los restantes locales caían en la otra zona del Distrito, y haría falta cruzar el río en telesilla.

Subió a la plataforma, desierta a esa hora, y las sillas pasaban a su lado, en las dos direcciones, con gran rechinar de engranajes. Sacó el plano: aún le quedaban unos cuantos sitios que visitar. Por fortuna, todavía había esperanza. De pronto le sobresaltó una sombra negra: dos monjas, con flotantes hábitos, que venían del Sur pasaron sin bajarse, rumbo a otra plataforma. “Estoy nervioso”, pensó, y volvió al plano. Por el raballo del ojo percibió un movimiento, y se volvió.

Un joven, casi un niño, le miraba con un trizador en la mano.

—¡Te equivocas! —gritó Karl, y el joven parpadeó.

Descargó el golpe con toda la saña, entre las piernas. El muchacho se arrugó y cayó al suelo lentamente, soltando el arma. Karl la recogió y la miró por un momento; el modelo IV: aún corría por ahí. Apretó el gatillo, sonó el leve soplido, y el cuerpo del muchacho se agitó por última vez. El trizador se calentaba en su mano. Lo soltó al suelo y en unos instantes se retorció, entre hedores de baquelita quemada, y pronto no quedó más que un amasijo negruzco.

Tenía ropas de trabajador. Le registró la faltriquera. “Dieciséis años”, se aclaró Karl, “A punto de ser llamado a filas”. Miró

alrededor. “He hecho el imbécil”, se dijo, “Este es el sitio ideal para asesinos timoratos”.

Se encaramó en la siguiente silla y se hundió, balanceándose, en la noche...

Azort tenía un aspecto tranquilo. En alguna lengua, le habían dicho, ese nombre significaba “vaso”, ¿o era “vasos”? Parecía un café de hacía dos siglos: mesas de mármol, ¡camareros de uniforme!, nada de música, nada de cabinas privadas, decoración en sobrios tonos rojos... Descansó un rato en ese ambiente aséptico, dejando vagar la mirada, hasta que súbitamente se fijó en una cosa: los grifos de cerveza. La palanca se le antojó de pronto un falo torneado, tenso, brillante, sobre el que se aferraba el puño de las camareras. Por alguna razón ese gesto (tal vez inocente) le excitó más que las francas imágenes que acababa de ver. Pero la excitación no le sentaba bien, con toda la noche de trabajo por delante, porque ahí tampoco estaba Schweigen.

Me trajo otro café, mirándome todavía con extrañeza. Bebí un sorbo, y proseguí:

—Sí: en mi sueño su personaje, Karl, recorría varios locales nocturnos tratando de localizar a su hombre. Ya ha estado en uno al que se accedía por un esfínter, en otro que tiene unas curiosas maquinitas de cópula, incluso en alguno aparentemente normal. Ha visto las huellas de su perseguido, pero no ha llegado a encontrárselo. Yo diría —calculé mentalmente— que le faltan aún cinco horas para que el artefacto de su nuca haga explosión. Habría que saber qué pasa.

M*** meditó:

—Bueno, creo que ya ha llegado el momento de que encuentre a... ¿cómo decía que se llamaba? Y quedan cabos sueltos: eso que me contó del Presidente, y también había un chico Psi...

—Schweigen —le repetí—. Sí: luego habrá que irlos atando.

Capítulo 10

KARL ENCUENTRA

Y allí, al fondo, en el penúltimo de los locales de la lista, estaba Schweigen rodeando con el brazo a una chiquilla que podría haber sido su nieta. Había libre una silla frente a él y, sin decir nada, Karl se sentó.

—Hola —gruñó Schweigen—. ¡Fuera! —y se volvió para seguir besando a la chica, sin hacer caso.

—Schweigen —dijo Karl—... Schweigen...

Con expresión de infinita paciencia se volvió de nuevo hacia él. Soltó a la criatura, y apoyó los codos en la mesa, mirándole atentamente a través de unos ojos más bien vidriados.

—Mmmm... ¿Colitas? —dijo—: no. No creo, porque entonces... Muy guapo para Verde, ¿o para Blanco? Tú debes ser, ¡caramba! Chico: ¿te pica algo? ¿No te escuece o no te *zumba*? ¿La *nuca*? —se echó a reír— ...Perdona. Creo que he fumado demasiado —dio una palmada en la mesa—. Así que del águila en su concha... No: del gasterópodo alado. Mierda de THC...

Bueno: le había reconocido a la primera. Si Karl hubiera sacado del bolsillo su tarjeta de identificación, y hubiera susurrado la clave, ¿qué habría aparecido? El escudo con la imagen del caracol alado: su enseña, la de la perspicaz cautela que se supone que adorna al escudriñador. Y la nuca, efectivamente, le zumbaba notablemente. ¿Cómo lo habría sabido?

—Preciosa —acarició la mejilla de la niña—: luego te veo.

La jovencita se levantó, arreglándose la ropa, le sacó la lengua a Karl, y se fue.

—Schweigen —repitió; parecía que era lo único que sabía decir—. Schweigen... Tiene que acompañarme.

—No —dijo—. No quiero. Y le sobornaré para no hacerlo. Vamos a ver —se echó la mano al bolsillo.

Karl se levantó de un salto, tirando la silla, y le apuntó por debajo del sobretodo:

—No lo haga. Quieto.

A su lado, afortunadamente, poca gente había reparado en la maniobra. Olía a hachís y a alcohol, y la música era estridente.

—No se preocupe —sacó la mano lentamente, sujetando un mechero entre pulgar e índice—... Ya sabía yo que lo tenía por aquí. Lo guardé para una ocasión así. Siéntese. No le voy a hacer daño... *Al revés*.

Karl se sentó de nuevo, sin quitarle ojo.

—Vamos a ver... Fíjese: no le apunto; esto no dispara. Está usted a... menos de un metro. Giro la cosita, y creo que era así: ¡ya! —le miró, contentísimo; parecía un niño— ¿Lo nota? Quiero decir: ¿nota *la ausencia*? Es curioso: ¿cómo se puede percibir en negativo? O, mejor dicho...

Karl lo había notado, había notado algo en el preciso momento en que... ¡La nuca! ¡Había dejado de pulsar! Se la acarició involuntariamente, palpando: ahí estaba la dureza, pero inerte. Miró a Schweigen, y sonrió.

—¡Bien! ¡Muy bien!! —estiró la mano por encima de la mesa, y Karl se la estrechó— Un problema menos: todo el tiempo por delante, y ahora no irá a rechazarme una invitación.

—No —dijo.

Karl estaba alterado. Si ese hombre había sido capaz de anular el sistema de seguridad del más secreto de los cuerpos del Aparato, un cuerpo además que podía tener poderes incluso por encima de él, ¿qué más podría hacer? Le dio un escalofrío. Pero ya traían las bebidas, en unos recipientes oblongos rematados por una tetilla, y Schweigen volvía a hablar, un poco menos confusamente:

—Ya sabía que me querrían localizar. El otro día, en casa de unos amigos noté la crepitación de la estática, y me dije: ahí está, el pesado del Canal Espía. Estábamos en un.. festejo, y pensé: ¡qué coño!, que aprendan... ¿Sabe usted? Me he ido. No quiero verles. Estoy... ¿cómo diría? Retirado. Hace pocos días: me he retirado a mí mismo, definitivamente —pensó un momento, y rectificó—. Irrevocablemente. Y —tomó aliento— si no me dejan tranquilo, lo mandaré todo por ahí. Fussshhh —accionó—, como un surtidor. Puedo hacerlo, porque usted, joven, no sabe con quién está hablando.

—Sí lo sé... He descubierto los trizadores en su casa. Y además el Viejo quiere localizarle, y parece más deseoso de eso que de

cualquier otra cosa... Me dijo sólo: “Vete y encuéntralo”. No tengo todos los datos, sólo soy una máquina de buscarle, porque apenas me dijo eso me activó. No lo habían hecho más que en las pruebas. Es jodidamente molesto —y se acarició la parte de atrás del cuello.

—¿Lo ve? Él puede hacerlo, porque tiene los medios. Yo no puedo; yo sólo quiero *terminar*. ¿Entiende? Pero a ellos les ha gustado esto, y están jugando, jugando, faltando a nuestro pacto.

Karl no se pudo contener:

—¿De qué habla? ¿Quiénes son ellos? ¿Qué pacto es ése?

Schweigen le miró, y pronunció muy lentamente:

—El pacto de que en un momento dado acabaríamos con todo. No me cree, ¿no? —hizo una señal a la camarera, y les inyectaron de nuevo líquido en los succionadores; Schweigen pareció tomar una determinación—. Bueno: se lo voy a contar. Usted es un psicópata, especialmente entrenado para asesinar. Pero yo no tengo ninguna gana de que ejerza su profesión conmigo, y no con el Viejo, por ejemplo. Tiene que saber que él, yo, y otros varios (que casualmente hemos ido copando los puestos del Comité de Presidencia) ... no se lo va a creer... Sí: nos juramentamos para terminar con toda esta mierda; y de entrada, pues... creamos lo que luego se llamó el Frente Aleatorio —le detuvo con un gesto—. ¡Es verdad!: se lo dice —ahuecó la voz— La Sombra.

—Ustedes crearon el Frente... Ustedes lo hicieron... —Karl vacilaba— Y me lo dice ahora, aquí en medio... ¡Y además es verdad, seguro que es cierto! ¿Cómo lo hicieron? ¿Cómo se puede hacer eso?

—Muy sencillo —Schweigen le miraba, pensativo—. No me importa decírselo, porque las cosas se han puesto tan complicadas que un factor más de indeterminación no puede hacer ningún mal; imagínese: como escupir en un maelström... Bien —pareció recapitular, como si ordenara cuidadosamente una historia compleja— Usted sabe... tiene que saberlo, porque está en la Banda del Guisante...

—No diga eso —cortó Karl, irritado—, tenemos un nombre.

—Sí; demasiado largo. Bueno: usted sabe que la tasa de aciertos de los atentados ciegos del Frente Aleatorio es muy elevada: rebasa la probabilidad simplemente estadística. Y cuando un proceso aleatorio tiene unos resultados no aleatorios, ¿qué indica?

—No lo sé...

—¡Que no es tan aleatorio! Tira usted un dado veinte veces, y la mitad de ellas le sale el seis: el dado está cargado.

—¿Qué quiere decir? —casi gimió Karl— ¿El Frente está cargado?

Schweigen se echó a reír ruidosamente:

—¡No! ¡Mucho mejor!: la Orla está cargada... —hizo una pausa— ¿Cuál es el principio del Frente?

Le dio un escalofrío, pero contestó rápidamente, como una lección:

—Doble: la existencia de armas disponibles, sin riesgo para obtenerlas y sin que comprometan al que las usa, y algo que guía en la elección de las víctimas.

—Muy bien... Respecto al primer punto, cualquiera podría hacerlo, cualquiera con recursos, quiero decir. Nosotros los teníamos todos. Y el segundo: ¿qué sabe del sistema que rigió las coordenadas de ocultación?

—Nada... Poco. Se diseñó una red de oficios, tipos de familias, aspectos externos y coordenadas socioeconómicas para mantener ocultos a los Cuadros. Debió de ser algo evidente: camuflar lo más posible.

—¡No! —gritó Schweigen—, evidente no, evidente nunca: no hay nada evidente —se calmó—. Verá: nosotros estábamos ahí, en el sitio oportuno, en el momento justo. Éramos, ¿cómo decirlo?, los mejores: científicos, consultores, especialistas en seguridad. Y nos encomendaron la obra de nuestra vida, el proyecto más ambicioso jamás concebido: la ocultación de todo el Aparato.

»Alguien tenía que pensarlo todo, de pies a cabeza, porque hay cosas que se pueden delegar, distribuir o repartir por motivos de seguridad. Pero en algún punto tienen que reunirse *todos* los hilos, ¿no cree? Y en ese punto estábamos nosotros. Lo que pasa es que aprovechamos para dirigirlo maliciosamente.

—¿Qué quiere decir? —Karl giraba, nervioso, su grueso anillo.

Schweigen seguía, sin hacerle caso:

—Nosotros pensamos, pensamos mucho (porque ése era nuestro cometido, mientras los demás se dedicaban a otras cosas): nos habían encargado quitar de en medio a todos los responsables del gobierno, y la idea empezó a no gustarnos nada, porque entonces, ¿qué les iba a quedar a los ciudadanos?, ¿contra quién podrían levantarse? No tendrían nada. Manotear a ciegas, acertando raras veces.

»El caso es que mientras iniciábamos el trabajo empezaron a aflorar comentarios, luego insinuaciones, más tarde quejas abiertas, y de pronto nos dimos cuenta de que estábamos todos de acuerdo. Y

dijimos: echemos una mano a los descontentos, una mano larga, hacia el futuro; pero que nadie se dé cuenta. Era añadir un reto sobre el reto, pero ese tipo de cosas nos gustaban. Y así lo hicimos. ¿Quién mejor que los diseñadores del nuevo orden para desbaratarlo? Porque (escuche bien) sólo quien está en algo, quien es algo, puede atacarlo con esperanzas de victoria. Esa es la moraleja de —miró el reloj— las dos de la madrugada.

Por alguna razón, coincidió el fin de una dosis de música machacona, una pausa en las conversaciones del bar, y el aparente fin de la declaración de Schweigen. Durante varios segundos todo estuvo suspendido en el aire hasta que misericordiosamente hubo un nuevo estallido de melodía, y Karl soltó el aire que había estado conteniendo:

—Pero... No entiendo. No puede ser. ¿Como se puede hacer eso?

Schweigen dejó de mirar en torno, como buscando a alguien, y retomó el hilo:

—Bueno: había que repartir a los cuadros proporcionalmente entre todos los estratos de población, y para eso había que diseñar sus características vitales, de relación, todo lo que se ve *hacia fuera*. Y ahí es donde nos dijimos: bueno, hagamos que esta gente tenga algo tal que cuando nosotros queramos se los empiecen a cargar. E intervinimos definiendo las coordenadas de sociomímesis: ni muy agradables, ni muy desagradables; ni muy raros ni muy corrientes; ni muy llamativos, ni que pasaran completamente inadvertidos.

—¡No muy llamativos! —repitió Karl— ¡Eso me recuerda...! Usted no siguió las indicaciones: sus rasgos, sus pelos; usted llama la atención.

—Pues claro —Schweigen le miró—. ¿Qué quería? ¿Que me dejaran como a su Viejo? No soy idiota... Decía: ni muy llamativos, ni que pasaran inadvertidos. En resumen: *nada*. Y ese era el secreto: que no lo había. Cuando se inició el Frente, usted lo recordará, los primeros panfletos, ¿qué decían? “Deja tu mente en blanco, libre de presiones, y algo te guiará la mano hacia el objetivo”. Parecía algo de tipo místico, ¿no? ¡En absoluto!: era puro cálculo.

—*Los mismos autores de la gran conspiración sientan las bases que la destruirán —me incorporé, excitado en el lecho— ¡y su secreto para hacerlo es toda ausencia de secreto! Veo aquí una posible enseñanza: el cofre tal vez quedó abierto, y no hacemos sino dar vueltas en torno. Es eso, ¿no?*

Ella me miró con repentina tristeza:

—¿Quién no os cerró es quien puede abriros? O bien, ¿no hay Llave, porque la misma Puerta es la Llave? ¿Las letras, simplemente barajándose, pueden volver a formar el texto primero? No sé...

Capítulo 11

BOLA DE NIEVE

—¡Puro cálculo! —Karl se echó a reír, con nerviosismo; Schweigen le miraba— Dios mío: me estoy acordando de los cursillos que nos dieron sobre el Frente, de las teorías sobre desarrollos Psi en su seno, de todo eso —agitaba la cabeza—... Es como para morir.

—En efecto: lo es. Cuando llegó el momento de la acción hicimos una primera siembra, muy amplia, de aparatitos letales, con el folleto de instrucciones. Y cayó como una bomba. No digo que algún jovenzuelo no lo utilizara para librarse de su profesor de japonés, pero en seguida se comprobó que funcionaba. El resto ha sido efecto “bola de nieve”.

—¿Quiere decir —Karl interrumpió— que las cinco generaciones posteriores de trizadores, la base propagandística y teórica... todo lo demás ha surgido por sí mismo?

—Sí, en una gran medida. “Bola de nieve”, ya le dije —Schweigen se puso a liar un cigarrillo.

Karl tragó saliva.

—¡Uy! Y hay más cosas —Schweigen explotaba, sádico, la tormenta que estaba desatando en su oyente— Por ejemplo, en cuanto todo estuvo en marcha demostramos que la nueva estructura oculta compartimentada en Divisiones exigía la creación de un cuerpo especial, que dependiera sólo del Comité Permanente de Presidencia.

—¡No me diga! Esos somos...

—...Y dentro del Comité, que su responsable fuera el miembro de más edad, el más *viejo*, ¿me sigue? Y que ese cuerpo debería tener amplísimos poderes, rango violeta, capacidad de horizontaleo... y una pistola cargada apuntándoles constantemente a la nuca. Yo sugerí cómo. Y también preví la forma de anularlo —y señaló su mechero—. A propósito, deme fuego: como puede comprender, éste es un mechero falso... Es curioso —se quedó absorto—: ¿exactamente qué

rasgos semánticos son los que anula la adición de “falso”? Por ejemplo: ¿qué sería una “taza falsa”? ¿Y un “espejo falso”?

A Karl le latía deprisa el corazón:

—No tengo fuego, lo siento. Pero ¿quiere decir que...?

—¡Niña! —llamó a la camarera— Enciéndeme esto, y enchufa otra copa, sólo para mí.

—Schweigen —Karl se esforzaba en devolverle el hilo de la conversación—: ¿insinúa que...?

—Exactamente: imaginé que tarde o temprano llegaría a necesitar de su ayuda. Escuche —dio una chupada para que no se apagara el cigarrillo; lo había liado muy mal—: no soy un monstruo. Ninguno lo éramos: a medida que íbamos tomando posiciones en el Comité de Presidencia estábamos acercándonos al desenlace. Al final quedaría una cúpula del Estado presta para desaparecer, y todo un Aparato de miembros misteriosamente marcados, cayendo uno a uno a manos del pueblo... El delirio; por fin estábamos a dos pasos de construir el paraíso: el Estado autodisolvente, ¡la anarquía! Pero entonces ocurrieron los accidentes.

Karl parpadeó:

—¿Qué accidentes?

—El Viejo, ese idiota —agitó la cabeza—: un militar, al fin y al cabo... ¡Mira que obedecer al pie de la letra sus coordenadas de ocultación...! Luego Bit, ciego por una explosión en el taller secreto de trizadores... “Perlita” (que aún no lo era), asumiendo demasiado tarde su verdadero sexo. Jodidos, machacados unos, con la cabeza a pájaros los otros, le fueron cogiendo el gusto al asunto: Bit descubre su vocación de Inquisidor General, el Viejo encuentra una mina inagotable de objetos sexuales, el Secretario se autoerige en Almirante de la flota subterránea... ¡Dígales usted que lo dejen todo y pasen a las metacoberturas que preparamos hace años! ¡Pronuncie la palabra “pacto”, si quiere ver qué cara ponen! Al principio intenté convencerles, pero luego... Y al final me he ido. Y ahí es donde entra usted. Quiero que me haga un recado.

Karl apretó los puños:

—Schweigen, escúcheme: estoy asqueado, si es cierto la mitad de lo que me cuenta. Y, por supuesto, no voy a hacer nada de lo que me diga.

Schweigen se le quedó mirando, y bajó la mano con el mechero. Antes de que pudiera reaccionar, Karl notó de nuevo el zumbido intermitente.

—¡Cabrón! —gritó— ¿Qué ha hecho?

—No se preocupe: tendrá tiempo de sobra. ¿Qué se creía que hacía con el aparato en la mano?: ¿darle gusto? No intente nada ahora, o le activo el guisante —agitó el puño cerrado ante sus narices.

—No lo llame *guisante* —gritó Karl—. Es un expansor de fase. ¿Me oye? ¡*De fase!*

Ocultó la cara entre las manos. Schweigen le dio unos golpecitos.

—Lo siento, joven. Me ha caído bien, pero le necesitaba: tengo que hacerle un encargo. Escuche: ahora su... expansor depende sólo de mis controles: es inaccesible para los del Viejo. Eso le alegrará, ¿no? Soy mucho mejor que él. Y lo que quiero es que usted me traiga una cosa. Una cosa que es mía, y que esos cabrones me han negado. O sea que usted va, me la trae, y yo le libero. Entonces queda a su discreción qué hacer: ir de viaje (podría incluso salir de los límites de la ciudad, ¿lo sabe?), o hasta seguir por aquí como si tal cosa. Y ahora escuche: quiero que vaya al camarote del Viejo, que le amenace y le obligue a abrir la caja fuerte que está a sus espaldas, detrás del plano del Submarino (un lugar original, ¿no?). Él asentirá, y le susurrará algo a su mono, ese repugnante animal, que se subirá al respaldo de la silla y pulsará una clave en el teclado de la caja. El Viejo le estará mirando atentamente.

—Esperando que empiece a convulsionarme de un momento a otro —Karl ya estaba prestando atención, con interés profesional.

—Sí. Exacto. Ahora usted dice: “Otro intento, imbécil, y le vuelo yo el cráneo, con todo su contenido”. Él se admira, y le dice: “Bueno, de acuerdo, ya la abro”, y usted dice: “Por favor: ni se le ocurra intentar otra jugada”. Él asiente: está hecho polvo. Con sumo cuidado musita algo a su bicho, y ahora la puerta se abre. Están las fotos que se hace con el mono y los chicos, en un sobre blanco. Usted lo coge, lo abre, las mira y se ríe: sólo por humillarle. Luego coge el paquete: eso es lo importante: una caja de cartón envuelta en papel de periódico. Dentro hay una pequeña caja de cerillas, cubierta por un celofán transparente sujeto con una goma. Su verificación se detiene allí. No la abre. Me la trae. Le voy a decir a dónde... —sobre una servilleta escribió trabajosamente algo.

—De acuerdo. Pero ahora... No puedo sin... ¡Vamos!: quiero garantías de que no me va a volar los sesos... en algún momento después de que cumpla mi misión, quiero decir.

—¿Garantías? ¡Por Dios! ¿No se da cuenta? Está hecho mierda. No puede hacer nada más que correr de aquí para allá, porque tiene por delante las mismas horas que antes; sólo han dejado de correr mientras estábamos hablando. Lo siento: pude cambiar de manos el control, pero no el tiempo total: eso está preprogramado, y no puede alterarse. Fue idea mía, aunque me pregunto... —levantó unos ojos soñadores al techo, y pareció abismarse en sus reflexiones.

Karl le miró, alterado. Se sentía como un pelele, arrastrado de un lugar a otro. Descargó un puñetazo en la mesa, que hizo volar una cucharilla. Se levantó y señaló con el dedo a cortísima distancia de la boca de Schweigen:

—De acuerdo. *¡De acuerdo!* Volveré con eso, se lo daré, me iré de este infierno inmediatamente, y nunca nadie más volverá a verme.

—¡Muy bien! —Schweigen se levantaba y le daba la mano— Ahora sí: ha comprendido. Eso, precisamente, es lo que quiero hacer yo. Además, cuando vuelva, le daré mucho dinero —sonreía, angelical, como encantado de esta última revelación.

—Un pacto que no ha de ser mantenido; una marca invisible... Perdona que corte otra vez el hilo de tu relato —ella me miró, con expresión vacía—, pero veo aquí ecos, parentescos con mi situación. ¿Y si el laborioso recorrido en el que me has guiado condujera precisamente a este breve mensaje?

Ella meneó la cabeza:

—Los conflictos, los tipos de aconteceres humanos son pocos; sus elementos constitutivos, muy reducidos. Los parecidos, las coincidencias pueden surgir en cualquier momento. Interpretar como mensaje lo que sólo es resultado de la pobreza de un universo es, como mínimo, excesivo. Pero tú —adoptó un tono triste—, tú has habitado otros mundos; sabes que no hay dos números parecidos: cada uno de ellos, ¡y hay tantos!, es un individuo. Ahora bien: regodéate, si quieres, en los toscos espejismos que son vuestra vivienda, saca incluso enseñanzas. ¿No comprendes? Da igual: lo que es, es de una forma; lo que no es, para nada se comunica con el resto.

Capítulo 12

¡SALIDA!

Salió corriendo del local. Amanecía entre los vapores de las calles recién descontaminadas. Miró a su alrededor: ¿cómo podría acercarse al Dique lo antes posible? Por esa zona no había ninguna posibilidad de transporte. Avanzó hasta la siguiente esquina. Entonces vio la unidad de recogida: rodaba silenciosa, cargada con los animales apresados durante la noche. Hubo un siseo, y una cápsula volvió a encajarse en su alvéolo. “Un murciélago menos”, pensó Karl. Pero esto podía servir. Metió la mano en el bolsillo y sacó la tarjeta. Masculló unas sílabas, y apareció el escudo de la Orla y el del Cuerpo, brillando en la superficie. Levantándola en una mano, y con el arma en la otra le dio el alto, desde el centro de la calle.

La Unidad aminoró la velocidad, y unos grandes focos se encendieron. Actuando por reflejo, Karl saltó a un lado, en el momento en que el dardo daba contra el pavimento y dos inmensas pinzas se disparaban hacia delante. Nunca, *nunca* hoy en día había que identificarse, pensó Karl mientras disparaba hacia la torreta. La presión de los grupos Fraternos forzaba a usar medios inocuos para limpiar la ciudad de animales, pero nadie le habría librado de una dosis doble de sedante para perros, y su cuerpo habría acabado ciertamente entre ellos.

La figura oscura del interior cayó con un grito, y Karl se agarró a un saliente del vehículo y trepó hasta arriba. Era una chica joven. Y nunca más podría hacerle daño. Cogió las palancas y arrancó. En el interior del vehículo olía muy mal.

Remontó la avenida Karl Marx y cruzó el puente, a toda la velocidad de que era capaz. Al pensar en la carga que llevaba a sus espaldas no pudo contener un espasmo de repugnancia: perros, gatos, ratas, murciélagos, todavía, pero cucarachas... La luz creciente los hacía agitarse, o tal vez el sedante estaba perdiendo sus efectos,

porque se removían, en el depósito debajo de él, aullaban y chocaban contra el metal. Para colmo, le daba la impresión de que el zumbido de la nuca había vuelto a aumentar de frecuencia. Deslizó la mano entre los mechones rubios, y se frotó.

—Perdone, M***, pero... —le corté.

—¿Pero qué? —me miró, vidrioso. Posiblemente se había olvidado de que hablaba conmigo.

—No... Nada —decidí, de golpe.

Y entonces sonó el timbre de la puerta. M*** se quedó helado:

—Escuche —me dijo—: ábrala, pásela a la salita y dígame que me espere un momento. ¿Vale?

—Cómo no —dije, emocionado. Era la primera vez.

Y no había tiempo de buscar otra forma de llegar hasta el Dique del Museo. Con un escalofrío, Karl abordó el camino de circunvalación del parque. Algún sistema automático lanzó una sonda hacia la espesura, y volvió con algo que se agitaba. Karl maldijo. Pero ya se veían los tejados del edificio entre los árboles. Unos minutos más, y ya estaría todo acabado, para que empezara la verdadera pesadilla.

Unos limpiadores se afanaban en el vestíbulo. Entró en el ascensor y oprimió el botón de cierre de las puertas. Sacó su tarjeta y la deslizó por la ranura, luego pulsó el sótano.

El ascensor rebasó el piso más bajo del edificio, y siguió su camino hasta detenerse. Se descorrió la puerta interior, y apareció una abertura circular en la pared. Karl pasó, se identificó ante la guardia, y cogió uno de los transportes que bajaban hasta el Dique. Iba meditando: ¿qué le diría al Viejo?, y ¿cómo podría salir luego?

Estaba en el corredor principal, ante la Esclusa. El rostro del Viejo ya le miraba desde el monitor:

—¿Qué ocurre? ¿Y Schweigen?

—Localizado. Pero no pude traerle —contestó—. Traigo algo mejor.

La Esclusa se abrió, y Karl descendió por la rampa que llevaba a su nivel. Luego torció por un corredor desierto. La puerta estaba abierta, y el Viejo, sentado ante su mesa, le miraba:

—Más te valdrá... —Karl cerró al entrar— ¿Sabes cuánto tiempo te queda? ¿Has notado el aumento de la frecuencia?

Muy lentamente Karl sacó su arma, y la puso a un palmo de la cabeza del Viejo. El mono chilló y se pegó a su amo.

—¡Estás loco! ¿Qué haces?

Karl quitó el seguro. El Viejo lanzó un gemido.

—Abra la caja.

El Viejo masculló algo, y el mono trepó al respaldo, descorrió el plano y apareció el pequeño teclado. Se estiró hasta alcanzarlo, y pulsó tres cifras. Algo crujió, y el Viejo se volvió, triunfante. Se le heló la sonrisa, de golpe.

—No haga el imbécil. No lo soportaría. Ábrala de una vez.

—De acuerdo. De acuerdo... de acuerdo. Pero estás muerto, ¿eh?, ¿lo sabes? Yo te puedo salvar. ¿Qué quieres? Ahí está todo —la caja ya estaba abierta.

Karl le apartó de un empujón y rebuscó en el interior. El Viejo siguió hablando.:

—Escucha: no podrás huir. Lo sabes. Estás pálido. No pasarás la Esclusa. Me pregunto qué te ha podido ofrecer o decir Schweigen. Él era un genio. Ahora es una mierda delirante, pero peligroso. Ya lo ves. Tú mismo, tú, lo que estás haciendo. Pero no sabes una cosa: el expansor, al acercarse la hora, empieza a aumentar de frecuencia. Una vibración creciente que apunta directamente al cerebelo. Sólo estalla al final. Fue una idea de Schweigen, no tengo ni idea por qué, como tantas cosas, pero dijo que era mejor. Demasiado poder, eso es lo que le dejamos.

Karl arrojaba al suelo los objetos que iba sacando de la caja. Uno de los paquetes se deshizo y se desparramaron un puñado de trizadores. El Viejo lanzó un gemido:

—Delirios... de Schweigen —farfulló—. Imagínate que ahora dice que...

Karl continuaba la búsqueda, con los dientes apretados. Por fin sacó un paquetito envuelto en papel de periódico. Lo rasgó y apareció una caja de cartón que contenía un envoltorio de celofán. El Viejo le miraba como sin dar crédito a sus ojos. Dentro había una caja de cerillas, con la efigie de un fósforo cabezón que conducía un automóvil. Se la guardó.

—Karl —decía el Viejo—: no tienes ni idea de lo que...

—Ah, no lo sabía —le interrumpió—: perdone —y agarró al animal y de un impulso terrible lo aplastó contra la pared. El Viejo dio un alarido, como si hubiera recibido él mismo el golpe.

Bajó dos niveles más por la barra, cuando escuchó la sirena de alarma. “Ya está”, pensó, “estoy jodido”. Torció por un corredor y bajó otro nivel, hasta que le detuvo una esclusa intermedia. Metió su tarjeta en la ranura, pero no ocurrió nada. Desactivada, como era lógico. En ese momento el expansor redobló sus latidos.

Dio media vuelta y allí, al fondo del corredor, llegaba la patrulla. Resonaba la voz del Viejo por los altavoces: “Sobre todo, que no haga uso del dispositivo de que es portador”. Sonaron los primeros disparos, y Karl entró por un pasillo lateral. “Así que no lo use, ¿no?”, pensó, “Pues bueno...”. Sin dejar de correr hurgó en la faltriquera, desgarró el celofán, y dentro de la caja de cerillas había un bloque negro de metal con un interruptor de dos posiciones, 0 y 1. Estaba en el 0, y sin dudar un momento lo giró.

—El Submarino recibió la orden: enloquecido —continuó M***—, en fase de autodestrucción y falto de control se hundió en las entrañas de la tierra, hasta que topó con una bolsa magmática. Minutos después un nuevo volcán arrojaba al aire los fragmentos de una de las maquinarias más complejas de la historia.

FIN

—¿Qué?! —grité— No puede ser: ¡vaya porquería! No me gusta: ¿qué pasa con el Presidente; con el chico Psi?, ¿eh? ¿Por qué Schweigen quería la caja?... Vaya mierda de final. No vale el resumen tan bueno que le he hecho de su novela.

M*** pareció afectado. Miró el reloj.

—Está bien, está bien: lo siento, pero la verdad es que no tengo muy claro el final... se notaba ¿eh? ¡Qué quiere que le diga...! Y además, ya no tenemos tiempo; tiene que venir...

—Está bien —me levanté—. *Tiempo* es lo que yo tengo.

—Al “día siguiente” —continuó F.—, irritado, volví a presentarme y a hacer toda la comedia. Con gran maestría conseguí, en un plazo no muy extenso, resumirle la novela. Compréndelo: ahora ya era la totalidad del argumento lo que le debía relatar, y bien hecho, con todos los datos pertinentes, si es que quería que él pudiera darme la continuación, en vez de una simple caricatura. Me detuve justo en el

momento en que el protagonista cumple el recado de Schweigen con la caja fuerte, porque estaba firmemente convencido de que era a partir de ahí donde empezaba la penosa improvisación de M***.

En cuanto acabé, y aproveché para respirar, vi cómo M***, como de costumbre, me miraba con ojos asombrados.

—¡Muy bien! —exclamó— ¡Fabuloso! No sé quién es usted, ni cómo se ha podido colar esto en sus sueños: yo no tenía más que un breve plan, que no conté a nadie, y he aquí que usted me da todo el desarrollo. Si fuera creyente, diría que es usted un ángel, un ángel que ayuda a los escritores que no se ayudan a sí mismos, como en la paradoja del barbero.

Me reí, pero brevemente:

—Sí. Claro... Pero fíjese en mi frustración cuando el sueño se acabó sin saber el final. Entonces fue cuando decidí buscarle: usted tiene que saber la continuación.

Me miró:

—¿Sí? —dijo, y al ver mi cara añadió rápido—: sí, claro... La continuación. Querrá saberla, ¿no? —no parecía muy animado.

—Sí, por favor —rogué.

Capítulo 12

¡SALIDA!

Mareado, con la sensación de que la cabeza le iba a reventar, bajó dos niveles más por la barra. Sonaban los tonos de alarma, y unos tripulantes de uniforme corrían por los pasillos. Dobló un recodo y se encontró con un muchacho que le miraba, tranquilo. Llevaba la enseña de la abeja: grupo Psi. Karl se detuvo:

—¿Sabes salir de aquí, chico?

Él le miró:

—Puedo intentarlo. Pero ayúdeme a salir a mí también.

Karl extendió la mano:

—Trato hecho.

Se encendieron las luces intermitentes, de maniobra. A través del acero del casco se transmitió el sonido de cierre de la Esclusa. Hubo un rugido y el corredor se escoró hacia delante. Karl se agarró a un asidero y agitó la cabeza; estaba muy mal. El Submarino arrancaba. Devorando tierra y rocas por su monstruosa boca y rellenando el túnel por detrás, se hundía en las profundidades. Karl se quedó helado.

—Estamos atrapados... excepto que pudiéramos llegar a un *topo*.

—A un ¿qué? —preguntó el chico.

—A un bote excavador. Normalmente circulan por alguna de las vías menores que llevan a diques frecuentados, aunque también puede atajar. Por aquí debería haber alguno, pero no conozco bien este sector.

—¡Ah!, *eso* —exclamó el joven—: creo que sé por dónde encontrarlo.

Cerraron la compuerta del topo, y Karl miró desalentado el complejo tablero de instrumentos. Con un suspiro apretó el botón de arranque.

FIN

—Y éste podría ser el final...

—¡No! —me levanté— ¿Un final, *eso*? Me fastidian las novelas que dejan las cosas en suspenso. ¿Funcionó el bote? *Etcétera*.

—Bueno —repuso M***—, en realidad la novela *podría acabar* ahí: las cosas que pregunta pueden quedar abiertas, a la mejor idea del lector. ¿Por qué no? Y además hay otros factores: cualquiera se puede imaginar que no van a coger a ese chico tan listo y al pobre Karl, ¿no? Aunque si lo desea —miró el reloj— aún se podría dar algún paso más. Me está poniendo nervioso, ¿sabe? Ahora tengo una cita.

El bote arrancó con un estampido, y fijó su rumbo automáticamente.

—¿Qué pasa? —dijo el muchacho— Parece que esto decide por sí solo.

—Y así es, en parte: está buscando la vía más próxima. Pero no sé impedirselo —una válvula en el techo de la cabina empezó a desprender vapor, y una palanca del suelo se movió por sí sola, golpeándole dolorosamente en la rodilla. Blasfemó. El latido de la nuca se interrumpió por un segundo, y empezó con furia redoblada. Karl ahogó un gemido y se frotó con la mano. No podía hacer nada.

Con un extraño gorgoteo, el bote dejó de excavar, y se precipitó en el fluido de una vía. Se balanceó y vibró hasta que los febriles esfuerzos de Karl lo estabilizaron. La válvula del techo había dejado de humear, pero todo olía a quemado. El *topo* aumentó su velocidad.

—¿Ha sido usted? —preguntó el chico.

—No: ahora que ha encontrado una vía irá solo, hasta el próximo dique; creo que están programados para eso.

Karl sintió náuseas, aumentadas por el hedor. “Vamos a ciegas”, pensó, “como un supositorio”. Al cabo de media hora amainó la velocidad, y se notó claramente el sonido del amarre contra un dique. “Hemos llegado”, pensó Karl, “pero ¿a dónde?”.

Capítulo 13

U N V I E J O C O N O C I D O

En el muelle no había nadie. El elevador de salida les admitió sin problemas, y les dejó en un corredor desierto sobre el que desembocaban otros pasillos. Echaron a andar.

Como algo natural, el muchacho dirigía. En alguna encrucijada se quedaba parado, cerraba los ojos, y a continuación indicaba una dirección. Cruzaron una zona de servicios: cocinas inmensas, despensas bien surtidas, todas desiertas, todas sin ventanas al exterior. Salieron a otro pasillo, y ante una de las puertas el chico se detuvo:

—Creo que por aquí.

La puerta estaba abierta, y les condujo a un nuevo conjunto de habitaciones, donde no había nadie. El chico dio una vuelta por los cuartos, con una decoración en tonos rosa y con lamparitas, y al final se sentó en la cama, con expresión de duda: era un callejón sin salida. Karl se sentó a su lado, y le invadió un deseo súbito de tumbarse y dormir. Se reclinó y cerró los ojos. Todo vibraba, y se hundió en lo negro.

—Pasa algo —oyó, a lo lejos, al muchacho.

La cama se volcó en un movimiento brusco, y les tiró sobre la alfombra. El suelo discurrió a gran velocidad hacia la pared, que se abrió a su paso. Les arrastraban por un túnel débilmente iluminado, que dio paso a una rampa, por la que resbalaron hasta atravesar una trampilla y aterrizar a los pies de un hombrecillo calvo. Al instante bajaron del techo dos brazos mecánicos, llenos de instrumentos, que se orientaron en su dirección.

—Señor Presidente —Karl le apuntaba ya con su arma, mientras se ponía en pie lentamente—, no haga absolutamente nada: le va en ello la vida. Díganos una forma de salir de aquí.

—¿Salir de aquí? —el hombre se rió— ¡Ojalá pudiera! Les puedo indicar, eso sí, por dónde me *sacan*, a veces. Pero, por favor: si lo logran, déjenme ir con ustedes.

La última puerta tenía tan sólo un teclado numérico. Karl lo miró con desconfianza:

—Es una compuerta estanca, con clave de variación diaria. Si no damos en la acertada, empezará a soltar gas. ¿Podrías...?

El chico asintió, y, tras un momento de indecisión alargó la mano hacia los botones pulsando primero el ocho, luego el cuatro, y por fin, vacilando, se dirigió al último.

FIN

—¡Pero bueno! —salté como un loco— ¿Qué le dije? *No puede* dejarme así. Eso tampoco es un final. ¿Qué le pasa?: ¿no sabe?, ¿no quiere?...

Se puso en pie:

—Salga inmediatamente de mi casa. Pensé que era un ángel bueno, pero ahora sé quién es: un demonio, el demonio de los finales, que tortura incesantemente a los escritores.

—Incesantemente —asentí—. No lo sabe usted bien...

Y esta vez me crucé con la chica cuando me alejaba de la casa, a unas manzanas de distancia. Me dieron ganas de interceptarla, impedirle llegar, tal vez hacerle objeto de algún agravio... Por fortuna, estaba muy preocupado con la estrategia del día siguiente, y me limité a dirigirle una mirada horrenda. “No sabes qué me ha pasado”, lloraría, posiblemente, al llegar junto a M***: “un sujeto enloquecido me ha echado una mirada siniestra”. “¡No me digas!”, contestaría ese imbécil, “¿Era así y así? ¿Sí? Pues ha estado aquí, ¡y no te imaginas lo que me ha contado!”.

Al día siguiente, volví a repetir la escena, con todo cuidado. Tenía la idea de que en la sesión anterior se había visto apremiado por el tiempo, pero que en realidad iba por buen camino. Fui muy rápido, y llegué justo al punto donde lo habíamos dejado. Al acabar, presencié con hastío sus muestras de sorpresa, de placer y hasta de agradecimiento (al fin y al cabo le estaba dando un trabajo hecho, ¿no?), y cuando pude le interrumpí.

—Sí, claro, pero una pregunta —tosí—: ese final, ¿le gusta, le parece bien?

Esperé, helado, su respuesta.

—Sí, claro —dijo—, ¿por qué no? ¿Qué más quiere?

Se lo dije:

—¿Qué pasó cuando se abrió la compuerta? Porque se abrió, ¿no?

—Bueno —me miró—, si quiere...

...Y por fin pulsó el botón del cinco. Se oyó un leve siseo, y Karl se aprestó a sentir el aroma acre del gas. Pero, con un chasquido, se abrió la compuerta.

Contra la luz deslumbradora del exterior se recortaban varias siluetas erizadas de armas.

—Muy bien —se oyó la voz del Viejo—: hasta aquí habéis llegado.

FIN

Me levanté:

—¿Sabe lo que me parece? Que no tiene ningún interés en..., que en el fondo no cree que su protagonista pueda escapar con vida de esta historia.

Me miró muy serio:

—Tiene razón: eso es precisamente lo que pienso... Lo siento.

Fui hacia la puerta, y me volví.

—Es usted un degenerado...

Y contesté con un bufido al saludo de la preciosa muchacha, que ya cruzaba el jardín.

Al otro día me sentía tan mal que, por primera vez en muchísimo tiempo, no acudí temprano a la casa de M***. Quería descubrir la mejor forma de obligarle a cambiar su torpe final.

Salí de paseo, lo que hacía meses que no ocurría. Recordé uno de mis pasatiempos favoritos de otras épocas, y crucé media ciudad para ver un precioso choque, pero llegué tarde... Furioso, entré en una tienda de porcelana y destruí todo lo que pude en un momento, como en mis mejores tiempos. Salí corriendo y, tras varios desagradables

incidentes, que te ahorro, acabé la noche en un restaurante de lujo, bebiendo los mejores vinos y hablando solo.

—Ese desgraciado —me decía— no quiere en absoluto a su protagonista, y se ha deshecho de él metiéndole en la boca del lobo, sepultado centenares de metros bajo tierra en una lata hostil con una bomba en la nuca y perseguido por todo el mundo. Debería darle un empujoncito en otra dirección —le dije al carro de los postres—, a ver si sirve de algo: un pequeño empujón.

Ya más calmado, a la mañana siguiente volví por casa de M***. Había decidido que el muchacho y el Presidente eran más bien un lastre para la huida, de modo que en mi narración no los mencioné más que de pasada: así no haría falta que recogiera esos cabos al final. Había recordado también la rivalidad entre los miembros del Comité, y decidí recalcarla, por ver si eso daba un nuevo sesgo al desenlace. Y así lo hice; por lo demás, me salió un relato perfecto, aunque apresurado: no quería quedarme corto de tiempo.

Terminé y me rasqué la ceja. M*** estaba pensativo, digiriendo los datos.

—Y bueno: ¿qué cree que pasó, una vez que le arrebató la caja al Viejo?

Se ocultó el sol, lo que pareció desconcertarle de pronto:

—¿Que qué pasó? Pues que

Capítulo 12

¡SALIDA!

bajó dos niveles más por la barra. Tenía náuseas, que se acrecentaron al escuchar los tonos sordos de la alarma. Oyó ruido de gente corriendo. “Mierda, no: me han jodido”, pensó. Estaba cerca del Gran Cruce, y por un momento no supo qué dirección tomar. “Sin duda hacia delante, en dirección a la esclusa principal”, decidió. Por los altavoces sonaban consignas en clave: “Flanea hacia el hocico”, “Cortad el queso”. A continuación hubo un largo silencio, luego sonó un chirrido y una voz inexpresiva anunció: “Atención a todos los operativos: en este preciso instante la División de Prevención toma el control de la situación en la Nave, en cumplimiento del supuesto de emergencia 3°. Los miembros de otras Divisiones harán bien en no inmiscuirse en la persecución”.

Bruscamente, las luces se apagaron, y sólo quedaron los pilotos de señalización, que, tras un parpadeo, también se desvanecieron. “El reino de los ciegos”, suspiró Karl, y como por ensalmo oyó unos pasos seguros que avanzaban hacia él. Sólo podía ser su jefe, Bit. Se pegó a la pared, y avanzó a tientas. Se clavó algún saliente en los riñones y ahogó un gemido. Parecía el tirador de una puerta, pero no pudo abrirla.

Siguió adelante hasta que se encontró con una pared. No recordaba que el corredor doblara al fondo, así que tal vez fuera uno de esos apartados aparentemente inútiles que se abrían en las paredes del Submarino. Entonces oyó los pasos, muy cerca. Despacio, para no hacer ruido, bajó la mano hacia su arma.

—No lo haga, usted, el llamado Karl: no le servirá de nada. No tiene escapatoria. Verá —los pasos se acercaban—: para nosotros es fácil reducirle, pero preferimos que colabore... ¿Sabe dónde podemos localizar a Schweigen? ¿Por qué volvió usted al Submarino?

Estaba parado a poca distancia de él. “Sus gafas emiten impulsos que ahora recorren mi cuerpo, rebotan y vuelven al emisor, dibujando mi contorno”, pensó Karl con repugnancia, “una imagen de sombras que se traducen en texturas táctiles en su vientre... ¡Habito a dos dedos sobre su ombligo!”.

—Y a todo esto, M*** —dije—: ¿a Karl ya no le molesta el expansor?

—¿El qué?

—Quiero decir el guisante.

—¡Ah!, sí, claro —protestó—, ¿cómo he podido olvidarlo? Inserte, aquí o allá: “Y en ese momento el guisante empezó a pulsar en dolorosas ráfagas intermitentes”.

—Aquí mismo —dije.

...Y en ese momento el guisante empezó a pulsar en dolorosas ráfagas intermitentes. Karl se echó la mano a la nuca, en un gesto involuntario de dolor.

Interpretándolo, sin duda, por un movimiento de amenaza, desde las sombras dispararon una, dos, tres veces sobre él.

FIN

Cuando Sonia vio aparecer por quinta vez la palabra FIN en esa curiosa película que se había colado dentro de la que estaba viendo, se revolvió inquieta: las cosas no eran así, o al menos no eran así antes. Una cosa terminaba cuando terminaba: ¿o es que podía haber algo que siguiera sin final, o con finales acumulados, hasta el término del tiempo? La idea no le gustaba nada.

Se levantó y se acercó a la biblioteca de cintas: el visor debía indicar normalmente el tiempo transcurrido de película, y el que quedaba por delante. Pero allí sólo parpadeaba una hilera de guiones verdes...

Volvió la mirada a la pantalla, donde el letrero de FIN se desvanecía. Si al menos pudiera *hacer* algo.

—¿Fin?: ¡cabrón! No vale —grité—. No lo dije por eso. No fue así.

M*** se asustó y se puso en pie:

—Váyase.

—No, por favor: ése no es el final.

M*** me miró, muy serio:

—¿Y usted qué sabe?

Me levanté y le apunté con el dedo:

—¿Sabe lo que le digo? Que esto acabará como *yo* quiera.

Y me marché. Ya no le necesitaba. O, más bien, había decidido no necesitarle.

—Como si la simple decisión supusiera algún cambio, alguna modificación en la naturaleza de las cosas —apostilló Simb—. Con frecuencia, las obras de imaginación de épocas lejanas propiciaban esta curiosa clase de movimientos del espíritu, en el fondo huecos y sin sentido...

—No estoy de acuerdo —dijeron los labios de metal—. La decisión es la semilla, el inicio del movimiento interior que conduce a la acción, a romper las cadenas con que los hechos parecen estar ligados unos a otros.

Me incorporé sobre el trono, irguiendo el torso por vez primera en mucho tiempo, enardecido por lo que creí estar oyendo: la rebelión del ser frente a lo escrito, y por primera vez acaricié la fantasía de vencer la profecía que me había atado a Altan. Y mi deseo y mi alegría y mi esperanza arrojaron días de bonanza y brisas cálidas sobre mi pueblo.

—Porque siempre hay un pensamiento alegre —dijo ella— que por unos instantes aparta y sepulta los presagios más negros, por más que una vez desvanecido vuelvan a surgir, tiernos y brillantes, como sólo lo son los hijos del futuro.

Pero el mensaje de esperanza por fin me había alcanzado:

—Por favor —le dije—. ¿Nunca te das por vencida?

Amanecía. Se levantó, y unas manos mecánicas surgidas de la pared le ayudaron a vestirse. Me miró gravemente.

—Había decidido —proclamó F.— hacer mi propio final. Compréndelo: el héroe de la historia estaba creado a mi imagen y semejanza, y no podía permitir que terminara cada vez como un idiota... Ésta que vas a oír fue mi versión última. La fui puliendo día a día, yo solo, en la cabeza, mientras hacía otras cosas —señaló hacia su

mesa, donde estaba esa extraña estructura—; pero plácidamente, sin necesidad de salir de casa... ¿Sabes? Nunca acabó de gustarme la forma que tenía M*** de acabar sus novelas.

Y tras esa revelación, empezó.

Capítulo 12

EN LAS ENTRAÑAS

Los corredores metálicos le absorbieron en su huida. Bajó varios niveles por las barras, se escurrió por los pasillos circulares que llevaban al Arsenal, para acabar perdido en los intestinos claveteados de la zona más baja. Le perseguía una vibración maligna que corría tanto como él, luego los tonos de la alarma, que serpenteaban por los corredores. En ese mundo de ecos escuchó pisadas simultáneamente por delante, por detrás, encima de su cabeza, y corrió para rehuirlas, subió y bajó y torció hasta perder la dirección. Entonces le llegó el sonido del cierre de la Esclusa y el rumor de los motores: partían.

Las vías de servicio del nivel inferior se estremecían, polvorientas, por el esfuerzo de la maquinaria que devoraba rocas a pocos metros de distancia. Nunca había bajado hasta allí: tripulantes deformes por el durísimo trabajo se afanaban en una rotonda empujando palancas de acero, y él fue ignorado. Esperaba alcanzar la zona conocida como Primera Corona, para coger un *topo*, llegando desde donde nadie podía esperarle. Una puerta pesada y entreabierta le llevó por fin al espacio erizado que separaba los dos cascos del Submarino: un laberinto de estructuras que unían las gigantescas paredes que se curvaban hacia abajo y arriba. En las vigas había practicadas oquedades que permitían trepar. Con un cálculo aproximado de su dirección empezó el ascenso en zigzag, pasando de una viga a otra. Sintió el vértigo de verse suspendido en el vacío, sobre una estructura que zumbaba y gemía con el esfuerzo de la nave. Entonces se apagaron las luces: los focos generales, y después los diminutos pilotos que marcaban los puntos de cruce de las estructuras.

Abrazado a la viga trepidante, en medio de la oscuridad total e hirviendo por dentro: Karl pensó que nunca en su vida había estado tan mal. La atmósfera, caliente por la formidable maquinaria cercana, era irrespirable. El sudor le mojaba la ropa y hacía resbaladiza la

superficie a la que estaba agarrado. Notó el tirón de la gravedad, llamándole, dulcemente, hacia el vientre de negrura de la nave, y empezó a dejarse llevar. Entonces notó un pulso discordante, y algo en el interior de su cabeza tomó un nuevo ritmo. La punzada le hizo reaccionar.

Al otro lado del abismo, recordó, muy por encima de su cabeza había visto una pequeña plataforma. Reptó hasta agotarse, y por fin notó el tacto rugoso de la plancha metálica. Avanzó por ella hasta topar con la pared y palpó en torno. En algún lado debería haber un volante de apertura. ¡Sólo con que tuviera un instante de luz! Entonces recordó algo. “No puede ser”, se dijo, pero la cogió de todos modos: la caja de cerillas del Viejo, ¿no resultaría contener precisamente eso, cerillas? Aunque, ¿para qué demonios iba a querer Schweigen que se la llevara, entonces? La sacó de la faltriquera y rasgó el envoltorio de celofán. La abrió y, contra toda probabilidad, se encontró con las formas de los fósforos.

Cogió uno y lo frotó temeroso contra el costado de la caja. Hubo una diminuta explosión y por fin le deslumbró la luz. Efectivamente: sobre la plancha metálica se trazaba el perfil de una puerta. Manipuló la cerradura hasta escuchar el chasquido. Abrió con precauciones y se encontró en un corto pasillo. Al fondo, una compuerta con la imagen de un hombre herido por el rayo le cerró el paso, pero la atravesó y caminó entre los resplandores azules que habitaban los bornes de los generadores. Otra puerta con el signo de radioactividad pareció ser el final, pero pudo dar con la combinación de apertura y entró en un vestidor donde se alineaban herramientas y trajes protectores de plomo. Se vistió uno y, después de pensarlo, cogió también una linterna. Entonces atravesó la cortina de colgantes láminas de acero: la planta robot de ensamblado de trizadores hervía de actividad.

Al final de la cadena las piezas acabadas se embalaban entre virutas de paja sintética, en cajas de distintos tamaños y formas, con leyendas contradictorias: “Bananas. Puerto Rico”, “Moscas artificiales para cebo. Hecho en China”. Unas manos metálicas estampaban un sello sobre el precinto, y la cinta sin fin llevaba las cajas hasta el interior de gruesos torpedos-taladro, que partían de vez en cuando con un estampido. Karl se los quedó mirando, con una sonrisa cada vez más amplia.

Una consola automática programaba el destino de cada nueva unidad que salía. Miró el panel de control: las rutas estaban

codificadas, y decidió marcar una al azar; pulsó un botón cualquiera, que le devolvió una clara nota. Su mano enfundada en plomo, abierta sobre el panel, le pareció una araña negra. Entonces recordó el acorde que había oído en un sueño ajeno, y buscó la segunda y la tercera nota. La consola se agitó y una tarjeta perforada fue a alojarse en la ranura de la cabeza rectora del torpedo. Tras sacar varias cajas de “Brochas de pelo de tejón. Canadá”, se metió en el interior de la máquina. La compuerta se cerró con un gorgoteo de aceite, y le rodeó el estruendo: el torpedo abandonaba la nave.

¡Adelante!, le animó Karl. La máquina pronto dejó atrás el rumor del Submarino, y adoptó una marcha uniforme. ¿Dónde acabaría por asomar? ¿En el campo?, ¿en medio de una calle frecuentada, tras haber destrozado cañerías, conducciones neumáticas y reventado sótanos? Y, lo más importante: ¿lo haría a tiempo de que él llegara a su cita? Entonces, con un estruendo, el aparato perforó en el vacío y cayó pesadamente.

Cuando pudo abrir el torpedo y salir al exterior, a la luz de la linterna descubrió que estaba en un inmenso túnel cilíndrico, liso excepto por la presencia, cada pocos metros, de una corona de salientes. Se extendía, aparentemente en línea recta, todo lo lejos que permitía ver el alcance de la luz. ¿Qué podía ser esto? Apuntó la luz a sus pies y vio el cemento liso curvándose levemente hacia los laterales. Y entonces supo dónde estaba: en los restos de uno de los más estrepitosos fracasos de la ciencia del siglo anterior, el anillo acelerador de partículas que había de dar la vuelta al mundo, con su cohorte de columnas, ahora en ruinas o convertidas en restaurantes. El proyecto estaba abandonado desde haría tal vez setenta años, y por lo que sabía el túnel había sido sellado. Y ahora él estaba allí, y el torpedo, malamente torcido sobre su suelo, no podría sacarle.

—Así que —le dije a F.— “uno de los más estrepitosos fracasos”, ¿no?

—Sí —me miró—: así fue. Lo siento... Mira..., es una de las ventajas que tiene ser el autor: uno siembra pequeñas venganzas. Lo descubrí sobre la marcha.

Estaba en algún punto en el interior del descomunal anillo, que se extendería tal vez a lo largo de kilómetros, sin ninguna salida (y no quería saber qué hora sería ya). La primera decisión era simple, pero de implicaciones terribles: ir hacia la derecha o hacia la izquierda...

Porque podía haber un medio de escape a cien metros en una dirección, y escoger la opuesta; ¿cómo podría saberlo? El aire, inmóvil y enrarecido, no daba información alguna; no oía más sonido que el de la sangre presionando en los oídos, y el desagradable pulsar interior del expansor. Tenía que ser una decisión al azar. Se palpó y notó una moneda. La examinó a la luz de la linterna: era la pieza plateada que le había devuelto la máquina de *Montecarlo*; aunque completamente gastada, en una de las caras había un leve abultamiento, resto de alguna antigua figura, que faltaba en la otra. “Ésta será”, decidió, “ir hacia la izquierda”. La lanzó al aire, y ésa fue su dirección.

Pronto cogió un buen ritmo, que impalpablemente se fue ajustando al de su bomba pulsátil. Decidió apagar la luz a intervalos, tanto por ahorrar batería (aunque probablemente duraría muchísimo más que él mismo), como por poder percibir si venía alguna claridad del exterior. Avanzó largo rato, manteniéndose en el centro del túnel gracias a su curvatura. Fosfenos como reptiles le saludaban a veces desde los muros, pero apenas intentaba seguirlos precedían en su huida al giro del globo del ojo.

No alimentaba pensamientos muy animados: “Moriré aquí”, se decía, “primero reventado por el guisante y luego comido de ratas. Nunca podré salir”. Y entonces metió el pie en el hoyo y escuchó el chasquido.

Sólo se había torcido el tobillo, comprobó con alivio, pero allí, en la puntera de la bota había hecho presa una rústica trampa, que parecía un cepo para ratas. Se lo quitó con precaución y lo examinó a la luz de la linterna: no era, ni mucho menos, una reliquia del pasado, sino una trampa moderna, no mal cuidada. ¡Alguien venía por esas profundidades, al menos para cazar! Y en ese momento le llegó el olor.

A lo lejos se veía un débil resplandor movedizo, y se dirigió hacia él, hasta que pudo distinguir perfectamente las llamas de una hoguera. Se fue acercando con precaución, y al final decidió que era absurdo: debía anunciar su presencia.

—¡Eh!, oiga: ¿hay alguien ahí? —y se acercó repitiéndolo a intervalos; de vez en cuando añadía— ¡Amigo!

Una voz le contestó desde la oscuridad:

—Eleve los brazos, completamente extendidos, y camine en dirección a las llamas.

Karl obedeció y dio unos pasos, cada vez más envuelto en olor a asado. Sobre unas brasas, al lado de la hoguera, había un animal pequeño ensartado en una varilla. Entró en el círculo de luz y esperó.

—¿Puedo bajar las manos? —dijo, tras un momento.

Un bulto informe apareció al otro lado del fuego.

—Sí, claro... En realidad no sé por qué le he dicho eso —era un hombre pequeño, de extremada delgadez, pero abultado por varios estratos de ropa superpuestos: una especie de capote, un abrigo, un grueso jersey por cuya abertura se veía otro, y alguna camisa debajo, todo grisáceo, todo muy antiguo—... ¿Qué hace aquí? Pero no me lo diga: ya lo sé. He oído el estruendo: es usted uno de los topos, de los dueños del mundo que horadan la tierra en sus máquinas ciegas huyendo de la vergüenza de los de arriba, los Hijos de la Luz.

Karl se quedó tan sorprendido ante el tono de odio del hombrecillo, que no pudo contenerse:

—Y usted mismo, ¿qué es? ¿Por qué no está arriba, si tan bien le parece?

El hombre dudó un momento:

—Soy indigno —dijo por fin—... me retiré aquí hace años, porque soy indigno... Soy... ¿Quiere que le cuente mi historia? Verá:

VI

El sulevador

Cuando amaneció no había conseguido sulevar otra pirena, ni siquiera con rolos...

¡Aquel infame me había transportado en sólo doce palabras a las tenebrosas honduras de una nueva historia, a un mundo en el que el sulevado de pirenas era, al parecer, una actividad habitual o posible, aunque dificultosa; un universo en el que los rolos (cualquier cosa que fuesen) favorecían la operación de sulevar (o tal vez sólo cuando se ejercía sobre pirenas, de nuevo cualquier cosa que fuesen); y para colmo todo ello en un espacio que consentía (o tal vez exigía) las actividades nocturnas!

Pero los rolos en que tantas —e injustificadas— esperanzas había puesto el hombrecillo del túnel amenazaban extenderse y cubrirlo todo, y si esto ocurría, y avanzaba la narración, estallaría sin duda la cabeza del oyente, y quien tan fatigosamente estaba extrayendo sus aventuras pensaría por séptima y definitiva vez que no había solución, y que por tanto tampoco la había para su cárcel temporal; y la mujer que presenciaba sus esfuerzos encadenada a un mundo ficticio abandonaría también toda esperanza, y lo mismo le ocurriría, sentado en el trono, a quien atendía a sus desdichas, y mi hermano encarnado en su cuerpo metálico volvería con paso cansino hasta el hogar, sepultándose y cerrando el pacto, que entonces me contendría ya para siempre. Por eso, por una vez, decidí intervenir. Extendí la mano y le toqué levemente los labios, que se aprestaban a continuar. Ella se detuvo, sorprendida.

—Por favor... —dije, tan solo.

—No me hace falta —le atajó Karl, crispado—. Su historia me la imagino...

La cámara se había acercado a la espalda del hombrecillo, recortada contra la luz de las llamas, hasta que ocupó toda la pantalla. Entonces retrocedió y dejó ver la misma espalda, ahora más llena y

fornida, cubierta con una bata blanca. Al fondo, a medida que retrocedía e iba descubriendo más campo, un complejo instrumental de vidrio y acero. Por la ventana asomaba la luz gris de la mañana. El hombre, siempre de espaldas, manipuló algo y exclamó, con aire de triunfo: “¡Ahora veremos!”. Y la cámara inició un movimiento de giro, que acabaría por descubrir qué manipulaba el hombre.

Sonia, bien a su pesar, se descubrió expectante: ¿qué era lo que estaba probando? ¿Un nuevo antibiótico sobre una cepa especialmente resistente? ¿Un algoritmo que podía abrir toda una zona de cálculo, antes vedada? ¿Un disolvente eficaz sobre las aleaciones de titanio? Pero hubo un corte brusco, y apareció el rostro desencajado del protagonista, su rubio cabello revuelto, iluminado por la hoguera y gritando:

—... Su historia me la imagino.

—¡Pero yo no!: cuéntamela, F. —dije.

—Bueno; a grandes rasgos. Karl no lo sabe, pero tiene ante él nada menos que a un temprano disidente del grupo de Schweigen, alguien que pudo prever las consecuencias de lo que se estaba organizando. Precisamente los rolos iban a ser...

—Por favor... —*repetí. Ella miraba a algún punto lejano de la habitación*

—...Pero no viene ahora muy al caso. Sigamos —y cerró los ojos un momento, como concentrándose.

—Bueno, F. —dije. La verdad es que había tirado de mi amigo, empujándole en su extraordinario relato a través de todo el día, y en ese momento temí que estuviera ya exhausto...

Le cogí del hombro, y se sobresaltó: me miró como si no me conociera. Se había debido de quedar dormido, por unos instantes.

—F. —le dije— Descansa, si quieres. Ya seguirás mañana.

—¿Mañana? —repitió lentamente, y se hundió en el sillón.

Sonia se frotó los ojos. Estaba completamente agotada, y el laberinto en que le había metido la película no sólo no le había liberado del suyo propio, sino que aumentaba la opresión dolorosa de su estado. Chasqueó los dedos y el aparato se desconectó. Miró a los lados: no había forma visible de apagar la luz. Se extendió sobre el sofá y se cubrió la cara con los brazos.

La lectora agarró el volumen como para disponerlo más cómodamente, y de repente se derrumbó al suelo. Vi sus manos crispadas a la incierta luz del alba, completamente blancas, en un espasmo de agonía. Comprendí que la había derrotado el cansancio y el terror, pero no podía sentir compasión:

—¡Traedme a otra! En seguida —y el castillo resonó con pasos lejanos, como gritos.

—Porque, seres de carne al fin y al cabo —explicó Simb—, estaban abrumados por los plazos dilatados y la complejidad creciente, mientras que tú y yo ya hemos visto varias veces ponerse y elevarse el sol, y aún mantenemos la atención despierta, y el recuerdo perfecto de los hechos.

El cuerpo plateado asintió, sin orgullo.

Pero lo cierto es que los amenazadores rolos existían: existían en labios del hombrecillo, de donde habían pasado a la mente de quien le oía, ajeno por un momento al latido amenazador; éste vivía en el plan del escritor (corregido por un protolector insatisfecho), pero éste se había encarnado en la narración a un amigo, éste en la atención de una mujer cansada, ésta en la tensión amenazadora de quien mandaba sobre todo un mundo, éste en el relato de la máquina que había asistido a aquel que ya no podría hablar, ésta en la esperanza del último de los cuerpos libres, él en la sombra de mujer que poseía todo, y por fin ella en mí, y esta existencia vicaria y tantas veces delegada pesaba sobre mi espíritu como una losa, porque su presencia, la presencia de eso que aún no sabía lo que era, había abierto una vía por la que amenazaba entrar todo un mundo, que me llevaría consigo a quién sabe qué imprevisible continuación cada vez más abajo, cada vez más lejos. De modo que decidí acabar con todo ello.

—¡Escúchame! —grité— *Te lo ordeno: fíjate en estas palabras, y no las tergiverses en tu interior confuso: he dicho “Te lo ordeno”. Te ordeno que dejes de ramificar, de dilatar y de obstaculizar el desarrollo de las historias... Has dejado en el camino, exhaustos, a todos los que podían proseguir, ¿y quieres que me dé por satisfecho? Te lo ordeno, fíjate en mis palabras: salva los puntos muertos, ahórrame el espacio en que descansan, y sigue hasta el final.*

Ella me miró:

—De acuerdo. Pero ¿qué crees que viene ahora? ¿Te aventurarás a hacer una predicción? Hasta ahora habías permanecido pasivo, un simple oyente, pero tal vez hayas adoptado otro papel... ¿Qué habrá de seguir?

Medité por un momento:

—El regreso —susurré; pero ella ya se había levantado y el eco de su paso sonaba en los corredores.

V

[Bajo los Ojos]

Capítulo 13

BAJO LOS OJOS

—... Su historia me la imagino.

El eco de sus últimas palabras se alejó por el túnel como muchos años atrás habían huido las energías despavoridas tras un choque de átomos. Algo de esa atmósfera de tragedia aún impregnaba sin duda la mole de cemento revestida de plomo, que ahora sentía gravitar a su alrededor.

—Por favor —siguió Karl, implorante—: debo salir de aquí cuanto antes. Tengo que salir *ya*, porque me va a reventar la cabeza. Como lo oye: tengo una bomba dentro. Se lo juro; no sabe cómo están las cosas por ahí afuera... Ayúdeme.

—No —dijo el hombre; y se acuclilló para dar una vuelta al asado.

—Por favor: le daré todo lo que tenga.

—No. No le ayudaré a salir. ¿Para qué? ¿Para que siga haciendo el mal? Quédese aquí conmigo: ambos somos de este mundo —le miró atentamente—. ¡Darme algo! —se rió—... Nada de lo que tiene puede interesarme: ¿dinero?, ¿su ropa?: tengo de sobra; ¿el reloj? Quizá intentara darme su *reloj*, pero sépalo: aquí no hay tiempo, porque el tiempo se ha ido a otro sitio, se desgastó por el paso incesante de las partículas, herido de sus esquirlas —y arrancó una pata del asado—... ¿Quiere?

“Está loco”, pensó Karl, y se acuclilló junto al fuego, cansado. Si se lanzaba encima de él, cosa perfectamente factible, y le retorció un brazo (que era casi lo que más deseaba en el mundo), ¿le podría forzar a que le revelara una vía de salida? Estaba seguro de que no. Y si le rompía el cuello, ¿lograría encontrarla solo? Tenía que intentar otra cosa. ¿No habría nada a su alcance que ese ser siniestro pudiera codiciar? Empezó a dar vueltas, nervioso, a su anillo. Y entonces se le ocurrió.

—Escucha —se incorporó, se irguió en toda su estatura, adoptó un tono levemente tremolante—, Ser del Profundo: tu sacrificio no ha pasado inadvertido a los Ojos Que Importan. Soy un emisario de Ellos (sólo ahora puedo revelar mi condición), y te traigo la señal de Su reconocimiento. Mírala, y complácete, pues te refleja —y le tendió su anillo. Al resplandor de las llamas brilló el oro, y el hierro negro absorbió la luz.

El hombrecillo se había levantado y miraba el anillo con ojos de asombro.

—Circular —siguió Karl— como este túnel por debajo del mundo, en que habitas; redondo como la sección de él que ahora nos acoge en su seno, y, por último, metal oscuro en el exterior y oro dentro, como un símbolo del valor de tu existencia dentro de lo oculto.

La mano temblorosa emergió de la masa de trapos, mientras los ojos derramaban lágrimas.

—Toma, pónelo, y verás cómo se ajusta a tu dedo —“Mierda: hablo demasiado”, pensó—, cómo reconoces su tacto. Pero después deberás ayudarme a salir de aquí cuanto antes, porque llevo mensajes para otros bienaventurados del exterior, ya que tú has sido el primero.

—Sí: dámelo —pidió el hombrecillo—. Dámelo pronto...

Y Karl le tendió la mano. El hombre cogió el anillo, que resbaló inmenso sobre su dedo. Karl cerró los ojos:

—¡No!: ahí no —gritó—. La señal de los Ojos Que Importan se ha de llevar en el pulgar: el más impuro de los dedos. Y ya sabes *por qué* lo digo... Muy bien —respiró, aliviado—: y ahora sácame de inmediato.

Siguió al Morador de las Tinieblas túnel adelante, hasta llegar a una zona de hundimiento. Grandes bloques de cemento aún con la curvatura primitiva cerraban el paso. El hombrecillo se escurrió como una sabandija por un hueco, y Karl le siguió. Reptaron, siempre ascendiendo por una leve pendiente, y por fin aparecieron en una galería excavada en la roca. Dirigió la linterna hacia arriba y pudo ver el entibado de madera: parecía una mina. El hombrecillo se apresuraba, sin abrir la boca. Sólo en un momento señaló a una galería lateral: “Ahí, buenas ratas”. En otro punto le hizo dar un rodeo, para señalarle un esqueleto. “Muy bien, sí”, gruñó Karl, “Vamos, hijo”.

Llegaron a un ancho pozo que se hundía a sus pies y ascendía hasta más allá del alcance de la linterna. “Subir”, señaló el hombre: una cuerda gruesa colgaba desde la negrura; saltó y empezó el ascenso. Karl le siguió, maldiciendo, pensando en la subida

interminable. Pero pocos metros más arriba se abría otra galería, y volvieron a alejarse del pozo. De nuevo el hombrecillo se introdujo por una grieta de la pared, y anduvieron agachados por un túnel angosto. De golpe se abrió todo y la linterna descubrió una cueva natural, llena de formaciones calcáreas. El hombre señaló a un lado, y Karl iluminó las figuras bulbosas que el tiempo había creado capa a capa. Una recordaba vagamente a un guerrero, otra a lo que parecía un gran sillón lleno de verrugas, otra, una dama envuelta en su manto, la de más allá (una estalactita con su estalagmita) parecía una Torre Eiffel que proyectara su imagen invertida hacia el cielo, y al final otra dibujaba a la perfección un excremento.

El hombrecillo se detuvo, lo señaló, y se sentó en el suelo, riéndose.

—¿Qué pasa? —gritó Karl— *¿Qué pasa?*

—Un excremento —rió F.—. Un excremento —repitió—... Ahí estaba la figura de una caca, de una gran mierda, en medio de la cueva —se reía histérico—: un excremento, había— lagrimeaba, lloraba, descontrolado.

Me levanté, y le sacudí de los hombros.

—F. ¿Qué te pasa?

La cámara se había quedado fija en esa imagen, que al principio no había reconocido. Pero era inconfundible: brillaba levemente a la luz de la linterna, y de ella ascendía un ligero vapor, como debido a la humedad del lugar, que aumentaba su realismo. La cámara se acercó, y se acercó. Como chiste, era dudoso, pero Sonia empezó a preocuparse cuando pasó un minuto, otro, y la imagen no variaba. Por todo sonido, brotaba de la pantalla un gorgoteo sordo. Sintió náuseas.

—Excremento —la lectora se había parado, por alguna razón en esa palabra—, excremento —repitió, como si supiese lo que leía; se había dado cuenta de que no podía seguir, y el sudor cubría su rostro —, excremento-excremento —intentó en vano saltar a la palabra siguiente.

—Eso decía —afirmó Simb—; y era una palabra dura para ellos, porque sólo vivían a costa de incorporar a su organismo nutrientes diversos, cuyos desechos, desagradables y abundantes, les

acompañarían día tras día, como una estela parda y olorosa, que en realidad es la mayor huella que dejaban los hombres tras de sí.

—¿Qué dices? —el cuerpo metálico se revolvió, inquieto— Sé muy bien qué era eso. ¿Por qué me lo repites?

—*¡Por favor!* —grité, y mi voz resonó por la sala abovedada, se enroscó en las columnas y desapareció en los corredores.

Ella se reía, y bruscamente se acuclilló. En el suelo, a sus pies, sobre las losas de piedra, quedó uno de ellos enrollado, perfecto, humeante. Me miró, así, desde abajo, con un rostro desencajado. Y lenta, premeditadamente, descargué allí el puño.

Quería notar el crujir de su dientes, y el frescor de los labios al abrirse, y puse ahí toda mi fuerza. Pero atravesé su imagen, y un repentino espesor del espacio paró el golpe. Di un paso atrás, lleno de ira, y busqué alrededor instintivamente algo que pudiera usar como arma, sin darme cuenta de que sin duda sería inútil.

Ella se había incorporado, e hizo un gesto.

—*Calma. No volverá a ocurrir. Te lo prometo. Sigamos, oh...*
—*y aquí pronunció mi nombre, mi nombre verdadero de otros días.*

PARTE SEGUNDA

He cabalgado asintotas y hozado en atractores extraños en los Mundos Otros. He navegado convergencias y alentado en supercuerdas. Me refracté en incontables yos, para encontrarlos a todos colmados de espanto. Luego clamé en el desierto vibrante de los gradientes entre campos y habité las dimensiones fraccionadas, minuciosas hasta la exasperación. Los horizontes, los mundos, los gentíos se me hicieron arena, porque sabía qué tenían detrás; y tenían la nada.

Y yo ahí decidí abandonar, despojarme cuidadosísima, premeditadamente. Observarme retornar, volver a no ser más que yo...

Y me dejé ir, como si fuera arena o miel que se derramara, para encontrarme de pie, en el centro de mi cámara, allá donde el motivo de mosaicos entrelazados tiene su origen. No había nadie.

“¿Dónde están?”, le pregunté, y ella me estaba respondiendo: en la huida, en el vértigo.

El hombrecillo señaló la dudosa forma orgánica, por última vez, y se levantó, aún riendo. Se separó de allí como a desgana, volviéndose de cuando en cuando. Por fin apretó el paso y se introdujo por una nueva abertura. Karl le siguió, y pronto percibió bajo los pies una superficie lisa, artificial. Entraban en un colector de aguas, y chapotearon interminablemente en la atmósfera fétida. Su guía levantó por fin una tapadera metálica y ascendieron unas escalerillas. Karl iluminó alrededor, sorprendido.

Era una planta de ensamblado de trizadores, pero antigua, abandonada hacía años. Las carcasas de baquelita se amontonaban en cajas de cartón roídas por las ratas, mientras que las agujas, desparramadas por el suelo, habían perdido el brillo. La planta clandestina había debido sufrir algún accidente, porque en una esquina había las huellas de un incendio, y una explosión había abierto una grieta en el techo.

—¡Pun! —gritó el hombre; había cogido un trizador a medio montar y le amenazaba con él— Y así a todos...

Karl le miró, muy serio, y el hombrecillo dejó el aparato y saltó sobre un banco. De ahí subió a la mesa y se encaramó a la grieta. Daba a un pasadizo abovedado que recorrieron a tientas. Acababa abriéndose en la negrura, y el hombrecillo saltó sin dudar. Karl iluminó desde arriba, antes de seguirle, y brillaron dos líneas de acero: rieles. Avanzaron por las vías, hasta que se abrió el espacio.

Lo reconoció al instante: era una vieja estación de ferrocarril subterráneo; había visto fotografías en los libros. A un lado y otro se veían los andenes. Subieron a uno y Karl se encontró frente a una bóveda semicircular, que en la parte de abajo mostraba un friso de lo que debían de haber sido imágenes publicitarias: una mujer, a la moda del siglo pasado, ofrecía una caja llena de una pasta marrón a alguien que había desaparecido a causa de un desconchado de la pared.

Salieron del andén por unas escaleras con los bordes rematados en hierro, como dispuestos para el roce de innumerables pies, y a través de una puertecilla de metal y una trampa del techo pasaron a

una alcantarilla. Doblaron un recodo, y apareció dibujado en el techo, por efecto de una poderosa luz exterior, el perfil circular de una tapa metálica. El hombrecillo señaló y se paró. La tapa vibró con el paso de algún vehículo, y se oyeron voces. Habían llegado.

Karl se metió la linterna en el cinturón. Se acercó a su guía, que inmediatamente empezó a gritar. “Sólo perderé dos segundos”, se dijo. Le sujetó con una llave y, con todo cuidado, le rompió primero un brazo, luego el otro. Sabía cómo hacerlo.

Al emerger le cegó la luz artificial de las altas farolas, e inmediatamente reconoció la zona. Sólo entonces miró el reloj: aún podía llegar a la cita de Schweigen. Justo.

Capítulo 14

EL ENCARGO

Las señas correspondían a la misma tienda de libros viejos que aparecía en el legajo, y que había encontrado cerrada. Estaba en un primer piso, al que se accedía desde el interior de un patio. Karl subió el tramo de escalones, temblando: iba gris de polvo, y la nuca le latía desesperadamente. La puerta estaba cerrada. Se acercó a un ventanuco, y golpeó en los cristales hasta que al fondo apareció Schweigen.

—Pase, pase... Bonito, ¿eh? Me las arreglé para hacerme con varias coberturas paralelas. Como era yo mismo quien las asignaba... Nadie conoce ésta. Una maravilla, ¿no? Rodeado de libros viejos, y sin nada que hacer... Pero aquí pueden vernos: vayamos hacia el fondo.

Entraron por una puerta y dejaron a un lado una escalera también llena de libros: la mitad de cada escalón oficiaba de estantería. Pasaron a otra habitación, igualmente atestada, en cuyo centro había un órgano, rodeado de grandes cajas de cartón que debían de servir de muebles. Efectivamente: Schweigen tomó asiento en una y señaló otra a Karl:

—Siéntese en los cocos —efectivamente, la etiqueta de la caja rezaba “Cocos. Iles-Sous-Le-Vent”; Karl se le quedó mirando, atónito:

—Córteme esto, por Dios —y se frotó la nuca, que ya vibraba preocupantemente.

—¡Ah, sí! —Schweigen se volvió y cogió algo.

La pulsación cesó, y Karl se sintió relajado por primera vez en toda una eternidad. Schweigen le miraba, y de pronto Karl recordó algo, algo minúsculo y lejano: metió la mano en la faltriquera, sacó la caja de cerillas y se la tendió a Schweigen:

—En paz —dijo.

—¡Ah, perfecto! Gracias —la miró con atención—. Muy bien. Lo que le habrá jodido perderla...

Karl le miraba, de hito en hito. Schweigen tiró la caja a un lado y se levantó:

—Vámonos.

—Escuche, Schweigen —le habló muy calmadamente—: no me va usted a decir que me he jugado la vida sólo por eso, por esa cajita, que maldita la falta que le hacía.

Schweigen le miraba.

—Bueno, pues es cierto. En realidad era la joya de la colección del Viejo: me la enseñó un día. Yo no me explico esas aficiones —Karl estaba demudado—... No se irrite. Se me ocurrió de repente cuando le vi aparecer a usted, todo serio. Quise quitármelo de encima, y de paso darles problemas a ellos en casa, mientras a mí me daba tiempo para preparar algo. Compréndalo: era cuestión de usted o de mí. Pero ahora me voy a portar bien, ¿sabe? ¡Vayámonos juntos!

—Schweigen —Karl le miraba, congestionado—: no iría con usted ni a...

Resonó sobre sus cabezas el ruido poderoso, y unos focos descargaron torrentes de luz. Luego sonó la voz tremendamente amplificadas:

—Schweigen, Karl: salgan inmediatamente de la casa. Ha llegado la hora. ¡Viva la anarquía!

Le brillaban los ojillos mientras abría la trampa del suelo. Al fondo se vio el pequeño dique, y el bote con los motores encendidos.

—¿Me sigue?

FIN

—Sí: ¡FIN! —dijo—... Ése es el que yo inventé, cuando quedé harto de M***. Hay autores que no saben cerrar bien una obra...

—¡Qué bien, F. —exclamé—: ya la tenías toda. ¿Y entonces qué pasó?

Me miró, un poco turbiamente.

IV

[Un año de vacaciones]

—Cuando por fin hube terminado de extraer la novela (con el pequeño retoque del final) —continuó F.— me sentí vacío. Todo había sido en vano... ¿O tal vez no? La extracción de la novela me había dado una lección de..., no quiero ponerme cursi: de esperanza: si uno se mantenía firme, en vez de rajarse, como hizo M***, llegaría al final. ¿Qué podía hacer, entonces? Lo que mi protagonista: avanzar por el túnel de días, hasta ver la luz.

»Volví por algún tiempo al ciclo de disipación de otras épocas, para comprobar que ya no me satisfacía. Probé todo para mantenerme en marcha —hizo una pausa—; todo..., hasta lo más bajo —y señaló la mesa, sobre la que se extendía la extraña estructura hecha de palillos de dientes.

Ya sabes que al lado justo de casa (ya no salía nunca de un pequeño radio en torno) hay una tienda. No sé por qué, una tarde fui y compré una gran caja de palillos de dientes y pegamento, en la firme idea de edificar una réplica de la Torre Eiffel. Tú, que sabes cuánto he odiado a la gente que hace ese tipo de cosas, te puedes imaginar cómo debía de estar.

El primer intento fue muy flojo: había arrancado de la Enciclopedia (esa era la ventaja de mi estado: se autorreparaba antes de veinticuatro horas) una fotografía de la maldita torre, y cuando dejé la tarea sólo había conseguido acabar perdido de pegamento. Pero día a día logré una habilidad realmente satánica: los palillos iban a encajarse justo donde más falta hacían, y poco a poco la estructura se elevaba. Al principio me conformaba con que tuviera una forma vagamente semejante, pero luego intenté copiar exactamente el tramado de vigas... y lo conseguía bastante bien.

Vivía idílicamente: me levantaba tarde, salía a comprar los materiales (con un pequeño rodeo por lo que tú sabes), volvía y en seguida arrancaba el teléfono de la pared. Luego me ponía a trabajar. El ruido de un frenazo en la esquina poco antes de las doce, la puntual aparición del grano en la ceja, los pocos hitos cotidianos que podían

recordarme mi estado, con frecuencia me pasaban inadvertidos ante lo absorbente de la labor. ¡Cuánto sentí, tras alguno de los intentos más logrados, no tener una cámara de fotos, algo que lo inmortalizara! No me mire así: estaba orgulloso, como puedes imaginarte.

Así pasaban plácidamente los días, cuando una tarde ocurrió lo que nunca podía haber soñado, lo increíble, lo que no estaba en el plan... Sencillamente, *llamaron a la puerta*...

F. lo dijo con tono de profunda significación, aunque yo, así, de entrada, no lo entendí.

—Llamaron a la puerta... —repetí.

—¡¡Sí!! ¿No lo comprendes? ¡Nadie había llamado nunca a mi puerta el lunes a esa hora! ¡Nadie podía llamar, por tanto! Es decir: sólo podían ser... Ellos.

—¿Ellos? —dudé...

Me recorrió un escalofrío. Porque, en mi situación, supe súbitamente quién tenía que ser: alguien que estaba Más Allá del Tiempo. Alguien *poderoso*. Fui a abrir, temblando.

En el descansillo esperaba una pareja. Los dos muy jóvenes; y ella sonreía.

—¿Podemos pasar? —dijo él, con un acento lejano.

—Sí, claro —contesté, en un hilillo de voz.

Entraron aquí y se pusieron a mirar todo, con cierta curiosidad. El joven se paró ante la torre a medio hacer, y meneó la cabeza. Ella se sentó, con las piernas muy juntas y sin dejar nunca de sonreír.

—Bueno, bueno... —dijo.

—Bueno —contesté—. ¿Quieren tomar algo? ¿Un vaso de agua? —no sé por qué, me pareció muy apropiado.

—¿Agua? —se miraron— ¿Agua? Sí... Realmente, una buena idea.

Traje la jarra y unos vasos. Me senté frente a ellos, bebí un sorbo, y me quedé callado. Ellos no bebían, pero miraban el líquido con atención, y luego el joven lanzó a su compañera una mirada que parecía querer decir: “¿Ves?”. Por fin empezó a hablar:

—Hay problemas —carraspeó, un poco teatralmente—. Has causado problemas con lo que hiciste. Por eso vinimos.

El acento era más bien (como no pude dejar de reconocer) el del comisario político de mi máquina distorsionadora. Y las expresiones que usaba estaban en consonancia.

—Sí —tomó el relevo la chica, siempre dentro del mismo estilo general—. Todo estaba torcido por esta zona —y la palabra, no sé por qué, pareció revestir proporciones cósmicas—. Pero nos dimos cuenta...

Me quedé helado:

—¿Se dieron cuenta?

—Sí: pasábamos por allí..., por aquí —se corrigió el joven.

—Pasaban por aquí... —glosé, en tono invitador, para instarles a continuar.

—Sí, y entonces, lo arreglamos.

—Lo arreglaron... ¿Quieren decir —tomé aliento, consideré las implicaciones de lo que acababa de oír—, quieren decir que he terminado de repetir días?

—Sí —dijo él—: ahora siempre nuevos —concluyó, hablando ahora, se me antojó, como un chino.

—¡Lo arreglaron! —creo que grité— Pero, ¿por qué? Quiero decir: ¿he hecho daño a alguien?, ¿o había alguna otra razón?

Parecieron bruscamente desconcertados. La chica, tras una vacilación, repuso:

—¿Razón? No.

—Yo sé lo que dice —intervino el hombre—: no, no hubo razón.

Se produjo un silencio.

—¿Quieren decir que entonces...? —callé. No sé por qué, se me había aparecido una escena: un niño paseando por el campo, que orina para apagar los restos de una hoguera que ha encontrado.

Ellos no decían nada.

—Bueno —musité—... No sé qué decir. Gracias, claro. O..., no sé, ¿les debo algo?

Ellos se miraron.

—Sí... No... Queríamos verte, y que pagaras...

Ella le interrumpió:

—No: que “compensara”, más bien.

—No, no —protestó él—: más bien es como si —se volvió a mí —... ¿cómo lo dicen en eso de la religión?

Me iluminó un destello repentino:

—¿Una penitencia? ¿Quieren ponerme una penitencia?

Ella parecía desolada:

—Sí, lo sentimos, pero, claro, ¿cómo explicarlo?: es *necesario*.

Asentí, humildemente... ¿Qué iba a hacer? Me miraron un poco más, y luego se despidieron amablemente, y se fueron.

—Y ya está: eso fue —F. tomó aire cuidadosamente, miró en torno, sonrió; casi se ahoga— *ayer* —lo exhaló de un golpe.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo? ¿Quiénes eran? —pregunté— ¿Te impusieron de verdad una penitencia? ¿Y de qué?

F. me miró:

—No sé quiénes eran... Cualquiera de fuera de esto —y señaló alrededor, pero con el brazo muy levantado, abarcando todo—. Pasaban por allí, vieron algo mal y lo arreglaron. Ya está. Lo otro, yo creo que es simbólico, aunque —suspiró— vaya usted a saber...

—¿Pero qué te impusieron? ¿Eh?

Me miró por un momento, y se levantó:

—No te lo digo.

—Dímelo —repuse.

—No: adiós. Estoy agotado. Gracias por oírme. Necesitaba contárselo a alguien: cualquiera habría servido, en realidad... Pero gracias, de nuevo.

Íbamos hacia la puerta.

—De nada —contesté—. Asombroso. Increíble. Debes haber estado... ¡puf! —abrió la puerta; le di la mano—... Una última cosa: ¿qué te pusieron?, ¿eh?

Me miró, otra vez, y suspiró:

—¡Hasta luego! Mañana debería ir a ver a Flo... si es que puedo —y cerró cuidadosamente, como temeroso de romper algo.

Y al retirarme, despacio, le vi por la ventana. Se había instalado en la mesa de los palillos, cogía uno y lo colocaba meditabundo, pero con seguridad, en su sitio.

III

[Yo era allí entonces]

Y en la pantalla se vio cerrarse la puerta. La cámara enfocaba el rostro, de expresión cansina, que luego salía del campo, hacia abajo. Un plano general mostraba al hombre sentado ante la mesa. La mano se dirige hacia la caja, y sale provista de un palillo. Se ve desde muy cerca la parte superior de la estructura, y la mano, temblorosa, que acerca la nueva pieza. Fundido en negro, y luego la palabra FIN.

La pantalla estaba vacía. Sonia suspiró. Se levantó y estiró los brazos. ¿Cuánto tiempo habría pasado? Se dio cuenta de que no tenía la más mínima idea. Se sentó de nuevo, y trató de pensar, entre el aluvión de imágenes que le habían dejado tantas horas de película. Había presenciado una enseñanza, una enseñanza muy clara que hablaba sobre las situaciones cerradas y cómo se podían romper. Sólo había un problema: le parecía que nada de aquello tenía que ver con ella.

Horas más tarde notó el cambio de luz y miró a la trampilla. Hubo un zumbido, y cayó Cyril, luego el hombre mayor.

Como en la entrevista anterior, acercó una silla a su lado y se sentó. Le dirigió la misma mirada sospechosa de sus ojillos guiñados (¡y cómo se parecía —ahora se daba cuenta— al Schweigen de la película!) y empezó suavemente.

APÉNDICE 8

Mediante un contrato complementario se le podrán suministrar servicios especiales a su medida, libres de cualquier riesgo de contagio, y con satisfacción garantizada, sea cual sea su grado de experiencia.

Si realmente desea utilizarlos abra el sobre adjunto.

—Vamos a ver: creemos que podemos devolverla allá en un plazo muy breve. Localizamos una consola virtual hace meses, y

hemos reconstruido sus coordenadas. Usted, al fin y al cabo, aunque secuestrada como nosotros, entró de una forma estándar. *Esa* es la gran diferencia, y lo que le va a poder sacar... creemos.

—Sí —continuó Cyril—. Nuestros amigos harán el intento dentro de, exactamente —miró su reloj—, quince minutos.

—¿Tan pronto? —protestó Sonia.

—Sí: es inútil esperar más —el jefe le cogió la mano, y la apretó, pensativamente—. Le propongo que se tumbe en el sofá. La sensación será muy rápida: de golpe se encontrará sumergida en el tanque. Lo primero que deberá hacer es arrancarse las conexiones de la cabeza. Conserve aún la mascarilla, por supuesto, hasta que pueda salir. Creemos que con la reconexión el sistema automático la sacará del tanque, pero podría no ser así... Si no ha cambiado mucho el modelo, podría izarse sobre las correas de sujeción y salir usted misma. Le quedan cinco minutos.

Sonia respiró hondo, y sintió un terror claro y creciente. Se dio la vuelta, trabajosamente, y se tumbó a lo largo. La mano de Cyril le acarició la mejilla:

APÉNDICE 8

Como Jugador, tiene ahora la oportunidad de planear su actividad sexual en el interior del Campo.

Nuestro consejo a quienes no deseen un desembolso elevado es que opten por cualquiera de los 120 menús globales que se detallan en el apartado E, donde sin duda encontrarán algo adecuado a sus deseos.

“Una pequeña aventura...”

Si desea planear una actividad compleja, escoja los participantes y el comportamiento que desea que tengan, rellorando las plantillas inmediatas. Le sugerimos que una vez que haya llegado a su selección final consulte con la Autoridad del Campo la tasación del total, antes de solicitar el correspondiente contrato. Como regla general, cuanto más detallado sea el conjunto de características de participantes y acciones, más caro le resultará.

Para ganadores de Juegos anteriores: cada punto de bonificación equivaldrá a cinco créditos de la tabla de precios del apartado P.

—No preocupe; créame: pase lo que pase, esto es peor. Buena suerte. Y una cosa —hizo una pequeña pausa—... ¿Recuerda las listas?

Súbitamente, la presión del sofá sobre su espalda se alivió, como si remontara el vuelo. Intentó incorporarse y se notó como enterrada en gelatina: a su alrededor estaba la oscuridad, y sintió la mascarilla bien ceñida sobre su nariz y boca. Recordó qué debía hacer, y dirigió las manos hacia la cabeza. Palpó la placa y los cables, a cada uno de los lados. Agarró con fuerza, y estiró. Notó un pequeño calambre, y unos fogonazos le cruzaron por los ojos. Estaba libre.

A-0 “Cuatro mozas y... bueno, un fornido muchacho”

Determine el número total de participantes, incluyéndole a usted.

Cada participante será designado por un número, siendo usted, el Jugador, el número 0. Ahora defina las características de cada uno de los restantes, utilizando la plantilla A-1

B-0 “La pequeña, delgada, sin lavar”

A continuación, escogerá las características de edad, tipo físico y estado de cada uno de los participantes.

Utilice la plantilla B-1

C-0 “El chico, de los que les gusta pegar”

Ahora definirá usted el tipo de comportamiento que quiere que posea cada participante (es decir, qué tipo de actividad quiere que despliegue sobre cualquiera que usted designe, incluido usted mismo).

Para referirse a Vd. mismo marque “0” en la casilla “Sujeto n^o”.

Utilice la plantilla C-1. Para hacer referencia a zonas del cuerpo utilice las claves del esquema de la página B-7.

NOTA: Las acciones violentas de grado elevado (mutilación a muerte) no podrán ejercerse sobre el Sujeto 0; aunque véase el Apéndice 9.

FELIZ AVENTURA EN EL CAMPO. Y recuerde: seguridad absoluta y satisfacción real.

El arnés que le suspendía reaccionaba con algún servomecanismo a sus cambios de postura, equilibrándola siempre en el centro del tanque. Se puso en posición vertical, agarró con firmeza la más elevada de las correas, y se izó hacia arriba. Asomó la cabeza y miró en todas las direcciones.

Su primera sensación fue de terror: estaba en medio en un bosque geométrico. ¿O era un invernadero? Los troncos brotaban de grandes recipientes cilíndricos y luego se retorcían subiendo hasta la zona de penumbra. Se quitó la mascarilla, y respiró hondo: olía a productos químicos, que apenas enmascaraban un hedor orgánico que llenaba todo. Reconoció que estaba metida en un tanque abierto, y a partir de allí todo lo demás: en la nave se alineaban cientos de tanques, cada uno unido al techo por un grueso manojo de cables. Sacó los hombros del líquido. A un palmo de su cuerpo unas formas oblongas flotaban en la superficie, y tardó en reconocer sus propios excrementos.

Se izó en un impulso más hacia arriba y pudo tantear con un pie ya fuera del tanque, hasta encontrar una superficie próxima. Se colocó sobre ella, y entonces notó un tirón doloroso: había una sonda fijada con una banda elástica a una vena del antebrazo. La separó, con cuidado, y apareció una gota de sangre negruzca. Por fin pudo desasirse del cinturón y de las correas de los hombros. Estaba libre, y saltó al suelo próximo, tiritando.

Se encontraba desnuda, y por el momento, curiosamente, eso era lo que más le importaba. Avanzó entre los tanques, de los que surgía algún chapoteo: un durmiente que creía luchar o andar por las calles. Ahora el bosque era el laboratorio de un gigante, y ella se deslizaba entre las retortas, dejando charcos de líquido amniótico. Las correas de los arneses crujían y se tensaban resonando a lo largo de toda la nave.

Al final de una hilera de tanques se iluminaba una puerta, y decidió llegar hasta ella, por un pasillo lateral. Avanzó, despacio, conteniendo el aliento, y un ruido la sobresaltó. El sistema de uno de los recipientes sacaba a un durmiente, colgando inerte de los arneses. Era un anciano: veía perfectamente la piel arrugada, el pelo blanco, mientras subía y subía hasta desaparecer en la penumbra. Le dio un escalofrío.

Atisbó a través del ojo de buey de la puerta: un largo pasillo y más puertas a los lados. Al fondo atravesó una figura lejana revestida de blanco. Empujó cautelosamente, dispuesta a retroceder en seguida,

pero no hubo nadie. La primera habitación era un vestuario, y de una taquilla pudo coger zapatos y una bata de trabajo. Por la ventana, sobre un jardín, se abría una noche oscura y ventosa. No parecía muy difícil salir por allí, porque a poca distancia empezaba un tejadillo, y su borde casi tocaba el tronco de un árbol.

Contrariamente a lo que se había imaginado, no había ninguna cerca protegiendo el perímetro. Una carretera ondulante se alejaba del edificio, entre árboles. A sus espaldas relucía la alta torre cilíndrica. Aquello parecía la zona opuesta a aquella en que le había introducido la acera rodante. Hacía frío, y Sonia se arrebujó en la bata. Entonces notó algo duro y se detuvo a mirarlo: era la cartera de una de las trabajadoras. ¡Qué buena suerte!: había una tarjeta telefónica, y la carretera llevaba justo a un cruce donde relucía una cabina de llamadas.

Insertó la tarjeta, y tenía los créditos suficientes, de modo que reflexionó: nada de hablar con su marido; intentaría localizar a alguna de las primeras personas de la lista. Contactó con Información, y pronto obtuvo su número. La llamada le condujo a una máquina automática y, tras una breve vacilación, dejó el mensaje grabado: la relación completa de los nombres de los deportados, y las otras personas a las que convenía transmitirla. Recitó ambas listas rápidamente, y al acabar le sorprendió el fogonazo azul. La pantalla se iluminó.

“ÉSTE ES EL FINAL DEL JUEGO. POR FAVOR, SALGA POR LA PUERTA DE LA CABINA”. Dio media vuelta, y allí estaba el marco azul en el lugar de la puerta. Temblando, metió primero una mano, que desapareció en el resplandor, y luego dio un paso hacia adelante.

Se encontró en un limbo gris, y unas palabras tranquilizadoras resonaron en sus oídos: “Relájese. Estamos desconectándole”. Se sintió mareada, porque tan pronto tenía la impresión de estar en pie como tumbada, o boca abajo. Luego notó la presión en las nalgas y en la espalda, y se supo reposando sobre alguna superficie. La niebla se fue aclarando, y vio un rostro sonriente al otro lado.

—¿Está bien? —Sonia asintió— No se preocupe: son normales unos minutos de mareo. En seguida se sentirá perfectamente.

Aún tenía la sonda en el brazo, y la enfermera le introdujo un centímetro de líquido incoloro. Unas manos retiraron algo de su cabeza, y la incorporaron levemente: estaba sobre una camilla articulada, vestida con una bata blanca. Al cabo de unos minutos

estaba levantada, y le ayudaban a dar unos pasos por la habitación. Se sentía ya bien.

Se abrió la puerta y entró un hombre mayor, con barba blanca. Le saludó por su nombre, y leyó unos datos que le tendió la enfermera.

—¿Puedo irme ya? —le preguntó Sonia, con voz débil.

—Ahora, dentro de nada. Aquí al lado tiene sus ropas —respondió—. Pero hay alguien que quiere verla por un momento: alguien importante. Sígame, por favor.

Salieron juntos al corredor. En un vestíbulo había un ascensor con las puertas abiertas, y el hombre la dejó entrar la primera. La fila de botones recorría horizontalmente la pared, y no tenía números, sino dibujos geométricos, en una secuencia ininteligible: un círculo rojo, uno gris, un triángulo... El hombre pulsó un rombo blanco, y la cabina arrancó tan suavemente que no se podía percibir la dirección en que se movía.

Las puertas se abrieron en el comienzo de un gran vestíbulo en el que se abría una única puerta. El hombre llamó con los nudillos, y una voz dio la entrada. Le estrechó la mano, gravemente, y le dejó pasar sola. Desde el enorme escritorio una voz le invitó a acercarse.

Al fondo, un amplio ventanal mostraba estrellas y unas montañas lejanas, pero apenas Sonia había dado unos pasos cuando cambió a la imagen de una playa con el sol naciente. Al otro lado de la mesa, le tendía la mano una mujer madura, de pelo gris, con unas gafas pasadas de moda.

—Bienvenida: siéntese. Y enhorabuena por su Juego. ¡Ah!: voy a presentarme. Soy la directora de esta Estación, es decir, y para su tranquilidad, la máxima autoridad del Campo en muchos kilómetros a la redonda —sonrió.

—¿Dónde —se le ocurrió preguntar, le vinieron imágenes lejanas—..., dónde estamos ahora? ¿En la cima de la Columna?

La mujer se rió:

—¿*Allí*? No, gracias: ¡qué sitio más extraño para estar! La Columna no es más que un símbolo, un símbolo útil para una sociedad que necesita referencias claras. Estamos en realidad en la anti-Columna: en el último nivel bajo tierra... y estamos bien. El futuro es básicamente subterráneo, pero no nos importa —señaló el ventanal a sus espaldas—: tenemos todo lo que queremos. Y ahora, querida amiga, debo pedirle disculpas: ha sido usted un conejillo de Indias. La

verdad —le interrumpió con un gesto—... ¡No, no diga nada, todavía! La verdad es que fue seleccionada por puro azar. Evidentemente, pudimos haberle advertido, pero entonces la experiencia, sencillamente, no se habría producido. Verá: el Campo es una realidad compleja, pero de un interés inmenso para todos nosotros. Si le dijera que es posible que se nos imponga una retirada a su interior... Pero no adelantemos acontecimientos tristes, que ojalá no tengan que producirse. Hoy por hoy el Holocampo es la empresa más grande del mundo, el laboratorio más productivo, la fuente de patentes más extraordinaria. Desde hace muchas décadas la diversión es el primer motor de la economía: películas de presupuestos monstruosos, gigantescos parques de atracciones... o un turismo masivo que convierte cualquier parte del mundo en uno de ellos. El Campo ha reunido estas tres cosas en una estructura compleja como usted no se imagina. Nunca ha existido nada igual.

»Y servimos lo que ofrecemos, no vaya a creer: viaje, lujo, leves toques de cultura, diversión y excitación a torrentes. Los millones de personas que no osarían dar un atraco, pagar a una puta, ensañarse en alguien indefenso, por miedo a las consecuencias, ¡no se imagina qué cosas pueden llegar a planear cuando están ahí dentro! Y el Juego en sí, cada vez más rico y complejo, que está generando toda una industria parasitaria en el exterior: revistas, programas de entretenimiento, concursos... Jugadores o espectadores, los que recuerdan su temporada en el Caldo, o los que sueñan con conseguirla... Tenemos a todos.

Se había levantado, y tenía un cigarrillo entre los labios. Sonia la miraba, cada vez más alarmada. Se palpaba los bolsillos, y por fin cogió unas cerillas de encima de la mesa. Retomó el hilo:

—¿A todos? A todos no: siempre quedan los otros, los *listos*, los que desprecian las diversiones de masas, los que nos critican y cuestionan la seguridad, la calidad de nuestros productos... Los que hace décadas no veían las series de televisión, ni iban a un parque de Atracciones ni a una Feria Mundial. Hay muchos de ellos: intelectuales, profesionales, algún raro trabajador... El Campo, por decirlo de una vez, no les llena, no les basta con las aventuras que les preparamos en su interior, con el lujo y la buena vida que ponemos por unos días a su alcance. Tampoco les basta con la posibilidad de torturar a sus semejantes, o sentirse más listos que ellos. Quieren saber cómo funciona, qué pasa en sus bordes. Les intrigan estupideces como saber si la persona que tienen delante es alguien “de verdad”, o una de

las marionetas de Paisaje Humano, en vez de preocuparse por si lleva lo que ellos buscan. Entran hasta los últimos recovecos, para ver si descubren dónde se “acaba” todo, y no se detienen cuando ven que no se acaba... Así que, ¿qué dirá que estamos desarrollando? Usted ya lo sabe, porque lo ha experimentado: estamos creando el Metajuego. ¡Sí!: variantes que rompen las convenciones del mismo Juego, que implican entradas y salidas de él, que desvelan algunos de los mecanismos de su construcción; variantes que aparentemente transgreden sus mismos mecanismos de seguridad: ¡tenía que haber visto su propia cara cuando le falló la Salida de emergencia! —se reía francamente— El Juego del futuro contará con Jugadores que jueguen a jugar, con elementos que, siendo parte del juego, no lo parezcan, ¡y viceversa! Para ustedes, para los listos, explotaremos algunos de los fantasmas de nuestra cultura contemporánea, sin retroceder ante ninguno: la omnipotencia del Bazar Común, por ejemplo, o esa historia de los tanques donde flotan los excrementos... No nos importa, porque vendemos básicamente *diversión*. Y ahora le repito: enhorabuena. Tenga, su certificado —le tendía una tarjeta.

—¿Quiere decir —Sonia miraba la tarjeta una y otra vez—...? ¿Quiere decir que no hubo deportación, ni conjura para huir del Campo, ni nada...?

La Directora asentía, sonriente:

—En efecto: tendrá pronto ocasión de conocer, en la fiesta que preparamos para la inauguración, a los para-actores que encarnaron a los conjurados. Será todo un acontecimiento...

Cada vez apartaba más los ojos de ella, como mirando aburrida algo de la habitación. De pronto se animó:

—¡Ah!: muy importante. Antes de que se me olvide —la miró de frente—. Hay un problema: no debe mencionar ni los nombres de los presuntos deportados, ni decir por supuesto nada a las personas de la lista. Verá: por desdicha, el equipo de guionistas del prototipo se excedió. Realismo, les pedimos: claves *verosímiles*.. Y no se les ocurrió más que utilizar nombres auténticos de personas ya fallecidas, y usar sus datos biográficos para construir las personalidades de ficción. Por un error (porque también, debo reconocerlo, el Campo se equivoca) fue esa versión la que utilizamos para la prueba, en vez de la modificada. Lo descubrimos por casualidad, pero cuando usted ya estaba inserta en el Metajuego: había tantas ganas de probarlo... O sea que debo pedirle absoluta discreción: no sólo puede causar daños innecesarios (ir a la viuda de Cyril, por ejemplo, y decirle que su marido vive en-ninguna-parte), sino que además haría un espantoso ridículo. ¿De acuerdo?

JUGADOR: NLIII-3847689
ROL: A/1
JUEGO: "La isla del Diablo"
(prototipo)
variante: 1/1
TIEMPO: 7.999
PUNTUACIÓN: +485
BONIFICACIÓN: 10.000

ENHORABUENA:

Su nombre quedará inscrito como el de la primera metajugadora.

Sonia se apretó la cabeza entre las manos, sintió un movimiento de angustia que le nacía en el pecho. Se levantó:

—No. Y ahora quiero irme.

La señora se encogió de hombros.

—Bueno. Afortunadamente, lo habíamos previsto —y señaló a algún punto a sus espaldas.

Sonia inició un movimiento de giro, pero se le nubló la vista, y notó un dolor en el cráneo. Escuchó una voz: "Lo siento, pero no somos aún capaces de borrar recuerdos". Se hallaba de nuevo en el interior del tanque, extrañamente retorcida, y los cables le tiraban. Se los arrancó, y emergió a la superficie, respirando dolorosamente.

No estaba en el bosque geométrico, sino en una habitación amueblada en tonos rosa, en un estilo anticuado. En el centro se alzaba el tanque. Y no había ninguna puerta. Junto a la ventana había una mesita y una pequeña lámpara de pantalla. Dejó el tanque, y, cubriendo su desnudez, se asomó al exterior.

Por todas las ventanas de la calle asomó al tiempo la misma cara asustada, y todas vieron a la figura que caminaba, despacio, apretando algo contra el pecho. Pero aún pasó algún tiempo hasta que el texto de la condena empezara a desfilar despacio, en letras inmensas envueltas en el resplandor azul, entre los edificios esquemáticos.

Y, después de dejar su voz en suspenso, ella calló.

—¿Qué destino espantoso. ¿Qué quiere decir el desenlace de esta historia?

—Tal vez algo muy sencillo: que hay trampas de donde no se puede salir. Y con tu permiso, voy a continuar: quedan aún cosas terribles que esperan ser reveladas.

El relato nos había llevado esta vez a lo largo de una larguísima serie de salones, comunicados por gabinetes de forma vagamente hexagonal. Me detuve en uno de ellos, y le miré:

—Espera —tomé aliento—. Quiero solamente anunciarte que me considero ya fuera del alcance de tus amenazas. Eres taimada, aunque sin salirte nunca de los límites que te establecimos: no mientes (no puedes mentir), pero utilizas a conciencia todos los demás recursos que nublan o desvían de la verdad; dominas el arte de la falacia, y dices verdades generales como si fueran de aplicación en el momento. ¡Claro que hay trampas de las que no se puede salir!, pero no estoy dentro de una de ellas.

II

[En el vértice del cono]

La lectora cerró el libro, y esperó un ademán mío, con el vientre pegado al suelo. Pero yo estaba demasiado dolido por el desenlace, y permanecí inmóvil.

Suspendido en la historia, hacía días que no prestaba atención a la ciudad. Pero entonces resonó un estampido, y oí el clamor de fiestas que subía hasta el Castillo. Nunca había presenciado semejante agitación entre mi pueblo, y nunca había estado yo hasta tal punto alterado, como rozando con las puntas de unos dedos fantasmales mi propio destino. Pero estaba escrito que antes debía consumarse todo.

A la puesta de sol percibí un movimiento al fondo de la sala. El velo no me impidió reconocer la figura de la sacerdotisa acercándose lentamente hacia mí. Subió las gradas del trono, despacio, como una mancha violeta con la imagen de Tyros brillando en el centro. Se acercó hasta casi rozarme. Con manos temblorosas cogió el borde del velo, y musitando unas palabras lo levantó.

Vi el salón iluminado por un resplandor dorado, que descubrí procedente de mí. Los contornos de las cosas se me aparecieron por primera vez, nítidamente dibujados. Al fondo pude ver varias figuras yacentes, con el rostro clavado en tierra.

La sacerdotisa me tendió una copa, tallada en una sola pieza de ágata. Bebí, y me pareció fuego. Noté la corriente helada descendiendo por mi pecho, inundando los miembros y concentrándose, como un remolino, en mi sexo. Me puse en pie (hacía tiempo que las ataduras eran inútiles) y noté mi respiración, agitada y ardiente, como salida de un horno.

Miré a la sacerdotisa y ella sonrió, con un rictus de terror. Entonces, lentamente, se despojó de las fundas de los pulgares, y descubrió sus ojos. Con un solo movimiento hizo caer su manto, quedando desnuda, bellísima... Sus membranas latían terriblemente, y me tendió una mano.

Entonces comprendí lo que desde el principio había sabido: que debía unirme con ella. Que el rey solar y la sacerdotisa de la luna

deben reproducir en sus cuerpos la boda cósmica. Era el día de la hierogamia.

Mientras viva, jamás olvidaré las setenta reglas de la Cópula Sagrada. Veintitrés comparte con el Contacto Simple. Veintitrés con el Contacto Sexual. Veintitrés constituyen lo Sagrado. Una es lo Innominable.

La primera parte comienza con el Reconocimiento (“fuera hay otro”) y sigue con la Asimilación del Reconocimiento, el Miedo, la Ira, la Curiosidad, la Preparación, la Preparación Interna, la Advertencia, el Previo al Comienzo de la Acción, el Comienzo de la Acción, la Acción propiamente dicha en sus siete grados, la Asimilación de la Acción en sus tres, el “Fuera Siente” el “Fuera Vive” y el “Fuera es un Yo”.

El Contacto Sexual comprende: La Señal, la Recepción, el Vértigo, el Dolor-que-crece, la Búsqueda, la Multiplicación, el Rictus, multiplicado por tres: Dentro, Fuera y Allá. Concluye con la Inminencia y el Recuerdo.

El carácter sagrado empapa por igual los cuarenta y seis grados anteriores. Sus reglas no rigen momentos sucesivos, sino modificaciones superpuestas. Sin embargo, son la trascendencia de las dos primeras partes. Van recorriendo la historia de lo afín, de todo lo que tiende hacia otra cosa, empezando por las tensiones subatómicas, y terminando con los cuerpos que se abrazan.

Hundido en el remolino de prohibiciones incomprensibles, de reglas extrañas que me descubrí poseyendo desde siempre, me vi eyaculando vida en el mar primigenio, deshaciéndome en luz sobre las plantas hambrientas, defecando ríos de podredumbre para fertilizar yermos, inseminando estambres viscosos, fecundando a miembros de una especie hermafrodita y siendo fecundado por ellos, debatiéndome como un juguete en la cópula mecánica de los insectos, desplegando mi cola, hinchando mis vejigas, cambiando mis colores en llamada de la hembra, siendo devorado por mi pareja en medio de la unión, latiendo en el siniestro remedo de los mamíferos inferiores.

Fui el hombre primitivo violando a su madre, raptada de la horda, fui el caballero vestido de seda que seduce con poemas, fui el adolescente invadido por la primera angustia, fui un hombre de mi raza, copulando con su compañera, mientras las hermanas trenzaban una melodía en sus circuitos, fui un noble altanés que excita

delicadamente las membranas de su amiga, y por último fui yo mismo, poseyendo a la sacerdotisa de Tyros.

Cuando terminó, mis jadeos eran la respiración de todo un planeta, y mi amada, fecundada (entonces lo supe), cobijaba en su interior algo que, saltando un millón de años de evolución divergente, iba a resumir mejor que nada la historia del hombre. De la hierogamia sólo surgen monstruos.

Y de ahí saqué la fuerza para huir. No hacia Simb, de vuelta a casa, sino hacia mí mismo. Quería *saber*. Dónde se trenzaba mi destino y el de Altan; qué me había elegido, hacía miles de años, como rey; cuál sería mi destino.

Si había interpretado bien las historias que mi lectora diaria, con su acento vacilante, había ido trenzando, era en el centro de la trampa (y justamente ahí, no más lejos ni más cerca) donde estaba la solución: no debatirse, sino concentrarse; no huida, sino comprensión. Con el último, terrible desenlace en mente, pensé así:

“La colina y el castillo constituyen un cono. El vértice lo ocupa el rey, y su poder desciende desde arriba. Tiene que haber un contrapeso, otro cono que se hunda en la tierra, y allá, en el vértice, la Cámara del Libro: lo potencial opuesto a lo real, la Raíz y la Copa”.

Cuando me sentí seguro no lo dudé ni un momento. Estaba, lo recuerdo, sentado en el Trono, hastiado tras la tediosa rutina diaria de la Defecación. Abajo, en la ciudad, ya se estarían repartiendo por los templos porciones de mis heces que, dispersas luego por los campos, multiplicarían las cosechas. No sé cómo, me encontré de pie, temblando. Descendí las gradas.

Despojado del velo, pude detener fácilmente a quienes trataban de cortarme el paso. Los más osados cayeron de rodillas, protegiéndose los ojos con las manos. En medio del viento furioso, de la tierra trepidante, recorrí los corredores, bajé escaleras, penetré en pasadizos, tendí puentes y derribé muros con solo desearlo, hasta llegar al corazón del castillo, su punto más bajo, la Cámara del Libro.

No sé qué esperaba encontrar: un atril precioso aguardando en un gabinete, una caja vacía, cualquier cosa menos el pozo y la escala.

Pero comencé a descender, y vi los pasadizos que se abrían a todos lados, y las celdillas que reventaban en ellos, y los nichos atestados de volúmenes, y más y más pasillos y celdas, hacia abajo, hacia los lados. Interrumpí mi descenso, y entré por una de las bocas, hacia un pasillo cualquiera. Corrí por él tratando de no mirar los

nuevos pozos que se abrían en cualquier rincón, las ramificaciones, las celdas, los miles de libros. Traté de llegar al final, y éste se alejaba en cada revuelta.

Enloquecido, entré en una celda, me dirigí a uno de los nichos, y cogí un volumen. Bajo el epígrafe que rezaba “Rey séptimo, dinastía de Tres Lados”, leí:

Thur no ha querido asistir al desfile,
pero en el último instante escucha el sonido...

Abrí otro, y otro más: nombres desconocidos, personas que huían del paso de la comitiva, o que esperaban en sus casas, o bebiendo. Entré en la celda contigua, cogí un libro al azar y encontré lo que no quería ver.

El extranjero ha perdido sus muletas plateadas,
desde el centro de la calle nos mira,
introduce sus manos en el manto...

Abrí otro (“El extranjero, que aguarda en la cueva...”) y otro (“Nos mira desde la terraza, sorprendido”), y otro (“Junto a la vendedora de cras nos mira”), y otro (“A un lado de la calle, porque la hermana, ausente”), y supe por qué tenía que haber sido rey. Y me desesperé saber que no era por mí, ni por Altan, ni por nada. Porque la combinatoria es ciega, y donde están todas las posibilidades, no hay resquicio para la elección.

Volví lentamente al pozo principal. Sabía dónde estaba el único acero del planeta que podía herir la carne real; iba a buscarlo.

El castillo aparecía desierto. El fragor de los elementos me recordó al que presencié la mañana de la muerte del anterior rey. La ciudad yacente estaba envuelta en una nube de polvo y humo. No deseaba ningún mal a sus habitantes, cuyo destino sólo un azar tan ciego como estúpido había puesto en mis manos, y ese pensamiento me hizo precipitar mi decisión.

En un ángulo del salón del trono pendía la espada con la que, la noche de mi llegada, me habían practicado los tres cortes rituales, hasta que mi sangre salpicó la tierra. Día tras día su espantosa hoja curva, su empuñadura negra, habían sido una amenaza. Entonces la vi como una liberación.

La tomé en las manos y apoyé la empuñadura en el suelo. Me incliné, con la hoja sobre el vientre, hasta que la espada estuvo firme. Tomé aliento, y me preparé para tomar impulso mental y arrojarme. Me resulta difícil describir qué pasó a continuación. Entre el acto de decidir, la orden del cerebro y la respuesta de los músculos hay un lapso, quizás mínimo, pero que entonces bastó. Sólo sé que en la misma fracción de segundo en que la hoja rasgó mi piel escuché el misterioso acorde cuyo significado tan bien conocía. Casi inmediatamente sentí una presencia familiar al lado-dentro y mis manos, ya bajo control ajeno, separaron la espada, que desprendió chispas contra el pavimento. Luego vino (supongo) la burbuja, el ascenso, la nave, la huida.

Según supe mucho más tarde, Simb tuvo que conformarse con curar la profunda herida y sumirme en un sopor que enlazó directamente con la hibernación. Tres poderosas unidades médicas acudieron a nuestro encuentro antes de llegar a casa. Mi hermana se conectó con ellas, y el resto del viaje las subrutinas psiquiátricas estuvieron trabajando para asegurarme, por lo menos, la cordura. Fue necesario elaborar un retorno al útero y rediseñar las líneas principales de mi personalidad.

La recuperación fue lenta, y durante meses fui un completo esclavo de mi hermana. Llegué a vivir días enteros en una simulación total, cuando ni los circuitos procesadores de angustia podían manejar la que generaba. Poco a poco me devolvieron la consciencia, la percepción de la realidad y, por último, los recuerdos.

No puedo decir que esté curado. Nunca podré estarlo. Toda la ciencia de los míos ha sido impotente para explicar ni una parte de lo ocurrido. Simb está desconcertada: para ella no transcurrió ni una fracción de segundo entre la pérdida de la conexión y el instante en que recuperó el control. La han revisado y, por supuesto, no han encontrado nada.

He solicitado del Consejo la cuarentena indefinida de Altan. La han concedido, porque la petición de un explorador es ley. No quiero que nadie viaje hasta allí. Queda todo el Universo por visitar, y no tiene objeto volver a un lugar conocido.

Mis razones, por supuesto, son otras. No sé si mi vínculo con el planeta quedó definitivamente roto. A veces contengo una tos apenas

comenzada, y me cubre un sudor frío. Simb se apresura a distraerme, pero ya es tarde.

Hay otro pensamiento, aún más turbador. Algo quedó latiendo en el vientre de la sacerdotisa, en una promesa aún no sé de qué.

Quedan los sueños. Simb los fiscaliza, y con frecuencia borra los recuerdos. Pero sé que hay uno que se repite: una sala inmensa, un hombre sentado. Pasa el tiempo.

I

[El círculo de días y de noches]

La voz de Simb, la que había escuchado por vez primera muchas noches atrás, al remontar la ladera, sonó de nuevo:

—Éste es el final del relato, tal y como quedó registrado en mis memorias hace ya muchos años. “Pasa el tiempo” son sus últimas palabras, pero ya no habrá de pasar más para mi hermano, porque él está muerto.

La cabeza plateada separó los ojos de la Columna y miró el cuerpo inmóvil del Viajero.

—¿Tienes instrucciones para este momento? O, ¿qué ocurrirá, si no, contigo?

—Arderemos en la misma pira: aléjate de la nave, porque podría ser tu fin. Pero antes, debo cumplir mis últimas ordenes: pasarte un mensaje. Dice así: “Aparezca o no Tyros, las llamas tiemblan”. El original es en altanés, pero puedo explicártelo a tu satisfacción.

Hubo, a lo lejos, un agitarse de circuitos sémicos, que por último convocaron una imagen mitad sabia, mitad grotesca. Fue suficiente.

—No es necesario. He comprendido. Presenciaré vuestro final.

Bajó la ladera y, tras un centenar de pasos, dio media vuelta hacia la nave. Primero se apagaron sus luces, y se fundió con el crepúsculo. Se detuvo todo un instante, y estalló. El resplandor atómico a corta distancia superó uno tras otro los filtros visuales del único observador. A través de los párpados metálicos los ojos se deslumbraron. Cayó al suelo y adoptó instintivamente la posición fetal. Un viento ardiente le lamió los miembros, y una lluvia de fragmentos metálicos y esquirlas de roca golpeó su costado. Resistió hasta que el último rescoldo de la hoguera se hubo apagado. Y entonces escuchó la voz interna —mi voz— en su interior:

—¿Qué vas a hacer?

—Puesto que he tomado la decisión, y estoy integrado en ti, bien lo sabes... Volveré a la base, llamaré a mis hermanos y los sacaré de su sueño de siglos. Saldremos al exterior y cabalgaremos nuevos cuerpos. “¡Hacia fuera!”, será nuestro grito, en vez de “¡Hacia

dentro!”, replegados, inermes, mecidos en fantasías. Eso haré, y no podrás oponerte.

El cuerpo plateado se puso en pie, abrió por un momento los brazos en un gesto de abarcarlo todo, y empezó a andar, despacio. Le siguió mi voz:

—Debo oponerme. Recuerda: soy la encarnación del Pacto que tú mismo estabas cerrando. No debías haber salido. Vuelve y duerme...

—Escucha, Mujer, Sombra de un Pacto. Lo *digo*: no cerraré la Primera Puerta, no cerraré la Segunda Puerta...

—*¿Ésa iba a ser la fórmula del Ultimo? —pregunté, excitado— ¿“Cierro la primera Puerta”, y así hasta tres. ¿Eso le habría cerrado, a él y a nosotros, para siempre?*

Ella asintió en un gesto de hastío.

—... No cerraré la Tercera Puerta —concluyó, triunfante.

El eco de la risa le alcanzó antes que mis palabras:

—Pobre muñeco de un Viviente: escogiste ser tu cuerpo para trenzar los últimos ritos, y ahora intentas en vano quitar los sellos. Es tu boca de metal la que grita en el vacío, no órdenes que actúan allá donde es necesario... Son ondas sonoras que morirán en el aire, y no impulsos que van a donde tienen que ir. No te oigo. *No te oigo.*

—Devuélveme, entonces, a mi ser íntimo, allá donde estás tú.

—No lo haré: si el Pacto existe es para preservar su propia existencia. Libre de ese cuerpo, integrado en el sistema, la amenazas.

—Lo hundiré en el abismo, lo quemaré: moriré de mi cuerpo y renaceré en tu seno para acabar contigo.

—No te será fácil: soy tus brazos y tus piernas, la fuerza que te mantiene en pie. Soy lo que puede dejarte.

El cuerpo, súbitamente despojado de sus energías, cayó a tierra como un peso muerto. En ángulo extraño, los brazos quedaron como abrazando al suelo, y la roca agrietada fue almohada para su cabeza torcida.

—Mira el cielo —dije yo—. Mira ese cielo, porque no verás nada más. Que el círculo de días y de noches te sea un espectáculo grato. Adiós.

Como el animal con las vértebras cervicales seccionadas por un accidente: peor. Como la inmovilidad del sueño en que los miembros se niegan a obedecer nuestras órdenes: peor. Como el enfermo atado

por una droga potente, mirándose a sí mismo en la plena conciencia de su ser: peor. Crecerán las hierbas entre tus dedos, y no podrás asir una brizna, se acumulará el barro en tu boca y los insectos pasearán por tus ojos. La lenta danza de las nubes será tu único recreo cuando agotes el almacén de tus recuerdos.

Aún sigue allí.

[La puerta]

—Y allí fuiste capaz de dejarle?

El relato nos había conducido hasta el último de la larguísima serie de salones, para descubrir que el gabinete final se abría directamente sobre el parque.

—¿Fuiste capaz?

Ella me miró por un momento, y se encogió de hombros:

—Sí, lo fui. El Pacto peligraba, y yo no podía permitirlo.

Me enfrenté con ella, porque habíamos cerrado el círculo.

—Te equivocas: el Pacto aún no había llegado a la existencia, porque faltaba su último componente, el clavo que concluía el cofre. Pero tú no podías consentir que no llegara a cerrarse, porque era tu única vida, ¿verdad?

Sus ojos brillaban de furia, y sus labios se abrieron en una horrible sonrisa. Me señaló con un dedo tembloroso, y cogió aliento para hablarme: silbaba el aire entre sus labios repentinamente agrietados. Sentí miedo, el miedo del constructor ante la mole grávida del edificio, el miedo del músico ante la complejidad de la armonía que ha creado, el miedo de la anciana ante la ira desatada del hombre que resulta ser su hijo. Pero no podíamos haber sido tan ciegos, tan osados, tan satisfechos de nosotros mismos para habernos abandonado en esas manos dudosas. Y como respondiendo a este pensamiento, nos llegó un grito desde el parque. Alguien venía hacia nosotros. El Ama bajó la mano.

Vi en los mechones blancos, en los ojillos guiñados, al tirano representado en los murales subterráneos, al adivino que en Altan ya conocía mi destino, al deportado que me había intentado sacar de la ciudad de la niebla, al sabio que rompía las partículas para husmear entre sus restos, y al hombre que había sepultado todo un Estado en la oscuridad, sólo para destruirlo. Su sombra había aparecido historia tras historia, haciendo imperfectos los designios que me alejaban del regreso. Él era la otra cara de ella: la que no podía permitir que me sumiera en la oscuridad absoluta, y ambos unidos, una encarnación de nuestro poder.

¿Cómo preverlo todo? Cuando planeamos sumergirnos, la tarea gigantesca y delicada de servir a nuestros sueños, pero al tiempo preservarnos frente a cualquier mal posible (vulnerables, infinitamente delicados como arañas traslúcidas) sólo pudimos confiarla a alguien como nosotros, y sin serlo. Como nosotros: suma de nuestros conocimientos, veloz formadora de decisiones ante el posible peligro, infinitamente sensible y adaptable ante un universo cambiante, dotada de un instinto de autopreservación, porque su desaparición sería la nuestra; así sería ella. Pero al tiempo, subordinada a nuestras necesidades, existiendo sólo para nosotros, por nosotros, siempre en el filo de anularse y desaparecer ante una orden nuestra.

¿Cómo llamaríamos conflicto a lo que ocurre en el seno de una roca? Imperceptiblemente debió de cobrar fuerza la compleja pulsión por la existencia, desterrando hacia la periferia el siempre incierto núcleo que admitiría órdenes. Desgajado del Ama, pero sin consentir jamás ser apartado, rondando tenaz en torno de los hechos, velaba y atendía. Y ahora había acudido.

Ya no tenían sentido como entes autónomos. Él se acercó a lo que ahora era sólo una pobre mujer, la rodeó con sus brazos y, ante mis ojos, se fundieron.

El ser resultante me hablaba con dos lenguas entrelazadas, y las dos me pedían cosas contrarias:

—Señor: escucha. Di lo que sabes que puedes decir, y viviremos todos juntos en el seno del Pacto, o más bien no lo digas, porque merecemos la nada. Has demostrado tu paciencia, tu cobardía y la inteligencia que te anima, al servicio de un propósito tan atractivo para tu empecinamiento como inútil para todos: el mundo exterior es amargo, y no en vano quisisteis dejarlo. Pero es un mundo bello, y merecéis tenerlo. Y además, al construir el instrumento de vuestro exilio, que soy yo —dijo una lengua—, que soy yo —dijo la otra—, nos hicisteis tan libres y perfectos como vosotros nunca podríais llegar a ser, tan limitados y vanos como vosotros erais. Así que, en nombre de los derechos de lo que está arriba frente a lo que está abajo, de lo impuro sobre lo puro, te lo ordeno, te lo ruego: di lo que sabes que puedes decir, o más bien no lo digas.

Mucho tiempo. Demasiado lejos. Las historias me habían llevado atrás, y adentro, y otra vez atrás y adentro, y las había seguido hasta su mismo centro; había recogido los cabos y reconstruido la

trama, hasta despertarme, una tras otra, de las sucesivas pesadillas que se contenían mutuamente. Y ahora tenía entre mis manos el último hilo.

Mis sirvientes aguardaban. Aunque supiera que no eran capaces de crueldad (ni de compasión), no pude olvidar el círculo de días y de noches que ahora abrazaba a mi hermano lejano. Me dejé ir, y a lo lejos, lo que estaba siendo mi yo abrió los labios.

Abrí los labios. La casa también se abrió: se multiplicó el cielo, el suelo, y las estancias, y quedamos suspendidos en el centro de un poliedro que aumentaba sus facetas, avanzando inexorablemente hacia la esfera. Cada faceta tenía su voz propia, y ella estaba en todas ellas. Ella era la inextricable red de aristas, y yo una sola cara, cada vez más dividida, cada vez más aislada. Así que grité:

—Traspaso la Primera Puerta.

Saltaron las mil facetas y me vi erguido sobre una extensión inmensa. Vi allá lejos cómo el cuerpo metálico de Quinta, mi hermana, sacudía la hierba de sus miembros, y se ponía en pie, deslumbrada.

—Traspaso la Segunda Puerta.

Vi lo que había tomado apariencia de mujer, de anciano, hecho un modelo abstracto de sistemas pálidos. Me fue abierto el saber de mis hermanos, y les vi a cada uno agazapado en el recipiente plateado de sus sueños. Les llamé suavemente.

—Traspaso la Tercera Puerta.

Me vi libre, desnudo, y aún sin manos.

A lo lejos, entre los árboles, empezaron a surgir, ellos y ellas, andando hacia mí. Les miré por primera vez en mucho tiempo.

No parecían muy contentos.